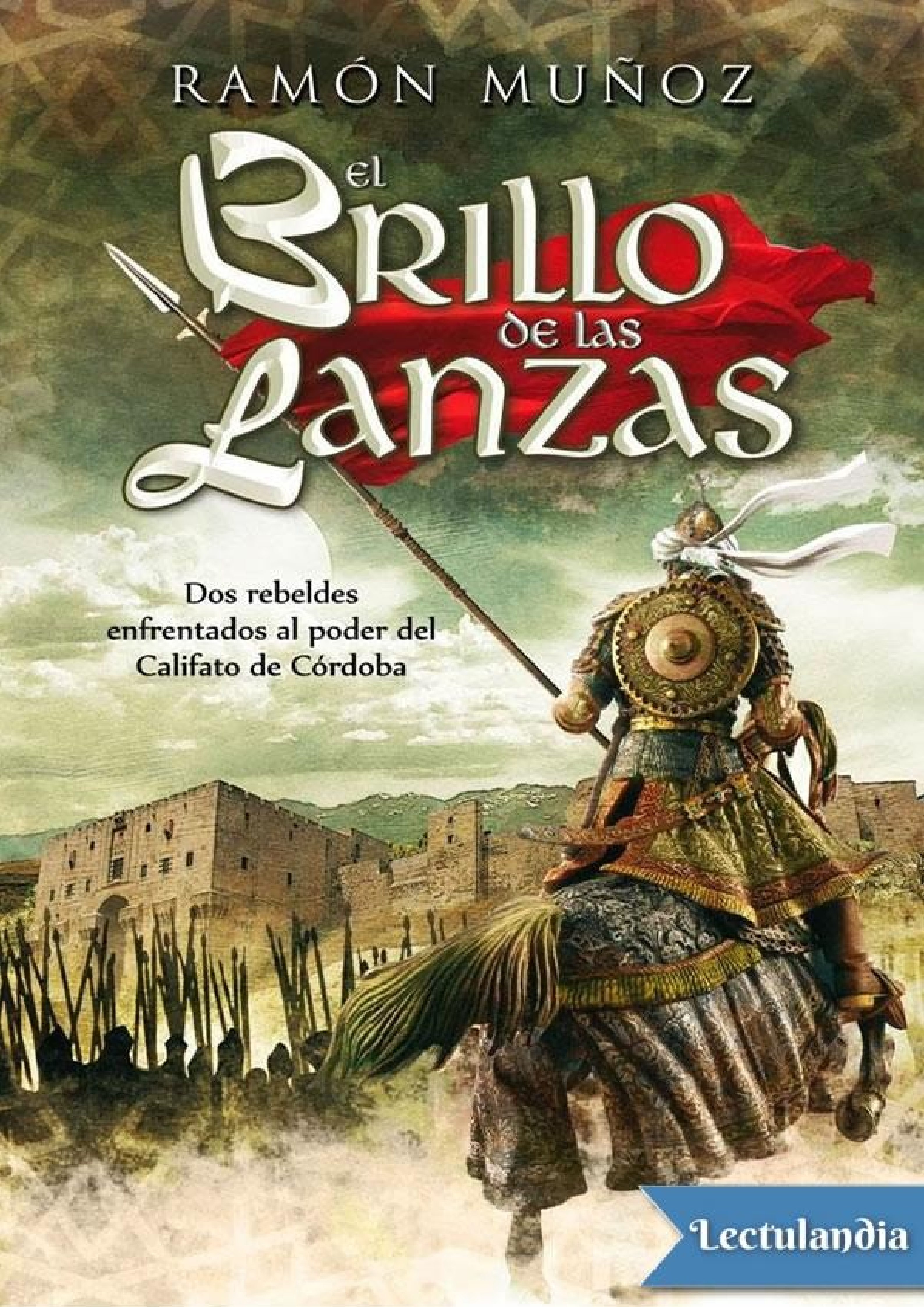

RAMÓN MUÑOZ
EL BRILLO DE LAS LANZAS
Dos rebeldes
enfrentados al poder del
Califato de Córdoba
Lectulandia

Siglo X d.C. El califa Abderramán III está acabando una por una con las rebeliones que pusieron en peligro la integridad de al-Ándalus, pero aún quedan algunos rebeldes que, impulsados por el deseo de venganza o el ansia de libertad, están dispuestos a desafiar la autoridad de Córdoba.

Uno de ellos, Álvaro de Monterrubio, pretende reavivar en la mismísima capital del Califato el fuego de la insurrección que encabezó el legendario Ibn Hafsun, mientras la bereber Dihya y los demás habitantes de Badajoz se preparan para resistir el asedio de las tropas del soberano, que pretende acabar con su independencia.

El destino acabará reuniendo a estos personajes, inicialmente distantes entre sí, para conducirles a una aventura que les llevará mucho más lejos, en todos los sentidos, de lo que ellos nunca hubieran imaginado.

Lectulandia

Ramón Muñoz

El brillo de las lanzas

ePub r1.1
Mangeloso 29.05.14

Título original: *El brillo de las lanzas*
Ramón Muñoz, 2013
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

Para mis hijas, mi mejor obra.



Reino de León
Zaragoza
Ebro
Valencia
Júcar
Califato de Córdoba
Toledo
Tajo
Mondego
Badajoz
Guadiana
Lisboa
Beja
Córdoba
Guadalquivir
Segura
Murcia
Pechina
Bobastro
Sevilla
Algeciras
Ceuta
CALIFATO DE CÓRDOBA SIGLO X d.C.


NORTE DE ÁFRICA SIGLO X d.C.
Mar Mediterráneo
Océano Atlántico
Califato de Córdoba
Córdoba
Algeciras
Ceuta
Tánger
Melilla
Nexor
Idrisies
Fez
Marrakech
Sijilmasa
Tremecén
Tahert
Califato Fatimi
Desierto del Sáhara
Túnez
Quariuán
Al-Mahdiyya
Gadamés

Relación de personajes principales

(En cursiva los personajes históricos)

Abd al-Rahman al-Nasir o Abderrahmán III (889-961 d. C.): Emir y, posteriormente, califa de Córdoba, perteneciente a la familia de los Banu Omeya. Sucedió en el trono a su abuelo Abd Allah.

Abd al-Rahman al-Yilliqí: Emir de Badajoz independiente de Córdoba, perteneciente a la familia de los Banu Marwan. Bisnieto del fundador de la ciudad, *Abd al-Rahman ibn Marwan*.

Abd al-Rahman ibn Hafsun: Hijo de Umar ibn Hafsun.

Abu'Abd Allah (¿-911 d. C.): Misionero ismailí cuya labor entre los bereberes Kutama provocaría su rebelión contra los aglabíes y el posterior establecimiento del califato fatimí tras la derrota de los mismos.

Ahmad Ibn Abd Allah: Alfaquí cordobés.

Ahmad Ibn Muhammad Ibn Hudayr: Visir omeya. Negoció con *Hafs ibn Hafsun* la rendición de Bobastro.

Ahmad Ibn Muhammad Ibn Ilyas: General berebere al servicio de Abderrahmán III.

Al-Hakam al-Mustansir o Al-Hakam II (915-976 d. C.): Segundo califa omeya. Sucedió a su padre, *Abderrahmán III*, en el año 961 d. C.

Al-Kahina (¿-701 d. C.): Reina de la confederación bereber Zanata que combatió el avance islámico en el norte de África siendo ya una anciana. Se le atribuía la capacidad de predecir el futuro.

Ali ibn Abi, apodado al-Makhtum: Líder del clan berebere de los Banu Asafu.

Álvaro de Monterrubio / Ibn Daisam: Capitán cristiano de las fuerzas hafsuníes.

Argentea bint Umar: Hija de Umar ibn Hafsun. Sufrió martirio en Córdoba, llegando a ser canonizada con el nombre de Santa Argentea.

Asbag ibn Suhayd, apodado al-Asayy: Poeta berebere.

Aslam: Funcionario cordobés, encargado de la biblioteca del Alcázar.

Badr ibn Ahmad (¿-920 d. C.): Chambelán de *Abderrahmán III*. Fue también jefe de la caballería, prefecto de la guardia y alcaide.

Dihya bint Hannun: Esposa de Karim.

Farach ibn Ufayr: Almirante omeya. Dirigió las fuerzas cordobesas que conquistaron

Ceuta.

Félix: Antiguo compañero de armas de Álvaro de Monterrubio.

Hafs ibn Hafsun: Hijo de Umar ibn Hafsun. Sucedió a Sulayman después de su apresamiento y ejecución a manos de las tropas cordobesas. Entregó la fortaleza de Bobastro, el último baluarte de los hafsuníes, en 928 d. C.

Hamid ibn Yasal: Príncipe Miknasa. Criado como rehén de los fatimíes, que lo enviaron posteriormente a Tahert para que la gobernara en su nombre.

Hilal ibn Ziyad: Lugarteniente de Karim.

Ibrahim ibn Abi: Hijo y heredero de Ali ibn Abi.

Jamil: Soldado omeya al servicio de Aslam.

Karim ibn Mahmud: Líder de un clan berebere expulsado de Mojáfar por las fuerzas Omeyas.

Muhammad ibn Abi ‘Isa: Cadí omeya que realizó diversas misiones diplomáticas en el Norte de África al servicio de *Abderrahmán III*.

Muhammad ibn Khazar: Caudillo de la tribu bereber de los Zanata que protagonizó varias rebeliones en contra del dominio fatimí.

Musa ibn Muhammad (¿-932 d. C.): Chambelán de Abderrahmán III. Sucedió en el cargo a Badr ibn Ahmad.

Madyan ibn Musa: Gobernador de Fez. Hijo de Musa ibn Abi’l-’Afiya.

Musa ibn Abi’l-’Afiya: Caudillo de la tribu berebere de los Miknasa. En un principio combatió encarnizadamente a los príncipes idrisíes a favor de los fatimíes, llegando a apoderarse, entre otras plazas, de Fez, Tánger y Arcila.

Sulayman ibn Hafsun (¿-927 d. C.): Hijo de *Umar ibn Hafsun*. Sucedió a *Yafar* al frente de los hafsuníes tras el asesinato de este.

Tariq al-Miknasí: Uno de los clientes berebere de *Abd al-Rahman al-Yilliqí*.

Ubayd Allah al-Mahdi (873-934 d. C.): Imam y fundador de la dinastía Fatimí, único califato chiíta de cierta importancia en la historia del Islam.

Umar ibn Hafsun (*850-917 d. C.*): Líder de una revuelta antiomeya con base en la actual provincia de Málaga que duró durante casi 35 años. Llegó a convertirse al cristianismo, recibiendo el nombre de *Samuel*.

Yafar ibn Hafsun (¿-920 d. C.): Hijo y sucesor de Umar ibn Hafsun.

Glosario

Abasíes: Dinastía de califas suníes descendientes de Abbas ibn Abd al-Muttalib, uno de los tíos de Mahoma.

Adarga: Escudo hecho de cuero con forma ovalada.

Aglabíes: Dinastía de emires musulmanes establecidos en Ifriqiya, dependientes del califato abasí de Bagdad.

Adhan: la oración.

Aleya: Cada uno de los 6236 versículos o partes menores en que se divide una azora.

Alfaquí: Sabio de la ley islámica.

Alfarje: Techo de madera horizontal y entrelazada.

Algorfa: Habitación situada en la parte alta de una vivienda.

Aljama: Mezquita principal de una ciudad.

Aljibe: Depósito en superficie o subterráneo destinado al almacenamiento de agua potable.

Almuecín: Encargado de realizar la llamada a la oración cinco veces al día, desde el alminar.

Almunia: Villa de recreo.

Amán: Salvoconducto. Perdón otorgado por la autoridad.

Arrabal: Barrio fundado allende las murallas de una ciudad.

Azora: Cada uno de los 114 capítulos en los que se divide el Corán.

Bab al-Sudda: La Puerta de la Azuda. Una de las puertas del Alcázar de Córdoba.

Barid: Distancia que puede recorrer un caballo de posta. Según las fuentes varía entre seis y doce millas.

-bint: Hija de…

Burnus: Albornoz de lana con capucha.

Cadí: Juez, agente de la autoridad.

Califa: Para los musulmanes sunitas, vicario o delegado del Profeta. Para los chiíes, vicario o delegado de Dios.

Cármatas: Secta chií.

Chiísmo: Secta islámica que otorga el liderazgo de la comunidad a los descendientes

del Profeta.

Cora: Cada una de las subdivisiones territoriales y administrativas de al-Ándalus, derivadas de los conventus visigodos.

Da'i: "El que instruye". Misionero ismailí.

Dinar: Moneda andalusí acuñada en oro.

Dirham: Moneda andalusí acuñada en plata.

Dhu l-hiyya: Mes en el que se realiza la peregrinación a La Meca.

Eunuco: Esclavo castrado parcial o totalmente.

Felús: Moneda andalusí acuñada en cobre.

Fitna: División, guerra civil.

Ginn o djinn: Genio.

Hadiz: Tradición del Profeta.

Hafsuníes: Partidarios de Ibn Hafsun y, tras su fallecimiento, de sus hijos.

Hajj: La peregrinación a La Meca que cada musulmán debe realizar al menos una vez en la vida

Hammam: Baño de vapor.

Hanzal: Coloquíntida. Planta cuyos frutos son extremadamente amargos.

Hasham: Conjunto de mercenarios al servicio del emir.

Hayib: Chambelán del califa.

Henna: Alheña. Arbusto cuyas hojas, reducidas a polvo, son utilizadas como tinte.

Hisn: Fortificación y/o refugio. Plural: Husun.

Ibn: Hijo de…

Idrisíes: Dinastía chiíta asentada en lo que sería el actual Marruecos, fundada por un autoproclamado descendiente del Profeta.

Imam: Líder espiritual de una comunidad islámica. Puede aplicarse también a un emir o a un califa.

Ismailíes: Una de las dos ramas principales en las que se dividen los chiítas. Creían que el sucesor del Profeta designado por Dios era Isma'il ibn Ja'far as-Sadiq, hijo de uno de sus compañeros.

Izar: Manto largo, sin costuras, en el que se envuelven las mujeres de la cabeza a los pies.

Jariyíes: Secta islámica caracterizada por considerar que la comunidad ha de ser dirigida por el mejor musulmán, con independencia de su origen y linaje.

Kabir: Copa de gran tamaño.

Katam: Tinte vegetal de color oscuro.

Kohol: Cosmético a base de hollín y otros ingredientes utilizado para oscurecer los párpados.

Kutama: Una de las confederaciones bereberes de mayor tamaño.

Fatimíes: Dinastía chiíta, perteneciente a la rama ismailí, que llegó a dominar gran parte del Norte de África. Fundadores de la ciudad de El Cairo tras haber conquistado Egipto.

Mahdi: Mesías. «El prometido». En el contexto de las creencias chiítas, la persona elegida por Dios para dirigir la comunidad.

Mahram: Aquello que es digno de respeto en una persona. Por ejemplo un pariente consanguíneo (padre, hermano, tío, etc.)

Mandrón: Máquina bélica destinada al lanzamiento de piedras.

Marca: Espacio fronterizo, más o menos fortificado, que funcionaba como vanguardia ofensiva o defensiva frente a los estados vecinos.

Mihrab: Nicho en la mezquita que señala la dirección en la que se encuentra La Meca.

Minbar: Púlpito desde el que se pronuncia el sermón del viernes.

Morabito: En el contexto de la novela, voluntarios que defendían un ribat.

Muladí: Población de origen hispanorromano y visigodo que adoptó la religión, lengua y costumbres del Islam.

Nabid: Vino de dátiles o pasas, de menor graduación alcohólica que el vino normal.

Nafza: Una de las tribus beréberes que se establecieron en la Península.

Naqib: Portavoz encargado de verificar las genealogías de las personas nobles, con el objeto de garantizar que nadie reclamase privilegios a los que no tenía derecho.

Naql: Manjar que acompaña las libaciones. A veces pasteles. A veces frutos secos o incluso legumbres.

Nisba: Parte del nombre árabe que hace mención del origen étnico o tribal de la persona.

Parasanga: Medida de longitud empleada por los persas, equivalente

aproximadamente a cinco kilómetros.

Politeísta: Aquel que adora a varios dioses. En el caso de los musulmanes, juzgaban a los cristianos politeístas debido a su creencia en la Santísima Trinidad.

Qass: predicadores no oficiales. Plural: qussas.

Qibla: La dirección en la que se encuentra La Meca.

Quinto: La quinta parte de los ingresos o botín obtenidos.

Ribat: Especie de convento-fortaleza en el que servían voluntarios con la intención de proteger las fronteras del Islam.

Sahib al-shurta: Jefe de policía

Sahib al-medina o zalmedina: Jefe de la ciudad

Saqaliba: Esclavo de origen eslavo o, de manera más general, de origen europeo.

Saytan Madhab: El Diablo.

Sunní: La rama «ortodoxa» del islam.

Sura: Azora.

Tasbih: Objeto similar a un rosario utilizado por los musulmanes, compuesto por treinta y tres granos que se repasan tres veces para completar el número simbólico de noventa y nueve (correspondiente a los nombres o atributos divinos).

Tiraz: Tejidos bordados de lujo elaborados en los talleres califales.

Umma: Comunidad de los creyentes.

Valí o Walí: Gobernador de una ciudad.

Visir: Encargado de la administración del Estado

Wadi: Cauce, río.

Yihad: Esfuerzo realizado para conseguir un determinado objetivo, como la defensa del islam o la lucha por lograr su expansión.

Zanata: Una de las confederaciones bereberes de mayor tamaño.

Zoco: Mercado.

Zuna: Narración oral de las obras del Profeta, utilizada como complemento de las normas de conducta expresadas en el Corán.

Prólogo

Año 918 d. C. Febrero

La noticia había golpeado a la guarnición igual que uno de aquellos aguaceros inesperados de la primavera, violentos y breves, que alteraban el paisaje a su antojo. Los lechos secos de los torrentes se llenaban de agua fangosa, los barrancos se desplomaban ruidosamente, desnudando las rocas. Al día siguiente parecía que el Diablo se hubiera propuesto enmendar la obra del Creador; todo era distinto de cómo era ayer.

El jinete que había traído la triste novedad estaba bebiendo agua rodeado de soldados que le interrumpían a cada instante pidiendo explicaciones. El pobre hombre tenía que detenerse continuamente y balbucear unas palabras antes de ponerse a beber de nuevo. Estaba cubierto de polvo de la cabeza a los pies y jadeaba presa del cansancio. Había recorrido al galope la distancia que separaba Bobastro del castillo de Torrox sin concederse descanso alguno. Álvaro se lo imaginaba juntándose con los demás mensajeros en la gran puerta que protegía el acceso a Bobastro, impacientes todos ellos por comunicar la muerte de Ibn Hafsun a las ciento sesenta fortalezas que todavía dominaba. Ciento sesenta mensajeros cabalgando por el angosto sendero a lo largo del río, compitiendo por anunciar al mundo que el señor de las serranías, el rebelde que turbó la tranquilidad de tres emires consecutivos, había sufrido su última derrota.

Álvaro prefirió mantenerse apartado del mensajero. No necesitaba escucharle; no sentía urgencia por conocer los detalles de la agonía de Ibn Hafsun. Estaba convencido de que, a pesar de su avanzada edad, el mal que le aquejaba abandonaría al cabecilla muladí, como una ola que después de lamer la orilla vuelve al seno del mar. Se equivocaba. La enfermedad había logrado lo que ninguna espada jamás consiguió.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Félix con la voz preñada de ansiedad.

—Iremos a Bobastro a presentar nuestros respetos —dijo Álvaro.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé.

«¿Es casualidad que Yafar me enviara aquí precisamente en este momento? —se preguntó Álvaro—. Supongo que quiso evitar que yo me inmiscuyera en la sucesión. Necesita libertad para asegurarse la herencia del padre, antes incluso de que a este le haya dado tiempo a enfriarse».

—Deberíamos darnos prisa —insistió Félix.

—Parecemos sabuesos ávidos de atrapar un hueso jugoso —gruñó Álvaro—. Hoy déjame llorar con calma la muerte de nuestro señor. Mañana al amanecer nos pondremos en camino.

—Mañana puede ser tarde.

—Pues que lo sea.

La iglesia ya estaba llena de personas rezando. Álvaro se situó en un costado y oró brevemente, fijándose en las diferencias entre aquel espacio oscuro y atestado y los suntuosos templos de Bobastro. De repente experimentó una nostalgia anticipada, como si comprendiera ya que sus días en la región estaban contados. Sus relaciones con los hijos de Ibn Hafsun eran malas. Nunca le inspiraron la lealtad incondicional que le inspiraba el padre y ellos, después de haber tratado de lograr su amistad en diversas ocasiones, se habían dado cuenta. Sabían que les serviría, pero también sabían que él no iba a aceptar ciegamente cualquier decisión. Era una molestia. Un vasallo incómodo. Una amenaza.

Salió de la iglesia seguido por el murmullo monótono de los fieles. Fue a recoger su caballo a los establos y dejó el castillo. Pero no marchó lejos. Simplemente quería soledad. Quería silencio. Cerca de la fortaleza había una roca con forma de altar junto a la que había combatido a las fuerzas Omeyas la última vez que Abd al-Rahman III atacó sin éxito el *hisn* de Torrox. Álvaro sobrevivió al enfrentamiento. Otros campeones de los rebeldes no tuvieron esa suerte; sus cabezas se enviaron a Córdoba para unirse a los trofeos de guerra que adornaban las puertas del Alcázar.

Un viento frío le azotó el cuerpo mientras ataba su caballo a la piedra. Desde allí podía contemplar las formas rotundas de la Sierra de la Almijara, montañas que se asomaban desafiantes al mar, habituadas a ser refugios de criminales y nuevas patrias para los afligidos que habían renunciado a todo. A sus pies la campiña se recuperaba a duras penas de las devastaciones ejercidas por las tropas reales. Y más allá, donde los montes se arrodillaban para enlazarse mejor con el mar, las playas de retintas arenas recordaron a Álvaro que poco después de levantar el sitio de Torrox las tropas reales capturaron el puerto de Algeciras, privando a los rebeldes de una de sus principales fuentes de suministros.

A Álvaro le había dolido especialmente ese fracaso. Fue él quien se encargó de negociar con los fatimíes para que los sublevados fueran abastecidos desde el norte de África. Cuando la flota de Abd al-Rahman III logró destruir los barcos que llevaban provisiones a los insurrectos, dio un paso decisivo para estrechar aún más el cerco que los ahogaba. La terrible sequía que comenzó al año siguiente aumentó sus penurias hasta provocar que Ibn Hafsun acabase viéndose obligado a firmar la paz con el emir. A partir de entonces el fuego de la rebelión había menguado, convertido de improviso en una llama vacilante. El anciano líder de los hafsuníes solo mostraba interés por rezar y hacer ejercicios espirituales en la basílica de Bobastro, preparándose para lo que Álvaro no quiso creer posible: su fin.

Oyó el relincho de un segundo caballo y se volvió a tiempo de ver a Félix apearse de un salto de su montura. La preocupación contraía su rostro, normalmente plácido.

—Me imaginaba que estarías aquí —dijo.

—No insistas —murmuró Álvaro—. No vamos a irnos todavía.

—Estamos perdiendo el tiempo. Tienes que reunirte enseguida con el obispo de Bobastro y con Ibn Nabil e Ibn Attaf. Son capitanes famosos y con muchos seguidores, como tú. Entre los cuatro conseguiréis ganar el control de la fortaleza fácilmente.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? Yafar es el mayor. Es razonable que suceda a Samuel.

—Tú le conoces bien. No tolerará ninguna oposición a su liderazgo. En cuanto le expongas alguna duda sobre su forma de proceder se deshará de ti.

«Desde luego que lo hará —pensó Álvaro—. Yafar ha heredado todos los defectos de su padre y muy pocas de sus virtudes».

—Quizá lo más prudente sea guardar las distancias —sugirió.

—¿Y qué obtendrás haciendo eso? Yafar te quitará cuanto te dio Samuel y al final no nos quedará nada.

—He obedecido a Samuel durante muchos años —dijo Álvaro—. Él anunció que Yafar sería su sucesor y así será. Si se equivocó con su elección, que Dios nos asista, pero no desataré lo que él ató.

—Samuel tomó esa decisión cuando estaba enfermo y molesto con Sulayman.

—¿Insinúas que Sulayman debería ser el sucesor?

—No —rechazó Félix—. *Tú* deberías ser el sucesor.

—El lugar de Samuel debe ser ocupado por uno de los hijos de Samuel.

—Yafar y Sulayman se odian mutuamente. Hafs es débil de carácter y Abd al-Rahman le tiene más afición a los libros que a las armas. Pelearán por el poder, e incluso si no pelean y hay conformidad entre los hermanos, su liderazgo será discutido. Aunque tú renuncies a hacerlo, otros lo harán. Y ya sabes cuál será el resultado. El emir aprovechará esas disensiones para someternos definitivamente. La única solución es que llegues a un acuerdo con los valientes capitanes que quedan en Bobastro y sucedas a Samuel en el gobierno de sus estados.

«Si hago lo que me pides tendré que matar a Yafar y Sulayman o ellos porfiarán por matarme a mí. ¿Es esa la forma en la que voy a corresponder las consideraciones que Samuel tuvo conmigo? ¿Asesinando a sus hijos?».

—No —reiteró Álvaro—. Mañana iremos a Bobastro y después de visitar la tumba de Ibn Hafsun le juraré obediencia a Yafar. Estaremos a su servicio, igual que estuvimos al servicio del padre.

—Entonces las cosas irán de mal en peor.

—¿Y cómo podría ser de otra forma? —replicó Álvaro con amargura.

No se hacía ilusiones. La situación de Ibn Hafsun se había debilitado considerablemente a raíz de varias derrotas militares. El apoyo popular que le

caracterizaba en sus primeros enfrentamientos contra las autoridades Omeyas estaba desvaneciéndose; muchos rebeldes estaban hartos de haber logrado tan poco después de aquellos años de confrontación. La oposición de Ibn Hafsun al gobierno central de Córdoba había durado casi cuatro décadas, con sus altos y bajos, sus treguas inestables y las sangrientas campañas que las siguieron. El levantamiento había perdido una gran parte de su vitalidad, muchos de los que lo apoyaban en un principio estaban cansados y hartos de sufrir penalidades. La última acción que Álvaro recordaba con agrado era el asedio de Málaga, cuatro años atrás, y también en dicha ocasión los ejércitos de Córdoba lograron frustrar las intenciones del eterno insurrecto. Las promesas de lealtad que Ibn Hafsun y sus hijos habían pronunciado ante el emir no tenían ningún valor. Álvaro era plenamente consciente de que las quebrantarían en cuanto les conviniese. Sin embargo esos gestos solo serían los espasmos finales de un animal que agoniza. Ahora que su adalid había muerto, el declinar del poder hafsuní en las serranías del sur de al-Ándalus era inevitable.

—Somos como una embarcación que ha chocado con los arrecifes —se lamentó —. Aunque continuemos navegando durante un tiempo, nuestro naufragio ya ha sido decretado.

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo? —preguntó angustiado Félix.

—Nada —repuso Álvaro con expresión pensativa mientras lanzaba una piedra hacia el horizonte—. No podemos hacer nada, excepto remar con el mismo vigor de antaño y confiar en que, de alguna manera, Dios tenga piedad de nosotros y nos permita llegar a la costa sanos y salvos.

Primera Parte

Rebeldes

1

Bobastro

Año 929 d. C. Abril
Llovía.
El sendero era ancho, con marcas de una ampliación reciente en algunos tramos, probablemente para permitir que pasase con la comodidad debida el séquito del califa. Aún había huellas de carros impresas como largas cicatrices en la tierra oscura del camino y una constelación de pisadas de caballos, entremezcladas, que la lluvia comenzaba a borrar. Los cascos del pollino se hundían hasta el menudillo en el barro y Álvaro tenía que sujetarse con fuerza para evitar que una de aquellas sacudidas le desmontara. En los charcos formados en los recodos del sendero se reflejaban las nubes, bajas, prietas, regando las sierras con sus lágrimas.

Horas antes, al contemplar el lejano horizonte de montañas, experimentó un cansancio anticipado, como si las fatigas del viaje que iba a emprender estuvieran impacientes por adueñarse de su cuerpo. De todas formas pidió prestado el burro. La alquería no era más que una sombra de lo que había sido en los tiempos en los que los hafsuníes eran poderosos, pero los campesinos se las habían arreglado para esconder de los soldados Omeyas algunos animales, entre ellos el pollino que ahora montaba. Álvaro no había tenido que dar su nombre. Nadie se lo preguntó. Los campesinos miraban la cruz que llevaba colgada del cuello y con un ademán apático le ofrecían lo poco que conservaban.

«La victoria de los Omeyas es absoluta —pensó Álvaro al marcharse de la alquería—. Se acabó la esperanza de un reino propio para los cristianos de al-Ándalus».

El terreno iba volviéndose más áspero. Pronto llegó al tajo por donde se despeñaba el Guadalhorce, engordado por la lluvia, y se detuvo para observar la garganta por la que el río franqueaba los precipicios de la sierra. Recordaba haber traído a una muchacha de pelo rubio a aquel lugar para que, asustada por el fragor de las aguas, aceptase con mayor facilidad sus abrazos. Pero no recordaba nada más de ella, ni siquiera cómo se llamaba. Solo su cabello rubio, sacudido por el viento, y sus gritos cuando Álvaro insistía en acercarse al borde de las rocas para mojarse la cara con el fresco rocío que ascendía desde el fondo del salto.

A la salida de la garganta, en la ribera derecha del Guadalhorce, halló la razón de su viaje: los tres cerros unidos en sus cumbres, escarpados, altísimos, y volvió a sorprenderse de que los ejércitos cordobeses hubieran logrado rendir Bobastro. Era una hazaña, sin duda, aunque él se negase a admirarla.

Todo había cambiado tanto que llegó a dudar de que hubiese llegado al final de su

trayecto. La presencia imponente de los cerros, sin embargo, no dejaba lugar a las dudas. Estaba allí, de vuelta, en el único hogar que había conocido. El único lugar en el que fue feliz. El paraíso perdido, añorado, al que regresaba constantemente en sus sueños, tantas veces evocado que la visión que tenía ante sí le parecía menos auténtica que la que atesoraba en su memoria. Agradeció que el día fuera gris, que la luz escasease, que la persistente lluvia emborronara el paisaje. De lo contrario, sospechaba, el desengaño sería mayor de lo que ya era.

«Estoy siendo un estúpido al desilusionarme —se reprochó a sí mismo—. Sabía perfectamente lo que iba a encontrarme. Sabía lo que me esperaba aquí».

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que se fue? Casi diez años. Diez años desde que tuvieron que huir al amparo de la noche, conscientes de que Sulayman planeaba su muerte. Diez años. Félix y él se separaron enseguida. Tenían ideas diferentes sobre el rumbo que debían dar a sus vidas. Álvaro prestó su espada a quien pudo o quiso pagarla. Su renombre le precedía. Todavía quedaban algunos rebeldes en las fronteras de al-Ándalus, cada vez menos, que se mostraban dispuestos a reclutarle. Había viajado a Zaragoza para luchar junto a los tuyibíes. Luego se cansó. Volvió al sur. Había renunciado a ponerse al servicio del que era entonces el rey de León, considerando que la lepra que padecía era una señal de que Dios estaba descontento con su proceder, o al de sus ambiciosos sobrinos.

Pero nada había salido bien. O al menos nada había salido lo suficientemente bien como para hacerle olvidar quién había sido y por quién había luchado. Él era, en cierto modo, como aquellas mujeres que custodian con avaricia el recuerdo de su primer amor y desprecian a los demás hombres que las han amado. Ningún otro, por mucho que haga o por muy numerosas que sean sus virtudes, podrá arrebatarle nunca a ese primer amante su posición privilegiada.

Picó al burro para que fuese más deprisa. Le ponía nervioso el silencio. Le molestaba la quietud. Estaban ocultas las azules palomas que antaño poblaban los quiebros del desfiladero. Tal vez se hubieran ido para siempre. Y tampoco se oían los sonidos de la medina, que en los viejos tiempos se descolgaban de los altozanos en las cumbres de los cerros como si fuesen pájaros incorpóreos que quisieran rivalizar con las palomas. La región había sido devastada. Los pinos talados, la espesura de juncos y carrizos, ausente, las edificaciones derruidas. Aquí y allá ruinas, tocones, huertos destrozados, carroñas de animales. Abandono. Muerte. Fracaso.

«De no ser por Sulayman yo habría muerto defendiendo Bobastro —pensó Álvaro —. Hubiera sido una buena muerte. Una muerte de la que me habría sentido orgulloso».

Tenía empapado el grueso chaquetón de piel de conejo y el agua le caía a chorros del pelo. Se había quitado el gorro, que ya le hacía más mal que bien. El frío y la humedad calaban su ropa, su piel, penetraban en su interior como si en sus venas el

agua de lluvia estuviera reemplazando a la sangre. Los campesinos le habían entregado pan y un puñado de rábanos, pero necesitaba dar con un lugar seco antes de sentarse a cenar.

Una tortuosa senda ascendía a la montaña. Álvaro comprobó que no hubiera vigías en el acceso y aguijó al burro, que vacilaba al ver aquel camino estrecho y resbaladizo. Por suerte para ambos él conocía perfectamente el trazado de la vereda. Aunque hubieran pasado diez años desde que bajó por allí por última vez, supo guiar al pollino sin dar un traspié, viendo con los ojos de la memoria lo que la oscuridad comenzaba a negarle a su mirada.

Paró a mitad de subida. Las amplias mesetas que daban cobijo a buena parte de la población de Bobastro permanecían intactas, pero no así las construcciones a las que sirvieron de asiento. Los puestos defensivos habían sido desmantelados y el suelo estaba cubierto por el despojo de los edificios. Ladrillos, tejas. Sillares. En el enorme aljibe una acumulación de objetos de uso cotidiano, todavía reconocibles, testimoniando que las mesetas habían estado ocupadas. Por el aspecto que tenía todo, cualquiera habría supuesto que esa ocupación pertenecía a la remota antigüedad. Sin embargo Álvaro sabía qué era lo que había sucedido realmente. La destrucción que le rodeaba no era el resultado del paso del tiempo, sino de una acción deliberada, reciente, con el propósito de eliminar tanto la huella de los más encarnizados rivales de la dinastía omeya como la posibilidad de que algún otro sublevado tratara de establecerse en la que el propio Abd al-Rahman III consideraba la fortaleza más inexpugnable de al-Ándalus.

Pero había un tipo de construcción que los cordobeses fueron incapaces de destruir. Existían numerosas cavidades naturales en los cerros y las más apropiadas habían sido ampliadas y aprovechadas para diversos usos. Álvaro escogió una de aquellas viviendas rupestres labradas en las areniscas, una que conocía por haber pertenecido a la familia de un compañero de armas. La vivienda en sí estaba en un estado lamentable, sin embargo la cavidad que ocupaba aún ofrecía cobijo frente a la lluvia y Álvaro se metió dentro con el burro. Abrió la bolsa para comerse el pan y los rábanos. El pan estaba mojado y sabía a fango. Le tiró un pedazo al burro y engulló el resto. Tenía ganas de encender una fogata para calentarse; la prudencia hizo que se lo pensara mejor. En la alquería le aseguraron que la alcazaba estaba ocupada por el visir y la guarnición que dejó el califa al concluir su visita. Hasta ahora había tenido suerte al no cruzarse con ningún soldado omeya de guardia, probablemente el tiempo de perros colaboraba para que se diera esa circunstancia. Era preferible no estirar demasiado la suerte o podía romperse.

La lluvia cesó. Álvaro sacudió su ropa y la manta de lana que suavizaba el huesudo lomo del pollino. La mitad restante de la subida resultó más difícil; quizá por culpa del cansancio. Al llegar arriba giró la cabeza buscando el espléndido panorama

de peñas y gargantas que tanto había echado de menos. Se estaba haciendo de noche. No vio nada, salvo un coágulo de profundas sombras ahogando los valles y las cumbres de los riscos distinguiéndose apenas de un cielo sin matices. Lo que le sobrecogió, de nuevo, fue el silencio, ocasionalmente interrumpido por el aleteo de los cuervos y la risotada salvaje, lejana, de uno de los mercenarios integrantes de la guarnición. Según los habitantes de la alquería, los habitantes de Bobastro que sobrevivieron al asedio habían sido forzados a bajar al llano. Pero incluso tras haber recibido dicha información confiaba en descubrir un resto de población, un último enclave, algo. Solo había hogueras encendidas en la alcazaba situada en el punto más elevado de las mesas. Y pertenecían a los sepultureros de Bobastro, no a sus habitantes.

Apartó la nostalgia para acabar de una vez con la tarea que le había traído a la vencida fortaleza. Bajó del burro y echó a andar, evitando los charcos y el delator chapoteo al cruzarlos. De vez en cuando aminoraba el paso al reconocer alguno de los edificios demolidos. La hermosa basílica en la que Álvaro solía rezar durante sus años al servicio de Ibn Hafsun ya no existía. Abd al-Rahman III había decretado su demolición, así como la de la de las restantes iglesias cristianas y el cenobio en el que profesaba Argentea, la devota hija de Ibn Hafsun. También habían sido derribados los palacios, los almacenes y las casas: la medina entera. La ciudad que Ibn Hafsun había fundado, la capital de su efímero reino entre montañas, estaba sembrada de escombros. Únicamente quedaban en pie las mezquitas, excepto aquella en la que se había mencionado el nombre del califa fatimí, y la alcazaba sobre el altozano, mantenida por conveniencia estratégica.

«Dios se ha ido de aquí —pensó Álvaro con espanto ante las iglesias demolidas, ante las negras montañas desoladas—. Ya no está. Se ha marchado».

La necrópolis se encontraba en una vaguada en la que abundaban las cuevas acondicionadas como viviendas. Álvaro se acercó a la necrópolis con respeto, casi con ansiedad, anhelando que la noticia que le había incitado a regresar a Bobastro fuese un embuste, un delirio de borrachos, un rumor esparcido con mala intención.

Pero no lo era. Las dos tumbas estaban abiertas. Y exceptuando el agua negruzca acumulada en el fondo, ambas estaban vacías.

Monterrubio supuso una repetición de lo que ya había descubierto en Bobastro. La diferencia estribaba en que la fortaleza de Monterrubio fue arrasada por segunda y última vez dos años antes que Bobastro y la naturaleza había tenido tiempo sobrado para reclamar las ruinas. Los matorrales enmascaraban los fragmentos de murallas y unos árboles jóvenes se alzaban encima de los destrozados torreones como conquistadores que plantasen allí el estandarte del monarca vencedor.

Caminó por el antiguo patio de armas, sintiendo que se recrudecía la nostalgia que le atenazaba el corazón. Allí había acudido para enrolarse en las fuerzas rebeldes, allí había sido entrenado, allí recibió su primera lanza de verdad. En ese patio aprendió a montar a caballo y por aquella puerta, de la que subsistían las bases de las jambas, salió para participar en incontables incursiones contra las aldeas y castillos bajo control omeya. A Álvaro le gustaban los ataques sorpresivos, golpear y huir, igual que una avispa que hiere a su enemigo y se marcha volando. Abalanzarse sobre una villa o un pequeño poblado, especialmente de noche, cuando nadie les esperaba, saquear su grano y su ganado y cabalgar de vuelta a la fortaleza sabiendo que cada animal que se llevaban, cada granja incendiada, disminuía la confianza de sus víctimas en las autoridades centrales, haciéndoles más propensos a enlistarse en el ejército hafsuní.

«Tenía quince años cuando me uní a los sublevados —pensó Álvaro—. Era joven. Era ingenuo. Creía que la guerra contra los Omeyas estaba ganada, que Samuel era invencible, y que tras la muerte del emir Abdallah su sucesor se apresuraría a rendirse. Dios mío, qué equivocado estaba».

Abandonó los restos de la fortaleza y bajó a pie por la senda medio engullida por la maleza. Había devuelto el burro a los campesinos. Afortunadamente para él, Monterrubio, uno de los *husun* que protegían la capital del feudo de Ibn Hafsun, se encontraba bastante cerca de Bobastro.

Al llegar abajo se sentó en una piedra, comió unas nueces y miró las nubes, ligeras y blanquísimas, que parecían proclamar su inocencia respecto a la lluvia caída en los días anteriores. Le quedaba una cosa por hacer. Y no quería hacerla. Era la única parte de su pasado que le quedaba por revisitar y la única de la que se avergonzaba. Pero era consciente de que si no lo hacía en aquel momento ya no lo haría nunca, y no deseaba morirse con ese remordimiento carcomiendo su conciencia.

Se sacudió las manos en las rodillas. También conocía bien aquel otro camino. En realidad era un simple rastro en el suelo, despejado por las pisadas de los rebaños de ovejas y cabras que en una época más próspera solían transitar por la región. La encina quebrantada por un rayo seguía en el mismo sitio. Y la rambla ocre que cruzó velozmente una liebre. Ahí se separó del camino y comenzó a subir por la ladera, identificando en su cabeza los accidentes del terreno con los que se había familiarizado siendo niño. Casi todos eran rincones en los que se escondía cuando la furia de su padre buscaba objetivos con los que desahogarse.

La cueva se abría en la falda del monte igual que un bostezo interminable. Había otro agujero, más arriba, más pequeño. Unas escaleras labradas en la roca permitían subir a ese piso superior, utilizado a veces como depósito. Su madre afirmaba que la cueva principal fue en tiempos una ermita y presentaba como prueba una deteriorada cruz con peana inscrita en la arenisca. Su padre, al oírla, invariablemente interrumpía

cualquier trabajo que estuviera haciendo entonces para escupir justo donde se unían los brazos de la cruz, y mientras el salivazo resbalaba lentamente por la roca se echaba a reír como el demente sacerdote de un culto pagano.

Álvaro se asomó a la cueva. Inmediatamente salió de la penumbra un chiquillo que se escabulló entre sus piernas. Atisbo una forma femenina apretando un niño pequeño contra su pecho. Otra forma mayor extendió la mano para agarrar un objeto que despedía un brillo grasiento. Álvaro retrocedió rápidamente, alejándose de la boca de la cueva y agarrando su arma. La empuñadura de cuero de su espada estaba tan usada que sus dedos encontraban en el acto los lugares que les correspondían.

—¿Qué cojones quieres?

El hombre esgrimía un cuchillo manchado en una mano y un gancho en la otra. Casi todo su peso parecía haberse concentrado en la tripa, dejando solo una pizca de carne y tendones para recubrir los huesos. Tenía los ojos inyectados en sangre y la palidez de la piel indicaba que pasaba muchas horas dentro de la cueva, en la confortable oscuridad. A pesar de su juventud solo unos mechones de pelo negro, aislados entre sí, paliaban la soledad del cráneo.

—¿Frugelo? —aventuró Álvaro.

El hombre achicó los ojos como si Álvaro estuviera lejos y no pudiera distinguirle bien. Luego sus labios se fruncieron en un remedo de sonrisa.

—Álvaro —dijo Frugelo—. Álvaro, el capitán hafsuní. El gran Álvaro. Sal, Zahra. Es Álvaro, uno de mis hermanos mayores. El primero que se largó. Te he hablado de él, ¿no?

La mujer permaneció donde estaba, aferrando con fuerza al bebé. Álvaro no podía culparla. Su otro hermano, Bellido, tenía la costumbre de compartir a su pobre esposa con sus parientes, sus amigos y, en la práctica, con cualquiera que le hubiese caído bien. A eso lo llamaba ser hospitalario.

—¿Y nuestra madre?

—¿Madre? —Frugelo señaló dos apilamientos de piedras en las cercanías. Uno de ellos estaba marcado con dos palos cortos formando una cruz—, está allí, al lado de padre. —Luego, tras notar la desazón de Álvaro, se rio con ganas—. ¿Qué te pensabas, que era inmortal?

—¿Sabes si le administraron la Sagrada Comunión antes de morir?

—¿Y quién iba a dársela?

—A ella le habría gustado.

—Y a mí me gustaría ser emir y vivir en un palacio con veinte concubinas y montones de esclavos para rascarme los sobacos cada vez que me piquen —repuso Frugelo—. Pero vivo ahí, en la cueva, y ya puedo dar gracias a Dios si conseguimos comer todos los días.

Revisó a Álvaro de los pies a la cabeza, deteniéndose en el estropeado chaquetón.

—Y a ti no te va mucho mejor, ¿verdad? Qué raro. Imaginé que Ibn Hafsun te habría nombrado heredero de su reino.

—Sabes perfectamente lo que sucedió.

—Sí, claro que lo sé. Pero por los aires que te dabas supuse que estabas a punto de convertirte en un gran señor, con tierras y castillos, y más cabezas de ganado de las que se pueden contar. Pero al final tuviste que huir para que no te ajusticiaran, ¿verdad? Igual que Bellido. Igual que Padre.

—¿Bellido huyó?

—¡Y cómo! Corría tanto que no se le veían los pies. A mí me dijo: «Espera, enseguida vuelvo a por ti». Todavía le estoy esperando. El cabrón debió pensar que la gente se entretendría conmigo y así tendría tiempo de escapar. Pero se equivocaba. Tenían tantas ganas de atraparle que a mí me ignoraron y continuaron persiguiéndole. De todas formas no le alcanzaron.

—Sin embargo Padre sí que volvió, o no estaría enterrado aquí.

—Para que le cuidáramos. Tendrías que haberlo visto. No podía andar. No podía hablar. Se asfixiaba. No sé cómo consiguió arrastrarse hasta aquí. Tendría que haberlo tirado por el barranco en cuanto apareció, pero me daba gusto ver lo enfermo que estaba. Le miraba a los ojos como él nos miraba a nosotros, ¿te acuerdas?, como si fuéramos una plasta de mierda fresca, y le gritaba: «Ahora mando yo, ¿entendido?». Y el maldito viejo trataba de sacar fuerzas de flaqueza para pegarme un puñetazo en la boca, pero tenía que rendirse y agachar la cabeza. Y si hacía algo que me fastidiaba, ese día no comía o yo le obligaba a dormir fuera de la cueva, incluso en invierno. Menudas patadas daba, y qué barbaridades decía. Hasta los santos del cielo debían taparse las orejas al escucharle. —Frugelo soltó una carcajada—. Oh, sí, fueron buenos tiempos. De veras que lo fueron.

—¿Qué le ocurrió?

—Se quedó tieso una mañana. Le pusimos junto a Madre y echamos unas piedras encima. Ya era más de lo que se merecía. Y los campesinos de la comarca opinan lo mismo, porque aún suben por las noches a cagarse en su tumba. De haberlo sabido le habríamos enterrado más lejos.

Frugelo se volvió hacia la cueva.

—Zahra, ¿por qué no sales? Maldita sea, esta mujer mía es bien terca. Nunca hace lo que le pido que haga.

—¿Es musulmana?

—Sí. Me la encontré un día deambulando por la rambla. Estaba muerta de hambre, y herida, pero se negó a darme explicaciones. Es tan parlanchina como un tronco seco, ¿sabes?, justo lo contrario de Padre. Le ofrecí un plato de comida y se quedó.

—Debía estar muy desesperada.

—Oh, gracias por el elogio —refunfuñó Frugelo—. Las cosas iban mal cuando los hafsuníes dominaban la región, pero van todavía peor desde que fueron derrotados. Abd al-Rahman, ojalá el diablo se lo lleve pronto al infierno, lo ha devastado todo. Tengo que dar muchas vueltas para dar con algo que merezca la pena robar.

—Así que tú también eres un bandido —le acusó Álvaro.

—No, yo soy distinto. Padre y Bellido asaltaban a la gente, y al que se resistía lo molían a golpes. Con razón eran odiados. Yo me cuelo en las granjas como un zorro y le retuerzo el pescuezo a alguna gallina despistada. No hago daño a nadie.

—Les robas el pan.

—¿Y qué quieres que coman mis hijos? ¿Lagartijas? Ya lo hacen demasiado a menudo. No están mal si te olvidas de lo que son. Saben a pollo, ¿sabes?

Frugelo se le acercó. Apestaba a sudor rancio.

—Quédate. ¿Por qué no te quedas? Pasa aquí la noche.

—No.

En realidad estaba deseando marcharse. El simple hecho de estar enfrente de la cueva le ponía nervioso. Recordaba lo que había vivido durante la niñez en aquel espacio pequeño y lóbrego. Las palizas, las amenazas, los lamentos de su madre, las fanfarronadas de Padre mientras extendía por el suelo las pertenencias ensangrentadas de un viajero que había tenido la mala suerte de tropezarse con él. Demasiadas vivencias. Y ninguna que le apeteciera recordar.

—Tú eras un buen hijo de puta —dijo Frugelo con zalamería—. Por algo te reclutó Ibn Hafsun. Quédate conmigo y haremos que los campesinos vuelvan a tener miedo. Más miedo que cuando les amenazaban Padre y Bellido.

—No.

—¿Y qué harás? Los hafsuníes están acabados.

—Lo sé —reconoció Álvaro.

—Y está claro que no has encontrado a un señor mejor que Ibn Hafsun.

—Eso sería imposible.

—Oh, vamos, Ibn Hafsun era de la misma calaña que Padre. Empezó siendo un bandolero, un asesino, igual que nosotros, pero él fue listo y prosperó, y Padre se quedó como estaba.

Álvaro se adelantó. Fue rápido. Sujetó a Frugelo por el gaznate, impidiéndole respirar.

—Suéltame —graznó el joven. Álvaro sintió la punta del cuchillo apoyada en el estómago y al cabo de unos segundos obedeció de mala gana.

—Ten cuidado con lo que dices.

Frugelo se frotó la nuca y miró hacia atrás para comprobar si Zahra había presenciado la escena.

—Eres demasiado susceptible —dijo—. Ibn Hafsun era un hombre como los demás.

—Un hombre como los demás, no. Samuel fue el hombre al que le juré fidelidad.

—¿Qué importa? Está muerto y tu juramento murió con él.

—Yo decidiré cuando mi juramento deja de tener valor.

—Pues tendría que haber dejado de tenerlo hace muchos años. El hijo de Ibn Hafsun quería tu cabeza, ¿te acuerdas? Si no llegas a escapar los hafsuníes te habrían arrojado por el barranco igual que hicieron con aquel obispo. Tendrías que haber visto cómo se reía Bellido. A mí me dio pena, pero él era un cabrón envidioso y le hizo gracia tu desdicha.

—Fue Sulayman el que quiso matarme —puntualizó Álvaro—. De Samuel nunca tuve queja.

Hizo un gesto de despedida. Había venido con la esperanza de que su madre viviera todavía. Al no ser así, no veía ningún motivo para perder más el tiempo con Frugelo. Su relación era casi inexistente. Había demasiada diferencia de edad entre ellos.

—¿Dónde te vas?

—A Córdoba.

—¿Córdoba? —Los ojos de Frugelo brillaron con malicia—. Tal vez no te lo hayan dicho, pero en Córdoba reside el emir, Abd al-Rahman, aunque creo que ahora el bastardo presuntuoso se hace llamar califa. No es la ciudad más indicada para uno que detesta a los Omeyas.

—Estoy enterado.

—¿Entonces para qué vas a ir allí, hermano? ¿Es que te aguarda alguien en Córdoba?

—Samuel —contestó Álvaro sin vacilar—. Samuel me aguarda en Córdoba.

2

Refugiados

Los caballos llegaron cuando aún resonaba en los campos la voz del almuecín llamando a las gentes a la felicidad. Veinte jinetes precediendo a una decena de mulas y, tras ellas, cuarenta hombres, mujeres y niños que iban andando. Caminaban despacio, bamboleándose, como si hubieran estado en pie toda la noche.

Un viejo que había sido interrumpido cuando practicaba sus abluciones salió rezongando de la mayor de las casas. El que le avisó no debía haber hecho mención del tamaño del grupo, porque al verlo en su totalidad se paró en seco y el enfado que desfiguraba sus rasgos se trocó rápidamente por temor.

Un jinete sobre un hermoso garañón se adelantó respecto a sus compañeros. Era alto y aguerrido. Tenía las cejas estrechas, los ojos negros, y un centenar de arrugas prematuras cruzando su rostro como pequeños arañazos.

—Dime: ¿Pertenece esta finca a Tariq al-Miknasí?

—Sí, a él le pertenece.

—Tu amo le compró a mi padre unas esclavas de las que se había encaprichado, pero en lugar de entregar la cantidad convenida nos pagó con mentiras y excusas —declaró el jinete—. Esta finca servirá para saldar la deuda.

—Mi amo no me ha dicho nada.

—Te lo digo yo.

El viejo tragó saliva. Miró la puerta que cerraba la cerca de la finca, como calculando si aún era posible cerrarla antes de que entrasen más intrusos, y tras llegar a una conclusión negativa dio media vuelta y entró en la casa de la que procedía. Oyeron voces, una discusión que él dominaba gritando más fuerte que sus interlocutores. Un mensajero apareció a los pocos minutos por la puerta, corriendo como un animal que ha sido desalojado con violencia de su madriguera. Miraba hacia atrás continuamente, temiendo que uno de los jinetes espolease a su caballo para perseguirle.

—Avisará a Tariq —advirtió uno de los recién llegados.

—Que lo haga. Y que venga, cuanto antes mejor. Así solucionaremos este asunto de una vez por todas.

El viejo y su familia abandonaban la casa principal llevándose ollas, cazuelas y tinajas. Llevaban encima todo lo que buenamente podían sujetar y más, haciendo equilibrios mientras andaban para que no se les cayese nada.

—¿Qué hacéis?

—Vamos a ver a nuestro señor para que nos instruya sobre lo que tenemos que hacer —contestó el viejo.

—Yo te explicaré lo que tienes que hacer —repuso el jinete—. Mi gente está cansada y hambrienta. Dadles de comer y de beber, y preparad un sitio en la sombra para que se tumben.

El viejo vacilaba. El caballo del líder de los intrusos caminó hasta ponerse a su altura, situándose tan cerca que el aliento del animal le rozaba la mejilla, cálido como un viento del desierto.

—¿A qué esperas?

Como si hubieran recibido una señal, los miembros de la familia tiraron las ollas al suelo y entraron corriendo en las casas. El patriarca salió poco después con las llaves de la despensa, acompañado por un zagal que a la vuelta iba cargado con harina, aceite, cecina y miel.

Satisfecho, el jinete descendió del caballo. Pero enseguida se le doblaron las piernas y apoyó la rodilla en tierra. Hilal desmontó de un salto para ir auxiliar al caído. Más atrás Dihya pedía ayuda a sus esclavas para bajar de la mula.

—¿Qué te ocurre, señor?

—Déjame, por Dios. Estoy bien —dijo Karim, incorporándose—. Hemos cabalgado la noche entera. Es normal que me fallen las fuerzas.

—Entonces descansa —propuso el padre de Karim tras aproximarse.

—Hay mucho que hacer. Tariq podría venir y no ha de encontrarme durmiendo. Y ese viejo se escapará en cuanto nos descuidemos. Será preciso vigilarle, al menos hasta que sepamos de qué medios disponemos y dónde está cada cosa.

Dihya llegó seguida por sus esclavas, que revoloteaban a su alrededor como una bandada de golondrinas. El embarazo hacía que se moviera con torpeza, pero consiguió infiltrarse en medio de los hombres para examinar con semblante preocupado el rostro de su marido.

—¿Cómo estás? ¿Qué te pasa?

—Nada. Simple cansancio.

—¿No te dolerá otra vez aquella herida?

—No —aseguró Karim—. Ya la he olvidado, gracias a Dios.

Movió el brazo para abarcar las construcciones del caserío, la alberca y las tierras de labor. Su sonrisa era la misma que exhibía en el momento de hacerle un regalo, así que Dihya intuyó lo que iba a decirle antes de que abriera la boca.

—Mira lo que hay aquí y acomódate con tus esclavas donde te apetezca. Tú estarás igual de agotada que yo, o más.

El padre de Karim había dirigido los ojos en las direcciones que marcaba el brazo de su hijo, revisando la finca al tiempo que aquel se la mostraba a Dihya.

—Es peor que lo que teníamos —concluyó—. Pero hemos de agradecer a Dios que nos haya compensado por lo que hemos perdido.

—Mejor o peor, aquí nos asentaremos —dijo Karim—. Nuestros antepasados

eran nómadas, sin embargo nosotros nos hemos acostumbrado a vivir en un lugar y el lugar en el que estamos ahora es en el que viviremos a partir de hoy. —Tomó la lanza cruzada sobre la silla de montar y la clavó profundamente en el suelo—. Esta será la señal de que la finca pertenece a nuestro clan. Y el que quiera desalojarnos tendrá que desclavarla primero, si es que no muere intentándolo.

—Si alguien lo intenta morirá —remachó Hilal.

Uno de sus compañeros ató una bandera al asta. Luego se alejaron para comprobar que la bandera fuera bien visible desde el camino que unía la finca con el puente sobre el Guadiana. Los visitantes que se acercasen al caserío sabrían ya, antes de hablar con nadie, quiénes eran sus dueños.

Guardaron las bestias en los establos, aunque había tantas que la mitad tuvo que quedarse fuera. Descargaron sus posesiones, que eran lamentablemente escasas. Después del desastre de Mojáfar, el padre de Karim había propuesto que vendieran algunas de las cabalgaduras para financiar el éxodo del clan. Él se había negado, aduciendo que no eran mendigos para vender todo lo que tenían, aunque la verdadera razón era que amaba demasiado a sus caballos como para desprenderse de ellos.

Pasó la mañana. Comieron. Reposaron. Tariq al-Miknasí seguía sin dar señales de vida y el viejo que llevaba la finca en su nombre iba poniéndose más y más nervioso, aguardando en vano que su dueño viniese a rescatarlo. Al final los hombres de Karim se burlaban de él preguntándole cuándo iba a venir Tariq y si traería con él a muchos soldados.

—No es cosa de broma —dijo Mahmud, el padre de Karim, levantando un dedo para amonestarlos—. Estoy convencido de que a estas horas al-Miknasí ya se habrá presentado ante el cadí de Badajoz para denunciar que nos hemos apropiado de su hacienda.

—¿Y qué importa si nos denuncia? —preguntó Hilal ibn Ziyad. Era un hombre menudo que compensaba las insuficiencias de su físico con una tenacidad extraordinaria. Tenía una barba corta salpicada de canas y un conjunto de cicatrices en el cuello y los brazos que hablaban con elocuencia del tipo de vida que había llevado junto a Karim—. Lo que hemos hecho es conforme a la ley, porque al-Miknasí tenía una deuda con nosotros que no quería pagar.

—Es cierto, pero el cadí pedirá pruebas y Tariq aportará testigos que mentirán para favorecerle, aunque los tenga que traer de Mojáfar. Además, ten en cuenta que Tariq es conocido en Badajoz y nosotros somos extranjeros aquí, lo que puede influir en la decisión que tome el juez.

—Da igual lo que resuelva. Vive Dios que no devolveremos la hacienda, sea cual sea la sentencia del cadí.

—Cuidado, un comportamiento semejante puede excitar contra nosotros la cólera de los Banu Marwan.

—Solo si permitimos que al-Miknasí nos coja desprevenidos —intervino Karim —. La derrota de los hafsuníes en el sur debe haber preocupado a los Banu Marwan. Habiendo eliminado por fin ese obstáculo, Abd al-Rahman III puede dedicar todos sus recursos a pacificar las Marcas media e inferior y devolverlas a su obediencia. Sabiendo que ya ha empezado a hacerlo acosando a los Banu Warayul en Mojáfar, no me cabe duda de que los Banu Marwan habrán empezado a tomar medidas para salvaguardar su independencia.

—¿Y qué tienen que ver las precauciones que tomen los Banu Marwan con nosotros, mi señor?

—Los Banu Marwan necesitarán aliados para defenderse de los Omeyas, como los necesitaban los Banu Warayul en Mojáfar. Nuestro clan puede aportar treinta guerreros arrojados y curtidos en la batalla, y si le ofrecemos una alianza a Abd al-Rahman al-Yilliqí doy por hecho que nos aceptará en el acto y nos entregará excelentes regalos para contentarnos. De esta manera, nada de lo que haga o diga Tariq tendrá repercusión alguna. Pero hemos de ir pronto —añadió levantándose—, antes de que Tariq haya tenido tiempo de calumniarnos ante al-Yilliqí y reunir testimonios en contra nuestra.

Karim reunió un grupo de diez hombres. Eligió a los de aspecto más belicoso y luego les hizo lavarse y cambiar sus ropas por otras limpias para que no que pareciesen unos pordioseros. Al resto de sus contríbulos que tenían edad de empuñar un arma los dejó en la finca para que defendiesen a las mujeres, los ancianos y los niños, encargándoles que cerrasen las puertas cuando ellos se fueran. No había que descartar la posibilidad de que hubiera partidarios de al-Miknasí emboscados en las cañas que flanqueaban el curso del Guadiana, esperando la ocasión de lanzar un ataque por sorpresa.

—Ve con cuidado —le advirtió Dihya al despedirse—. Sois extraños en esta ciudad y os mirarán con recelo.

—Somos doce contando con mi padre, que aún es capaz de matar a espada al que se le oponga. —Karim hablaba con una arrogancia apenas atemperada por los recientes reveses—. La gente se lo pensará dos veces antes de provocarnos.

Puso la mano sobre el hinchado vientre de su esposa. Estaba tan ansioso por tener un hijo que repetía con frecuencia aquel gesto, como para cerciorarse de que el niño aún vivía.

—Ruego a Dios que sea un varón.

—Será un varón —afirmó ella.

Karim clavó la mirada en el vientre de Dihya, como si trata de adivinar el rostro del que había de ser su sucesor.

—Habrá que buscar una partera. La mejor que haya en Badajoz. Y también una nodriza.

—No hay prisa. Antes tienes que convencer a Abd al-Rahman al-Yilliqí para que nos permita quedarnos. Después habrá tiempo de sobra para buscar una comadrona.

—Cuenta con la aprobación de al-Yilliqí. Debe estar asustado, temiendo que el omeya venga a por él tras haber sometido a los Banu Warayul. Y los soberanos asustados suelen ocultarse detrás de un muro de morenas lanzas para calmar su miedo. En cuanto le ofrezcamos las nuestras nos dará lo que le pidamos.

—Entonces, ¿crees que aquí podremos empezar de nuevo?

—Desde luego —dijo Karim con seriedad—. Y seremos más numerosos y más temibles de lo que éramos, con la ayuda de Dios.

Dihya estaba deseando creerle, así que le creyó. Se había pasado la noche sollozando, bien envuelta en la manta y el velo para que ni siquiera sus esclavas se dieran cuenta de que lloraba. Era la esposa de Karim. Tenía que ser fuerte o al menos aparentarlo. En torno a su mula, las mujeres a las que no sujetaban escrúpulos similares gemían lamentando todo lo que habían perdido y el sonido ondeaba por encima de ellos como un sombrío gallardete que reemplazase la antigua bandera del clan.

—Tengo un primo en Badajoz —se acordó de repente—. Si tenéis algún problema podrías pedirle ayuda.

—¿Quién es?

—Es un poeta. Creo que forma parte de la corte de al-Yilliqí.

Karim frunció el ceño.

—¿He dicho algo que te importune?

—Me disgustan los poetas —dijo Karim—. Son sacos llenos de aire y de nada más.

—¿Cómo es eso? Si yo misma te he oído a ti recitar poemas y contar historias…

—Alguna vez he improvisado versos antes de desenvainar la espada —aceptó su marido—. Pero nunca he pretendido que me den de comer por ello.

—De todas formas puede sernos útil. No desprecies a nadie hasta que nuestra posición en Badajoz sea firme.

—No lo haré.

Dihya vio marcharse al grupo del que dependía el futuro del clan y cruzar el endeble puente que cruzaba el río en aquella zona. En el lado opuesto del Guadiana la maciza alcazaba construida por Ibn Marwan coronaba el Cerro de la Muela, por cuyas laderas se extendía la medina. La muralla urbana resultaba impresionante incluso a aquella distancia. Las tapias de adobe del muro original habían sido reparadas y fortalecidas a raíz del pavor provocado por la carnicería que el rey Ordoño II de León causó entre los habitantes de Évora dos décadas atrás. Una renovación que resultaría muy oportuna si, como opinaba Karim, Abd al-Rahman III decidía poner fin a la independencia de la que habían gozado hasta entonces los Banu

Marwan.

Karim había acertado con sus suposiciones. El emir de Badajoz, Abd al-Rahman ibn Abdallah al-Yilliqí, el nieto del fundador de la ciudad, acogió con satisfacción a sus nuevos aliados y les prometió numerosas mercedes. Y mientras se producía el acuerdo entre ambas partes, llegaba a la ciudad la noticia de que el general bereber Ahmad Ibn Muhammad Ibn Ilyas, uno de los comandantes de Abd al-Rahman III, seguía hostigando a los señores de Mérida y Santarém. La caída o la rendición del castillo de Mojáfar parecían inminentes y unos espías procedentes de Córdoba traían el rumor de que el propio califa iba a ponerse al mando de las expediciones contra las coras rebeldes del occidente peninsular.

Dihya no sabía si sentirse alegre o inquieta. Al-Yilliqí le había confirmado a Karim la posesión de la heredad, aunque evitando entregarle documento alguno, para no comprometerse. Ahora disponían de un sitio en el que vivir. Se había terminado la perplejidad que comenzó cuando los soldados de Ibn Ilyas prendieron fuego a sus molinos y arrasaron sus cultivos, haciéndoles temer que regresarían a la existencia nómada de sus antecesores, un tipo de vida al que ya no estaban acostumbrados, al que difícilmente lograrían acostumbrarse. Sin embargo Dihya recelaba que la tranquilidad alcanzada fuera simplemente una tregua, una pausa, un respiro momentáneo antes de verse obligados a emprender una segunda huida, aún más terrible que la primera. Del mismo modo que sus anteriores aliados, los Banu Warayul de Mojáfar, se mostraban incapaces de resistir los hostigamientos del general Ibn Ilyas, ¿qué esperanza podían tener los señores de Badajoz, cuyo poder llevaba años debilitándose? Unirse a su partido le parecía a Dihya una medida lógica pero, en el fondo, poco atinada; se habían comportado en aquella cuestión como el que, ahogándose, se sujeta a cualquier asidero que alcance su mano, sin fijarse en que está podrido y se deshará en cuanto trate de tirar de él para salir del agua.

Tenía otras preocupaciones, sin embargo, que impedían que reflexionase en exceso sobre su situación. A fin de cuentas esperaba un hijo y el viento de la felicidad hinchaba sus velas. Y había que reorganizar la finca, que el viejo servidor de al-Miknasí llevaba a su antojo, quedándose para sí un tercio de los ingresos. Cuando el padre de Karim lo descubrió se puso a buscar una vara y luego estuvo persiguiendo al sirviente de edificio en edificio, llamándole ladrón y cosas peores. Pese a ello, el viejo se había quedado en la hacienda. Tal vez temía que al-Miknasí hubiera tenido conocimiento de las irregularidades cometidas y le reclamase la parte que se había quedado.

—¿Ha vuelto ya?

El padre de Karim negó con la cabeza. Le hacía gracia esa impaciencia de Dihya,

como si considerase que su marido arriesgaba la vida cada vez que salía de la hacienda.

—Sería poco juicioso que escatimara el tiempo que pasa junto al emir de Badajoz, hija mía. Al contrario, Karim tiene que estar con él tanto tiempo como pueda, para convencerle de su valía y su fidelidad.

—¿Cómo es?

—¿A quién te refieres? ¿Al emir? Es la sombra de la sombra de su abuelo, al que Dios haya perdonado. Pero este es un problema que se da con frecuencia en las dinastías, si no se tiene cuidado al educar a los príncipes. El hijo es menos competente que el padre, y el nieto es menos competente que el hijo, y así sucesivamente hasta que la dinastía es tan endeble que el menor soplo de viento la derriba.

—¿Y nos interesa aliarnos con un emir que sea un inepto?

—Tiene sus ventajas, hija mía, aunque Dios decidirá como le plazca. Un emir inepto ofrece más oportunidades para prosperar a las gentes de su confianza que uno bueno, que sabrá mantener a cada cual en su sitio e impedir que ascienda tanto que llegue a constituir una amenaza para su gobierno.

El padre de Karim era un anciano de buena presencia, en pie siempre desde muy temprano, al que le gustaba compadecerse de pequeñas desdichas delante de Dihya para terminar sonriendo de una forma que significaba: «Pero esas tonterías no son nada. Lo importante es que, gracias a Dios, sigo vivo». Ella había aprendido a estimarle como a un padre y Mahmud solía afirmar que estaba muy satisfecho de la esposa que había elegido para su hijo. Cuando, en la noche de bodas, Karim tiró la sábana ensangrentada a los familiares que esperaban fuera del dormitorio, fue él quien recogió la sábana del suelo, adelantándose a todos, y bailó levantándola sobre su cabeza, rodeado por las mujeres que aplaudían alabando a Dios.

—Disculpadme si soy atrevida, padre, pero, a juzgar por lo que me habéis contado, ¿no sería más conveniente que Karim se enrolase en el ejército omeya? Tengo la impresión de que al aliarnos con el emir de Badajoz nos hemos aliado con el débil en contra del fuerte, como ya sucedió en Mojáfar.

—Las tropas reales mataron a Firqan y se llevaron su cabeza para exhibirla en Córdoba —dijo Mahmud con una brusquedad que sobresaltó a su nuera—. ¿Cuál será el precio de la sangre en este caso? ¿Nos conformaremos con que el califa nos conceda algunos beneficios? ¿Le pondremos un precio en dinares a la cabeza de Firqan, como si fuésemos a venderla en el mercado?

—No me he olvidado de Firqan, padre, pero temo por el niño que patalea y se agita en mi vientre.

—Todos nos preocupamos por ese niño —Mahmud dulcificó su expresión—. Que nada te inquiete. Firqan nacerá en un clan orgulloso. Y si Dios lo quiere, un clan

poderoso.

El padre de Karim dejó escapar un suspiro. Hablar de su hijo muerto solía alterar su temperamento, normalmente apacible.

—Me han dicho que han venido dos mujeres para que las entrevistes.

—Una es partera y la otra comadrona.

—Entonces no te entretengas más conmigo y ve a hablar con ellas. Es una elección importante. Debes dedicarle toda tu atención.

Dihya obedeció. La candidata a ser la nodriza del niño acudió acompañada por su marido, ya que su consentimiento era necesario para que pudiese alquilar sus servicios. Se trataba de un hombre pequeño, taciturno, con la mirada baja, que insistía en estar presente durante la entrevista a pesar de que no decía nada, ni a favor ni en contra. Cuando ella le recordó que tendría que abstenerse de tener comercio sexual con su esposa mientras durase la lactancia del niño se limitó a asentir hincando la barbilla en el pecho, profundamente abatido.

La partera, en cambio, había venido sola. Dihya la encontró sentada en un taburete, rebañando con un trozo de pan la escudilla que le habían servido las esclavas.

Al ver a la futura madre se levantó de un salto, apartando la escudilla que la estorbaba para hacer reverencias. Iba envuelta en unas sayas de grueso sayal y un amplio velo. Una cara consumida, cetrina, emergía de sus ropas como el sol en medio de la niebla.

—¿Cómo te llamas?

—Barira, señora.

—¿Tienes experiencia?

—Oh, sí, señora. Dios sabe que he traído al mundo por lo menos a un millar de niños, y ninguno murió durante el parto o quedó tullido.

—Supongo que me daréis medios para comprobarlo.

—Naturalmente, señora. Os daré los nombres de las familias para que comprobéis que digo la verdad. No me acuerdo de todas, por desgracia, pero sí de las suficientes para que os quedéis tranquila.

En realidad no era necesario, Barira venía ampliamente recomendada. Había trabajado de comadrona desde que enviudó de su segundo marido y era famosa en Badajoz y sus alrededores. Se afirmaba que las mujeres que iban a parir al mismo tiempo se peleaban entre ellas por obtener los servicios de Barira mientras ella, muerta de risa, contemplaba las discusiones desde su asiento.

—¿Habéis preparado ya los amuletos, señora?

—Sí. —Dihya había recogido apresuradamente los amuletos antes de partir, pues traía mala suerte perderlos.

—¿Se llamará como el abuelo paterno?

—No. Se llamará como su tío. Firqan.

—Bonito nombre. —La vieja extendió la mano para tocar el vientre de Dihya. Le sorprendió que su contacto fuera tan distinto del de Karim. Los dedos de la comadrona parecían zarzas arañando su piel.

En cuanto la comadrona apartó la mano Dihya sintió un cansancio repentino, como si anticipase las emociones, la agitación que provocaría el nacimiento del niño. Estaba deseando que llegase ya el séptimo día, cuando se le impondría el nombre al recién nacido.

—¿Os encontráis bien?

—Sí —dijo Dihya. Buscó otro taburete para sentarse frente a la comadrona. Notaba la frente llena de sudor y las axilas húmedas, y le entró miedo de que su cuerpo no estuviese a la altura de la prueba que se avecinaba.

—Es un bonito nombre, Firqan, muy bonito —insistió la partera, indiferente al malestar de Dihya—. Hay fuerza en los nombres, ¿sabéis? Que un niño tome el nombre de uno de sus ancestros es más que una simple muestra de respeto, también se hace para que se parezca a él, para que herede sus virtudes.

«Que mi hijo herede las virtudes de Firqan, si esa es la voluntad de Dios —pensó Dihya—, pero rezaré al Misericordioso para que no comparta su destino».

Ordenó a las esclavas que volvieran a llenar de comida la escudilla. La partera se lo agradeció con una inclinación de cabeza y ella salió presurosa de la cocina, escabullándose antes de que llegaran las mujeres del clan, cuyas voces oía ya acercarse, combinadas como el zumbido de un enjambre. Barira sabría sin duda entretenerlas con mil anécdotas. A Dihya le resultaba más difícil manejarlas. Dentro de la estricta jerarquía que delimitaba las relaciones dentro del grupo ella ocupaba un puesto inferior, muy lejos de la viuda de Firqan o la madre de Karim, que eran las reinas indiscutibles de aquella pequeña sociedad. El ascenso de Karim a la posición de líder del clan y su embarazo habían mejorado la situación de Dihya, aunque menos de lo que ella esperaba. Aún se sentía disminuida en presencia de las otras mujeres, aún tenía dificultades para seguir sus conversaciones cuando rememoraban interminablemente el pasado de la familia, las tradiciones que custodiaban celosamente sin permitir que se alterase ninguna de las viejas costumbres, ninguna de las particularidades conservadas de generación en generación.

Fuera, sin embargo, tampoco encontró la calma que estaba buscando. Uno de los sirvientes corría para cerrar las puertas de la tapia en torno la hacienda. Rápidamente llegaron los hombres que se habían quedado, incluido Mahmud. Dihya escuchó los bufidos de unos caballos extraños, vio el polvo suspendido en el aire y comenzó a sentir las sacudidas del miedo. Parecía repetirse la escena de unas semanas atrás, cuando los jinetes de Ibn Ilyas llegaron al amanecer para traerles la desgracia.

—¡Abrid! —gritó alguien. La puerta cerrada ocultaba por completo su figura,

pero Dihya se lo imaginó alto y terrible.

—¿Quién es? —preguntó al sirviente. Traía consigo un grueso bastón, que acababa de recoger en uno de los cobertizos.

—Dicen que es al-Miknasí, señora, y que ha venido a arrebatarnos la finca.

—Eso no sucederá mientras yo viva —mascculló el padre de Karim.

—¡Abrid, infames! —volvió a gritar el jinete—. ¡Dejad ya de quitaros el hambre con mi pan y mi aceite! ¡Zaparrastrosos! ¡Ladrones!

—Es mejor para ti que la puerta siga cerrada —respondió a gritos Mahmud—. Porque si abrimos y entras te hendiremos la calva con nuestras espadas.

—¿Quién eres? ¿Quién me habla?

—Soy Mahmud ibn Saqya. ¿Te acuerdas de mí? Hace dos años te vendí unas esclavas, pero después de habértelas llevado te quejaste de que el precio que habíamos convenido era demasiado alto y te negaste a pagármelas.

—Olvidemos esa disputa —repuso al-Miknasí. Dihya vislumbró la punta de su gorro de seda asomándose tras la puerta, pero nada más—. Entregadme la hacienda y yo te pagaré el precio de las esclavas.

—No es necesario. Ya he recibido la indemnización que nos correspondía y estoy conforme con el importe.

De repente una patada en la puerta. Dihya dio gracias a Dios de que hubieran tomado la precaución de reforzarla. Los hombres del clan desenfundaron las espadas; ella lamentó que los más vigorosos, los mejores, se hubieran ido acompañando a Karim. En la hacienda solamente quedaban los demasiado ancianos o los demasiado jóvenes, algún herido durante la pelea con los soldados Omeyas que todavía no estaba completamente recuperado. Y los esclavos, esgrimiendo bastones y chuzos, temblando a causa de la angustia.

—¿Cuántos son? —preguntó al esclavo que había dado la alarma.

—Ocho, señora. Tienen aspecto de rufianes. Gente con malas entrañas. —Sacudió la cabeza con pesar—. Si consiguen entrar no tendrán consideración con nadie.

Vio de reojo a las mujeres. Juntas, muy juntas, como un racimo de frutos oscuros. Asustadas. Mahmud indicó a Dihya que se reuniera con ellas. Y a ellas les pidió que se escondiesen en la despensa, que era el edificio más sólido de la finca, y se encerraran dentro.

La idea horrorizó a Dihya. Imaginaba los alaridos de las demás mujeres concentrados en el reducido espacio de la despensa, sus cuerpos apretados contra el suyo, aquel olor de los ungüentos contra los granos, que le provocaba arcadas, sin que hubiera escapatoria, ninguna ventana por la que entrase aire fresco.

Se quedó atrás sin querer, paralizada. Mientras tanto los hombres seguían las instrucciones del padre de Karim. Apilaban sacos y troncos contra la puerta, utilizaban los bastones para repeler una escalera que trataba de apoyarse sobre la

coronación del muro. Las patadas en la puerta eran continuas; una especialmente fuerte casi hizo saltar el cerrojo y Dihya supuso que había sido una coz.

—¿Es que voy a tener que echar la puerta abajo? —gritó al-Miknasí— ¡Por Dios que haré que me abonéis la reparación, junto con todo lo que hayáis consumido!

Dihya miró atrás. La despensa ya estaba cerrada. Sus esclavas, tan desorientadas como ella, vacilaban entre echar a correr para esconderse en cualquier lugar o permanecer al lado de su ama.

En aquel momento se detuvieron los golpes. Un súbito silencio en el exterior y, al cabo de un instante, un galope de caballos deteniéndose bruscamente. Dihya suspiró. Era Karim. Incluso sin verle aún, le reconocía.

—Calmaos —estaba diciendo Tariq. Su audacia se había evaporado, ahora se mostraba conciliador, un ejemplo de moderación—. Estaba pidiendo lo que es mío. Nada más.

—¿Pedir? A mí me parece que lo exigías.

—Tengo derecho a exigir. El cadí me ha dado la razón.

—Pues que venga el cadí a echarnos. Pero no creo que al emir le agrade.

—¿El emir conoce mi caso?

—Por supuesto.

—Entonces iré a verle para que me haga justicia.

—Pues ve. Pero hazlo deprisa, no te entretengas. Cuanto antes te perdamos de vista mejor.

Un gruñido. Una orden dada de mala gana. Y de nuevo caballos emprendiendo el galope, esta vez alejándose. Karim llamó a la puerta y los esclavos, aliviados, retiraron rápidamente todo lo que estorbaba para abrirla.

—Demos gracias al Omnipotente, hijo —saludó Mahmud a su hijo—. Si hubierais llegado una hora más tarde quizá no nos habríais encontrado aquí.

Dihya seguía de pie, unos metros detrás de Mahmud. Karim entraba encabezando el grupo de jinetes, sonriendo de oreja a oreja mientras escuchaba a sus parientes alabarle por haber llegado justo a tiempo, pero la sonrisa con la que le recibió Dihya era todavía más amplia, todavía más alegre que la de su marido.

3

Un escarnio tardío

Era un día cálido de primavera en Córdoba, bajo el cielo despejado que anticipaba otro verano sofocante. Álvaro se secó el sudor de la frente con la tela de algodón que envolvía su mano. Estaba acostumbrado al sol; en los largos estíos de Bobastro había soportado estoicamente el calor blanco del mediodía, que reverberaba en los muros de la fortaleza como si fuera la mirada de Dios mismo, plegándose a una curiosidad pasajera. Pero aquel estrépito era nuevo para él. Y también era nueva la planicie. Sus ojos, que durante años habían medido el mundo desde la cima de una montaña rodeada de montañas, erraban desconcertados en una ciudad tan llana que podía abarcarse entera después de subir a una de sus torres. La ciudad de sus enemigos.

Aún así, la planicie era engañosa. En la sierra no había tantos recovecos ni tantos rincones ignorados como en Córdoba, la llana. Ya había llegado a la conclusión de que la capital de los Omeyas brindaba a los fugitivos unas oportunidades para esconderse semejantes a las de cualquier serranía, por angostos que fueran sus pasos. La única diferencia era que, en las montañas, un hombre solo podía esconderse y sobrevivir, mientras que en Córdoba resultaba imprescindible recurrir a la ayuda de amigos y aliados para mantenerse oculto.

Precisamente ese día Álvaro había decidido renunciar a la protección que le ofrecían sus amigos. Allí estaba, al descubierto, entre gentes que correrían a denunciarle en cuanto sospechasen quien era él. Había caminado por los callejones de la ciudad, pisado la honda sombra en la entrada de las mezquitas, vislumbrado los patios prohibidos. Y había cruzado la muralla que separaba la medina de los arrabales por la Puerta del Puente, fijándose en la antiquísima estatua de una deidad evocadora de la Virgen María, asombrado de que pudiera hacer con aquella facilidad lo que Ibn Hafsun y él habían planeado inútilmente, con la diferencia de que en su imaginación ellos atravesaban la muralla montados a caballo, armados, provocando la segunda y definitiva caída de la dinastía omeya. Pero sus planes nunca llegaron a hacerse realidad. El tercero de los monarcas omeyíes que llevaban el nombre de Abd al-Rahman continuaba siendo el rey más poderoso del Occidente, mientras que las esperanzas de Álvaro se habían convertido en ceniza. Un recuerdo. Como las ruinas romanas sepultadas bajo las calles que ahora pisaba.

Álvaro alzó la vista hacia el cielo comprimido por la presencia incesante de los tejados. Se acercaba la hora. Pronto, al comenzar la tarde. Experimentó un inesperado deseo de mantenerse al margen. Caminar sin más, continuar por la calle principal de la medina, hasta llegar a la Mezquita Mayor y los edificios del alcázar, para meditar de nuevo acerca de lo que pudo ser y no fue. Ya se apreciaban a lo lejos los pardos

paredones de la gran mezquita. Sin embargo Álvaro le dio la espalda, igual que les dio la espalda a los músicos, los buhoneros, los domadores de monos, los epilépticos fingidos, agitándose en el suelo para ganarse unas monedas, las recuas de asnos que penetraban inverosímilmente en los callejones más estrechos. Le dio la espalda al ruido y a los olores. Otra diferencia respecto a las sierras en las que había vivido su vida. En Córdoba el aire limpio de las cumbres era un lujo impensable. Álvaro atribuía a los jardines encerrados tras las tapias de los palacios algo de luz y color, y la caricia ocasional de una brisa perfumada por los arrayanes y los narcisos, pero en el laberinto de calles en las que se hacinaban los plebeyos olía a pan, a humedad y a carne guisada, y entre los peatones fluían turbios arroyuelos arrastrando las aguas fecales de la ciudad.

Compró a un sahumador un pañuelo perfumado para resguardarse de aquella mezcla insalubre de olores. De todas formas no se sintió completamente aliviado hasta salir de la medina por la Puerta del Puente para reencontrarse con un cielo al que ya no aprisionaban los aleros de los tejados, extendido sobre el ancho espacio que ocupaba el cementerio de Saqunda, el río caudaloso, bravío, y los alejados caminos flanqueados por árboles cuya sombra era, a diferencia de las que llenaban tantos portales y recodos de la medina, fecunda y gozosa.

Al otro lado de los muros la muchedumbre ya estaba reuniéndose en la gran explanada de la *Musara*, que servía para escenificar las grandes fiestas, y con ella venía el rumor de la ciudad, esa voz de muchas aguas a las que hacía referencia el Génesis, expresándose en tres idiomas distintos, aunque predominase el dialecto entre árabe y romance. Pero ese día la multitud no iba a rogar por el final de una sequía, ni era su intención presenciar un desfile militar o un partido de polo. Su destino era el paseo empedrado al borde de la ribera derecha del Guadalquivir. Al pie de la muralla había una hilera de álamos plateados. Y junto a los álamos se alargaba también una hilera de cruces y postes, incluyendo dos que acababan de ser elevadas, las únicas vacías.

No se dio prisa en acercarse a aquel paseo, al que llamaban *Rasif*. Tampoco habría podido hacerlo fácilmente, de haberlo pretendido. Un muro de cuerpos le rodeaba por todas partes, le entorpecía, y los empujones con los que Álvaro respondía a los roces demasiado prolongados no daban ningún resultado. Aunque tuviera ojos, el gentío era ciego. Aunque tuviera oídos, era sordo. Nada importaba al populacho salvo llegar a tiempo de ver el espectáculo, y una vez logrado este objetivo su único afán era conseguir un buen sitio. Algunos, más ágiles que el resto, estaban trepando por la muralla y por los álamos, y al alcanzar la altura deseada, o la que se atrevían a alcanzar, se quedaban colgados como harapientas golondrinas, confiando en tener las fuerzas suficientes para no verse obligados a emprender un vuelo prematuro.

Álvaro se conformó con un puesto que le permitiese vislumbrar el acto con cierta

tranquilidad. A él no le animaba el morboso interés por enterarse de todos los detalles; al contrario, hubiera preferido mantenerse al margen. Solo pensar en ello hacía que le hirviese la sangre. Era la última derrota. La última humillación. El golpe que desbarataba de una vez y para siempre los sueños y esperanzas por los que Álvaro había combatido. Era el final. Y sin embargo, a pesar de su rabia, a pesar del dolor, era lo que había venido hacer a Córdoba y lo haría.

Recordaba ahora que, tal y como él había temido, la muerte de Ibn Hafsun supuso el comienzo del tiempo de la incertidumbre, el tiempo de las sediciones y de los advenedizos. Los fieles compañeros de antaño se convirtieron en disciplinados funcionarios de la administración emiral mientras sus hijos desperdiciaban sus energías en una lucha fratricida, antes de perder una a una las fortalezas que reunió el padre. No estaba seguro de cuándo llegó a la conclusión de que iban a ser vencidos. Solo era consciente de que había continuado luchando después de ese instante de lucidez, como un sonámbulo que se niega a abandonar el sueño, hasta que la ingratitud de Sulayman le despertó violentamente, obligándole a enfrentarse a la realidad.

La muchedumbre se había coagulado ya en el paseo, rígida, atiborrada, incapaz de aceptar a nadie más. Ante Álvaro oscilaban los altos gorros iraquíes, los casquetes de fieltro, los gorros de lino. Unos pocos turbantes distinguiendo a los hombres de leyes. Y detrás de ese mar de tocados apreció movimiento y una sacudida como una ola que hacía retirarse al público. Se había abierto la *Bab al-Sudda* en la muralla del Alcázar y por ella aparecían los primeros mercenarios a caballo y las primeras enseñas.

Redoblaron los tambores, quizá para acallar los sonidos del improvisado zoco que vendía alimentos a los curiosos y los lamentos de los mendigos que pedían limosna. Los jinetes salieron de dos en dos, exhibiendo sus lanzas, hasta que todo el destacamento hubo cruzado la puerta y abierto un estrecho canal entre los espectadores. El siguiente en salir fue el prefecto de la ciudad, y luego el gran cadí, y los imanes que el califa tenía durante el mes de Ramadán, acompañados de sus almuédanos, y la cohorte entera de los favoritos de Abd al-Rahman, los *saqaliba* de ojos azules, raptados de niños en lejanos países del este, de modo que la multitud protegida por los mercenarios fuese apenas menos populosa que la que los contemplaba.

Álvaro estiró el cuello, comprendiendo que aquella pausa repentina tenía por objeto preparar mejor la admiración de los habitantes de Córdoba cuando se revelase el califa. De pronto Abd al-Rahman III cruzó la puerta rodeado de ceñudos soldados, sobre un caballo de pelo corto, más fornido y gallardo de lo que suponía Álvaro. Decían que en realidad era pelirrojo y teñía de negro sus cabellos para ocultar su ascendencia. Lo que no podía teñir sin dificultad era su piel, muy blanca, legado de una madre vascona y una abuela navarra.

El califa cabalgó lentamente hacia el espacio despejado frente a las cruces. Álvaro esperaba que descendiese de su montura para comprobar si sus piernas eran tan cortas como había oído, pero Abd al-Rahman se mantuvo erguido sobre la silla. Su mirada se desplazaba inquieta, observando a la muchedumbre, y sus integrantes contenían la respiración y agachaban la cabeza, amedrentados. Habían transcurrido solo unos pocos meses desde que Abd al-Rahman se proclamase califa y defensor de la religión de Dios. Quizá los habitantes de Córdoba no supieran aún cómo reaccionar en su presencia, cómo comportarse; tal vez se preguntaban si el hombre que los vigilaba parapetado tras su escolta de mercenarios era el mismo que en el sagrado mes de *dhu l-hiyya* ordenó a los predicadores oficiales que utilizasen el título califal en el sermón de los viernes. Sin duda debía haberse producido una transformación milagrosa, un cambio extraordinario, para que el nieto de Abd Allah considerase que había llegado la hora de reclamar el califato que los usurpadores abasíes arrebataron a sus antepasados. Este Abd al-Rahman que hoy contemplaban, el Príncipe de los Creyentes, no podía ser de ninguna manera igual que aquel Abd al-Rahman, el emir, al que antes obedecían.

Precisamente la ceremonia que iba a tener lugar a continuación era la segunda que refrendaba la transformación del emir de ayer en el califa de hoy. La primera se había producido cuando Abd al-Rahman visitó el baluarte de Bobastro para rezar en la mezquita abandonada y ordenar que fueran destruidas las obras que hizo construir el más tenaz de sus adversarios.

Pero para el soberano omeya no era suficiente. Su triunfo necesitaba ser escenificado también en otras partes, lejos de la elevada meseta que ocupaba Bobastro, donde el número de testigos hubo de ser por fuerza reducido. Álvaro conocía el valor de las ceremonias. Ibn Hafsun era aficionado a ellas; había reconocido al califa fatimí que gobernaba el norte de África, intentó presentarse a sí mismo como descendiente de nobles visigodos. Podía entender esos vaivenes: su señor buscaba a toda costa legitimarse. Como rey cristiano o musulmán, sunita o chiíta, ¿qué importaba con tal de ser rey? Lo que estaba por suceder, sin embargo, era otro tipo de ritual. Un ritual cruel, innecesario. Era un escarmiento que llegaba demasiado tarde, con el único objetivo de refrendar el poder omnímodo de quien lo administraba.

—Dios nos ha concedido una victoria manifiesta —proclamó el cadí. Su voz no era especialmente retumbante, sin embargo el silencio era tan vasto que sus palabras pudieron extenderse sin ser estorbadas, como el agua derramada sobre un suelo plano —. Durante años interminables la rebelión y la apostasía predominaron en al-Ándalus, hasta que nos fue entregado, a fin de rescatarnos, el califa de Dios, a quien Él ha escogido y puesto por encima de toda la Creación. Abd al-Rahman al-Nasir ha vuelto a conquistar al-Ándalus del mismo modo que su antepasado Abd al-Rahman

al-Dajir lo conquistó en el principio; gracias a la aplicación con la que ha combatido a sus enemigos al fin se han desvanecido las tinieblas de la infidelidad.

Salieron del Alcázar unos esclavos con dos grandes cajas de madera a cuestas, sin ningún tipo de adorno. Los esclavos avanzaron por entre los caballos hacia el espacio despejado ante las cruces, bajo la mirada atenta de Abd al-Rahman III.

—Este es el último de quienes cuestionaron la soberanía del Príncipe de los Creyentes —prosiguió el cadí. Aunque estuviera mintiendo, ya que los Di-l-Nun de Toledo y los tuyibíes de Zaragoza aún rehusaban aceptar los gobernadores Omeyas o enviar tributos a Córdoba, la muchedumbre no lo sabía o no consideró oportuno contradecirle—. Ahí viene el cabecilla de los hipócritas, el que se dirigía a sus partidarios diciendo: «Yo soy vuestro señor supremo». Ahí viene el que, como el faraón, se ensoberbeció con el poder. El tirano insolente, cegado por el orgullo, que se opuso a la religión de Dios.

«Embustero —pensó Álvaro, haciendo un esfuerzo por contener su ira—. Esos no eran los títulos que él se daba a sí mismo. Y además, omites que murió dentro de la obediencia a los Omeyas, tras haber firmado la paz. Lo que cuentas es solo una patraña para justificar lo injustificable».

Álvaro miró las cruces. Sulayman ibn Umar ibn Hafsun ya estaba allí, expuesto desde hacía dos años a las injurias de los fieles. La lluvia, los cuervos, las ocasionales pedradas, habían desfigurado su cadáver hasta convertirlo en algo que apenas recordaba a un ser humano. Se parecía más bien a los torpes espantapájaros que los labradores instalaban en sus campos. Y aunque fueron las disensiones entre sus hijos, la *fitna* dentro de la *fitna*, las que acabaron por expulsar a Álvaro de Bobastro, y entre estos herederos enfrentados entre sí había sido Sulayman el principal culpable de su marcha, no pudo por menos que estremecerse de lástima al ver en aquel estado a un valiente.

El cadí hizo un gesto a los esclavos, que comenzaron desclavar las tapas de las cajas con ayuda de unas palancas. La turba contuvo el aliento; incluso los pájaros dejaron de cantar. Álvaro llegó a experimentar la ilusión de que había cesado momentáneamente el dulce murmullo del Guadalquivir, como si también el gran río, sintiéndose intrigado, optara por detenerse a echar un vistazo. De pronto surgió de las cajas recién abiertas una bocanada fétida que superaba en mucho el hedor de la carne corrompida que ya esparcían desde antiguo los inquilinos de las cruces. Los que disponían de un pañuelo perfumado se apresuraron a cubrirse las narices. Los que no lo tenían se conformaron con toser y apartar la cara. Pero enseguida volvían a prestar atención a la escena; la curiosidad era más fuerte que la repulsión.

Los esclavos extendieron en el suelo unas mantas. Fueron sacando huesos de las cajas, algunos mondos, otros con manchas oscuras que eran todo el recuerdo del cuerpo que habían sostenido en vida, hasta componer sobre cada manta un esqueleto

más o menos completo. Mientras tanto un segundo grupo de siervos caminó hacia el calvero llevando cuatro cochinillos bien sujetos. Colocaron una pareja a los lados de los postes vacíos y ahí mismo sacaron los cuchillos y los sacrificaron, tratando quizá de que los chillidos de las bestias reemplazaran los gritos de socorro que los ajusticiados no podían pronunciar.

—Sabed que lo primero que hizo nuestro califa al llegar a Bobastro, donde ayunó durante toda su estancia, fue dirigirse a la mezquita y rezar en ella —dijo el cadí—. Después inspeccionó sus defensas y recorrió sus edificios, y por último fue a ver la tumba del maldito que se atrevió a rebatir su autoridad y la de su noble estirpe. Al exhumar el cuerpo del rebelde se confirmó lo que ya sospechábamos: había sido enterrado a la manera cristiana, echado sobre la espalda, de cara a oriente, con los brazos cruzados. Ved, pues, que además del pecado de rebelión Umar ibn Hafsun cometió el de apostasía, renegando de su religión en connivencia con los cristianos, hasta que el alamín de Dios restauró la fe y puso fin al engaño.

¿En verdad sucedió así? Álvaro no estaba seguro. Ibn Hafsun se había convertido al cristianismo, eso era cierto, pero luego volvió al islam, cuando las circunstancias y sus nuevos aliados fatimíes se lo aconsejaron. Puede que hubiese vuelto a adoptar el cristianismo en los días previos a su muerte, mientras Álvaro se encontraba en Torrox, o puede que sus hijos conversos, incitados por Argentea, hubiesen escogido la forma más conveniente de enterrar al padre. Y también era posible, ¿por qué no?, que el descubrimiento fuera una invención de los esbirros de Abd al-Rahman III, un medio de reforzar la imagen del califa como martillo de herejes, campeón infatigable de la fe musulmana. Si el cadí había ocultado que Ibn Hafsun pasó a la obediencia omeya antes de morir, ¿por qué confiar en la sinceridad de esta revelación?

Los esclavos elevaron primero los despojos de otro de los hijos de Ibn Hafsun, Hafs ibn Umar, y los fijaron al poste contrario al que ocupaba Sulayman, dejando vacío el del medio. Entonces trataron de hacer lo mismo con los restos del padre, pero estaban tan deshechos tras una década sepultados en la necrópolis de Bobastro que tuvieron que unir los huesos con cuerdas y cordeles, y cintas de cuero anudadas, como sastres componiendo una vestidura a partir de unas piezas de tela apolilladas. Tampoco esta precaución fue suficiente. Apremiados por la impaciencia del califa, los siervos se vieron obligados a traer varias pértigas y escaleras, y solo así, con infinito cuidado y la colaboración de muchas manos, consiguieron alzar los restos mortales de Umar ibn Hafsun y atarlos al madero que tenían reservado.

En ese momento Abd al-Rahman III se llegó al poste y estuvo contemplando satisfecho la obra de los esclavos. Al principio murmuraba entre dientes, insultando a Ibn Hafsun y agradeciendo a Dios su ruina. Luego alzó la voz para que el populacho le escuchara:

—Ni siquiera en la tumba has encontrado refugio. Te hemos devuelto el cuerpo

para que sufras el castigo debido a los apóstatas, que creíste eludir al fallecer. Tú atendiste las predicaciones de los cristianos, que prometen la resurrección de los muertos. Pues bien, hoy queda patente que se trata de una falsa promesa; tu cuerpo se ha levantado del polvo, sí, pero para ser colgado de un madero. En cuanto a tu espíritu, al ver lo que ha sido de ti, no le quedará más remedio que meterse en el fondo del infierno.

Al-Nasir hizo un gesto con la mano y, picando al caballo, regresó al Alcázar seguido por el jalear de la multitud que prorrumpía en bendiciones a su califa. El gran cadí aguardó respetuosamente a que el último miembro de la escolta hubiera atravesado la *Bab al-Sudda* para insistir en que Abd al-Rahman III era el único líder legítimo de la comunidad musulmana:

—Todo el que use el título de Comendador de los creyentes fuera de nosotros se lo apropia indebidamente —dijo en clara referencia a los soberanos fatimíes que habían adoptado la dignidad califal unos años antes—. Es un intruso que se arroga un título que no merece.

Con esto concluyó la ceremonia. Los funcionarios que quedaban entraron en el Alcázar y las pesadas puertas se cerraron interrumpiendo aquel breve contacto entre el pueblo y sus gobernantes. La gente se fue disolviendo, algunos espantados por el tumulto y el horror de lo que habían presenciado, otros contentos por el público escarnio del rebelde. Solo Álvaro estaba lívido de indignación, y al percibirlo un comerciante en telas que estaba junto a él se extrañó de la rabiosa palidez de su rostro.

—¿Qué te ocurre, amigo? —le preguntó.

—Nada —gruñó Álvaro—. Es que he visto a aquel ladrón robarle el saco con sus pertenencias a un pobre hombre.

—¿Quién?

—Ese. ¿No lo ves? —Álvaro señaló a un grupo numeroso que volvía a la medina, antes de aprovechar el descuido del comerciante para incorporarse a los que caminaban hacia el barrio de los perfumistas.

Pero no les acompañó más que un corto trecho por la calzada, aguas abajo del puente hasta llegar frente a la explanada de la *Musara*, donde se detuvo fingiendo admirar la gran noria que giraba en la lejanía. Despacio, con calma, dio la vuelta para retornar al calvero. La plebe se había ido. En su poste, entre sus dos hijos, Umar ibn Hafsun, o Samuel, el nombre que adoptó al cristianizarse y que Álvaro prefería utilizar, estaba sometido al juicio de los elementos. Lo que los gusanos hubieran perdonado, pronto sufriría el azote de las crecidas del Guadalquivir o las tormentas.

Fue un reencuentro sin alegría, la culminación de su largo viaje desde las ruinas de Bobastro, llenando su boca con el regusto agrio de la derrota. No había nada en el cadáver que Álvaro pudiera reconocer. Solo huesos y una calavera con unos restos de

carne momificada sobresaliendo como islas en un mar enfermo.

Era consciente de los defectos que había tenido Ibn Hafsun: su oportunismo, su oscuro pasado, las vanas pretensiones de legitimar el poder obtenido recurriendo a cualquier alternativa que le pareciera atractiva. Pero había sido su señor, le había dado mando sobre hombres y fortalezas, le había acogido cuando era un jovenzuelo con más corazón que inteligencia, destinado a hacerse matar en alguna insensata disputa. Nadie podía tratarle así sin hacerse acreedor para siempre del odio de Álvaro.

Cuando el sol comenzó a posarse sobre la margen izquierda del río, Álvaro abandonó el claro cubierto de cruces para dirigirse al barrio mozárabe. Al pasar por delante se fijó en las cabezas empicotadas en la *Bab al-Sudda*. No reconoció a ninguno de sus antiguos compañeros de armas, si es que todavía estaban expuestos allí, pero por si acaso pidió en voz baja a los ajusticiados que le preparasen un sitio. Quizás había llegado el momento de que se reuniera con ellos.

4

El trago de la mañana

Dentro de las murallas el núcleo urbano se encogía como un molusco oculto en su concha. Una espiral de calles nacidas al pie de la cerca iba envolviendo el cerro, abrazándolo, sujetándolo, igual que una cuerda bien tensa, hasta desembocar, o iniciarse, según el punto de vista de cada cual, en la mezquita congregacional y la ciudadela. A lo largo del ascenso el séquito pasó de largo algunas mezquitas menores, algunos baños, pero fueron los pequeños zocos los que llamaron la atención de Dihya, animados por el bullicio de los tamboriles. No fue menos sorprendente para ella cruzarse con una gran cantidad de mujeres veladas. En el campo era corriente ver a las mujeres sin velo y con el cabello suelto o, todo lo más, con un velo que descubría el rostro. Ella, que iba arreglada como de costumbre, se sentía extranjera entre aquellos muladíes que probablemente la hubieran mirado con un cierto desdén de no ser por la presencia intimidante de Hilal.

El lugarteniente de Karim caminaba en primer lugar, con la mano pegada al pomo de la espada, girando la cabeza como si buscase en la multitud un adversario de su talla. Otros cuatro guerreros bereberes rodeaban a las mujeres a la manera de otras tantas fortalezas que las defendieran. Los habitantes de Badajoz se apartaban con rapidez, acobardados, preguntándose quién era la joven, hermosa pero sobriamente vestida, que iba montada en la mula. ¿Quizá una nueva concubina para al-Yilliqí? Pudiera ser. Al nieto de Ibn Marwan le gustaba incrementar continuamente el número de sus esposas. Pero la muchacha estaba embarazada y era dudoso que el emir aceptase a una mujer en la que crecía la semilla de otro hombre.

—Es aquí, señora —dijo Hilal.

La casa era de un solo piso y estaba en mal estado. La puerta resaltaba en la blanca fachada como un diente cariado y a Dihya le desagradó tanto su apariencia que experimentó el deseo de retirarse sin haber llegado siquiera a saludar a su primo.

«Pero no —se dijo—, no puedo desdecirme ahora. Karim pensará que soy una caprichosa si renuncio a conocer a Asbag, tras haber insistido tantas veces para que me permitiera visitarle».

Hilal entró primero. Unos minutos después volvió a salir y encargó a uno de sus compañeros que ayudase a Dihya a bajar de la mula. Al acceder al interior se confirmaron sus temores: el estrecho corredor olía a humedad, a orines de gato; a una larga sucesión de vidas fracasadas.

El patio, compartido por varias viviendas, era tan oscuro que Dihya juzgó imposible que pudiera proporcionar luz y aire a la habitación de su primo. Junto a la puerta de entrada había una ventanita tapada por una estropeada celosía de yeso y

reparó en unos ojos ávidos que la espiaban desde detrás de la celosía. Enseguida salió un hombre exhibiendo una sonrisa obsequiosa. El cordón que le ajustaba los calzones al talle estaba demasiado suelto, de modo que cuando se inclinaba tuvo que sujetárselos con rapidez para evitar que se le cayeran.

—Vuestro primo Asbag se encuentra en la habitación, señora —dijo—. Está ligeramente indispuesto, por eso no ha salido a recibiros.

Hilal hizo una mueca que Dihya trató inútilmente de interpretar. Luego el desconocido la invitó a entrar en el cuarto. Se veía tan minúsculo que pidió a sus esclavas que esperasen fuera, para no abarrotarlo.

«Alabado sea el Todopoderoso —pensó ella—, siendo el patio tan oscuro, ¿cómo será la habitación?».

La respuesta era la que imaginaba. En el interior de la vivienda no parecía que fuese de día. Una pesada sombra desfiguraba el sucinto mobiliario y los objetos domésticos, las siluetas de Dihya y Hilal al ingresar en la pieza. El dueño encendió un candil de aceite y el ascua de luz resultante desmenuzó aquella sombra en otras más reducidas, más volubles, que vagaban por las paredes como *yinn* que acabaran de despertarse de un largo sueño.

Dihya dedujo que el hombre tumbado en la estera era su primo Asbag. Roncaba pesadamente, alargando la mano como para coger algo que estaba fuera de su alcance. Cuando se revolvió ella pudo apreciar que tenía la mitad de la cara cubierta por un mugriento paño de lino, y se acordó de lo que le había explicado su madre: «Él dice que fue un marido celoso, otros dicen que un burro le dio una coz. Dios lo sabe. Desde entonces tiene media cara arruinada y él se la oculta por coquetería».

—Despierta, Asbag. Unos parientes han venido a visitarte.

No reaccionó. Hilal dio un paso, apoyó la bota en el hombro del durmiente y le zarandeó con tal violencia que al instante estaba en pie, balbuciendo disculpas y alzando los brazos para protegerse.

—Soy yo, Asbag —dijo ella para tranquilizarle—. Dihya bint Hannun. Tu prima.

—¿Cómo? —Se irguió bizqueando—. ¿Dihya? ¿La hija de Hannun? La última vez que te vi eras una niña. Y yo también era un niño, pardiez. Me contaron que te habías casado.

—Es cierto. —Sonrió. El acontecimiento le parecía a la vez muy cercano y muy lejano. Todavía tenía la impresión de que era ayer mismo cuando observaba sin parpadear al astrólogo mientras hacía sus cálculos para fijar la fecha de la unión, temiendo que encontrase en las estrellas una razón para aplazar la boda—. Me casé con Karim el año pasado.

—Tu tío materno, por supuesto. A Hannun nunca se le hubiera ocurrido que te casaras con alguien de nuestra rama, ¿verdad? Por supuesto que no. Nos mirabais por encima del hombro en las fiestas, como a unos mendigos a los que dabais de comer y

beber por caridad.

Era cierto, pero a Dihya no le agradó que se lo recordasen de aquella forma tan grosera.

—¿A qué has venido?

—Ya sabrás que nos hemos establecido en Badajoz. Y yo me acordé de que mi madre decía que formabas parte de la corte del emir.

—¿Formar parte yo de la corte del emir? —dijo extrañado Asbag—. ¡Qué más quisiera! En alguna ocasión he participado en sus tertulias. Llegó a entregarme presentes y dádivas cuando los versos que improvisé le gustaron. Pero hay demasiados poetas frecuentando su corte y los que tienen menos talento a la hora de componer versos o calumniar a sus competidores acaban siendo desplazados. O les ocurre como a mí, que nunca he conseguido un puesto fijo junto al emir. De cuando en cuando me llaman, sobre todo para hacerme rabiar burlándose del destrozo que sufrió mi cara. Saben que como son favoritos de al-Yilliqí no me atreveré a contestar a sus insultos. —Suspiró hondo antes de concluir—: Sí, prima, la poesía es una profesión humillante.

—¿Y por qué no cambias de oficio?

—Aún no he perdido la esperanza de alcanzar la gloria. —Asbag mostró los libros y pergaminos que tenía acumulados en un rincón—. Para instruirme dedico las noches a estudiar poesía y escribir versos. Y con buenos resultados, he de decir, porque mis composiciones son cada vez mejores.

—Dios lo quiera, porque bien caras me salen esas noches de estudio —intervino el dueño de la habitación—. No os podéis imaginar, mi señora, la cantidad de aceite que gasta el candil.

—Ya te lo recompensaré, maldita sea. El último panegírico que le he dedicado al emir ha de agradarle por fuerza. Solo tengo que conseguir que me conceda audiencia y verás que recibo por lo menos trescientos dinares.

El poeta se levantó para coger una jarra y llenarse un cubilete. Dihya se fijó en sus burdas ropas de lana, manchadas por el sudor que corría desde sus axilas.

—Discúlpame si me sirvo un poco de vino. He descubierto que es una buena medicina para sanar los perjuicios que él mismo ocasiona.

Dihya le miraba escandalizada. Su primo dejó escapar una risita burlona.

—¿No querrás tú también que te llene un cubilete, prima? Debemos tener uno que esté limpio, no sé dónde.

—Nosotros no bebemos vino —replicó ella—. ¿Te has olvidado de que está prohibido por la tradición?

—Lo que había olvidado es que erais unos puritanos —le corrigió con sorna Asbag—. De todas formas preveo que pronto cambiaréis vuestra actitud respecto al vino. Si Karim pretende hacerse agradable a al-Yilliqí se verá forzado a beberlo, so

pena de que le miren con sospecha. El emir pasa sus veladas encerrado con las mujeres para beber y cantar, y espera que sus invitados hagan lo mismo. Un comportamiento diferente le parecería una señal de ingratitud.

Dihya clavó sus ojos en los del lugarteniente de su marido.

—¿Es ese el motivo de que últimamente Karim vuelva tan tarde cuando acude al palacio?

—El poeta tiene razón, señora —admitió Hilal—. Al-Yilliqí está dominado por el vino y se entrega con frecuencia a los placeres del canto y la música.

«De modo que hemos elegido ser los clientes de un libertino —pensó Dihya—. No es la elección que yo hubiera hecho».

—Noto que estás molesta, prima. ¿Por qué? Hay que beber y gozar, al menos debe hacerlo el que puede porque tenga medios para ello. La vida se va, es innegable, y aunque durase mil años no nos parecería larga. Así pues, dichoso al-Yilliqí, que conociendo esta gran verdad vive en consecuencia.

—Por lo que veo tú también lo haces, en la medida de tus posibilidades.

—Ojalá. No, querida prima, si yo bebo es porque el vino aleja las penas y disipa las preocupaciones. Y para calentarme cuando hace frío. Para todas esas cosas sirve el vino. En realidad, si el almuédano gritase desde lo alto del alminar: «Acudid a la copa», en lugar de: «Acudid a la oración», ¡cuánto mejor sería!

Asbag se echó a reír al ver la cara que ponía Dihya. Incluso el hombre con el que compartía la habitación tuvo que taparse la boca para disimular una sonrisa.

—Vayámonos de aquí, señora —dijo Hilal disgustado—. Además de darse a la embriaguez, este hombre es un blasfemo. Suerte tiene de ser pariente vuestro o ya le habría enseñado yo a comportarse.

—No lo hago con malicia —se excusó el primo de Dihya—. Es mi forma de ser. Por otra parte, un poeta no puede permitirse ser aburrido. Es preferible provocar la indignación de las personas que arrancarles un bostezo. Eso es lo único que ningún príncipe está dispuesto a perdonar.

—Tu madre se avergonzaría si supiera en qué clase de hombre te has convertido, Asbag ibn Suhayd —dijo ella con frialdad.

—Probablemente. Sin embargo, ¿qué hombre cumple con las expectativas de sus padres? Solo unos pocos lo consiguen. Tu Karim tal vez sea una de tales excepciones. No lo niego. Yo, en cambio, pertenezco a la mayoría. Pero no quiero que te enfades conmigo, hermosa prima. Si te he ofendido puedo dedicarte un poema que haga que me perdones.

—Al que has ofendido es a Dios, no a mí.

—Entonces le pediré perdón a Él, pues si mis palabras son malas, mi corazón es bueno e incapaz de hacer daño a nadie.

El poeta se acercó más. Se había ajustado la venda de forma que quedase a la

vista una minúscula parcela del rostro para sugerir cómo era el resto. Le recordaba a un anciano esclavo de su padre, el cual disimulaba con un trozo de tela el repugnante tumor que le había crecido en la mejilla. Dihya sintió pena por él. En otra época debía de haber sido un hombre apuesto.

—Está bien, Asbag —dijo arrepentida tras su arranque de ira—. Te perdono.

—Asbag —repitió con cuidado su primo—. Es mi nombre, sí, pero hace tanto que dejé de utilizarlo… Ahora me llaman al-Asayy, prima: «El de la cicatriz».

—Yo te llamaré Asbag.

—Llámame como te parezca.

Dihya miró a su alrededor. La sombría zahúrda oprimía sus sentidos como una chupa de lana demasiado angosta o una caja en la que estuviera encerrada. Se dio cuenta de que estaba deseando volver a la heredad y pasear por su alegre arboleda.

—Nos vamos —dijo, dirigiéndose a Hilal. Luego se volvió hacia al-Asayy—: En la hacienda hay sitio suficiente. Podríamos prepararte una habitación para que vivieras allí con nosotros.

—Eres muy amable. Sin embargo me temo que me haríais trabajar o algo peor. Y desde luego me obligarías a alterar mis costumbres. —Para indicar a qué se refería se sirvió una nueva medida de vino—. Siempre he considerado que los tragos de la mañana son los mejores, los que mejor saben. —Tras apurar el cubilete al-Asayy se limpió los labios con el dorso de la mano—. Me quedaré aquí, si no te importa, junto a mi amigo, aunque si Karim continúa ganándose la estima del señor de Badajoz quizá podría influir para que me aloje en las dependencias de palacio y me conceda una pequeña pensión.

—Se lo diré.

—Hacedlo, por favor, y que no se demore en hablar con el emir, porque si los Omeyas se deciden a atacar sus feudos descuidará todos los demás asuntos y ya no habrá forma de que se interese por mi caso.

—Esta misma noche le hablaré de ti, descuida.

—Dios te favorezca, querida prima. Y para que no pienses que soy un pedigüeño que nada ofrece a cambio de sus ruegos, prometo comunicaros en el acto cualquier suceso que os afecte.

—Nosotros ya estamos pendientes de las noticias que nos atañen —objetó Hilal.

—Desde luego, pero hay cosas de las que yo puedo enterarme y que a vosotros nadie os contaría. Recordad que sois forasteros en Badajoz y apenas empezáis a saber quién es digno de confianza y quién es un escorpión disfrazado de saltamontes. Sobre todo, guardaos de Tariq al-Miknasí.

—¿Te has enterado de nuestra disputa con él?

—¿Cómo no enterarse? Se ha armado un buen revuelo en la corte a cuenta de su pleito. Tariq es un hombre influyente, aunque no tanto como él se figuraba, por lo que

se ve. En cualquier caso, es un rival peligroso. Ese hombre es como un mar sin orillas, te lo digo yo.

—Ya vino hacia nosotros y le rechazamos —repuso Hilal.

—Cierto. Y si al-Yilliqí le hubiera entregado dinero o una alquería para compensarle por la que le quitasteis es probable que ahí se hubiera acabado el conflicto. Pero el emir ha declinado hacerlo. Tariq acudió a él pidiendo justicia y solamente ha obtenido palabras de consuelo y una sentencia del cadí que no le sirve para nada.

«Y al-Miknasí no es un hombre que vaya a conformarse con simples palabras, por amables que sean —terminó Dihya para sus adentros—. De alguna manera buscará resarcirse, de igual modo que Karim y su padre buscaban resarcirse por la burla que habían sufrido antes».

Al salir bizqueó a causa del sol; la luz resultaba tan intensa después de la oscuridad de la vivienda que transfiguraba los edificios y las personas. Todo tenía un aura dorada. Los peatones parecían ángeles que adoptaban la apariencia de seres humanos. Fue un efecto pasajero, naturalmente, pero mientras duró, las calles de Badajoz le parecieron un reflejo del paraíso al que había accedido por pura casualidad.

5

La buena hija

Repicaban las campanas de la basílica de san Zoilo acallando todos los demás sonidos en el suburbio de los tiraceros. Como palomas inquietas, los ecos de las campanadas volaban de tapia en tapia, de pared en pared, provocando en los artesanos una breve aprensión que los hacía interrumpir sus labores. Miraban la calle, se miraban entre ellos, asomando la cabeza desde sus talleres. Parecían esperar un acontecimiento extraordinario, una alteración que extraviase el orden establecido, pero puesto que nunca sucedía nada, y la vida continuaba fluyendo sin pausa, enseguida retomaban su tarea.

Álvaro también se detuvo mientras sonaban las campanas de san Zoilo. Luego, cuando cesó su tañido, reanudó aquella forma de caminar tan característica en él, con pasos cortos y medidos, propios de alguien que había crecido pisando los suelos empinados y traicioneros de las montañas y aún se sentía fuera de su elemento en el llano. La calle estaba vaciándose. Se acercaba la hora en la que los artesanos darían por concluida la jornada cerrando los pequeños portales en los que trabajaban a la vista de los viandantes. Álvaro se fijó en ellos, impacientes ya por ir a descansar, y su distracción le hizo tropezar con un personaje bien vestido que le cubrió de injurias. Tras apartarse descubrió con un escalofrío que se trataba del censor, la persona que ejercía las funciones judiciales entre los cristianos de Córdoba. Se fue rápidamente, murmurando disculpas, preocupado porque el hombre insistiera en perforarle con la mirada. Entonces olisqueó la manga de su blanca túnica con expresión de asco y Álvaro recuperó la calma. El censor no le observaba con reprobación por haber reconocido a un antiguo secuaz de Ibn Hafsun; era su olor lo que le había irritado. Álvaro venía de visitar las tenerías situadas a orillas del río, donde admiró los cueros de vivos colores puestos a secar sobre la calle mayor. Sin querer se le había pegado a la piel y a las ropas la exhalación apestosa del cuero macerado.

Álvaro continuó hacia adelante, esquivando a un número decreciente de peatones que también regresaban a sus hogares. Los barrios orientales estaban menos atestados que la medina dentro de la muralla pero compensaban su menor densidad de población con una extensión aparentemente ilimitada. Córdoba se expandía hacia el este, el oeste y el norte como una infección incontrolable, prolongándose en almunias y fincas de recreo, empeñada en no acabarse nunca. Allí, en el corazón de uno de sus arrabales extramuros, la ciudad parecía mucho menos difícil de abarcar. Sin embargo Álvaro se la imaginaba desde uno cualquiera de los minaretes y campanarios que alteraban la parda monotonía de su contorno; una suma de ciudades posibles, la romana, la visigoda, la mahometana, ninguna de ellas completamente olvidada,

ninguna de ellas completamente triunfante, entrecruzadas, unidas, y junto a ellas, como semillas de otras ciudades que quizá algún día llegasen a germinar, el barrio de los judíos, el de los mozárabes, el de los muladíes, incluso el barrio prohibido de los leprosos, a los que todo les estaba proscrito.

A medida que Álvaro se internaba en las áreas residenciales la anchura de las calles disminuía, aunque sin alcanzar las estrecheces de la medina. Esta era una parte de la capital más moderna, más transitable. Tampoco se observaba allí aquel esfuerzo de los habitantes por encerrarse en cascarones herméticos. Dentro de las murallas las calles se convertían en callejones, los callejones en adarves; Córdoba se enrocaba sobre sí misma. Solamente en el exterior, librada de la presión de los muros, se atrevía a mostrarse, a permitir que la luz y el aire la penetraran.

De todas formas, el callejón en el que vivía Félix habría podido encajar en la medina sin causar sorpresa alguna. Tenía incluso una puerta en el extremo que se cerraba por la noche. Álvaro llamó a la aldaba y uno de los hijos de Félix vino a franquearle el acceso a la vivienda. El zaguán era sombra y quietud. Tras él un patio minúsculo, un pozo, la pila de lavar, los batientes que ocultaban el retrete cortejado por las moscas. Varias habitaciones se abrían al patio. Leocricia estaba en la cocina haciendo la cena; escuchaba sus pies descalzos frotando el suelo de tierra. El niño que le había abierto la puerta se incorporó rápidamente a los juegos de sus hermanos. Álvaro sacó agua del pozo para asearse. En la habitación mejor iluminada, rodeado de sedas e hilos, Félix completaba un encargo que había sacado a escondidas del taller califal en el que trabajaba.

—¿Has vuelto a ir al prado? —le preguntó sin apartar la vista del *tiraz* que estaba rematando.

—No. Hoy he ido a ver las curtidurías.

—Menudo sitio has escogido —rezongó Félix—. En ocasiones el viento nos trae aquí su pestilencia y ese día no soy capaz de probar bocado sin que me entren ganas de vomitar.

—He comprado una funda nueva para mi cuchillo. —Álvaro la sacó de debajo de su camisa para que Félix pudiera examinarla—. La anterior se caía a pedazos.

—¿Cuánto te costó?

—Seis *dírhams*.

—Te han engañado. —Félix hizo una mueca—. En fin, supongo que es preferible a que vayas una y otra vez a visitar los postes.

—¿Y qué te parece el hecho de no ir nunca?

—Yo no tengo tiempo de ir. —Félix señaló las sedas extendidas por el suelo, esperando a que las bordase—. Ni tampoco siento deseos de hacerlo, para ser sincero. ¿Qué conseguiría? Apenarme, en el mejor de los casos. Y en el peor, enfurecerme. Y ninguna de las dos cosas me conviene. Yo no soy como tú. Estoy contento de haber

servido a Samuel, pero mi vida ha cambiado por completo en estos años.

«No sé si tendría que censurarte o considerarte afortunado —pensó Álvaro—. Yo soy incapaz de olvidar, incapaz de encaminarme por una senda nueva, como si mi vida se hubiera detenido el día que me forzaron a abandonar la causa de los hafsuníes».

Observó el trabajo de su compañero de armas. Resultaba asombroso que las manos de Félix, acostumbradas desde la infancia a manejar lanzas y espadas, tuvieran la habilidad de tratar con aquella delicadeza los hilos de oro que adornaban el tejido.

—¿De qué te extrañas? —preguntó Félix tras adivinar los pensamientos del amigo—. Solías decir que yo tenía manos de mujer.

—Solo era una broma.

—Aunque fuese broma, la verdad es que no andabas desencaminado. Tú también podrías aprender el oficio, si quisieras.

—Tú sabes cuál es mi oficio.

—Pues en esta ciudad no podrás practicarlo, salvo que pidas un puesto en la policía o en la guardia personal del califa.

—¿Crees que iban a aceptarme después de conocer mi pasado? —argumentó Álvaro.

—Tu pasado solamente es importante porque tú te empeñas en darle importancia. El califa vive rodeado de antiguos enemigos. ¿Cuántos militares de su ejército fueron antes rebeldes? Te lo diré: muchos. Incluyendo a alguno que tú conoces bien. Lo único que hicieron fue someterse y pedir el perdón del califa.

—Yo no necesito ser perdonado.

—Ese orgullo que tienes es un ancla que te traba —se lamentó Félix—. Harías bien en desprenderte de ella.

—Los barcos sin ancla se pierden en el mar —repuso Álvaro—. Y yo no quiero perderme.

«En realidad hace mucho tiempo que estoy perdido —pensó—. Solo ahora, después de haber visitado Bobastro, comienzo a sentir que mi vida vuelve a tener una razón de ser».

—Como quieras —dijo Félix—. Pero te lo advierto: Si continúas yendo al prado un día detrás de otro acabarás por llamar la atención.

—Hace poco me crucé con el censor. Me llevé un susto de muerte.

—¿Ese? No le tengas miedo. En lugar de investigar los crímenes y las denuncias entre cristianos, como es su obligación, se dedica a vigilar que paguemos nuestras capitaciones a tiempo. Lo demás le trae sin cuidado.

Leocricia se cruzó un instante en el umbral de la puerta. La cena estaba preparada. Félix terminó de coser y luego recogió con cuidado el hilo de oro y las piezas de seda, guardando con especial mimo una que procedía de Iraq.

—¿Para quién es el traje?

—Este es para el caballerizo de las yeguadas reales. Y el de allí es para el barbero del califa, un eunuco. Tengo varios encargos de gente notable, gracias a Dios.

La pueril satisfacción de Félix por tener clientes bien situados le resultó chocante a su amigo. En los días de Bobastro se jactaba de haber atravesado con la lanza a un favorito de Abd al-Rahman III que cometió la imprudencia de separarse de su escolta en el fragor de la batalla. Y de pronto ahí estaba, encantado de alimentar la vanidad de otros favoritos igual de despreciables que aquel al que mató.

«Realmente has cambiado, amigo mío —pensó Álvaro—. No te pareces al que eras más de lo que la mariposa se parece al gusano que fue».

Cenaron en silencio. En una mesa baja en la que comían apiñados. Pan y vino, y una sopa de hierbas y levadura servida en escudillas de loza. Leocricia no abría la boca, pero sus miradas de soslayo eran suficientemente explícitas: estaba harta del invitado que no se iba nunca.

Después de cenar Álvaro y Félix salieron al patio a contemplar las estrellas. Félix llevaba en la mano un puñado de pasas que consumía despacio, una por una, como si quisiera impedir que se le acabasen.

—¿Has averiguado lo que te pedí?

Félix meneó tristemente la cabeza.

—No sigas por ese camino.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué tanta testarudez? ¿Ya te has olvidado de lo que sucedió cuando insististe en hacer algo que no tenía sentido?

—Hice lo que Samuel habría querido que hiciera.

—¿Estás seguro? Fíjate en las consecuencias: Bobastro está en ruinas y los hijos de Ibn Hafsun que continúan con vida son rehenes a merced de los caprichos del califa. Por no ensuciarte con una pequeña traición acabaste siendo cómplice de la mayor traición de todas. ¿Crees que los huesos de Samuel colgarían hoy de un poste si tú le hubieras sucedido? Permitiste que unos necios administrasen su herencia y ya has visto el resultado. No queda nada de lo que él edificó.

«Cállate —quiso decir Álvaro—. No me lo recuerdes más».

Dos de los hijos de Félix se habían acercado atraídos por la discusión entre los adultos. Su padre les amenazó con castigarles para que se marcharan.

—Vive con otras doncellas en el convento de santa Eulalia —murmuró de repente Félix—. Está allí desde que salió de Bobastro.

—¿Has ido a visitarla?

—Conozco a una mujer que finge estar interesada en entregarse al servicio divino para ir a los conventos a vender baratijas. Ella es la que me ha dado la información.

—¿Dónde se encuentra el convento?

Félix le dio unas indicaciones rápidas, pero se sorprendió mucho al descubrir que Álvaro tenía la intención de ir enseguida.

—Ya es de noche.

—Si voy de día me verán. Preferiría que nuestro encuentro sea secreto, por su bien y por el mío.

—Las calles de Córdoba son peligrosas por la noche. Además, el convento estará cerrado.

—Más razones tienen los ladrones para temerme a mí que yo a ellos. —Álvaro se palmeó el cuchillo oculto debajo del caftán—. En cuanto al convento, ¿es muy alta la tapia?

—No, no demasiado. —Félix escupió una pasa en mal estado y luego continuó—: La mujer que me dio la información mencionó también a una tal Emilia, una esclava cristianizada que vino con ella de Bobastro. Sospecho que es la Emilia que tú y yo conocemos.

—Sobre todo la conociste tú.

—Calla —siseó Félix—. Que no te oiga Leocricia.

Salieron de la casa con la excusa de cerrar el pasadizo exterior. Álvaro dio un paso fuera mientras Félix se quedaba atrás para echar el cerrojo que clausuraba el adarve.

—Hoy tendrás que dormir al raso —le avisó Félix—. Este cerrojo no se vuelve a descorrer hasta que amanece.

—Tranquilo. Estoy acostumbrado a dormir en cualquier sitio.

Álvaro se despidió con un gesto. Pronto escuchó el chirrido del cerrojo que le encerraba en el exterior y, como si esa fuera la señal que esperaba, comenzó a andar con paso rápido, adentrándose en la oscuridad y el silencio.

Aquel era el reverso de Córdoba; la ciudad taciturna, recóndita, despoblada y confusa. Los pasadizos estaban cerrados, de las casas no escapaba ni un destello efímero de luz. Solamente los pasos de los guardianes y las riñas de los gatos reanimaban unas calles tan solitarias que parecía que la ciudad hubiese sido abandonada repentinamente por sus habitantes.

Se perdió varias veces vagando por las desiertas regiones de la Córdoba nocturna y al fin llegó a la Puerta del Osario, o de los Judíos, que enlazaba la medina con la hermosa finca de recreo de Ar-Rusafa. El convento se encontraba en las proximidades de la puerta; una construcción rectangular, sobria, sobresaliendo por su tamaño y su caduca apariencia entre las construcciones más recientes que la rodeaban. Álvaro se detuvo a orinar contra un árbol. Después, con la vejiga aliviada, fue a tocar el muro, a acariciarlo igual que un enamorado tratando de seducir a una muchacha reticente. Sintió en la punta de los dedos el tacto terroso de la arcilla

mezclada con paja, la suavidad de las esquirlas de roca que daban mayor consistencia a la fábrica. Entonces se sujetó a una esquirla que sobresalía más que sus compañeras y tomó impulso. Era verdad que la tapia no tenía una gran altura. Al cabo de un instante ya estaba en cuclillas sobre la coronación del muro, enfrente de la luna, blanca y enflaquecida, que descollaba en el firmamento como una concha depositada por la marea.

Desde el muro contempló el jardín descuidado, el tejado podrido, pidiendo unas reparaciones que no llegaban… las señales de la decadencia que afectaba a los templos cristianos por toda Córdoba.

«Samuel habría contenido el declive de nuestra religión —se dijo Álvaro—. Si hubiéramos triunfado, él habría hecho de Bobastro una nueva Roma».

Cogió unos terrones sueltos de tierra que se habían desprendido del remate de la tapia y los arrojó contra el convento. El ruido que producían estos terrones al chocar con las paredes era leve, pero no se atrevía a utilizar proyectiles más pesados. Finalmente unos gruñidos contestaron a uno de sus lanzamientos. Una mujer apareció en el jardín ajustándose a manotazos la pesada falda. Llevaba en alto un candil que alargaba su sombra hasta posarla sobre los azules macizos de lirios en flor.

—Pillastres del demonio —refunfuñaba la mujer—. Ojalá os hagan pasear por la ciudad montados de espaldas en un asno y cubiertos de estiércol.

Se agachó para recoger del suelo unas piedras con las que responder al ataque. Entonces oyó el silbido de Álvaro, y al descubrir al hombre acuclillado encima del muro estuvo a punto de lanzar un grito, evitado en el último momento por la pregunta nerviosa que él le dirigió:

—¿Emilia? ¿Eres tú?

—¿Y tú? ¿Quién eres? —replicó ella con desdén.

—Soy Álvaro de Monterrubio. ¿No te acuerdas de mí?

—¡Ay, Dios! —exclamó Emilia—. ¿Álvaro de Monterrubio, el campeón de Ibn Hafsun? ¡No puede ser! ¡Con los años que han pasado! ¿Pero qué hacéis ahí, encogido como una lechuza? Bajad, bajad deprisa, antes de que alguien os vea.

Álvaro bajó de un salto. Emilia se acercó para comprobar que era él y al cabo se retiró satisfecha. Debía haber cambiado menos que la antigua esclava, mucho más ajada y rolliza que cuando Félix frecuentaba su compañía.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió ella con suspicacia. Miraba hacia atrás a menudo, como temiendo que otra sirvienta pudiera sorprenderles.

—He venido a visitar a tu señora. Es una suerte que hayas salido tú a interesarte por los ruidos.

—Duermo mal desde que nos obligaron a mudarnos a Córdoba; cualquier cosa me alarma y me despierta —explicó Emilia antes de añadir—: No entiendo para qué queréis visitar a la princesa y menos a estas horas. Ella vive aquí encerrada, sin

ocuparse de los cuidados del mundo. Supongo que se alegrará de veros, pero no estoy segura. Ya sabéis que desdeña todo lo que no sea oración y ayuno.

—Así ha sido desde que era niña. Sin embargo confío en que le interesará el asunto que pretendo discutir con ella.

—Tal vez, aunque lo dudo. Cada vez es más raro que sienta interés por cuestiones desligadas de la religión. Últimamente, además, le ha entrado la manía del martirio; desde que empezó a recibir cartas de un varón muy piadoso ya no confía en sus propias mortificaciones para obtener la salvación y habla continuamente de morir por su amor a Jesucristo. Os confieso que me tiene muy preocupada.

Emilia le condujo a una puerta escondida. Tras ella un pasillo largo, vacío, envuelto en una oscuridad que desplazaba la luz grasienta del candil. Olía débilmente a mirto en el interior del convento. Las habitaciones estaban cerradas para impedir el paso a los ratones que, no obstante, correteaban buscando huecos por los que colarse en la despensa. Álvaro y Emilia hablaban en susurros, rememorando al alimón los años vividos en Bobastro, que ambos añoraban terriblemente. Cuando alcanzaron la escalera de la celda de Argentea, la sirvienta pidió a Álvaro que esperase abajo.

—Voy a despertarla. En cuanto esté despejada os avisaré.

Subió tras oír la señal. Los escalones se encontraban en mal estado. Cada paso hacía que los escalones rechinaran y se combasen, haciéndole temer que su peso, superior al de las mujeres que los utilizaban habitualmente, terminara de quebrarlos.

La celda era tan sencilla como las restantes instalaciones del cenobio. Paredes desnudas, el estrecho ventanuco, un ovillo de lana y cartas encima de la mesa montada sobre unos caballetes. La palpitante llama de la única lámpara encendida emitía una pringosa fetidez junto con un poco de luz. Álvaro miró la cama. Nadie. Giró la cabeza. En la silla, inmóvil como una talla de madera, estaba sentada Argentea, llevando un hábito de lana basta y el crucifijo de marfil que le había regalado Ibn Hafsun.

—Mi señora —dijo arrodillándose.

—Tú eras uno de los capitanes de mi padre —musitó ella con los ojos entrecerrados.

—Álvaro de Monterrubio, señora. En varias ocasiones vuestro padre me hizo el honor de permitirme pelear a su lado.

—Lo sé. La clausura nunca ha sido impedimento para que me entere de lo que sucede en el mundo.

Álvaro trataba de disimular su extrañeza. Cuando Ibn Hafsun aún estaba vivo ella tenía la costumbre de asomarse a una de las ventanas de la gran casa, recibiendo con una sonrisa al padre que regresaba de una de sus campañas. Pero al acercarse el resto de la tropa volvía al interior del palacio igual que un cervatillo asustado, labrando en la mente de los soldados la impresión de un rostro pálido, juvenil, exultante de

felicidad. Tras la muerte de Ibn Hafsun se había retirado al principal convento de Bobastro y Álvaro dejó de verla, incluso de aquella forma fugaz. No estaba preparado para encontrársela tal como era entonces, flaca, demacrada, consumida por largos años de austeridad y reclusión.

«El tiempo ha sido el peor, el más cruel de nuestros enemigos —pensó—. Félix camina encorvado, Emilia ha perdido su áspera belleza de antaño y a mí me da miedo mirarme en los espejos porque ya no reconozco al hombre que me devuelve la mirada. Hasta Argentea, que era el emblema viviente de la juventud, parece esta noche una mensajera de la muerte».

—Me pregunto si estáis enterada del trato que han recibido los restos de vuestro padre, señora.

—Me lo han dicho —respondió ella con los labios tensos.

—Yo estuve allí. Fue una farsa lamentable.

—Lamentable tenía que ser —repuso Argentea—, porque lamentables eran las intenciones que la inspiraron. El tirano no podía conformarse con inflamar su ira contra las obras de mi padre y abatir todas las cosas que él creó. Se ha arrogado el derecho de juzgarle después de muerto, aunque solamente el Señor puede juzgar a los que reposan en la tierra.

—Ello se debe a su arrogancia.

—No. No es arrogancia. Es rencor. Mi padre desafió mil veces al tirano que nos oprime y a sus antepasados Omeyas antes que a él, y ninguno fue capaz de vencerle. Pidió la amnistía cuando se sentía viejo y cansado, de lo contrario habría vuelto a rebelarse. Así que el rey de los caldeos decidió vengar la afrenta de la única manera posible. Que se ufane si lo desea. Igualmente tendrá que rendir cuentas al Señor por sus actos.

—Pues yo tengo entendido que fueron unos alfaquíes los que le instigaron —intervino Emilia.

—¿Alfaquíes?

—Son como perros rabiosos que no se cansan de ladrar —señaló Argentea con desprecio—. Presumen de su linaje y de su ciencia, llegan incluso al extremo de considerarse hombres santos, pero cuando les apetece dirigen a las masas para cometer pillajes y crímenes en los barrios de los cristianos, a fin de amedrentarlos y que caigan en la apostasía.

—Sea quien sea el culpable de esa infamia —dijo Álvaro—, Hafs tendría que haber intervenido para impedirla.

—¿El cobarde de Hafs? —resopló Emilia—. Obtuvo el perdón para sí y para sus hijos. Lo demás no le importa.

—Emilia tiene razón. Mi hermano Hafs eligió la vergüenza de rendirse antes que la gloria de perecer con sus leales en Bobastro. Me da igual si aún respira o entrega el

aliento; para mí murió el mismo día en el que entregó la fortaleza. —Argentea hablaba con dureza pero sin ira, como si hablase de una familia que ya no era la suya.

—Me han dicho que vuestro otro hermano, Abd al-Rahman, reside también en Córdoba.

—Es copista en un taller, pero no esperéis de él más de lo que cabe esperar de Hafs. Tiene una letra tan hermosa como corto es su entendimiento. —La hija de Ibn Hafsun apartó la mirada mientras lanzaba un suspiro—. Aunque supongo que no nos habéis despertado en mitad de la noche para discutir acerca del carácter de mis hermanos.

—No, señora.

—Álvaro de Monterrubio… —Estiró el nombre como si fuera un bálsamo con el que refrescaba su memoria—. Me acuerdo de cuando Sulayman te expulsó de Bobastro. Te acusaba de traidor. —Los labios de Argentea se curvaron insinuando una sonrisa—. No hace falta que te defiendas. Sé que mi hermano acusaba de traidor a cualquiera que le contradijese; tomó esa mala costumbre de Yafar. Tú fuiste uno de los capitanes más fieles que tuvo mi padre, le oí comentarlo a menudo, de modo que estoy segura de que es un buen propósito el que os guía aquí.

Álvaro asintió.

—Tiene que ver con vuestro padre, señora. El tratamiento que ha recibido su cadáver es una vergüenza que debe ser reparada. No podemos consentir que sus restos sirvan de recreo para unos cuantos miserables.

—Aquellos que se recrean recibirán su castigo. Si el Señor atiende mis oraciones, hasta el último de ellos será entregado al abismo de los infiernos.

—La solución en la que yo había pensado es un poco más… terrenal.

Argentea frunció el ceño. También Emilia se inclinó hacia adelante, sorprendida.

—¿A qué solución os referís?

—Me refiero a dar a vuestro padre una honrosa sepultura —explicó Álvaro—. Si recuperásemos su cuerpo se le podría enterrar dignamente, esta vez para siempre.

—¿Recuperarlo? —graznó la sirvienta—. ¿Y cómo? El rey no va devolvérnoslo de buen grado.

—No pienso pedirle que me lo devuelva.

—Lo que proponéis es robar el cuerpo, pues —dijo Argentea.

—Permitidme corregiros, señora, porque en realidad el robo es el que ha cometido el califa tomando algo que no le pertenece. Nosotros simplemente recuperaríamos lo que os pertenece por derecho.

—Igual que los cristianos recuperaban del río los cuerpos de los mártires condenados por los cadíes —comentó la hija de Ibn Hafsun con voz enfebrecida por la emoción—. Sí, sería magnífico burlar así los designios del tirano. Pero tendrás que hacerlo solo o en compañía de otros porque yo no puedo ayudaros y mis únicas

aliadas en Córdoba son las vírgenes que me acompañan en este convento.

—Descuidad, señora. Ya buscaré yo los medios para retirar el cuerpo de donde hoy está. Lo único que os solicito es vuestro permiso para enterrarlo aquí, en este santuario, donde estará a salvo de nuevos expolios.

Las dos mujeres se quedaron calladas, mirándose, y Álvaro sintió que el silencio le aplastaba. Era un silencio compuesto de deseos reprimidos, de abandono, de soledad. Aquel silencio le habló a Álvaro de una espera interminable; pero en lugar de acabar en gozosa consumación todo parecía indicar que la espera concluiría en desengaño y un silencio aún más profundo.

Por un instante dudó de su decisión. Tal vez lo adecuado sería llevar a Samuel a un lugar en el que hubiera alegría y no renuncia. Él era un hombre alegre, carnal, se había casado con una esclava que arrebató sin pensárselo dos veces a su dueño anterior. Tal vez no fuese feliz descansando en aquella sombra. Sin embargo era demasiado tarde para cambiar de idea. Ya había contado sus intenciones a Argentea y ella estaba meditando la propuesta.

—¿Por qué no? —dijo la mujer al concluir sus reflexiones—. Podríamos enterrarlo cerca de las sepulturas de Pomposa y Columba. —Bajó la voz para dirigirse a Álvaro a pesar de que nadie, excepto los ratones que a falta de un alimento mejor roían el yeso de las paredes, tenía la oportunidad de escucharles—. Esas dos santas están enterradas aquí, ¿lo sabías? Después de que fuesen martirizadas por proclamar públicamente su fe, los caldeos expusieron sus cuerpos para que fuesen devorados por los perros, pero los cristianos de Córdoba consiguieron rescatarlas y que recibieran honras fúnebres. Lo mismo habría que hacer con mi pobre padre, si bien a él tendremos que sepultarlo a cierta distancia, porque sería inapropiado juntar su tumba con las de Pomposa y Columba, que le superaron sobradamente en santidad.

—¿Estáis segura de lo que decís, mi señora? —gimió Emilia. Las palabras salían racheadas, interrumpidas por el miedo—. ¿Y si nos descubren? ¿Qué nos ocurrirá?

—Yo tendré cuidado para que nadie nos descubra —aseguró Álvaro.

—Si nos descubren nos castigarán con dureza, por supuesto —dijo Argentea como si no le hubiera oído—. Es imposible que suceda otra cosa. A mí esto no me causa temor. Estoy preparada para recibir la corona del martirio. Si por mis actos o mis creencias se me presentara una muerte violenta, de grado la aceptaré tranquila y no apartaré mi cuello de sus azares. En cuanto a ti, mi fiel Emilia, te autorizo a huir si averiguases que pretenden llevarnos al juez. El martirio es una elección, no una obligación, y tú debes obrar conforme a tu conciencia.

«El valor de Samuel no se transmitió únicamente a sus hijos varones —pensó Álvaro—. Si Argentea hubiera nacido hombre, el califa aún tendría que temer por la integridad de su reino».

La hija de Ibn Hafsun se reclinó satisfecha en la silla. Argentea vestía su

religiosidad como un guerrero viste su coraza. Igual que sus hermanos habían empuñado la espada, ella utilizaba su fe como un arma con la que, sin duda, confiaba en golpear algún día al califa.

—Entonces está decidido —concluyó—. Traeréis en secreto los restos de mi padre a este santuario y nosotras nos encargaremos de determinar la forma más conveniente de ocultarlo y enterrarlo.

—Os lo agradezco, señora.

—No, soy yo la que te está agradecida. Es de mi padre de quien estamos hablando.

—Vuestro padre y mi señor. Él me dio tierras y me ennobleció, pese a que mi linaje era modesto.

«Menos que modesto, en realidad, pero, ¿para qué recordárselo?».

—Estoy convencida de que te ganaste todo lo que él te dio.

—Luché esforzadamente defendiendo la causa de Samuel, es cierto. —Álvaro se levantó para irse—. Cuando llegue el momento os enviaré una nota a través de un mensajero, para que podáis prepararos con antelación.

—Envíala en latín, que es un idioma que hoy en día ignoran incluso los cristianos temerosos de Dios. Así será más difícil que entiendan el contenido si cae en malas manos.

—Lo haré como decís —contestó Álvaro, sin mencionar que él mismo necesitaría buscar un escribiente que trasladara sus palabras al latín.

Emilia aceptó llevarlo de vuelta al jardín. De nuevo crujieron las tablas de la empinada escalera, de nuevo los pasillos polvorientos, la luz amarilla del candil descorriendo las tinieblas, un poco más vacilante todavía, porque la mano de la sirvienta temblaba con violencia.

—No correréis ningún peligro, te lo aseguro —dijo Álvaro para templar su ánimo.

—Corremos peligro desde que vivimos en Córdoba —repuso Emilia—. ¿Por qué crees que nos obligaron a venir? Para tenernos bien vigiladas, por eso.

—Seré cuidadoso.

—No basta con ser cuidadoso. Las calles están llenas de espías y delatores. Yo apenas me atrevo a dejar la protección de estos muros y la princesa no sale nunca. —Emilia frunció el ceño—. En vez de permitirte pasar tendría que haberte pedido que te marchases inmediatamente.

—¿Por qué?

—La princesa vive angustiada por su propia salvación. Continuamente se inventa tentaciones, la pobrecilla, que solo sabe del mundo lo que lee en las cartas. Ya tiene la cabeza bastante revuelta para que vengas a ofrecerle una oportunidad de ganar el martirio.

—No es esa mi intención. Pretendo mantener a Argentea a salvo de todo daño. Si alguien sale perjudicado seré yo y nadie más que yo.

Emilia sonrió irónica.

—¿De quién aprendiste a ser tan noble? Tu padre era un bandido sin escrúpulos y los demás capitanes eran unos advenedizos codiciosos. Hasta Ibn Hafsun, que Dios le perdone, estaba muy lejos de ser un santo varón. Félix te apreciaba mucho, pero solía quejarse de tu carácter. «Es demasiado íntegro», me contaba. «Antes nos conduciría a la ruina que cometer una deslealtad».

«¿De quién aprendí? De nadie —pensó Álvaro—. Aprendí yo solo, con la colaboración involuntaria de mi padre y mi hermano, que me enseñaron qué era lo que yo no quería ser».

—Por cierto, ¿has vuelto a ver a Félix?

—Vivo en su casa.

—¿De veras? —Una chispa relumbró en los ojos de Emilia—. ¿Y cómo se encuentra?

—Ha cambiado —contestó Álvaro—. Como todos.

«Se ha vuelto blando y encorvado. Es mejor que conserves la imagen del hombre que amaste».

—Sí. —Al salir al jardín Emilia cubrió la llama del candil—. Todos hemos cambiado.

La sirvienta trajo un taburete que puso al pie de la tapia. Álvaro se subió encima y tomó impulso. En un instante estaba en el otro lado, en el lado de la ciudad, peligrosa y llena de vida. Emilia continuó de pie entre los lirios, aguardando quizás a que Álvaro le hiciese una última recomendación, y luego recogió el taburete antes de regresar a la asfixiante calma del convento.

6

Vidas breves

Creyó escuchar el llanto agudo de un bebé enroscado en las postrimerías de sus sueños. Se despertó sobresaltada, jadeante, tratando de localizar la cuna en la penumbra. Al descubrirla se acercó de puntillas. Muy despacio, conteniendo la respiración. El colchoncito estaba vacío y ella sacudió la cabeza, incapaz de comprender la ausencia del niño, hasta que recordó que la nodriza y la comadrona lo estaban cuidando. Y de inmediato, como si el recuerdo de la debilidad que la aquejó después del parto se extendiera a través de su cuerpo, notó que le flaqueaban las rodillas y le faltaba el aire en los pulmones. Se sentó en la cama, despacio, manteniendo a raya el mareo con un esfuerzo de voluntad. Luego respiró profundamente. Los días y las noches pasados habían transcurrido en un estupor de voces cariñosas, remedios que tragaba sin rechistar, siluetas que venían a acompañarla y se iban sin haber dejado ninguna impresión en Dihya. Luz y sombra. Ruidos y silencios.

Experimentó un deseo punzante de regresar a ese abandono, ese estupor, pero se forzó a levantarse. Caminó torpemente, como si aprendiese a andar de nuevo. Primero dio un paso. Después el siguiente. Aún le dolía su desgarrado perineo. Aún echaba en falta la sangre que había perdido. Usó el aguamanil para lavarse entre sus piernas. El agua estaba templada, le hizo bien. Cogió una aceituna del plato. El sabor llenó su boca, que también parecía desacostumbrada a cumplir con sus funciones.

«¿Cuánto habré dormido? —se preguntó—. Me siento extraña, de vuelta en el mundo cuando me figuraba haberlo abandonado, como aquel Lázaro al que dicen que el hijo de María, que Dios le conserve en la paz, levantó de entre los muertos».

El parto fue difícil. Eso lo recordaba. Ni siquiera tuvo fuerzas para comprobar si su hijo era un varón. Se consoló pensando que había cumplido su deber proporcionando a Karim un heredero y cerró los ojos segura de que aquel dolor, aquella sangre que brotaba como una fuente en medio de sus muslos, eran la antesala de la muerte. Pero no había fallecido. Solo había estado dormida durante un número indeterminado de días, recuperándose.

Abrió la puerta. Dos de sus esclavas estaban cerca. Distraídas. Hablando. Dieron un respingo cuando ella salió arrastrando los pies.

—¡Señora! ¡Creíamos que estabais durmiendo!

Aceptó los brazos que la sujetaron como un andamiaje de carne y hueso. Pero no aceptó los consejos, la suave presión que la empujaba de vuelta al dormitorio. Quería ver a Firqan.

—Se encuentra bien, señora. Las mujeres y la nodriza le están cuidando.

—Llevadme hasta él —dijo Dihya. Notaba los pechos pesados, llenos de leche desaprovechada—. Tengo que amamantarle.

—La leche de la nodriza es buena, señora.

—Mejor es la leche de la madre.

Avanzó apoyada en las esclavas. Se habían producido cambios en la hacienda, podía advertirlo. Hombres bronceados por el sol, desnudos de cintura para arriba, llevaban capazos cargados de tierra y paja. Unas chiquillas, vestidas solo un poco más decentemente, amasaban la arcilla con los pies descalzos para fabricar ladrillos de adobe. El muro que ceñía la hacienda estaba creciendo. Dihya ya no lo reconocía. Era más alto, más grueso que antes.

Supo enseguida en cuál de las viviendas se encontraba Firqan. Su suegra estaba en el exterior, como una centinela, dando órdenes a los sirvientes. Trató de apresurarse aunque la entrepierna le dolía cada vez que daba un paso. Tenía el temor de que le arrebatasen a su hijo. Con sonrisas y amables palabras en lugar de con violencia, pero cuando hubieran terminado el resultado sería el mismo. El niño era demasiado importante para el clan. El Firqan del que había tomado el nombre murió sin dejar descendencia. Por esta razón el hijo de Dihya sería el heredero, el líder del clan cuando Mahmud y Karim faltasen. En él estaban depositadas sus esperanzas, sus deseos; había que prepararle cuidadosamente, desde la más tierna infancia, para que pudiese satisfacer las expectativas de la familia. Y no permitirían que Dihya, que por su juventud estaba prácticamente excluida de aquel círculo de mujeres, interfiriera.

«Pero es mi hijo —pensó ella—. Sus vientres están secos, como ellas. El mío es el único que todavía puede dar la vida».

—¿Qué haces, hija mía? —le reprendió su suegra—. Tendrías que estar descansando.

—No es necesario. Ya estoy completamente recuperada.

—¿Qué dices?, si apenas te tienes en pie…

Algo en la mirada de Dihya hizo que la madre de Karim se apartase. Dentro había una cuna similar a la que ella tenía en su habitación. Una cuna ocupada. Se separó de las esclavas para tomar su mano. Era tan pequeña… El niño continuó dormido, aun cuando ella hubiese jurado que su expresión se relajaba al sentir el contacto de la piel de su madre.

«Ya le han colgado los amuletos —pensó ella—. ¿Por qué tan pronto? Él es fuerte. Me di cuenta mientras luchaba para sacarle de mi interior. Es fuerte. No precisa amuletos para sobrevivir».

Renunció a quitarle los amuletos de azabache del cuello. Era prematuro pelearse con la madre de Karim en su estado. Más tarde. Cuando estuviera bien. Su rango dentro del clan cambiaría ahora que había dado a luz al heredero de Karim, sin embargo era consciente de que las demás mujeres no aceptarían el cambio sin luchar.

—¿Cómo está? —preguntó a la nodriza, que aguardaba sentada en una esquina a que el bebé se despertase.

—Muy bien, señora. —La joven lucía una sonrisa vacilante—. Come mucho. A este paso me dejará en los huesos.

—¿No estarás tomando ningún alimento ilícito?

—Por supuesto que no, señora. Solo como lo que me dan.

Intentó sacarse un pecho de la camisa para dar de mamar al niño, pero el incontenible temblor en sus rodillas se lo impidió. Con la ayuda de las esclavas salió del aposento, haciendo un esfuerzo sobrehumano para disimular su debilidad. Intercambió unas frases corteses, insustanciales, con la madre de Karim. Ella tal vez no considerara a Dihya una rival digna de tener en cuenta, pero pensaba hacer que se llevase una buena sorpresa.

—Llevadme a un sitio en el que pueda sentarme —pidió a sus esclavas—. No, ahí no. Llevadme junto a mi suegro.

El ajetreo en la hacienda la perturbaba. ¿De dónde había salido aquella gente? ¿Qué hacían en la finca? Preguntó por Karim. Estaba fuera. Mahmud y un tío abuelo de Karim, por su parte, conversaban con un asceta, uno de los recién llegados a la finca. Cuando llegó Dihya, Mahmud sonrió con su característica afabilidad mientras le preguntaba por su salud. Pero enseguida volvió a concentrar su atención en el asceta, como si este hubiera conseguido picarle la curiosidad con sus enseñanzas.

—Es posible que quieras comer —le dijo Mahmud al asceta—. Llevamos una hora aquí sentados sin tomar nada.

—No se me ha indicado que coma —replicó el asceta.

Mahmud frunció el ceño. La respuesta le había desconcertado.

—¿No te lo han indicado? ¿A qué te refieres? ¿Es que sigues las órdenes de alguien?

—Ciertamente.

—¿Y quién es ese que te dice lo que puedes hacer y lo que no?

—Aquel que nos gobierna a todos, y es obedecido en este mundo y en el otro.

—Nadie gobierna en este mundo y en el otro excepto Dios —repuso Mahmud.

—Exacto. Y Dios concede Su gracia a quien Él quiere.

Mahmud asintió complacido. Parecía que el misionero estaba por fin dispuesto a satisfacer su curiosidad.

—Tú no eres de aquí. Diría que vienes de Ifriqiya, donde vivieron nuestros antepasados. Dime: ¿qué haces tan lejos de allí?

—Se me ha confiado el conocimiento de uno de los secretos de Dios. Y con este conocimiento he de curar de sus males a las gentes de estas tierras, y traerles la prosperidad, y quitarle el poder a los que hoy les gobiernan, para entregarles el poder a ellos.

—¿Hablas de los Omeyas o del emir de Badajoz? —inquirió Mahmud alarmado.

—De los Omeyas, por supuesto. El emir de Badajoz podrá conservar su mandato, siempre y cuando acepte la verdad.

Tras haber aclarado ese aspecto el misionero se puso a hablar largo y tendido. Ni una sola vez mencionó a los ismailíes, pero su mensaje era el suyo y pronto el tío abuelo de Karim estiró el cuello para dirigirse al asceta, recordándole a Dihya a una tortuga que saliera de su caparazón:

—Te ruego que nos transmitas ese poderoso secreto para que nos salve, del mismo modo que te ha salvado a ti.

El asceta levantó la mano para pedirle calma.

—Primero debes purificarte. Y luego pronunciar un juramento como el que pronunciaron ante Dios los profetas. Entonces te contaré lo que deseas saber.

—Ya hemos pronunciado nuestros juramentos —le interrumpió Mahmud.

—Podéis pronunciar otro.

Mahmud le dirigió una mirada sombría al asceta.

—¿Nosotros? ¿Jurar? ¿Delante de quién?

—De mí.

—Tú solamente eres un vehículo. El pichón que transporta el mensaje. Pero, ¿quién te envía? ¿A quién representas?

El misionero se giró hacia él con expresión grave.

—Represento al que ha restituido la verdadera religión, al que ha hecho triunfar el bien sobre el mal, el que terminó con la represión de los creyentes, el descendiente de Fátima, el amigo de Dios.

—¿Te refieres al Mahdi?

—Sí. Me refiero al séptimo y último Imam. El que revelará la Verdad y restaurará el Edén. Él acabará con las discordias que dividen a los musulmanes, depondrá a los falsos califas y tomará posesión de la herencia de su ancestro, el Profeta.

—¿Y por qué no lo ha hecho ya? —preguntó maliciosamente Mahmud—. Hace años que al-Mahdi gobierna en Ifriqiya. ¿A qué espera?

—Espera el momento oportuno.

—De acuerdo con la tradición —intervino el tío de Karim—, el Mahdi tendrá escritas las palabras “el Mahdi, Profeta de Dios” en sus hombros, igual que el Profeta, la misericordia de Dios sea con él, tenía el sello de su misión estampado en los suyos. Dime: ¿le han examinado los notables para comprobar que presenta los signos?

—Esas son creencias paganas que nada tienen que ver con la verdadera religión —contestó irritado el misionero—. ¿Quién es el necio que te ha confundido con tales bobadas?

El tío gruñó, molesto, y Mahmud se vio obligado a intervenir para evitar el inicio de una pelea:

—Tengo entendido que al-Mahdi residía originalmente en Salamya, en Siria. ¿Cómo es que acabó yendo a parar a Ifriqiya? Es un largo camino el que ha hecho.

—El Mahdi estuvo oculto durante años, para que estuviera a salvo de sus enemigos. Pero mientras permanecía escondido, uno de los *da'i* que instruían a las gentes en la doctrina de la familia del Profeta fue a Ifriqiya acompañando a unos peregrinos de la tribu de los Kutama a los que conoció en La Meca. —La mención de los Kutama, viejos enemigos de los Zanatas, hizo que el tío de Karim murmurase con desaprobación—. Antes había averiguado por medio de sus conversaciones con ellos que allí las condiciones eran favorables para preparar el regreso del Mahdi.

—Y es cierto que lo eran.

—El proceso fue largo y difícil, en realidad. Este *da'i* del que os hablo, Abu'Abd Allah, Dios le maldiga, tuvo que predicar y luchar durante dieciocho años hasta que al fin los aglabíes huyeron a Egipto y el Mahdi, que para entonces residía en Sijilmasa esperando la hora de su triunfo, pudo tomar posesión de sus dominios y proclamarse califa.

—¿Cómo es posible que hables así de Abu'Abd Allah si trabajó dieciocho años en favor de al-Mahdi? —se pasmó Mahmud.

—Es cierto que Abu'Abd Allah y su hermano trabajaron duramente para que el descendiente de Fátima heredase los estados de los aglabíes —aceptó el misionero—. Y que Dios les recompense por aquellos esfuerzos. Pero después Satán confundió sus mentes y les llenó de arrogancia, a ellos y a algunos líderes de los Kutama, provocando que se rebelaran contra el gobierno del Mahdi. —El asceta tomó aire para pronunciar adecuadamente el verso del Corán—: «Quien se aleje de las enseñanzas del Misericordioso será asociado a Satán, porque tendrá al diablo por aliado. ¡Cuidado!, porque el diablo les apartará del recto camino pero ellos creerán ir en la dirección correcta».

Dihya, aburrida por la discusión, reclamó a las esclavas que se la llevasen a un sitio más tranquilo. Ellas la condujeron a un huerto donde había sembrados árboles frutales, donde se acomodó apoyando la espalda en un tronco.

—Por Dios, prima, antes eras hermosa y tenías el talle tan flexible como una rama de sauce pese a estar encinta. ¿Tanto transforma el parto a una mujer?

Dihya se volvió con brusquedad. Al-Asayy estaba echado en la sombra de un árbol vecino, mordiendo una manzana que había arrancado de la rama.

—Bueno, al menos tus ojos siguen pareciéndose a los de una gacela, alabado sea el Misericordioso.

—¿Qué haces aquí?

—Además de estropear tu talle se diría que el parto también te ha estropeado el carácter —rezongó el poeta—. ¿Qué he de hacer aquí? Visitar a tu hijo, naturalmente. O intentarlo, al menos, porque ese cancerbero con *izar* que guarda su puerta me ha

impedido entrar. Por lo que parece la invitación que me enviasteis era una pura formalidad; nadie esperaba que se me ocurriera venir.

—¿De veras creías que te iban a permitir acercarte a mi hijo llevando esas ropas mugrientas?

—¿Mugrientas? ¡Si hoy me puesto mis mejores ropas!

—Entonces te compadezco.

—Si Karim se hubiera tomado la molestia de recomendarme al emir quizás ahora mi aspecto no te inspiraría compasión.

—Karim está muy ocupado. Ya le hablará al emir en tu favor cuando haya resuelto los asuntos que son más urgentes.

—Más me valdrá resignarme a la indigencia, pues, porque las ocupaciones de Karim no van a hacer sino aumentar.

—¿Qué quieres darme a entender?

Al-Asayy escupió una pepita al suelo y cogió por el rabito el corazón de la manzana para enseñárselo a Dihya.

—Esta manzana la he tenido que conseguir por mi cuenta, pero cuento con que os ocupéis de aliviar la terrible sed que me aqueja. El Profeta recomendaba conceder tres días de hospitalidad a los visitantes; a mí, de momento, tu familia no me ha concedido ni un segundo.

Dihya dio una palmada que hizo que las esclavas se aproximasen.

—Id al pozo a por agua. Yo también tengo sed.

—El agua no me sienta bien, prima, ¿podrían traerme tus esclavas…?

—Agua —le cortó Dihya—. Para los dos.

Al principio al-Asayy miró con asco la copa. Luego cerró el ojo visible, encogió la nariz y se tragó el contenido sin respirar, como si fuera un purgante.

—Tienes una mala opinión de mí, prima —dijo tras devolver la copa vacía a la esclava—. ¿A qué se debe? Poseo elegancia, buena educación, humor dulce y talento. Solo me perjudica el hecho de que mi cara no sea como la luna, que llega a estar llena tras haber estado incompleta, aunque permíteme añadir que esta venda que me afea no impide que mi boca exponga pensamientos refinados.

—No he oído ninguno todavía.

—Ni los oirás mientras te muestres tan huraña conmigo. Un hombre con mi sensibilidad es como un gato: se te acercará si te diriges a él con ternura, pero escapará corriendo si le riñes.

—¿Y a qué esperas para escapar? Nadie te lo impide.

Al-Asayy apartó la vista, alzó la mirada hacia las nubes que cruzaban blandamente el cielo.

—A decir verdad, prima, además de derramar mis bendiciones sobre tu hijo tenía la intención de hablar con el padre de Karim. Sin embargo me han denegado incluso

una breve entrevista.

—Él también está ocupado. Está charlando con un misionero.

—¿Un misionero? ¿Prefiere la compañía de un piojoso misionero a la mía? —se ofendió el poeta—. En fin, ya veo que no hace falta gran cosa para que os consideréis ocupados. Demasiado ocupados para recibir a un pariente que ha sido sacudido por el infortunio, pese a que dicen que impío es quien reniega de sus parientes, por remotos que sean. En fin, supongo que fue un acceso de locura el que te hizo venir a verme. Pero puedo ser útil, ¿sabes? Yo vertería en el oído del emir epigramas que fueran como dardos dirigidos al corazón de vuestros rivales. Mis sátiras harían tambalearse la posición que ocupa al-Miknasí en Badajoz; yo conseguiría que el emir le aborreciera. Aunque, ¿cómo voy a hacerlo desde el cuchitril en el que vivo? Tendría que residir en el palacio y pasar largas horas junto al emir para lograrlo.

—Me temo que mi marido confía más en el acero que en las palabras.

—Es un error —dijo al-Asayy—. Un error. A veces las palabras son como el veneno, que no mata a los áspides que lo llevan pero sí a las personas a las que muerden.

—Hablaré con Karim.

—Es lo mismo que me prometiste durante tu visita.

—¿Y qué quieres que haga? Tengo un marido al que satisfacer, un hijo al que cuidar y una suegra a la que contentar. Deberías estar agradecido porque te dedique estos instantes.

—Tal y como lo planteas, parece que nuestra conversación es una limosna que me entregas. —Al-Asayy se lamió el jugo de la manzana de la palma de la mano—. Olvídalo. No pierdas el tiempo hablando con Karim. Si ya ignoró mi ruego cuando sus preocupaciones eran menores, ¿qué esperanza hay de que me preste atención en las presentes circunstancias?

—Es la segunda vez que mencionas que han aumentado las ocupaciones de mi esposo —protestó Dihya—. ¿A qué te refieres?

Al-Asayy puso cara de sorpresa.

—Por Dios, querida prima, ni que hubieras pasado las últimas semanas encerrada y sin hablar con nadie.

—Es exactamente lo que ha sucedido. Llevo tumbada en la cama, recuperándome, desde el día en que di a luz a Firqan.

—Lo siento. Ojalá lo hubiera sabido, te habría enviado… Oh, no habría podido enviarte nada. Únicamente mis buenos deseos. De todas formas ya te has levantado de la cama. ¿No has notado ningún cambio?

—Desde luego. He visto en la finca a varias personas a las que no conozco, la mayoría trabajando para reforzar la tapia.

—Asilados. Tu Karim, tan generoso como siempre, les ha acogido a cambio de

que trabajen en la ampliación del muro. Aunque, si te interesases por conocer mi opinión, te diría que es dinero y sudor malgastados. El muro podría ser el doble de alto y el doble de grueso de lo que es en la actualidad y seguiría siendo inservible. Carecéis de hombres suficientes para defenderlo como es debido.

—¿Defenderlo? ¿De quién?

En vez de responder al-Asayy se levantó del suelo sacudiéndose la tierra adherida al manto.

—Acompáñame, prima. Voy a enseñarte algo.

Dihya se incorporó con dificultad. Sentía las piernas más firmes que antes, pero seguía necesitando el apoyo constante de una de las esclavas, como un bastón que caminase con ella.

Dentro de la hacienda había dos altozanos. Uno de ellos estaba ocupado por la vivienda principal, orientada al mediodía. En el segundo altozano, pequeño y de superficie irregular, se plantaron árboles frutales para proteger del viento a la heredad. Al-Asayy la guio a esta otra elevación. Se plantó entre dos árboles y señaló más allá de la tapia Las vistas eran excelentes; Dihya había escuchado a Karim comentar que sería bueno instalar en el altozano un puesto de observación para vigilar los alrededores.

—Fíjate.

En un principio los ojos de Dihya se dirigieron a Badajoz y al río y el arroyo que confluían en el noroeste, los dos fosos naturales que rodeaban la ciudad. Después observó que en el camino había más actividad que de costumbre. Gente a pie, carros atestados de utensilios, distinguidos por el aire desolado que da la miseria. Y en el sentido contrario partidas de caballeros armados que se marchaban de la ciudad, haciendo retemblar el estrecho puente sobre el Guadiana. Vio los estandartes que palpitaban encima de los jinetes, oyó los tambores que los despedían o convocaban a nuevos soldados, redoblando dentro de las murallas, y le entró miedo. ¿Dónde estaba Karim?

—¿Por qué tanta agitación? —preguntó asustada—. ¿Qué sucede?

—Sucede que el califa se ha puesto en marcha. Los espías cuentan que el ejército que ha partido de Córdoba es más oscuro y espeso, más ancho que una nube de tormenta. Si esto es verdad, tendremos que rogar a Dios que nos libre de su cólera, o de lo contrario concluirá en este mundo el tiempo de los Banu Marwan.

Dihya comprendió que aquellas gentes a pie iban a buscar refugio en la ciudad. Eran como ellos, o como ellos habían sido, aunque sin el alivio de las espadas para facilitar su admisión en Badajoz.

—Mientras tanto —continuó al-Asayy—, el general Ibn Ilyas está preparando la llegada del califa hostigando a los campesinos de modo que no puedan resistir y tengan que dejar sus tierras. Allí los tienes, cientos y cientos, pidiendo que se los

reciba, pero el emir ya ha dado instrucciones de que no se acepte a nadie, excepto a los que puedan comprar su entrada en Badajoz con riquezas o influencias.

La fila era ya larga y se alargaba sin cesar. Los fugitivos suspiraban por ponerse a la sombra de las murallas, creyendo que dentro estarían a salvo. Sin embargo la puerta estaba cerrada para ellos. Solo se permitía pasar a las personas que podían acreditar ser ciudadanos de Badajoz, a los carros cargados de provisiones y a los pequeños rebaños que eran conducidos hacia la urbe.

—¿Y Karim? ¿Te han dicho dónde está?

—¿A mí? No, prima. Y si preguntara no me responderían. Imagino que habrá salido a luchar contra los destacamentos de Ibn Ilyas. El emir ha ofrecido una recompensa por cada cabeza de soldado omeyí que se le entregue y hay muchos que aspiran a hacerse ricos con ese macabro comercio.

La idea de que en aquel preciso instante Karim estuviera exponiendo su vida en algún lugar provocó que las fuerzas abandonaran el cuerpo de Dihya como un pájaro cautivo cuya jaula queda abierta por un descuido. Al verla desfallecer, las esclavas la trasladaron con rapidez a su cuarto. Ni siquiera se despidió de al-Asayy, que se quedó con la palabra en la boca, sorprendido por el desmayo de su prima. Necesitaba dormir. Descansar.

La acostaron. Pero no estuvo dormida mucho tiempo. Una pesadilla hizo que despertase sobresaltada, y al tratar de recordar lo que había soñado apenas pudo recuperar la imagen de una infinidad de banderas cubriendo los caminos, anegando los valles mientras avanzaban.

Banderas blancas, como las de los Omeyas.

7

El rescate de los huesos

Álvaro comenzaba a experimentar una cierta atracción hacia la Córdoba nocturna, a la que estaba conociendo íntimamente. Buena parte de sus andanzas teman lugar después de que el ocaso derramase el almizcle de la oscuridad sobre calles y plazas. Entonces salía de la casa de Félix, como uno de los ladrones que acechaban a los incautos a fin de degollarlos, para familiarizarse con aquellos barrios laberínticos que crecían como la vegetación en un jardín desatendido, desbordando las limitaciones que se les habían impuesto en un principio.

Todos esos paseos y algunas entrevistas, la mayor parte sin fruto, sirvieron para preparar lo que estaba haciendo ahora. El último preparativo, sin embargo, lo llevó a cabo el día anterior llevando a cuestas un largo palo en el que había clavado otros transversales, mucho más cortos, para formar una escalera tan sencilla que parecía ser una herramienta que Álvaro transportara hacia una de las huertas a orillas del río. Solo que el palo no llegó a ninguna huerta. Cuando nadie le miraba tiró la escalera en medio de unos arbustos entre los que pasaría desapercibida. Y ahora se disponía a recogerla.

Miró hacia atrás para cerciorarse de que el chico aún le acompañaba. Aquel joven se movía con tanto sigilo que de vez en cuando experimentaba el temor de que su única compañía fuese el enorme saco de arpillera que llevaba colgando del hombro, el más grande que Álvaro había podido conseguir. Estaba seguro de que el saco serviría. No estaba igual de seguro del chico.

—Dos *dírhams* de plata —había exigido por sus servicios—. Ni uno menos.

—Te daré uno antes de salir y otro cuando hayamos terminado.

Era un precio elevado, y sin embargo tuvo que pagarlo. El joven era la única ayuda que pudo conseguir. Un pícaro que se ofrecía para cualquier asunto; no era la clase de compañero que Álvaro deseaba. Ya había supuesto, acertadamente, que Félix se negaría a intervenir. Lo que no supuso era que los cristianos de Córdoba con los que había mantenido reuniones fueran igualmente reacios a colaborar con Álvaro. Tenían demasiado miedo al califa, más poderoso y decidido que ninguno de los Omeyas que le precedieron, con la posible excepción del primer Abd al-Rahman. Y tampoco contemplaban a Ibn Hafsun con un exceso de simpatía. En los diez años transcurridos desde su muerte se había difuminado en Córdoba el recuerdo de sus hazañas. Y puesto que difícilmente se le podía considerar un santo, puesto que había apostatado en más de una ocasión, no existía la posibilidad de que sus restos se convirtieran en reliquias dignas de ser veneradas. La mención de Argentea despertaba mayor interés, aunque no el suficiente para que alguien se brindase a cooperar con

Álvaro.

Al aproximarse al recinto amurallado de la medina se pegaron instintivamente a los altos muros. Frente a ellos tenían ya el *Rasif*, el paseo pavimentado junto al río, y se vislumbraba la vasta corriente de agua, reflejando en su superficie una malla de estrellas perplejas y los molinos situados en la represa formada por el puente romano. Allí el calor era menos intenso, el aire corría con menores impedimentos, se dispersaban los olores, con frecuencia molestos, que ocupaban día y noche los callejones de la capital. Álvaro respiró agradecido e indicó al chico que se apresurara. Apenas había luz suficiente para esquivar los peores baches de la calzada. La noche que había escogido Álvaro era tan oscura que los ojos no podían distinguir la tierra del cielo; la primera noche sin luna después de que partieran de Córdoba las tropas que iban a sitiar a los rebeldes de Badajoz.

Félix y él habían acudido con otros miles de curiosos a la *Musara*, donde se congregó el ejército antes de salir de campaña. Iban por separado, pues Félix evitaba asociarse en público con Álvaro, y así, cada uno a su sabor, asistieron a la ceremonia de anudado de las banderas. Fueron tres las enseñas anudadas a las lanzas, una tras otra, mientras el imam recitaba suras del Corán la azora de la Victoria, y al terminar de hacer los nudos estallaba una tormenta de jaculatorias y exclamaciones piadosas proferidas por los imanes, almuédanos y *wasifes*. Concluida la ceremonia el tesorero salió en dirección a la Puerta de la Azuda acompañado por los *wasifes* y los almuédanos que portaban las banderas. En la puerta les aguardaba un magnífico destacamento, rodeando al califa como la caja que esconde en su interior una valiosa joya.

Fue durante el avance de las columnas, con sus oficiales al frente y desplegando sus insignias, cuando Álvaro notó en la oreja el roce cálido de un aliento humano. La mano que ya se dirigía hacia el cuchillo se detuvo al identificar la voz de Félix:

—Observa —le dijo—. El alto con la barba canosa y el turbante. ¿Le ves? Es Ahmad Ibn Abdallah, un alfaquí de gran prestigio. Formó parte del séquito que el califa llevó a Bobastro y me han asegurado que fue él quien convenció a Abd al-Rahman para que mandase abrir los sepulcros de Samuel y Yafar.

Álvaro anotó el nombre en su cabeza y continuó contemplando la ceremonia. La procesión con los abanderados llegó hasta el destacamento y todos montaron a caballo, incluido el califa. Por el paso abierto entre la masa de ciudadanos el ejército marchaba entre gritos y vítores para iniciar su campaña.

«Todos estos que parten hacia Badajoz no estarán en Córdoba para estorbar mis movimientos —pensó en aquel momento Álvaro—. Y si el califa tampoco está en la ciudad, se relajará la vigilancia en el Alcázar. Es la ocasión perfecta».

Había esperado a que la luna se ausentase del firmamento para actuar. Era arrojado, pero también precavido. Deseaba cumplir la promesa hecha a Argentea y

para ello tenía que actuar con cautela. Ya había demasiados factores en su contra. No necesitaba incrementar su desventaja comportándose de manera desatinada.

Cruzaron el paseo deprisa, sin encontrarse con ninguna patrulla. Había lámparas encendidas sobre las puertas de la muralla y largas sombras de centinelas que oscilaban cansadas por la ribera del río. Por la noche las puertas estaban cerradas para que nadie pudiera entrar en la medina. Esas horas estaban reservadas a los criminales y los fugitivos, a los amantes que alimentaban pasiones prohibidas. Las voces que se escuchaban en la ribera eran el monótono crujir de los azudes y la tos áspera, repentina, de un centinela acatarrado. Álvaro y su acompañante tenían que andar con cuidado. Por tenue que fuera el sonido de sus pasos, más tenues todavía eran los ruidos que podrían encubrirlos.

Álvaro entregó el saco al chico y se aventuró en la maleza para rescatar la escalera. Luego se dirigieron al espacio entre el edificio del Alcázar y el río, iluminado por una solitaria lámpara. Álvaro trató de vislumbrar si había alguien custodiando los patíbulos. Sabía de la existencia de una patrulla armada en las semanas posteriores a que Ibn Hafsun y sus hijos fueran clavados en los maderos. Pero el paso del tiempo debía haber convencido a las autoridades de que los cuerpos estaban seguros. No había guardias a la vista en el prado. Cambió de posición para examinar la azotea situada encima de la *Bab al-Sudda*. También estaba desierta. Solamente las cabezas rellenas de estopa y sal contemplaban a su vez a Álvaro; la luz de la lámpara deformaba sus rasgos de forma que parecían estar haciendo muecas, burlándose de aquellos que las suspendieron por el pelo.

Iba a destruir la lámpara con una piedra, pero se le ocurrió a tiempo que el ruido podía llamar la atención. Además, cualquier guardia que hiciese su ronda advertiría el súbito oscurecimiento del prado. Así que recurrió a quitarse la camisa para cubrir la lámpara, con cuidado para que no llegase a entrar en contacto con la llama en el interior. La penumbra resultante era menos llamativa que una oscuridad total y serviría igualmente para enmascarar sus facciones. Aquella luz ambigua los convertía a él y a su ayudante en siluetas sin rasgos distinguibles, igual que las ilusiones que proyectaban los artífices de sombras chinas en sus espectáculos.

Cuando estuvo satisfecho, Álvaro apoyó la escalera en el patíbulo que ocupaba Ibn Hafsun. Encargó al chico que se colocase debajo y abriera bien el saco, y luego comenzó a subir. La escalera era endeble, se cimbreaba demasiado, pero no fue la inestabilidad lo que hizo que el estómago se le encogiera a Álvaro a medida que subía. Encontrarse cara a cara con el cuerpo suturado de su antiguo señor, suspendido en las alturas como el esqueleto de un gran pájaro atrapado en pleno vuelo, hizo que Álvaro experimentase un temor inexplicable, un deseo repentino de bajar al suelo y marcharse. Se tenía por un hombre valiente, sin embargo había algo en aquel cónclave de muertos colgados de los maderos que lo invitaba a irse de inmediato.

Puede que realmente estuvieran malditos. O puede que aprovechasen las horas vacías de la noche para entablar coloquios que él iba a interrumpir con sus torpes manejos, provocando el rechazo de los participantes. Ni siquiera estaba seguro de que realmente fuesen los huesos de Samuel y no los de un impostor. La muerte los había despojado de todo lo que singularizaba a Ibn Hafsun; por mucho que mirase, sus ojos no descubrían en el cadáver ninguna prueba convincente de su identidad.

Un golpe interrumpió el curso de sus pensamientos. Se volvió alarmado y vio al chico que huía corriendo tras haber tirado el saco y las herramientas. Llamarlo a gritos hubiera supuesto condenarse; Álvaro tuvo que permanecer en silencio mientras su cómplice lo abandonaba. No había razones aparentes que explicasen su huida. Ningún guardia que hubiese aparecido de pronto, ningún chirrido sospechoso. Tal vez había llegado a la conclusión de que era mejor obtener un *dírham* a cambio de nada que dos corriendo un riesgo.

«Más te vale esconderte bien —se dijo Álvaro—. Si llego a tropezarme contigo de nuevo te haré devolverme ese *dírham* con intereses».

Dudó acerca de bajar a por las herramientas que su cómplice había tirado. La escalera había alcanzado un equilibrio que no quiso alterar; pensó que le bastaba con el cuchillo que siempre llevaba encima. Las delicadezas resultaban inútiles en una situación como esa. Los restos de Ibn Hafsun ya habían sido maltratados de muchas maneras distintas. Poco importaba que sufrieran alguna magulladura adicional durante su rescate.

De todas formas Álvaro murmuró una oración antes de sacar el cuchillo. Seguía sintiéndose vigilado, rechazado, un intruso entre las víctimas del califa. Estuvo tentado de decirles que él era igual que ellos: un rebelde, un enemigo de los Omeyas. Sin embargo estaban separados por una barrera infranqueable. Aunque compartieran la misma causa, la hermandad entre vivos y muertos resultaba imposible. Aquellos cadáveres a los que importunaba entonces siempre le reprocharían que aún respirase, que aún caminase, mientras ellos estaban fijados a los postes, transformados en simples elementos del paisaje. Como los árboles. Como las piedras. Esperando solamente que una crecida del río cuya orilla adornaban les concediera el regalo de un último viaje hacia el mar.

Las cuerdas eran fuertes. Se resistían. Consiguió cortar una y la mano de Ibn Hafsun se descolgó exhausta. Otra cuerda y fue el brazo entero el que se desplomó con un chasquido. Álvaro subió un peldaño. Dos cuerdas sujetaban el cráneo contra el patíbulo, obligando al caudillo a mirar de frente el Alcázar en el que residía su adversario más enconado. Antes de morir, Ibn Hafsun había entregado sus ciento sesenta fortalezas a las autoridades de Córdoba. Firmó la paz con Abd al-Rahman III e hizo cuanto le solicitaba el gobernante. Esta obediencia tardía, empero, no había evitado que su cadáver fuese crucificado en público. Después de muerto Ibn Hafsun

solo tenía valor como símbolo, en este caso de la victoria total de Abd al-Rahman III. La apostasía había resultado útil como justificación; Álvaro sospechaba que de no haber existido ese motivo los cortesanos al servicio del califa habrían fabricado otro. Nadie es vencedor si no existe un vencido, y para enaltecer el triunfo de Abd al-Rahman III en Bobastro hacía falta un vencido a la altura de las circunstancias. Hafs ibn Umar no era suficiente. Además, se le concedió el *aman* al rendir la fortaleza. Había sido preciso recurrir al padre, fallecido diez años antes, para que Abd al-Rahman pudiera escenificar un triunfo acorde con la gloria que reclamaba.

Eso era precisamente lo que Álvaro pretendía arrebatar a Abd al-Rahman. Deseaba proporcionarle un entierro digno al caudillo al que había jurado lealtad, pero también, quizá inclusive con más afán, deseaba disminuir la victoria del califa, quitarle su trofeo, burlarse de aquel que reclamaba un poder omnímodo, incontestable. ¿No era esa la esencia de la rebeldía? Mantenerse firme contra el tirano. Escuchar sus bravatas y luego reírse de ellas. Despreciarlas. Arrugar los mensajes que anunciaban la perdición de los insurrectos y luego arrojarlos al fuego. Aunque el resultado fuese trágico, a él le parecía que el gesto merecía la pena.

Se estiró para cortar la primera de las cuerdas que soportaban el cráneo de Ibn Hafsun. Cuando el filo arañaba el alma de la cuerda notó que cedía el peldaño en el que estaba apoyado. Ahogó un juramento mientras trataba de sujetarse. El poste le ofrecía un asidero fugaz, pero enseguida resbaló y ya no pudo contener por más tiempo el grito agazapado en su garganta. Aterrizó junto al saco, maldiciendo la tozudez que le había impedido bajarse a desplazar la escalera de modo que pudiera trabajar con mayor facilidad.

—¿Qué es lo que sucede ahí? —rugió a lo lejos un guardia apostado en una de las torres de la muralla.

Le dolía el tobillo. Era posible que se lo hubiera torcido. Y la muñeca, tal vez rota. Varios dolores repartidos por su cuerpo, imprecisos, un sabor salado en su lengua. Se puso en pie con dificultad. Dentro del Alcázar los soldados se llamaban entre ellos, reuniéndose. En breve se abrirían la Puerta de la Azuda o la Puerta de los Jardines, o las dos a la vez para que salieran las patrullas.

Tenía que escapar del prado. Inmediatamente.

Recogió su cuchillo, que se había clavado en la tierra a medio codo de distancia. Sin él se sentía más desnudo que sin la camisa. De todas formas desenvolvió la lámpara para recuperarla y luego volcó el aceite en el suelo y pisoteó la mecha. Los guardias habían advertido su presencia. No necesitaba continuar actuando con disimulo.

Las luces que palpitaban en el *Rasif* le indicaron que debía descartar esa vía de escape. El oeste de la medina y su gran zoco parecían una posibilidad prometedora hasta que recordó que el Alcázar y sus jardines se interponían entre la explanada y el

chanib occidental de la ciudad. Retrocedió adentrándose en las tinieblas extendidas sobre el Guadalquivir, pese a que era consciente de que se trataba de un movimiento instintivo que no le proporcionaría ninguna ventaja. Solo unos minutos de falsa tranquilidad mientras los centinelas le acorralaban en la pradera.

«Es demasiado fácil atrapar a alguien en este claro —pensó Álvaro con rabia—. Basta con situar a un puñado de hombres en la ribera y ya no hay forma de huir por tierra. He sido un idiota al no darme cuenta antes».

Desde su posición se escuchaba con claridad el murmullo del río atravesando las aceñas; finalmente tuvo que aceptar que era la única solución. Se adentró en el prado hasta alcanzar la cima del arrecife artificial que Abd al-Rahman II había construido para reforzar el cauce del Guadalquivir. A sus pies las aguas condensaban en su seno la oscuridad de la noche, hiriéndose con las aristas de las rocas del arrecife, abrazando las formas fantasmales de los molinos. A lo largo de los bochornosos veranos de Bobastro, Álvaro solía acudir al Guadalhorce para refrescarse. Pero entonces se limitaba a sentarse desnudo en un banco de arena medio sumergido, sujetándose a una soga enlazada al tronco de uno de los árboles de la orilla. Lo cierto era que Álvaro apenas sabía nadar.

«Una de dos: o me ahogo, o me atrapan y me decapitan —se dijo—. Es como tener que elegir entre el fuego y las brasas».

Descendió por el arrecife con cuidado para no lastimar aún más su tobillo. Aventuró un pie en el agua. Estaba fría. Arriba se acercaban las antorchas y las imprecaciones de los soldados enviados para capturarle. Pronto se darían cuenta de qué era lo que había hecho para eludir la captura.

Cerró los ojos antes de zambullirse. El río le recibió como una amante posesiva, sin dejarle respirar. Braceó para sacar la cabeza del agua. La corriente le transportaba a una velocidad que le pareció aterradora; en unos instantes el fulgor de las teas en el borde del promontorio se había quedado tan atrás como las desventuras de la niñez, incapaces ya de causarle miedo o agitación.

Un pequeño remolino le hizo hundirse de nuevo. El río encontraba muchos obstáculos a su paso por Córdoba. El puente mil veces reconstruido, los molinos, las aguas de albañal que volvían viscosa y maloliente su superficie… Cada uno de las molestias provocaba que el río se revolviera enfurruñado y aquellas sacudidas resultaban peligrosas para un mal nadador. Bajo el agua Álvaro percibió unas verdosas tinieblas y se revolvió tratando de mirar hacia arriba. No había nada que ver. Ni siquiera habría sabido decir en qué dirección estaba el fondo y en cuál la superficie. Todo parecía igual de turbio, igual de lóbrego. Manoteó desesperado, agitando las piernas con la intención de regresar al aire que sus pulmones reclamaban ardientemente.

Lo obtuvo justo a tiempo. Una bocanada frenética alivió el dolor en su pecho;

luego giró la cabeza con la intención de descubrir dónde había llegado. Cerca de él giraba la rueda de una noria, semejante a un monstruo que guardase los márgenes del Guadalquivir, escarbando las aguas con sus cangilones en busca de un improbable tesoro. Una espesura de árboles escondía las mansiones de recreo de las que Álvaro había oído hablar, los vergeles que aliviaban el verano de los poderosos. Pero era más lo que imaginaba que lo que veía. Las sombras armonizaban el río y sus riberas. Solo la espuma recubriendo los escollos permitía distinguir a ciencia cierta lo que era flujo, movimiento, de la llanura inanimada que atravesaba el gran río.

Chocó con un tronco podrido que brincaba frente a él y Álvaro se agarró con urgencia al muñón de una rama. Dio gracias al Señor por prestarle aquella ayuda providencial y pataleó tratando de conducir el tronco hacia tierra firme. No fue una tarea fácil. La corriente tenía sus propias intenciones y los empujaba a ambos hacia su centro, de modo que Álvaro tuvo que esforzarse hasta la extenuación para conseguir llevar el tronco donde quería. Embarrancaron en unas raíces que hurgaban en las aguas. Álvaro las utilizó a modo de peldaños que le aproximasen a la orilla, que ganó de un salto, y tras poner el pie en ella se tumbó cuan largo era en medio de unos juncos. Se sentía demasiado cansado para hacer cualquier otra cosa. Incluso quitarse las ropas empapadas era un esfuerzo que estaba por encima de sus posibilidades.

Despertó con el sol en la cara y las aves sobrevolándole bulliciosas. Las sombras se habían esfumado. Un reflejo plateado embellecía el río que la noche anterior parecía teñido con *kohol*. En el transcurso de unas horas el mundo había cambiado tanto que extrañaba pensar que fuera el mismo de día y de noche.

Álvaro se levantó del suelo. Se sentía débil. Los dedos con los que sujetó ávidamente el tronco le dolían al doblarlos.

«¿Qué le diré ahora a Argentea? —se preguntó—. A partir de hoy redoblarán la vigilancia en el claro y será imposible repetir lo que intenté anoche. Tendré que discurrir otra manera de honrar la memoria de Samuel».

Apretó los dientes y echó a andar. No tenía ni idea de cuál era la distancia que le separaba de Córdoba, pero estaba seguro de que no sería corta.

8

El asedio

Año 929 d. C. Junio

El traslado les afectó como una segunda derrota, no por previsible menos dolorosa. Justo cuando se habían acostumbrado a la hacienda, cuando ya la consideraban un sustituto aceptable del hogar perdido en Mojáfar, tenían que renunciar a ella. De nuevo tenían que recoger sus cosas, llenar precipitadamente baúles y atadijos, apresurarse impulsados por los gritos de Hilal, yendo de edificio en edificio, repitiendo en cada uno la misma consigna: nos vamos.

Karim y Mahmud se habían reunido al caer la tarde, después de que el primero regresase de una incursión con el cabello emblanquecido por el polvo, moviéndose pesadamente, abrumado por el cansancio. Llevaban semanas atacando a los destacamentos de Ibn Ilyas, a cualquier hora del día o de la noche, para que no tuvieran un momento de reposo. Del mismo modo que aquellos asolaban los campos, talaban los bosques y destruían los molinos, los hombres de Karim aprovechaban el más mínimo descuido para abalanzarse de improviso contra los campamentos Omeyas, quemando las tiendas, alanceando a los soldados desprevenidos, lanzando pellejos llenos de piedras contra los caballos para que se asustasen, rompiendo sus ataduras y saliendo al galope.

Era una guerra de desgaste en la que los partidarios de los Banu Marwan llevaban inevitablemente las de perder. Porque las fuerzas dirigidas por Ibn Ilyas eran simplemente una avanzadilla, y cuando por fin llegó el ejército califal a la Marca inferior y Karim vio desde lejos a Abd al-Rahman III ciñendo espada, rodeado por sus cadíes y sus escuadrones en perfecta formación, y vio la multitud de insignias bordadas en banderas y estandartes, entre ellas el águila que el califa había inventado, el muro que habían reforzado con harta diligencia le pareció por completo insuficiente y perdió la esperanza de que pudiesen defender la hacienda contra esa marea. Todo lo que habían hecho era en balde. Solo tras las murallas de Badajoz tendrían alguna posibilidad de sobrevivir.

Había necesitado algunas horas para convencer a su padre. El buen anciano proponía motivos para mantener viva la ilusión de que era posible conservar la finca y Karim y Hilal los desbarataban pacientemente, aguardando a que a Mahmud se le ocurriera la siguiente objeción. Hasta que ya no se le ocurrió ninguna y tuvo que reconocer, igual que su hijo había reconocido al ver avanzar al ejército omeya, que debían retirarse a un lugar más seguro o perecer.

Entonces, como si tratasen de recuperar las horas que malgastaron discutiendo, Hilal movilizó al clan sin perder un instante. Un mensajero partió para Badajoz. Esa

misma noche se irían. Al-Yilliqí les había prometido un palacio en la ciudad. Era hora de recordarle su promesa.

Lloviznaba cuando Dihya salió de la vivienda principal llevando en brazos al niño, bien envuelto en la manta. Estaba tan bien envuelto, en realidad, que se asustó pensando que lo hubieran asfixiado sin querer. El niño respiraba tranquilamente, medio dormido, y ella se propuso preservar a toda costa su sosiego. Alrededor de ellos se habían impuesto las prisas, las urgencias, las riñas por los motivos más nimios, pero no pensaba permitir que nadie perturbara a Firqan. La espalda de Dihya sería su escudo, sus brazos la cerca que le separase de los horrores que poblaban la noche.

Subió a la misma mula en la que había llegado a Badajoz. No era lo único que se repetía. Volvían a llorar las mujeres, volvían a desplazarse los hombres con el paso errático de los fracasados. En vano les prometía Mahmud comodidades y riquezas en cuanto se hubieran instalado en la ciudad. Miraban atrás, veían el fuego que comenzaba a prender los techos de las casas, estremeciéndose al recibir la caricia afilada de la llovizna, los animales muertos que eran arrojados a la alberca y el pozo para que los soldados Omeyas tuvieran que buscar el agua para beber y abrevar a sus bestias en otra parte. Algunos corderos que se negaban a moverse fueron sacrificados en el acto; Hilal y sus compañeros se convirtieron en matarifes improvisados, tratando de juzgar la dirección en la que se encontraba La Meca antes de degollar a los animales. Luego llenaron las canastas de carne aún tibia y las subieron resoplando a los carros.

—Los corderos que nos comamos nosotros no se los comerán ellos —decía Hilal —. Así tengan que alimentarse de guisantes verdes y yerbas.

Los sirvientes abrieron la puerta por última vez. Sin esperar a que los miembros del clan terminaran de salir, comenzaron a derribar el portón a hachazos. Arrancaron los refuerzos de hierro para llevárselos también. Y por último desataron la bandera atada a la lanza clavada en el suelo, certificando definitivamente la renuncia del clan a la hacienda.

«Parecemos condenados a destruir con nuestras propias manos lo que hemos construido con tanto esfuerzo, como si el Todopoderoso nos estuviera castigando por alguna falta que hemos cometido», pensó Dihya.

—Ahora Tariq puede quedarse con la finca si le apetece —dijo Karim con aspereza. Por detrás de la tapia el humo de los diversos incendios se confundía en una turbia neblina.

La posición de la luna solamente podía deducirse por un borrón de remota claridad inscrito en las nubes. Para iluminar su camino encendieron algunas antorchas, la única diferencia respecto al éxodo anterior, cuando huían igual que ladrones en la noche, a oscuras, orientándose gracias a las estrellas.

Pronto avistaron las oscuras aguas del Guadiana. Y el campamento de chabolas levantadas con palos y lonas en el que dormían los campesinos expulsados de sus tierras por las algaradas Omeyas. Estaba tan cerca de Badajoz como se lo permitían los soldados de los Banu Marwan. Las peticiones de asilo de aquellos que lo habitaban eran rechazadas mañana tras mañana, pero los rechazos no impedían que los exilados insistieran de nuevo al día siguiente, haciendo cola frente al portón de la muralla hasta convencerse de que tampoco hoy iban a ser admitidos. Pero entonces los centinelas, que se habían acostumbrado a los regalos con los que trataban inútilmente de sobornarlos, recomendaban a los campesinos volver a intentarlo y ellos, impulsados por esa falsa esperanza, cometían el error de hacerles caso.

Al escuchar los caballos se resquebrajó la quietud del campamento. Primero uno, después ciento, los exiliados salían de las chabolas cubriéndose con mantas para protegerse de la lluvia. Algunos, temiendo la competencia, aconsejaban a los jinetes que dieran media vuelta porque en Badajoz no se admitía a nadie. Una vieja les amenazó gritando que tendrían que esperar a que ellos hubiesen entrado antes de intentarlo. No prestaron atención a ninguno. Hilal se situó entre el clan y el campamento con la lanza en ristre y él solo consiguió mantener a raya a los campesinos desplazados. Acostumbrados a mostrarse sumisos ante los más fuertes, que tenían en poco la vida y la muerte, se atemorizaban con facilidad, incluso cuando su número les concedía una innegable ventaja. Las amenazas se convirtieron en ruegos; reclamaban su protección, su ayuda, querían ir tras ellos, intuyendo que serían recibidos en la ciudad. Una hilera estaba formándose rápidamente detrás de los carros e Hilal, temiéndose lo peor, reunió a media docena de soldados y se fue a ocupar la retaguardia.

Cruzaron en fila el puente sobre el Guadiana, seguidos por una procesión de optimistas. Ante ellos tenían la silueta del gran cerro, desfigurada por las construcciones de la medina y la alcazaba. Dihya observó con agrado las fuertes pendientes y los afloramientos rocosos presentes entre la muralla urbana y el río, diciéndose que los soldados Omeyas se acobardarían ante la perspectiva de tener que ascender por tales pendientes acosados por las flechas y las piedras que les arrojarían desde los parapetos. Enseguida se dio la vuelta para inspeccionar el horizonte. No pudo ver nada, excepto la franja de un azul menos oscuro que separaba la tierra del cielo, pero su imaginación llenó aquel espacio todavía desierto con banderas y estandartes, y el grosero tumulto de un ejército en marcha. De repente se sintió inquieta por lo despacio que atravesaban el puente, por la lentitud de los vigías a la hora de responder a las llamadas de Karim. Deseaba entrar en Badajoz lo antes posible, y no a causa de la lluvia, sino para interponer las murallas de la ciudad entre su hijo y aquella llanura por la que habían de venir más tarde o más temprano las tropas del califa.

Al final les hicieron caso. Se abrieron las puertas, pasaron los componentes del clan, uno por uno. Y luego, cuando el último hubo transpuesto el umbral, los guardias se dispusieron a cerrar las puertas en las mismas narices de los campesinos que trataban de aprovechar la confusión para colarse en Badajoz. Dihya tuvo que hacer un esfuerzo para seguir mirando hacia adelante sin volverse, ignorando las rudas advertencias de los soldados, las súplicas de los desplazados; el ruido de los cerrojos y las trancas asegurando la entrada, que para ellos significaba la paz y para los que se quedaban atrás el inicio del pánico.

—Son de la tribu de los Miknasa, Dios los maldiga —murmuró desdeñoso Hilal, quizá para encubrir el silencio apresurado que había sucedido al cierre de las puertas —. Mejor que permanezcan fuera. Si entrasen en Badajoz acabarían reforzando el partido de al-Miknasí.

«Qué más dará a qué tribu pertenezcan —pensó Dihya—. Allí también había madres con niños pequeños, que llorarán esta noche por no haber tenido la suerte que yo he tenido».

La ostentosa residencia prometida por al-Yilliqí era en realidad una reliquia de los tiempos en los que Badajoz era una aldea insignificante, antes de ensancharse con la afluencia de los cristianos y muladíes procedentes de Mérida, que el emir Muhammad I había decidido desmantelar en castigo a su rebeldía. Los esclavos corrían por las habitaciones encendiendo fuegos y llevando lámparas, sin conseguir extirpar la penetrante humedad o la penumbra trabada por las telarañas y el polvo en suspensión. Había goteras en el descuidado techo, y corrientes de aire hilvanando los agujeros en las paredes, que hacían que el interior fuese apenas un poco más confortable que el exterior.

—Aquí no cabremos todos —se quejó Dihya. Buscaba un rincón seco en el que depositar la cuna de Firqan y solamente encontraba trastos apilados y personas desorientadas que no sabían dónde meterse. Era una suerte que varios de los que se habían unido al clan recientemente, como el misionero fatimí que intentaba sin éxito convertir al clan al chiísmo, se hubieran marchado antes de que decidiesen trasladarse a Badajoz.

—Por hoy tendremos que conformarnos —repuso Karim—. Mañana hablaré con al-Yilliqí para que nos acomode en un lugar mejor.

—Será difícil que encuentre un sitio —dijo Mahmud—. He oído comentar a los soldados que la ciudad está superpoblada.

—Pues entonces que eche de sus casas a algunos de los inútiles que le rodean —fue la malhumorada respuesta de Karim—. Somos nosotros los que vamos a defender su ciudad de los Omeyas. Le conviene tenernos contentos.

Con movimientos y estratagemas los partidarios de los Banu Marwan evitaron entrar en batalla con las tropas gubernamentales al tiempo que procuraban entorpecer

su avance. Karim y los suyos frecuentemente fingían haberse descuidado para que les persiguieran y utilizaban su conocimiento del terreno para evadirse antes de que consiguiesen darle alcance. En uno de estos juegos del gato y el ratón lograron separar a las huestes reales de una parte de sus acémilas de provisiones, y una segunda partida de caballería, que estaba al acecho, sorprendió a las recuas y se las arrebataron a los califales.

Pero estas estratagemas, y estas minúsculas victorias, únicamente servían para postergar lo inevitable. Eran como moscas irritando a un buey; las molestias que le causaban eran insuficientes para hacer que se detuviera.

Dihya recibía las noticias en el cuarto que compartía con el niño y la nodriza. Cuando escuchaba que Karim había regresado sano y salvo junto a sus hombres, ambas se cogían de la mano sonriendo, antes de que ella saliera corriendo para recibir a su esposo. Ni siquiera la expresión contrariada del jefe del clan conseguía disipar su satisfacción. Y cuando él se tomaba un par de copas de vino también parecía contento por haber regresado al lado de su familia.

Sin embargo una tarde, a la hora de la *azala* de la puesta de sol, ni el vino ni los abrazos de Dihya lograron serenar la preocupación de Karim. No respondía a las preguntas, no miraba a los ojos a nadie, embebido en sus pensamientos. De pronto tiró al suelo la última copa que le habían servido, y tras revelar por su torpeza al levantarse que estaba un tanto embriagado, insistió en llevar a su padre a una de las torres de la muralla. Dihya, extrañada por aquel comportamiento, pidió una escolta a Hilal y les siguió.

Había alboroto en las calles, más que de costumbre. La muchedumbre se apretaba en las cuestas como en la *id al-fitr*, la Fiesta de la Ruptura del Ayuno, pero sin que hubiera canciones ni danzas, ni risas, ni juegos, ni ningún tipo de alegría. Los hombres iban armados y las mujeres alzaban la mirada implorando la ayuda de Dios antes de acudir a las abarrotadas mezquitas. Inesperadamente alguien llegaba desde la cerca exterior asegurando haber obtenido cierta información y en el acto el gentío se inmovilizaba, temblando de esperanza y miedo, hasta que sus revelaciones provocaban un millar de comentarios expresados al mismo tiempo, como un chaparrón hecho de palabras.

La escolta de Dihya tuvo que esforzarse para abrirle camino. A cada paso se presentaba un nuevo obstáculo, una nueva reunión de personas negándose a dejarles pasar de buen grado. Y a medida que iban acercándose a la muralla la densidad de la concurrencia, lejos de disminuir, crecía. Los habitantes de Badajoz hacían cola delante de las torres, pugnando por acceder a las escaleras, como si una perversa curiosidad les hiciera interesarse por confirmar la magnitud del desastre en el que se habían visto envueltos.

Los guardias que acompañaban a Dihya tuvieron que presentar las espadas para

franquearle el paso a la torre a la que Karim acababa de subir. Estaba asustada, pero ya no era posible echarse atrás; los empujones se lo impedían. Subió como pudo, agarrándose con todas sus fuerzas a los travesaños de la escalera. Arriba, en la plataforma de madera, Karim mostraba el panorama a su padre, recalcando con gestos lánguidos sus explicaciones.

En un principio Dihya no apreció ningún cambio llamativo. La luna llena perfilaba misteriosamente las colinas a la par que fecundaba con sus reflejos las aguas del Guadiana y el Rivillas. En aquel momento se encendieron varias luces al norte, en los bordes del camino. Sonó un tambor lejano. Y un redoble replicó desde la ciudad. No hubo más sonidos en la muralla, ni desorden. Pero en las calles aumentó el estrépito y ella se alegró de estar arriba, por encima de la desconsolada multitud.

En lugar de bajarse, Karim apartó unos taburetes para que se sentaran. Parecía haber decidido pasar la noche en vela, vigilando, y nadie se animó a contradecirle. Los centinelas con los que compartían la torre eran hombres a los que ya había visto alguna vez con su marido, tensos, sudorosos, con las lanzas en la mano, esforzándose por ver más de lo que era posible ver. Así que hacían conjeturas. La noche era cálida. A sus pies los habitantes de Badajoz hacían notar su presencia con un murmullo tan monótono y constante como el canto de las cigarras.

Pasaron las horas en un inquieto duermevela hasta que vieron palidecer el cielo sobre las murallas y nacer una claridad difusa en el horizonte. Gradualmente discernieron los campos, los bosquecillos, las casas fuera del recinto amurallado, abandonadas por sus ocupantes, y las lomas surgiendo como túmulos dedicados a héroes antiguos, tan olvidados como las hazañas que les dieron fama. Y en la yerma llanura, donde Dihya distinguía la mancha lejana de la hacienda, ya sin vida, o el espacio, ahora vacío, en el que estaban instalados los fugitivos que no hallaron refugio en Badajoz, vio a la hueste califal extendida sobre la tierra como una plaga de langosta que hubiese llegado con la oscuridad: las cocinas, los talleres, los accesorios para las abluciones, los aseos y las tiendas de campaña, y las sombras extrañamente articuladas de las máquinas de guerra. Y escuchó el alarido de un almuecín desafiando a los almuecines de la plaza sitiada, proclamando que sería él a partir de entonces quien llamase a la oración a píos y pecadores.

—Por el señor de La Kaaba, ¿cómo podremos detenerles? Si habrá trescientas tiendas, por lo menos… —susurró Dihya en el oído de Karim—. ¿No ves que son más que todos los hijos de Cam juntos?

—Lo veo. Y, por el Altísimo, que no sé cómo podremos detenerlos —confesó Karim—. Quizá la fatiga y la impaciencia lo hagan, si resistimos el tiempo suficiente. O el hambre. Han traído más de un millar de acémilas transportando el equipaje del ejército y el de sus esclavos, pero esa multitud consumirá una enorme multitud de recursos y nosotros hemos recogido ya las cosechas y envenenado los pozos. En toda

la región no hay más comida disponible que la que se guarda dentro de Badajoz.

—Sin embargo ellos pueden recibir suministros de más allá de la región. Y nosotros no.

—Es cierto.

Mahmud había estado roncando, con la cabeza apoyada en un pilar. Despertó sobresaltado, y al fijar la vista en el campamento califal la boca se le abrió de una forma que habría sido cómica de no ser por la seriedad de la situación.

—¿Has visto esas catapultas? —se admiró—. ¿Podrán resistir los azuares las piedras que nos lanzarán con ellas?

—Las murallas son fuertes, y no podrán acercarse mucho a causa del río y el arroyo. Harán falta almajaneques muy poderosos para causar algún daño.

Dihya respiró hondo para expulsar el miedo que había anidado en ella como un pájaro negro. Siempre había considerado que las fortificaciones de Badajoz eran inexpugnables, ¿por qué perder esa certidumbre precisamente entonces, cuando más falta le hacía?

—Nuestra ventaja es que Abd al-Rahman tiene que someter a varios rebeldes en estas tierras —señaló Karim—. Mérida está menos sujeta de lo que parece, pese a que haya un gobernador omeya en la ciudad, y Jalaf ibn Bakr domina la *cora* de Ocnosoba. Si los emisarios que envió al-Yilliqí a Jalaf logran convencerle para que nos ayude, el califa tendrá que luchar a la vez contra él y contra nosotros, y tendremos una posibilidad de obtener la victoria.

—Yo no confiaría demasiado en la ayuda de Jalaf —dijo Mahmud—. Él y al-Yilliqí han mantenido graves disputas en el pasado.

—Pues ahora tendrán que olvidarlas, si no quieren sucumbir los dos.

—Dios lo sabe. En ocasiones los hombres prefieren la satisfacción de ver destruido a su enemigo, incluso cuando su destrucción les condena a ellos también.

«Y no debería sorprendernos que sucediera así —pensó Dihya—. De cuántos no habremos oído hablar en nuestra tribu y en las otras que eran inexorables en sus venganzas».

—En cualquier caso, con la ayuda de Jalaf o sin ella, vive Dios que para nosotros es igual —anunció Karim—. Hemos venido aquí a ponernos al servicio de al-Yilliqí frente al califa y aquí seguiremos. Gente como nosotros no ha de abandonar la empresa. Aunque perezcamos.

9

Amarillo

Había sido un día agitado. En cuanto Ahmad Ibn Abdallah volvió del oratorio de barrio al que iba a rezar por las tardes encontró en el salón de recibir de su domicilio a varios visitantes que venían a despedirse. Algunos eran amigos que tenían la intención de establecerse en un *ribat* en la frontera donde contribuirían a proteger los territorios musulmanes de los atacantes cristianos. El grupo restante estaba formado por unos mercaderes que pensaban emprender inmediatamente la peregrinación a los Lugares Santos, un viaje de varios meses por la cuenca mediterránea que implicaba arrostrar toda clase de peligros. Ahmad les advirtió que el viaje resultaba especialmente arriesgado en aquellos tiempos porque los califas abasíes de Bagdad eran demasiado débiles para defender La Meca y Medina como era debido.

—Dios Altísimo ha querido que los usurpadores pierdan gran parte de su poder desde que al-Muqtadir fue coronado —dijo Ahmad—. Si las cosas siguen así, ni siquiera el sepulcro del Profeta, que Dios le conserve en la paz, estará a salvo.

Los comerciantes reconocieron que sería un viaje difícil, pero su deseo de celebrar los ritos sagrados en los lugares en los que vivió el Profeta era tan fuerte que ninguna advertencia les haría cambiar de opinión.

—No quiero disuadiros, ni mucho menos —repuso Ahmad—. Si un hombre está lo suficientemente fuerte y tiene los medios económicos necesarios para hacer la peregrinación, no tiene excusas para no hacerla. Me limito a señalaros que al cumplir con el santo deber en estas condiciones, cuando los caminos son peligrosos para los viajeros y la autoridad es poco respetada, vuestro premio será todavía mayor. Estoy convencido de ello.

Bendijo a sus visitantes y luego los despachó con una impaciencia disfrazada con los velos de la cortesía. Ansiaba quedarse solo. Antes de acudir a la mezquita se había encontrado con el zalmedina de la ciudad, con el que estaba enemistado desde el año anterior, y este había tenido la desfachatez de continuar su camino sin hacerle el menor caso. Era cierto que el alfaquí llevaba varios meses negándole el saludo, pero que el zalmedina le pagase con la misma moneda era intolerable. Había resuelto enviar una carta al califa pidiendo la destitución fulminante de aquel truhán y no quería demorar ni un minuto más la redacción de la misma. El desplante tenía que ser denunciado y corregido lo antes posible o sería el prestigio de Ahmad Ibn Abdallah el que fuese echado por tierra.

Eligió en el texto coránico las frases que consideró más apropiadas para defender su caso. Sin embargo, cuando ya había compuesto media carta en su cabeza, se le ocurrió que esas frases tendrían mayor fuerza si las pronunciaba él directamente en

lugar de confiarlas al pergamino. Hizo la prueba. Un esclavo se asomó, creyendo que solicitaba sus servicios, y el alfaquí le gritó para que se fuera. Sí, era indudable. Su voz, acostumbrada a dirigir la oración de los musulmanes, era el engaste más adecuado para las nobles palabras que había escogido. Lástima que el califa no pudiera escucharlas él mismo, ya que se encontraba dirigiendo el asedio de Badajoz. Tendría que ser el chambelán Musa ibn Muhammad quien recibiera y escuchase a Ahmad, y tras hacerlo seguro que castigaba adecuadamente al rufián que no había respetado la ciencia ni el linaje del alfaquí.

Aplacado por su resolución pidió leche y unas tajadas de melón para cenar. Luego subió al piso superior de la casa iluminándose con una bujía que dejó sobre el atril. Se preparaba una noche igual de calurosa que la tarde previa. Pronto tendría que hacerse invitar a una de las almunias de las afueras de Córdoba para pasar allí unos días disfrutando del frescor de sus jardines. La casa de Ahmad era espaciosa y agradable; tenía incluso un surtidor que caía sobre un pilón. Sin embargo no podía compararse a las mansiones situadas en los márgenes del Guadalquivir. En numerosas ocasiones, cuando el sol azotaba la ciudad como si sus rayos fueran lenguas de serpientes que no cesaban de agitarse, había resuelto utilizar una parte de la fortuna familiar para construir una residencia como aquellas. Solo le refrenaba el recelo de que su construcción acrecentase las habladurías de los envidiosos.

Se sentó frente al atril y tomó el cálamo tallado en una caña traída de las marismas de Babilonia. El tintero de porcelana estaba lleno de *hibr*, hecho con agalla, la excrecencia que crece en ciertas plantas después de que los insectos hayan depositado en ellas sus huevos. Era la mejor clase de tinta, la única que permanecía inmutable, asegurando que la memoria de la sabiduría y la religión pasase sin alteraciones de una generación a la siguiente. Los tratados que Ahmad escribía tenían que ser todo lo contrario de las *hurub al-gubar*, las letras de polvo que los aritméticos trazaban en una mesa cubierta de arena, borrando luego los cálculos realizados con la palma de la mano. Ahmad escribía para la eternidad. Por medio de sus libros pretendía moldear el futuro del mismo modo que con sus acciones moldeaba el presente, pues era uno de los sabios que habían ideado justificaciones para la proclamación califal. Su obra debía alargarse más allá del término de su vida, convertirse en universal, transmitir su pensamiento a los siglos venideros para que estos se organizaran de acuerdo con sus inclinaciones. Otros maestros exponían sus enseñanzas oralmente, esperando que fuesen compiladas más tarde por los alumnos que las habían memorizado, pero Ahmad no estaba dispuesto a confiar sus obras a la memoria de nadie. Él mismo se encargaba de la transmisión de su sabiduría, y era tan celoso de que se conversase conforme a sus deseos que no aceptaba ningún tipo de ayuda, temiendo que la intervención de otros introdujera errores en aquellos textos que producía incansablemente. Siempre maniático, Ahmad volvió a ordenar el tintero

y los pequeños frascos con el agua para desleír la tinta y la arena tamizada que se le añadía posteriormente. Solo entonces se dispuso a continuar con el manual de jurisprudencia que estaba elaborando.

Apenas había escrito un par de líneas cuando le distrajo el ruido. Apartó el cálamo y fue a servirse agua. El ruido volvió a repetirse un instante después de que se sentase en el blando taburete de cuero. Se levantó de nuevo, reprendió a gritos a sus esclavos para que dejasen de importunarle. Ahmad exigía el silencio cuando estaba escribiendo. De lo contrario la inspiración escapaba de sus sesos como un palomo de alas palpitantes.

Le extrañó que los esclavos no subieran a disculparse. De todos modos mojó la punta de la caña en el tintero y escribió algunas palabras más con su pulso infalible. Le interrumpió el ruido, que era igual que los anteriores, un repiqueteo como si un puñado de nueces hubieran sido arrojadas contra la pared. Volvió a llamar a los esclavos. No le contestó nadie. Una calma sepulcral dominaba la vivienda y bajo su influencia Ahmad comenzó a inquietarse. De repente echaba de menos aquellos sonidos domésticos, triviales, que por regla general tanto le irritaban.

—¿Dónde estáis, puercos? —chilló, suponiendo aún que los sirvientes aparecerían en cualquier momento—. Venid ahora mismo o preparaos para recibir un castigo que no vais a olvidar fácilmente.

Temió que sus esclavos se hubieran fugado. En ese caso tendría que acudir al cadí de la ciudad a la mañana siguiente para denunciar la huida, lo cual hizo que se redoblara su furia. Le dio una patada a un cojín que voló fuera de la algorfa, aterrizando junto al pico de una sombra antes ausente. Ahmad se quedó mirando la extraña sombra con el corazón en vilo, inmóvil, hasta que esta se retiró de improviso, tan sigilosamente como se había manifestado.

—¿Quién está ahí? —jadeó—. ¿Quién es?

Por toda respuesta oyó una especie de carraspeo. Ahmad retrocedió hacia el atril repasando sin cesar las cuentas del *tasbih* entre sus dedos. Cogió el cálamo y lo empuñó como si se tratase de una daga. Era una caña dura y firme; le serviría para apuñalar al menos una vez a quien le acechaba antes de romperse. Y si asestaba la puñalada con buen tino, quizá una fuera suficiente.

—¿Cómo te atreves a entrar en la casa de un hombre pío que ha aprendido de los más reputados maestros de la doctrina musulmana? —exclamó el alfaquí—. Dios te maldecirá por tus actos. Y el califa, cuando averigüe lo que has hecho, te someterá a horribles suplicios. ¡Vete! ¡Vete de inmediato y salvarás la vida, aunque tu espíritu ya esté condenado al fuego eterno!

En el exterior estalló una sucesión de chillidos exasperados y de pronto una forma pequeña, ágil, entró de un salto en la habitación. Ahmad se abalanzó contra ella esgrimiendo la caña y se detuvo sorprendido cuando la hubo acorralado contra una

esquina del cuarto. Se trataba de un mono como los que participaban en los espectáculos callejeros. Tenía la piel cubierta de calvas y abscesos que daban al animal un aspecto miserable y agotado. Después de su breve despliegue de actividad parecía aterrorizado ante lo que Ahmad pudiera hacerle.

—¿Un mono? —bufó colérico—. ¿Te has colado para robar comida, verdad? ¡Pues yo calmaré tu apetito, ya lo verás!

Levantó la mano para azotar al mono pero le interrumpió el susurro de unos pasos amortiguados por la alfombra de lana. Se quedó paralizado, con la mano aún en alto y la boca abierta. Notaba una presencia detrás de él, muy cerca, aguardando la reacción del alfaquí.

—¿Qué…?

Sintió que le agarraban por el pelo. Un brazo vigoroso le lanzó hacia la pared golpeando su rostro contra los ladrillos. Sin que tuviera tiempo de pedir misericordia o lanzar una nueva amenaza, el intruso continuó golpeándole con fuerza creciente hasta que los dientes de Ahmad se aflojaron y la sangre ahogó sus posibilidades de decir algo coherente. Incluso sus gritos se convirtieron en un borboteo ininteligible, como el de una olla puesta en el fuego. Luego el brazo de su atacante, al que todavía no había visto, le arrojó sobre el atril. Ahmad, mareado, tratando inútilmente de escupir los trozos de diente que atascaban su garganta, no pudo evitar que le sujetasen otra vez por la nuca antes de aplastar su cráneo contra los pergaminos. Intentó reunir fuerzas para rogar que le llevasen a otro sitio en el que su sangre no arruinara las páginas del manual, pero el roce de un filo de metal en su garganta provocó que el pánico suplantara el resto de sus pensamientos. Trató de revolverse, patear al desconocido mientras este le rebanaba la garganta. El cálamo trazaba caligrafías desesperadas en el aire, buscando un trozo de piel en el que escribir un último signo, una despedida. Sin embargo no encontró ninguno y cayó frustrado al suelo cuando los dedos exangües de Ahmad lo soltaron por fin.

—Te empeñaste en despertar a Samuel de su sueño, cabrón —susurró Álvaro—. Pues fíjate, tu empeño ha tenido un resultado que no preveías. A él le habéis sacado de la tumba y a ti te meterán en una, mañana o pasado mañana. ¿No te parece que esto es lo más justo: compensar a la tierra por lo que le arrebatasteis?

Salió a buscar el morral que había traído. Después de terminar de separar del tronco la cabeza del alfaquí usó unos cuantos pergaminos para limpiar la hoja del cuchillo y el cuello cortado por la mitad. Envolvió la cabeza en la sábana de seda que había en la cama y la introdujo en el morral. Las ropas de Ahmad le quedaban pequeñas, pero no podía salir a la calle con las suyas, manchadas de sangre; eligió un atuendo sencillo en el cofre de madera y se cambió. Desde la esquina, sin moverse, el mono le observaba fascinado, feliz por no ser el protagonista del espectáculo en esta ocasión.

Bajó al primer piso llevando al mono bajo un brazo y el morral y el montón con sus ropas debajo del otro. Ya no se escuchaban las protestas de los esclavos a los que había encerrado en la despensa. No iba a liberarlos; ya los sacarían cuando alguien viniera alertado por la inesperada desaparición de Ahmad. Desde luego no corrían peligro de morirse de hambre. La despensa del alfaquí estaba bien provista.

En cuanto estuvo en el callejón soltó al mono, que subió a toda prisa al alero de un tejado cercano y huyó. Con suerte encontraría un amo mejor que el que se lo había vendido a Álvaro. Él, por su parte, trepó por la puerta que cerraba la calle, como una versión más grande y desmañada del animal que brincaba encima de las tejas. Se le daba bien trepar desde que era un niño, pero nunca había utilizado tanto esa habilidad como lo estaba haciendo desde que vivía en Córdoba. No avizoró guardianes en el exterior del callejón, solo aquella profunda soledad de las noches de la capital, a la que ya estaba habituado.

Caminó deprisa por el laberinto de calles clausuradas, que había recorrido una docena de veces, hasta asegurarse de que podría ir y venir a su antojo por el arrabal sin perderse. Afortunadamente el alfaquí vivía fuera de la medina. Allí, impedido por las murallas que la rodeaban, Álvaro se habría visto obligado a esconderse con su macabro equipaje esperando a que el amanecer trajera consigo la apertura de sus ocho puertas. Del arrabal, en cambio, se podía salir libremente, sin más impedimento que los pasadizos que no conducían a ningún sitio.

Su plan le condujo a la orilla del río, que era, junto con la luna, el acompañante fiel de sus correrías. Cuántas veces ya se había dejado guiar por su voz, bravía cuando superaba la represa del puente, aletargada cuando la corriente volvía a sosegarse, aguas abajo. Y el río le había llevado en sus brazos hacia un lugar resguardado, eso tampoco lo olvidaba.

Hoy pensaba utilizarlo simplemente como vehículo. Primero arrojó el montón de ropas ensangrentadas, que se desplegaron sobre su superficie igual que esteras preparadas para recibir a los devotos, y después fue la cabeza de Ahmad la que sacó del fardo. A Álvaro se le habían ocurrido diversas posibilidades acerca de lo que haría con ella. Algunas eran abiertamente desafiantes, como por ejemplo dejar la cabeza delante de una mezquita o de una de las puertas de la muralla, para que los poderosos de Córdoba temieran por su seguridad durante el sueño. También había pensado en entregarle la cabeza a Argentea, que le confirmó la participación del alfaquí en el desentierro de su padre. Pero la posesión de aquel trofeo podía comprometer a las doncellas del convento. Era preferible hacerles llegar la noticia de una forma que no pusiera en peligro su seguridad.

La decisión que tomó fue arrojar la cabeza al Guadalquivir para que sirviese de alimento a los peces. De ese modo el espíritu del alfaquí quedaría mutilado al igual que lo estaba su cuerpo, sin que nadie pudiera remediar el daño ligando los pedazos

en el sepulcro. El reposo que Ahmad Ibn Abdallah le había negado a Samuel, tampoco él lo disfrutaría, su calavera rodando para siempre por el fondo del río.

Cuando hubo arrojado lo que le estorbaba, Álvaro se lavó a fondo comprobando que no hubiese nada en su apariencia que despertara sospechas. Las ropas de Ahmad le sentaban mal, pero en la ciudad era común encontrarse con gentes que vestían ropa de segunda mano. Un ligero desgarrón aquí y allá y ya ni siquiera parecían nuevas. Ahora solo tenía que preocuparse por el siguiente paso de su venganza.

«El alfaquí incitó al califa —pensó Álvaro—. Pero a Abd al-Rahman le resultó conveniente atender su petición. Puede decirse que le vino al pego que le instigaran a abrir los sepulcros, porque de otro modo no habría podido dirigir la farsa de la crucifixión. Por lo tanto es tan culpable como ese miserable».

Llegó a casa de Félix al rayar el alba. No esperó a que le abrieran el cerrojo; escaló la pared como solía y permaneció acurrucado en el adarve hasta que Félix, bostezando, salió a abrir la puerta.

—Hola —saludó malhumorado al advertir la presencia de su amigo. Le examinó sin demasiado disimulo, buscando indicios del crimen—. ¿Y ese traje?

—Al alfaquí ya no le hará falta, así que he decidido aprovecharlo.

—Tienes que deshacerte de él inmediatamente.

—Hoy mismo, descuida.

Pasaron al patio mientras los almuecines llamaban a la oración desde todos los rincones de Córdoba. En la cocina Leocricia amasaba el pan que luego llevaría a un horno público para que lo cocieran. En el cuarto donde dormían revueltos, los hijos de Félix murmuraban y protestaban, quejándose porque se acercara la hora de levantarse.

—Me alegro de que hayas terminado de una vez —dijo Félix—. Por fin se acabará esta zozobra.

—No he terminado.

Félix se paró en seco.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no he terminado. Ahmad tuvo la idea, pero fue otro el que dio la orden.

—Tal vez. Sin embargo ese otro, si es el que imagino, está fuera de tu alcance.

—De momento, sí. Pero cuando concluya el sitio de Badajoz volverá a Córdoba.

—Estás loco —le espetó Félix con brusquedad—. Aquí o en Badajoz él está fuera de tu alcance. ¿O es que te figuras que entrar en el Alcázar es tan sencillo como entrar en la casa de Ahmad? Abd al-Rahman es desconfiado, y no me extraña, habiendo crecido bajo la tutela del asesino de su padre. Vive rodeado de clientes vinculados a él, y el Alcázar mismo es una fortaleza impenetrable.

—Nunca he supuesto que fuera a ser fácil. Necesitaré prepararme con cuidado. Y

al menos tengo la ventaja de conocer a alguien que puede explicarme cómo es el interior del Alcázar.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

Álvaro sonrió ante la ingenuidad de su amigo.

—Coses telas para la corte. ¿Nunca has ido al Alcázar a llevarle tejidos a uno de tus clientes nobles?

Félix le miró horrorizado.

—Alguna vez he entrado, pero… ¿Yo? ¿Guiarte yo?

Álvaro asintió despacio con la cabeza.

—Ya me arriesgo demasiado hospedándote en mi casa después de lo que has hecho. ¿Y ahora pretendes que participe en una conspiración contra el califa? ¿Se te ocurre lo que te van a hacer si te descubren? ¿Lo que nos harán a nosotros?

—Tranquilo. Aunque me atrapasen, moriré antes que delatarte.

—¿Y crees que eso bastará para ocultar tu rastro? —se enfureció Félix.

—Tendrá que bastar —dijo Álvaro, testarudo—. Tiene que bastar. Eres la única ayuda con la que puedo contar en Córdoba. No hay nadie más. —Suspiró como si se diera cuenta de repente de hasta qué punto se había quedado solo—. Nadie.

10

Tentativas

Año 929 d. C. Octubre

Seguía habiendo un centenar de tiendas plantadas frente a Badajoz como un dogal que le apretase el cuello, pero faltaba la más ostentosa, la más llamativa, y faltaban también la mayor parte de los palanquines destinados al transporte de las mujeres. A los hombres que recorrían el camino de guardia aún les llamaba la atención la falta. Sus ojos, acostumbrados a encontrar cada mañana la referencia del lujoso pabellón que ocupaban Abd al-Rahman III y sus invitados, se extrañaban ahora al descubrir el hueco dejado por su marcha. El califa había partido hacia el oeste para tomar Beja y amenazar posteriormente el territorio del rebelde Jalaf Ibn Bakr, una de cuyas fortalezas tenía bajo asedio.

Y no se había marchado solo. Con él se había ido el grueso del ejército omeya.

De pronto sonaron tambores a lo largo de la muralla. Era una novedad, pues desde el principio del sitio casi todas las llamadas se producían como respuesta a movimientos del enemigo. Esta vez, en cambio, los tambores de Badajoz tomaban la iniciativa, redoblando sin que nadie se hubiera dirigido antes a ellos.

Se abrió la gran puerta. Doscientos hombres a caballo con sables y lanzas ligeras. Podrían haber sido más, pero al emir le preocupaba despoblar la guarnición. Incluso aquel ataque lo había autorizado a regañadientes, después de que sus oficiales se desgañifasen para convencerle de que estaban ante una oportunidad única para romper el cerco. Hacía un mes que Abd al-Rahman III había abandonado el campamento; ya nadie podía sostener el argumento de que se trataba de una celada que les tendían los califales.

Los jinetes se concentraron para pasar por el puente, espoleados por los vítores de los ocupantes de la muralla. Tras atravesarlo se abrieron en abanico emprendiendo un trote rápido para cargar contra la hueste omeya. Algunos de ellos llevaban sarmientos a los que habían prendido fuego y que arrojaron sobre las máquinas de guerra para incendiarlas. El resto se lanzó sobre el campamento, que se hallaba separado de las catapultas, a una distancia suficiente de Badajoz para estar lejos del alcance de las flechas o de las piedras que les lanzasen desde allí.

Karim llevaba mucho tiempo sin montar a caballo. El asedio había vuelto inútiles a los jinetes, obligándole a cambiar la gastada silla por las escalas y los paseos de ronda de las fortificaciones. Era un tipo de guerra que detestaba, esperando el momento de actuar sin llegar a hacerlo nunca, ya que las tropas reales habían evitado hasta entonces los asaltos contra el muro, limitándose a bombardear la ciudad con grandes piedras y cortar sus comunicaciones con el exterior. El hecho de volver a

cabalgar le hacía sentirse exultante, y su alegría aumentaba aún más al enfrentarse por fin con los soldados Omeyas, a los que simplemente había visto de lejos, sin poder hacer nada contra ellos salvo insultarlos.

—¡Sacad las jabalinas! —ordenó. Para distinguirse se había adornado el casco con una banda de seda con reflejos de oro, destellando como una estrella fugaz atada a su yelmo.

Los atabales sonaron por encima de la confusión del campamento realista, pero demasiado tarde. Los jinetes que habían alcanzado los mal defendidos puestos de vigilancia arrojaban sus jabalinas antes de lanzarse al galope con las lanzas en ristre. Chocaron las dos líneas; una formada precipitadamente, a la que se unían los soldados que salían de sus tiendas a la carrera, la otra una masa de hombres y bestias fundidos en un solo ser que les cayó encima como una ola rompiendo sobre la arena. Algunos se mantuvieron firmes. Muchos fueron atropellados. Los gritos de los jinetes de los Banu Marwan cubrieron los gemidos de los heridos y de los que huían pidiendo piedad. Y enseguida se produjo lo que Karim temía: mientras él y sus hombres se esforzaban por alancear desde atrás a los mercenarios que trataban de escapar, la caballería marwaní se desperdigó rápidamente al entrar en el laberinto que era el campamento de las tropas de Abd al-Rahman III, cada jinete absorto en la persecución de un enemigo o en descubrir los tesoros que, según los rumores, el califa llevaba consigo en cada campaña.

—Es una lástima que Abd al-Rahman el tercero no esté —jadeó Hilal, que cabalgaba a la derecha de Karim—. Si hoy le cortásemos la cabeza sería el fin de los Omeyas y de su tiranía.

—Si Abd al-Rahman estuviera ten por seguro que no habríamos podido atacarles con esta facilidad —fue la respuesta de Karim—. Fíjate lo tranquilos que estaban. De haber estado presentes el califa y sus generales, vive Dios que se habrían preocupado por mantener la disciplina.

Arrancó una bandera del soporte y la encajó en su silla, inclinándose para esquivar una flecha lanzada con mala puntería. Desenvainó el sable y se abalanzó contra los arqueros, que huyeron a la desbandada. Consiguió alcanzar a dos de ellos, que intentaron taponar con las manos la sangría que brotaba de sus cuellos. Luego recogió un leño de una de las hogueras que calentaban desayunos desatendidos para extender el fuego por las tiendas y provocar la estampida de los caballos del enemigo. Quería infligir el máximo daño posible después de tanta inactividad, pero su caballo ya se estaba fatigando. Y debía haber quedado un general en el campamento omeya, después de todo, porque los atabales continuaban sonando y podía percibir por el rabillo del ojo que las fuerzas califales estaban reorganizándose a toda prisa.

Una vociferante multitud de mercenarios y sirios se unió al combate. Otra más estaba congregándose donde la caballería no tuviera la oportunidad de molestarles.

Karim hizo un cálculo rápido. La conclusión fue simple: a pesar de sus pérdidas y de la marcha de una porción considerable del ejército aún eran demasiados. Y ellos carecían ya de la ventaja que les otorgaba al principio la sorpresa. Llamó a sus hombres y a regañadientes señaló las fortificaciones de Badajoz. Varios jinetes, habiendo observado lo mismo que él, empezaban a hacer girar a sus caballos para volverse por donde habían venido.

Todavía cortó con el sable las cuerdas que aseguraban algunas tiendas de campaña. Al darse cuenta de que los omeyíes habían conseguido juntar una fila de caballería ligera se apresuró a emprender la retirada.

—Ya hemos conseguido suficiente gloria para nuestra tribu —exclamó—. Démonos la vuelta, que aquí solo nos espera la muerte.

Se aseguró de reunir a todos los caballeros de su servidumbre y retrocedieron entre las catapultas en llamas mientras la caballería omeya se aproximaba a medio galope. No eran más numerosos que los marwaníes, pero sus caballos estaban frescos y les ganaban terreno a cada batida. Karim tenía la espada preparada por si les alcanzaban, y cuando tuvieron que cruzar de nuevo el Guadiana hubo un momento en el que estuvo convencido de que tendría que luchar para abrirse paso. Sin embargo los ingenios que disparaban piedras desde las murallas lograron entorpecer la persecución el tiempo necesario para que ganasen las puertas. Los marwaníes solamente habían perdido treinta jinetes en total; una pérdida pequeña. Si Karim regresaba a Badajoz con una sensación desagradable en la boca del estómago era debido a que no habían podido obtener una victoria incontestable y eso equivalía a una derrota. Era su primera salida contra el ejército omeya, y la última. Cuando incendiasen los puentes sobre el Guadiana y el Rivillas, lo cual sucedería una de aquellas noches, ya no les quedaría otra opción que esperar hasta que Abd al-Rahman III tomase la decisión de asaltar la ciudad.

—Gracias a Dios hemos logrado destruir sus máquinas de guerra —dijo Hilal para consolarle.

—Construirán otras.

—Y hemos matado lo menos a un centenar.

—Detrás de cada uno de ellos que muere hay otros mil. Pero nosotros no podemos reemplazar a cualquiera de los nuestros que perdamos.

Su lugarteniente desistió de proseguir. Era evidente que Karim no estaba dispuesto a dejarse consolar.

—Tenemos que ir a ver al emir inmediatamente. Querrá conocer el resultado de la salida.

—Ve tú. Yo iré a ver a mi hijo.

Hilal se lo quedó mirando estupefacto.

—¿No vas a informarle en persona? Se disgustará contigo.

—¿Disgustarse? —se irritó Karim—. ¡Válgame Dios!, si al-Yilliqí me hubiera concedido aunque fuera trescientos infantes para acompañarnos, hoy habríamos puesto en fuga a las tropas del califa y Badajoz estaría a salvo hasta el año próximo. Que se disguste consigo mismo si quiere. La culpa de este fracaso es solamente suya y no voy a fingir lo contrario para contentarle. Tal vez más delante, pero ahora no.

Se alejó guiando a su exhausto caballo hacia los establos de la ciudad. Otros jinetes que habían participado en el ataque iban en la misma dirección, y al notar el enfado de Karim ellos también agachaban la cabeza y murmuraban entre dientes, compartiendo su frustración por la oportunidad que habían perdido.

Los establos estaban abarrotados. La forzada cercanía ponía a los caballos nerviosos y los sirvientes trataban inútilmente de sujetarlos. Pero lo que realmente molestaba a Karim y a cualquiera que se acercase por allí era el hedor del estiércol acumulado detrás en grandes montículos. Antes de que comenzara el asedio el estiércol generado dentro de la ciudad era comprado por los campesinos de la región. El clan de Karim había utilizado el que producían sus monturas para abonar los campos de la hacienda. Ya no existía esa posibilidad. Una cierta cantidad de estiércol se había guardado para arrojarlo encima de los soldados Omeyas en el supuesto de que intentasen tomar al asalto las murallas. El resto estaba amontonado hasta alcanzar alturas superiores a la de un edificio. Cuando llovía, los montículos se deshacían en espesos torrentes que anegaban calles y sótanos. Era una suerte que los establos estuvieran situados en la parte baja del cerro. De haber estado situados más arriba, junto a la alcazaba, aquellos torrentes habrían inundado de estiércol licuado toda la ciudad.

Él y Hilal atravesaron una cortina de moscas para llegar hasta sus caballos. Tampoco era difícil tropezarse con las ratas que acudían a las montañas de excrementos para devorar el heno sin digerir. Uno de los sirvientes trataba de ahuyentarlas con un palo, mientras otro le advertía que se detuviese:

—No las molestes, idiota. Piensa que pronto tendremos que cazar esas ratas y es preferible que estén confiadas.

Los caballos estaban flacos, mal alimentados, excepto el preferido de al-Yilliqí, un semental negro con una mancha blanca en la frente que disfrutaba de una posición de privilegio. La montura de Karim era menos llamativa, aunque él la apreciase mucho por tratarse de un corcel rápido y ágil, perfecto para dar vueltas en torno al enemigo y replegarse súbitamente. Palmeó el belfo del animal, que relinchó agradecido, ignorando cuál era el motivo de la visita de su dueño. Después Karim cogió la silla y el resto de los arreos y se marchó. Sabía que nunca vería volvería a ver a su caballo, excepto en forma de albóndigas asadas. El hambre comenzaba a acuciar a los habitantes de Badajoz y era cuestión de días que tuvieran que sacrificar a los caballos para comérselos.

—Cómo me gustaría que nos atacasen —gruñía Hilal—. Esta espera sin sobresaltos es insoportable.

—No lo harán —repuso Karim—. Conquistar las murallas les supondría sufrir grandes bajas. Si el tiempo no les acucia, y no parece que sea así, resulta más juicioso permitir que sean las privaciones las que nos venzan.

—Pues ataquémosles nosotros a ellos. Deberíamos salir de nuevo al alba para conseguir contra el enemigo todo cuanto Dios quiera. Aprovechemos antes de que sacrifiquen a los caballos.

—Tú presenciaste lo que tuve que pelear con al-Yilliqí para que aprobase una salida y cómo me ha echado en cara la falta de resultados de la que aprobó. No autorizará ninguna más.

—¿Y cómo pretende obtener entonces la victoria?

—Lo ignoro. Quizá confía en que Dios le liberará del califa haciendo que muera mientras lucha con Jalaf.

—Dicen que Jalaf ha enviado emisarios al califa para pedirle perdón y rogarle que le confirme la posesión de la *cora* de Ocnosoba a cambio de pagarle tributos y ayudarle en sus expediciones militares.

—Yo también he oído ese chisme. Mi padre lo escuchó ayer. De todas maneras, mal haríamos en creer que Jalaf ibn Bakr va a librarnos del califa. Él es menos fuerte que los Banu Marwan, y los Banu Marwan se han limitado a obstaculizar los movimientos del califa sin ocasionarle ningún daño duradero.

Se alegró de entrar en casa. Pese a que la vivienda, que al-Yilliqí todavía no les había cambiado por otra mejor, era insuficiente para albergar a los miembros del clan, resultaba un remanso de paz comparado con las calles atestadas y el griterío del populacho pidiendo noticias a los soldados que subían hacia la alcazaba o bajaban hacia las murallas, no porque tuvieran algo que hacer arriba o abajo, sino simplemente para dar la impresión de estar ocupados.

En la misma puerta sonrió al escuchar el llanto del bebé, un sonido que conseguía arrinconar todos los demás sonidos de la casa. Dihya salió a recibirle. Iba a preguntar por el niño, sin embargo percibió malestar en su rostro. Miedo, quizá.

—Pareces agitada. —Y enseguida, compartiendo la preocupación de su esposa—: ¿Es Firqan? ¿Qué le sucede?

—Firqan está bien. Siempre llora cuando se despierta de su siesta —contestó Dihya—. Tenemos visita.

—¿Quién?

—Al-Miknasí. Quiere hablar contigo.

Karim y Hilal se miraron entre sí, confundidos.

—¿Viene solo?

—Con un par de criados. Te ha traído un regalo.

—Si es comida, tírala inmediatamente. Estará envenenada.

—No es comida. Es una alfombra. Dice que viene en son de paz.

—¿Y por qué iba a venir en son de paz? ¿Qué hemos hecho para que cambie de opinión?

—Nada, excepto servir lealmente al emir.

—Será eso lo que le inquieta. Se ha dado cuenta de que nos hemos ganado la simpatía de al-Yilliqí y se ha llenado de temor y de miedo, recelando que nuestra enemistad le perjudique. —Karim se tiró pensativo de los pelos de la barba—. Dihya, llama a mi padre. Y tráeme una copa de vino. Tengo la garganta seca.

—Apenas quedan unas gotas en el fondo de la tinaja.

—¿Y no hay forma de conseguir más?

—Por el precio que podemos pagar, no.

Karim maldijo en silencio y se dirigió a la habitación en la que les aguardaba al-Miknasí. Aún llevaba encima el hedor y la suciedad de las cuadras, pero no se tomó la molestia de bañarse o cambiarse de ropas. Después se arrepintió. Tariq al-Miknasí iba tan pulcramente vestido y perfumado que sintió vergüenza por presentarse ante él con una apariencia desagradable.

La habitación había sido preparada precipitadamente para acomodar al visitante. Los esclavos sacaron las camas y barrieron el suelo para que al menos el cuarto estuviese limpio. La alfombra en la que estaba sentado Tariq era la mejor que tenían, aunque parecía raída y vieja comparada con la que traía como regalo.

—Te lo agradezco —dijo Karim a regañadientes tras examinar el presente—. Aunque me extraña que acudas a mi casa y me traigas regalos después de haber reñido con nosotros.

—No soy rencoroso, como ves —respondió Tariq—. Nos hemos peleado, sí, pero nuestras peleas fueron poca cosa y sería sensato olvidarlas. Con mayor motivo en estos días, en los que necesitamos estar unidos frente a la desdicha que nos aqueja. Y por cierto, la hacienda por las que peleábamos ya no nos pertenece ni a vosotros ni a mí. Finalmente ha sido el Omeya quien se la ha quedado.

—Es verdad.

Dihya se asomó discretamente para contemplar al hombre cuya sombra había planeado sobre el clan durante meses, pero al que no había visto en persona hasta aquella tarde. Al-Miknasí llevaba el cabello y la barba teñidos con alheña y cártamo, y a ella se le ocurrió que el lunar que lucía en la mejilla también era falso. Las comodidades habían reblandecido sus hombros y deformado su corto cuello con una papada incipiente, pero aún tenía las espaldas anchas y las manos grandes, y Dihya recordó haber oído decir al padre de Karim que durante su juventud la gente solía afirmar que Tariq era tan fuerte como un toro.

«¿Qué hace Hilal que no viene? —pensó—. Karim está a solas con Tariq y sus

criados, y si él intenta algo, ¿qué podré hacer yo excepto gritar pidiendo ayuda?».

—He de reconocer que he venido sobre todo porque hay un asunto que me gustaría discutir contigo —dijo al-Miknasí—. Tu valor ya era bien conocido, pero desde que te instalaste en Badajoz, vive Dios que has dado muestras de que tu fama no era inmerecida.

—Soy el hijo de Mahmud y el hermano pequeño de Firqan. Y además pertenezco a la tribu de los Maghrawa, de la confederación de los Zanata, que es famosa entre los bereberes por su bravura: aprendí desde muy joven que la gloria solamente se adquiere en medio de las lanzas y de los sables.

—Me satisface escucharte. Por desgracia, no es habitual escuchar palabras tan nobles en la alcazaba. Los consejeros que rodean a nuestro emir son cobardes, tú lo sabes. Piden prudencia, incluso cuando la prudencia nos ahoga. No son capaces de ver las consecuencias buenas o malas de los acontecimientos.

—A mi entender no son capaces de ver nada, ni bueno ni malo.

—El emir debería despedirlos a todos —asintió Tariq—. ¿Qué digo despedirlos? Por Dios, debería colgarlos. Pero él prefiere escucharlos a ellos y a sus esclavas cantoras, cuyos cantos son igual de inútiles aunque tienen la ventaja de hacer renacer la alegría en nuestros corazones.

—¿Por qué esa inquina? —se sorprendió Karim—. ¿No eres tú a fin de cuentas uno de los consejeros del emir y no bebes con él casi todas las noches en su palacio?

—Tienes razón. Soy un viejo cliente del emir y por ello sé muy bien de lo que hablo. El emir solo recibe malos consejos y esos consejos nos conducen a la ruina. El Omeya está frente a las puertas de Badajoz y a este paso pronto obtendrá lo que anhela. Algo ha de hacerse o estamos perdidos.

—¿Algo? ¿Qué es ese algo?

—Despacio —dijo Tariq, sonriendo con picardía—. De momento me conformo con haber recuperado la amistad entre nuestras familias. Tu padre y yo fuimos camaradas, ya lo sabes. Y he confirmado lo que opinaba de ti: eres valiente y te desconcierta la pasividad de nuestro emir. Por hoy es suficiente. Toma esta alfombra, para que puedas sentarte en ella cuando recibas a tus invitados y te miren con respeto. Si Dios quiere, no será el último regalo que te haga.

Tariq se levantó al mismo tiempo que Hilal y Mahmud entraban en la habitación. Los antiguos amigos, dos hombres aún vigorosos, ambos en la cincuentena, se plantaron frente a frente hasta que la sonrisa de al-Miknasí desarmó a Mahmud. Poco después se disculpó diciendo que tenía prisa por resolver unos negocios. Karim se imaginó de qué se trataba: antes de que comenzase el asedio al-Miknasí había acaparado víveres que ahora revendía obteniendo un beneficio exagerado.

—Debes visitar mi domicilio algún día —dijo Tariq desde el umbral—. Pasaremos juntos una agradable velada, envueltos en vapores de ámbar y oyendo

vibrar el laúd.

Ninguno de los tres dijo nada para despedirle. Entonces los lloros de Firqan, tan puntuales como el canto del almuecín, les sacaron de su ensimismamiento.

—¿Qué significa esto?

—Significa que necesita nuestro apoyo para ascender en la estima del soberano. No es tan popular como afirma ser. Yo he oído más de una vez al emir criticarle ásperamente por su avaricia.

—¿Y vamos a apoyarle tras todo lo que ha hecho?

El rostro de Karim se relajó al descubrir a Dihya en el fondo del corredor, llevando a Firqan en brazos. Recordó de repente cómo se había quitado el manto la noche anterior para que apareciera la delicada rama que se escondía debajo. Él la había estrechado contra sus costillas, hasta sentir el corazón de Dihya latiendo junto al suyo. Sus manos habían paseado por el cuerpo de su esposa, del talle a los senos, del costado a la nuca. Ella le correspondió con caricias como alondras que rozaban sus mejillas con las alas y luego, al aproximarse el éxtasis, Karim se había separado de pronto para musitar: «¡Ah, qué hermoso es el capullo que se abre para mostrar la flor!». En aquel momento, al comparar la triste habitación en la que hacían el amor con los lujosos salones de la alcazaba, el placer se vio enturbiado por el reconocimiento de la pobreza en la que vivían. Le resultaba insoportable carecer de los medios precisos para adornar aquella belleza con los ricos vestidos que merecía o para entregarle el palacio que ella iluminaría con su presencia.

—¿Quién sabe? Puede que nos convenga hacerlo —señaló, volviendo de sus recuerdos—. Tariq es rico. Y nosotros no. No nos vendría mal obtener algo de lo que a él le sobra.

11

Cazadores y cazados

Dos horas después de la puesta de sol el cielo parecía una vasta y negra estera salpicada con las piedras preciosas procedentes de un tesoro saqueado. Los habitantes de Córdoba se tornaron sombras en los callejones sin salida y después desaparecieron engullidos por otras sombras. No había más sonido que el silbido del viento al rozar los saledizos de los edificios, ni más reclamos para la vista que las antorchas que brillaban como fuegos fatuos antes de apagarse.

De repente a Álvaro le entraron ganas de descender y alejarse de aquel alero en el que se sentía expuesto, como si la noche estuviera llena de depredadores que planeaban pacientemente bajo las estrellas. Pero moverse con rapidez suponía arriesgarse a llamar la atención. Las patrullas estaban allí, en algún sitio, arrastrando los pies y quejándose de sueño. Tenía que esperar, temblando de frío, en silencio, hasta que la oscuridad se inmovilizara por completo.

Hacía tiempo que se había apagado el lejano resplandor de los hornos de cal, al norte, aunque todavía estaba suspendido en el aire el humo de los alfares, aprovechando la quietud para cernirse sobre la medina como una colección de marchitos espectros. Álvaro interpretó favorablemente su aparición y se puso en pie, flexionando sus articulaciones entumecidas por la larga espera antes de comenzar a desplazarse por los techos. Andaba con cuidado, temiendo romper una teja o alertar a un gato dormido. Aun en la lánguida noche de otoño había peligro.

Estaba cerca del Alcázar enclavado en el ángulo sudoeste de la medina, construida encima de la *Urbs Quadrata* romana, sin embargo la distancia era mayor en las alturas que en el suelo y él andaba muy despacio. Le dolían los músculos agarrotados tras haber pasado la tarde escondido debajo de un cesto que olía a hortalizas. El sudor que empapó sus ropas durante la espera se había secado, si bien notaba una irritante rigidez en la camisa. Notaba un principio de mareo; una advertencia de que ya no era joven, de que ya no podía exigirse tanto. Había pasado el día entero desplazándose de un escondite al siguiente, igual que una lagartija, hasta llegar a la azotea escogida y al cesto que debía resguardarle, y ahora se sentía exhausto, casi desfallecido, antes de haber hecho nada de lo que tenía planeado.

Álvaro inspiró profundamente para ahuyentar el cansancio mientras escuchaba el fresco susurro, impropio en aquel silencio, de una fuente que tal vez fuese la que Abd al-Rahman III había mandado construir frente a la Puerta de la Justicia del Alcázar. No gastó tiempo en comprobarlo. Ya tenía ante sí la torre más alta de Córdoba, que incluso en la oscuridad nocturna relucía con el leve fulgor de sus policromías y el brillo helado, metálico, del adorno de plata maciza que completaba el alminar de la

mezquita mayor, el primer elemento reconocible descubierto por los viajeros al acercarse a la capital del califato.

Álvaro había oído decir que dos almuecines velaban toda la noche en la cámara superior del alminar aguardando el momento en el que convocaban a los fieles a la primera oración de la mañana. Aquellos hombres, en el caso de existir de verdad y no ser una simple fabulación, disfrutaban del asombroso poder de movilizar a una ciudad entera, y sin duda el mismo Califa debía envidiarlos, puesto que la llamada de los almuecines era obedecida con mayor rapidez y menores reticencias que las suyas.

«¿Se sentirán orgullosos esos dos de ser los que despiertan a la ciudad? —pensó Álvaro—. ¿O estarán simplemente sentados ahí arriba, como dos pajarracos, ansiosos por cumplir con su deber e irse a dormir?».

Buscó la luz delatora de una lámpara de aceite. No la vio. Los almuecines velaban a oscuras o, en realidad, dormían. Álvaro calculó la distancia existente entre el tejado de la vivienda en la que se encontraba y el techo del oratorio, ancho como un océano que al agitarse elevaba las olas de sus cubiertas a dos aguas. Llevaba encima una cuerda pintada de negro que lanzó con maestría. Cuántas veces había estudiado aquel estrechamiento de la calle durante las semanas previas y los merlones en los que pensaba encajar el peso atado a la cuerda. Y cuántas veces había ensayado el lanzamiento en su imaginación, soñando con la perfección que alcanzó en el primer intento. Tiró con fuerza hasta convencerse de que el ladrillo quedaba fijo y luego ató la cuerda a un saliente del tejado, asegurándose de que estuviera bien tensa. Cruzar la callejuela suspendido de la cuerda fue menos sencillo que cuando se entrenaba en los bosques próximos a Córdoba. Quizá se debiese a los nervios o al cansancio acumulado. Sin embargo consiguió alcanzar la corona de merlones que remataba la mezquita aljama y pasó entre ellos para pisar al fin el techo de madera. Dejó la cuerda en su sitio. Puede que la necesitase para regresar, o puede que ya no la volviera a necesitar nunca; de cualquiera de las maneras no tenía sentido recogerla.

Evitó las cubiertas de cada una de las naves caminando por el borde del alfarje, sin perder de vista en ningún momento el alminar en el muro septentrional del patio, temiendo ser sorprendido por un almuecín que entretuviera su vigilia contemplando la ciudad dormida. De esta guisa, agachado, vigilante, alcanzó el punto sobre la fachada occidental que buscaba. Se asomó con precaución y miró hacia el nivel de calle. A unos metros por debajo de la posición que ocupaba Álvaro se hallaba el *sabat*, el paso elevado que el emir Abd Allah estableció para acceder directamente desde el Alcázar a la *maqsura*, el pequeño recinto ante el *mihrab* reservado al soberano que lo mantenía separado del resto de los fieles. Álvaro sacó la segunda de las cuerdas que llevaba consigo y rodeó otro de los merlones. Era una cuerda larga, pero se soltó cuando todavía estaba varios metros por encima del pasadizo. Y consiguió lo que pretendía: al caer rompió la débil cubrición de madera del paso y

aterrizó en el interior en medio de un remolino de serrín y astillas que se le enganchaban inofensivamente en la ropa.

«Abd Allah usaba este pasadizo para ocultarse de la comunidad y evitar su ira —pensó Álvaro—. Resulta irónico que yo lo utilice ahora para llegar hasta donde se oculta su nieto».

Se quedó quieto mientras se desvanecían los ecos del ruido que había hecho al atravesar el techo del pasadizo. Nada sucedió. No hubo gritos de alarma, ni cambiaron de lugar las antorchas, provocando un loco baile de luces sobre la muralla. El estruendo había pasado desapercibido.

En ambos extremos del pasaje había puertas cerradas. A su espalda la puerta en la fachada del oratorio. Delante la puerta en el muro del Alcázar. Caminó despacio, de puntillas, como para compensar el ruido anterior, y tanteó la puerta. Era sólida. Por suerte no necesitaba forzarla. Le había costado muchos ruegos y alguna que otra amenaza, pero al fin había conseguido que Félix robase la llave.

Metió la llave en la cerradura. El simple hecho de que entrase con suavidad le produjo un gran alivio, puesto que creía capaz a Félix de entregarle una llave cualquiera con tal de librarse del acoso de Álvaro. Al girar la muñeca el cerrojo se desplazó con un chirrido y un pequeño empujón le despejó el camino. Estaba en el *Dar al-Imara*, el Alcázar primero, una reconstrucción del monumento visigodo cuyo emplazamiento ocupaba, arrinconado por los nuevos pabellones y la alcazaba, alta e inaccesible. Al otro lado de la puerta existían unos escalones, necesarios para salvar la diferencia de altura entre el pasadizo y el piso de la estancia en la que desembarcaba. Era una habitación grande y ampulosamente decorada, donde la esencia de violetas, repartida con prodigalidad, no alcanzaba a disfrazar por completo el olor a mampostería húmeda. Dos candelabros irradiaban una iluminación aceitosa, estirándose como mantequilla derretida sin ir más allá de sus pies de cobre sobredorado. El resto era vaguedad, penumbra, y una insinuación de suntuosas telas que recubrían por igual las paredes y el pavimento, confundiéndolos. Caminó un rato de puntillas; luego se dio cuenta de que las alfombras, echadas unas encima de otras, hacían innecesaria esa precaución. La habitación había sido preparada para impedir que los pies del califa sufrieran fatiga alguna cuando acudía a la mezquita. Caminar por ella era como caminar sobre nubes.

Cruzó la estancia repasando el plano que Félix le había dibujado en un trozo de pergamino. Era un plano tosco y repleto de imprecisiones, y Álvaro solo podía figurarse cuál era el pabellón en el que dormía el califa, pero estaba dispuesto a recorrer el Alcázar entero para encontrarlo. Se sentía menos cansado después de haber conseguido entrar. La posibilidad de completar su venganza le llenaba de gozo; ningún inconveniente le parecía excesivo. Estaba convencido de que esa noche el destino de al-Ándalus descansaba en el filo de su cuchillo. Aunque él tampoco

sobreviviera, le daba igual: la muerte del Califa autorizaba todas las esperanzas de los enemigos de los Omeyas.

«El hijo mayor de Abd al-Rahman es muy joven todavía —reflexionaba Álvaro—. Y dicen que es de temperamento melancólico, debido a que su padre le mantiene alejado de los placeres íntimos. Si logro acabar con Abd al-Rahman esta noche, sin darle la oportunidad de asegurar convenientemente la sucesión, sin lugar a dudas provocaré un enfrentamiento entre los hijos del Califa, secundados por los ambiciosos que los patrocinen. Y tal pelea, Dios lo quiera, bien pudiese acarrear el final de la dinastía».

De pronto, mientras fantaseaba con provocar una guerra civil que permitiera el inicio de una nueva insurrección en torno a Bobastro, notó un leve movimiento en una de las telas de las paredes. Sacó el cuchillo de su funda antes de acercarse a investigar, pero al instante las telas se agitaron como banderas sacudidas por un vendaval y los guardias escondidos tras ellas aparecieron apuntándole con sus lanzas. Álvaro solamente acertó a lanzar una exclamación de sorpresa. Las lanzas le rodeaban por todas partes y no había un hueco por el que escapar.

«Ay de mí, qué idiota he sido —se dijo—. Creí haberme infiltrado en el Alcázar gracias a mis planes y mi habilidad, y en realidad lo que hacía era acercarme a la trampa que los cazadores han preparado».

Tenía la intención de vender cara su vida y para ello escogió a uno de los esclavos con ánimo de atacarle. Sin embargo los otros adivinaron sus propósitos y se le echaron encima en el acto para derribarlo.

Aún trató de lanzar una última cuchillada. Unas manos grandes sujetaron su brazo al tiempo que alguien le aplastaba brutalmente la cara contra la alfombra. Estuvo cerca de gritar que apenas podía respirar estando en esa postura, pero enseguida comprendió que a los guardias que lo retenían no les importaría nada saberlo.

La oscuridad habría sido más soportable si hubiera estado acompañada por el silencio. Así habría podido hacerse la ilusión de estar ya muerto, en un purgatorio que era la antesala de alguna otra cosa que pronto conocería. Quizá una vida mejor, con el auxilio de Cristo, si le eran perdonadas sus faltas, que no eran pocas ni fáciles de ignorar.

Sin embargo la oscuridad estaba henchida de sonidos que le recordaban su estado presente e incrementaban su angustia. Oía la fatigosa respiración de otros presos, sin saber si los tenía a su lado o estaban lejos. Oía sus chillidos, sus inútiles peticiones de clemencia, sus confesiones desesperadas. Oía a las ratas correteando por la paja maloliente del suelo. Y, sobre todo, oía periódicamente unos rugidos lejanos, que provocaban la histeria de los prisioneros, y que Álvaro atribuyó a los leones traídos

de África para agasajar a Abd al-Rahman III, los cuales vivían en un pabellón detrás del palacio. Por Córdoba circulaba el rumor de que al-Nasir los azuzaba contra los criminales para divertirse con la matanza resultante y cada vez que escuchaba su rugido Álvaro temía, al igual que los demás, que se acercase la ocasión de renovar aquellas fechorías.

Desconocía el tiempo que llevaba allí encerrado. En la prisión subterránea del Alcázar, que era donde suponía que le habían llevado puesto que el trayecto que hizo suspendido de los brazos de sus carceleros fue corto, no existían el día ni la noche, ni ninguna circunstancia que señalase el paso de las horas. Cuando se sentía demasiado agotado para mantener abiertos los ojos dormía. Más tarde despertaba. No apreciaba ninguna diferencia entre las dos situaciones. Las tinieblas, los lamentos, el hedor, todo era idéntico, como si no hubiera transcurrido ni un minuto desde que cerró los ojos. Pero tenía que haber pasado algo de tiempo porque había dormido, y había soñado o, mejor dicho, sufrido pesadillas que luego se mezclaban sin transición con sus pensamientos. Ya no se preguntaba por la identidad del traidor. Félix, probablemente. Delatar a Álvaro debía haberle parecido la única manera de protegerse a sí mismo y a su familia de las represalias por la muerte del Califa.

Le dolían las heridas en el rostro, los golpes recibidos durante su captura, las patadas soportadas por las costillas. El dolor se había convertido en el vínculo infalible con esas piernas que no veía, con esas manos que movía en la oscuridad como murciélagos cautivos, haciendo entrechocar los hierros con los que estaba cargado. Había perdido uno de sus sentidos: la vista. Solo le quedaban el tacto, el oído, el olfato… y con gusto hubiera prescindido también de este último. Nadie venía a recoger sus heces o a secar su entrepierna, empapada de orina. Un carcelero ciego echaba agua en la jarra y comida en el plato de barro. Bazofia. Álvaro evitaba hablar solo, excepto para quejarse de los desperdicios que les servían para comer. No quería ser como los prisioneros que hablaban sin parar, tratando de llenar el vacío de sus vidas con castillos de palabras. Odiaba las voces monótonas de los asesinos, los ladrones, los parricidas; su impudor, sus osadías execrables y el modo en el que callaban repentinamente siempre que trataba de comunicarse con ellos.

Álvaro estaba adormilado cuando la luz de un candil de aceite, azulada a causa de la falta de aire, abrió un agujero en las tinieblas. Despertó a causa del gemido de los presos, siluetas encogidas que tiraban de sus cadenas tratando de huir del resplandor, intuyéndose protegidos por el anonimato que les concedía la oscuridad. Él apartó la mirada de aquel brillo. Le hacía daño en los ojos. Luego volvió a fijarse en los intrusos al darse cuenta, no estaba seguro de si con alegría o con temor, de que las pisadas se acercaban al rincón donde le habían encadenado.

—Es ese —dijo un guardia de piel clara.

La punta de un garrote arañó su cuello. El carcelero soltó las cadenas del muro y

tiró de ellas para obligar a Álvaro a levantarse. Se cayó. Los empujones y los insultos eran insuficientes para hacer que sus piernas respondieran correctamente después de una inactividad tan prolongada. Apretando los dientes consiguió dar un paso. El siguiente fue más fácil. Después, con Álvaro aún tropezando y tambaleándose, salieron de las mazmorras precedidos por el resplandor fúnebre del candil.

Le llevaron a unos baños dotados de agua corriente para quitarle la suciedad incrustada en su piel. Los harapos que Álvaro llevaba puestos los tiraron directamente a un horno. Las ropas que los sustituyeron eran sencillas, pero a él le parecieron dignas de un príncipe del oriente en comparación con los andrajos anteriores. Luego, cuando vino también un barbero para recortarle la barba y el cabello, empezó a dudar acerca de las intenciones de los guardianes.

«Si fueran a cortarme la cabeza o a crucificarme no se tomarían tantas molestias. ¿Por qué me preparan con tanto cuidado?».

Ignoraba cuántas semanas o meses había durado su encierro. Al ser arrastrado por el Alcázar y mirar por las ventanas que encontraban a su paso supuso que estaban ya en invierno. En los jardines las plantas se encogían intimidadas y un viento frío vaciaba los expuestos senderos.

Una larga galería los condujo a un pórtico en el que estuvieron reunidos esperando la autorización para entrar. De repente se abrió la puerta del pabellón y Álvaro fue empujado dentro. Seguía teniendo las manos encadenadas. Era el único aspecto de su apariencia que aún le identificaba como prisionero.

Lo primero que notó al ser introducido en la cámara fue el olor. Olía tan bien que le entraron ganas de llorar. Unos pedazos de ámbar azafranado reposaban sobre los carbones encendidos de un brasero y experimentó el deseo irresistible de acercarse más, para compensar a su nariz por las penalidades sufridas en el calabozo. Pero no estaba solo en la cámara. Había un hombre tendido boca arriba sobre unos cojines, con la barba teñida, esperando a que la henna se la colorease, observando a Álvaro con una combinación de indiferencia y fastidio, como si ya hubiera olvidado el motivo por el que le había hecho llamar.

—Tú eras uno de los capitanes de Ibn Hafsun —dijo, sin especificar si se trataba de una pregunta o una afirmación.

Álvaro asintió con lentitud mientras examinaba al desconocido con la sospecha de estar en presencia del mismísimo Califa, a quien nunca había visto de cerca. Era un hombre de edad avanzada sin ser viejo, de cuello corto y nariz prominente. Álvaro buscó sus ojos, que eran de color castaño en lugar del azul que caracterizaba al Omeya. Y las piernas eran de longitud regular, y no excepcionalmente cortas, como decía Félix que eran las de al-Nasir. La edad tampoco coincidía. Abd al-Rahman III tenía cuarenta años. Aquel hombre era mayor.

«Si no es Abd al-Rahman, ¿quién es? Su expresión y sus gestos son los de un

funcionario con mucho poder, tal vez uno de los visires».

—Álvaro ibn Daisam —continuó el desconocido—. Mi predecesor fue amigo de tu señor Umar. Es posible que hayas llegado a conocerle.

—¿Vuestro predecesor? —dijo Álvaro, sorprendiéndose al comprobar que el encierro parecía haber alterado el timbre de su voz.

—El eunuco Badr, Dios haya tenido misericordia de él.

«Puesto que se refiere a Badr como su antecesor debe tratarse de Musa ibn Muhammad, el chambelán del califa —se dijo Álvaro—. Con razón me causó la impresión de ser un funcionario importante, pues aparte del Califa no hay persona en al-Ándalus que sea más poderosa que él».

—No tuve la oportunidad de conocerle —reconoció—. Me contaron que era un hombre notable, a pesar de su falta.

—Fue un gran *hayib*. Me gustaría poder decir que le he sustituido ventajosamente, pero no me agrada mentir salvo que obtenga algún provecho haciéndolo. ¿Y qué provecho podría obtener yo mintiendo a alguien como tú?

«Si lo que pretendes es convencerme de que mi vida no vale nada, estás gastando saliva en vano. Eso ya lo sé de sobra. En realidad, lo que me extraña es encontrarme aquí cuando lo lógico sería que estuviera de rodillas junto al verdugo, mirando fijamente el tapete de cuero en el que ha de caer mi cabeza».

—¿Vino? —preguntó Musa de repente.

Álvaro dudó antes de contestar. Luego aceptó ansiosamente. El chambelán hizo una seña al tiempo que se incorporaba y un esclavo sirvió dos copas.

—A mí también me gusta el vino, que Dios me perdone —murmuró Musa ibn Muhammad tras beber de la suya—. En muchas ocasiones he disipado mis preocupaciones con un vino amarillo como este, y aunque después me arrepiento, vuelvo a recaer cuando las preocupaciones se espesan en mi cabeza.

Dejó la copa medio vacía para coger una lámina rosada no menos sutil que la seda, cubierta de caracteres escritos. Al advertir el desconcierto de Álvaro el chambelán alargó el brazo para enseñarle mejor aquella novedad.

—Es papel —dijo—. Un descubrimiento, aseguran que procedente de China, que nos han traído los mercaderes de Bagdad y Damasco. Es mucho más tenue que el pergamino, ¿veis? Y más liviano y fácil de manejar. Pero lo importante es lo que hay escrito en él. —Musa ibn Muhammad señaló el texto con un dedo y Álvaro, estirando el cuello, alcanzó a descubrir su nombre mezclado con los caracteres cúficos—. Esta es la historia de tu vida. Aquí aparece lo que has sido, lo que has hecho, incluidos tus últimos crímenes. —Musa chasqueó la lengua—. El pobre Ahmad Ibn Abdallah, ¿qué te había hecho?

—A mí nada —contestó Álvaro—. Pero humilló a mi señor.

—Umar merecía ser humillado. Era un forajido, un rebelde, un asesino. Y además

un apóstata; le encontramos enterrado al modo de los cristianos.

—Esa es vuestra opinión.

—Es evidente que tu postura es distinta de la mía. Pero es preferible que olvidemos este asunto. No merece la pena que perdamos el tiempo hablando de Umar o de Ahmad. Ambos están muertos y son los vivos los que me preocupan.

Álvaro frunció el ceño.

—¿Es qué no os importa que matase a Ahmad? —Su voz denotaba incredulidad.

—No más de lo imprescindible —replicó el chambelán—. Los alfaquíes son solamente herramientas que nos ayudan a controlar al pueblo. Mi señor no echará de menos a uno de ellos más de lo que echaría de menos un cortaplumas extraviado. Y Ahmad, en particular, estaba volviéndose presuntuoso, así que podría decirse que nos has hecho un favor al asesinarle antes de que se convirtiera en un problema serio. —Musa se inclinó hacia adelante y Álvaro pudo apreciar que una vena semejante a un gusano agazapado bajo la piel palpitaba en su frente—. Me parece mucho más grave que idearais la locura de matar a mi amo.

—¿Locura?

—Sí, locura. ¿Qué motivos podías tener para querer matarle?

—Tardaría menos tiempo en dar los motivos que se me ocurren para no querer matarle —respondió Álvaro con arrogancia.

—Pues tendrás que empezar a olvidarlos, si es que quieres vivir. —Musa se detuvo para añadir enseguida—: Porque supongo que querrás vivir.

Álvaro lo pensó un instante. Sí, el deseo existía. Su carne quería seguir viviendo, aun cuando su espíritu proclamara no temer a la muerte. Pero era la curiosidad lo que realmente le incitaba a mostrarse sumiso. Le habían sacado del calabozo por una razón. Y anhelaba conocer cuál era esa razón.

—Sí, quiero vivir.

—Entonces tendrás que convertirte en uno de los esclavos de mi amo.

A Álvaro se le escapó una sonrisa. Notaba un principio de mareo. El vino era fuerte y él tenía el estómago vacío.

—¿Yo? ¿Y cuáles son mis méritos? ¿Haber intentado asesinarle?

—Por suerte para ti has acumulado más méritos que ese.

—Así que estáis dispuesto a perdonarme en nombre del Califa, a pesar de todo.

—A lo que estoy dispuesto es a utilizarte. Mi señor y yo no desperdiciamos nada, ¿no lo sabías? —Musa se llevó los dedos a la frente y sus labios se curvaron en una mueca de dolor—. Ignoro el tiempo que me queda, llevo muchos años sirviendo a mi amo en diversos puestos y serví a su abuelo antes que a él, y deseo asegurar la seguridad del califato tanto como me sea posible antes de que Dios decrete el final de mi vida. Tú serás uno de los medios que emplee para conseguirlo.

—¿Cómo? ¿Integrándome en el ejército omeya?

—Por Dios, no. Ya hay demasiados antiguos rebeldes formando parte de nuestro ejército y más valdría ejecutarlos a todos por el servicio que nos hacen, excepto unos cuantos que aún conservan cierto arrojo. Pero a mi señor le gusta alternar el castigo y la misericordia, y a la vista está que ha sido una política acertada porque él ha reducido a unidad el fraccionamiento de al-Ándalus.

—Y si no os intereso como soldado, ¿cuál es la ocupación que pensáis darme?

—Una que supongo que te sorprenderá. —Musa tomó un largo trago de vino y pidió al sirviente que le rellenara la copa. Los dientes le rechinaban periódicamente, tal vez a causa de una jaqueca—. Hubo una época en la que Ibn Hafsun era abastecido por barcos procedentes de Ifriqiya y otros territorios bajo dominio fatimí. Y salvo que me hayan informado mal, fuiste tú quien cerró el acuerdo con los representantes de los fatimíes.

El chambelán tenía razón. Álvaro no contaba con que le mencionaran ese hecho de un pasado que le parecía muy lejano ya.

—Sí, fui yo. Pero, ¿qué relevancia tiene que fuera yo el que cerró el acuerdo?

—Bastante. Y podría ser mucha. Dime: ¿qué sabes de los fatimíes?

—En aquella época sabía algo, poco, y ahora sé lo mismo o menos. Lo único que sé con certeza que son enemigos declarados de los Omeyas.

—Siendo así, sabes lo que es necesario saber —dijo Musa—. Los fatimíes son nuestros enemigos. Y unos enemigos peligrosos. Los cristianos del norte son una espina clavada en el costado de mi amo, pero los herejes fatimíes son una espina más grande, más aguzada y clavada más profundamente.

—¿Es por ellos que Abd al-Rahman se proclamó califa? —preguntó Álvaro.

Musa inclinó la cabeza a un costado, sonriente.

—Eres listo, desde luego, aunque la inteligencia puede conducir a un hombre a la perdición si se envanece en exceso. Había otros fundamentos, por supuesto. Sin embargo debo reconocer que es uno de los que contemplamos. Si unos descendientes de judíos tienen el atrevimiento de proclamar califa a uno de sus miembros, ¿por qué va a quedarse atrás mi señor, que los supera en todo? Puesto que su poder es incuestionable a lo largo y ancho del orbe, resulta acertado que reclame el mayor título conocido. Además, si los abasíes han declinado hasta el extremo de permitir el saqueo de La Meca, ¿quién puede reclamar el título de califa, que los abasíes han deshonrado, con más derecho que mi amo?

—¿La Meca ha sido saqueada?

—Así es. Los cármatas, unos herejes chiítas, la peor escoria que haya pisado jamás la tierra, se han llevado la Piedra Negra de la Kaaba. Y los abasíes han sido incapaces de impedirlo. ¿Comprendéis ahora que no hay nadie en el mundo que pueda hacer sombra a mi señor?

«Es cierto —reflexionó Álvaro—. Si los califas de Bagdad han degenerado hasta

ese extremo significa que hoy en día Abd al-Rahman es el primero entre los soberanos musulmanes».

—Si Dios nos lo concede, nosotros mismos corregiremos la afrenta. El destino natural de mi amo es convertirse en el líder indiscutible de la comunidad, y aun cuando yo no pueda ya verlo, tengo la certeza de que llegará el día en el que los Omeyas recuperen su herencia y la autoridad de mi señor sea reconocida también en Bagdad. Pero entre Bagdad y al-Ándalus hay un obstáculo interpuesto ante nosotros.

—Los fatimíes.

—En efecto. Los fatimíes. Monos hijos de monos, los más viles entre los herejes, atreviéndose a reclamar el derecho de gobernar a los creyentes. ¿Qué podría ser más agradable a Dios que la destrucción de esos falsos musulmanes? —El chambelán meneó disgustado la cabeza y continuó—: Tú conoces a unos cuantos integrantes de la chusma fatimí, ¿no es cierto?

—Solo a un puñado. Los agentes que mencionasteis. Ni siquiera conozco bien Ifriqiya, aparte de las playas donde concertábamos nuestros encuentros.

—Esos individuos te presentarán a otros muchos. Tu reputación te avalará. Tú siempre rehuiste todo compromiso con mi señor, lo cual resulta una ventaja para lo que ahora pretendemos. Al menos hará que no te miren con sospecha.

—Sí, pero, ¿con qué propósito? ¿Qué esperáis de mí?

—Primero has de prestar el juramento de obediencia al Califa. Puedes hacerlo aquí mismo. Yo lo recibiré en su nombre.

Álvaro titubeó ligeramente y luego hincó la rodilla. Musa ibn Muhammad tuvo la precaución de hacer que jurase con la mano puesta sobre una Biblia bellamente encuadernada. Se habría sentido menos tranquilo de haber sabido que, en su mente, Álvaro articulaba palabras muy distintas de las que pronunciaba su boca, tratando de dar a entender a Dios que el juramento verdadero era aquel y no el que salía de sus labios.

—¿Y ahora?

—Ahora debemos prepararte. Tienes mucho que aprender. Por suerte disponemos de tiempo mientras elegimos a la gente que trabajará contigo.

Se levantaron. Pese a haber prestado juramento las cadenas de Álvaro continuaban en su sitio y dos guardias esclavos caminaban tras él al salir de la cámara.

—Por cierto, ¿dónde está la cabeza de Ahmad? —dijo el *hayib*—. Durante el funeral sus discípulos tuvieron que recurrir a una estratagema un tanto burda para disimular la ausencia.

—La tiré al río.

—Pobres peces —se burló Musa—. Pronto confundirán a los pescadores con disertaciones sobre la ley y el derecho cuanto traten de meterlos en sus cestas, y la

culpa será tuya.

Subieron unas estrechas escaleras hasta un mirador de gran tamaño desde el que se divisaba el Guadalquivir y la campiña circundante. Había bastantes personas allí, la mayor parte de pie, unos pocos recostados indolentemente sobre cojines. Álvaro no hizo caso a sus miradas de desprecio. Estaba más interesado en descubrir dónde le llevaban.

—Mi señor quiere hablar contigo —le aclaró el *hayib* antes de que se lo preguntase—. Vigila tu lengua o todavía hay una posibilidad de que acabes ahí abajo.

Se asomó. Como sospechaba era la atalaya que dominaba la Puerta de la Azuda y el prado en el que se exhibían los ajusticiados. Ibn Hafsun y sus hijos continuaban allí, colgados de los maderos, pero prefirió no fijarse demasiado.

Varias aves de plumas verdes y rojas revoloteaban por la azotea tanto como se lo permitían sus alas recortadas, recitando versos con voz de mujer doquiera que se posaban. Un hombre corpulento y con una enorme barba se complacía en espantarlos con su perrazo, un animal de presa al que los años comenzaban a pesarle. El chambelán lo identificó como Abd al-Rahman ibn Waddah, un rebelde de Loja, famoso por su crueldad, que el califa había añadido a su guardia personal después de lograr su rendición bajo la promesa del *amán*.

—Un día alguien envenenará a ese perro —gruñó Musa—. Y, por Dios, que no lo lamentaré en absoluto.

En la zona delantera de la atalaya un círculo de cortesanos, eunucos y esclavos estaba entregado a la contemplación de las vistas y la conversación. Álvaro dedujo que el Califa estaba en su centro, si bien le llamó la atención encontrar ahí una figura vestida modestamente y sentada en una estera, con la cabeza baja e ignorando a los que le adulaban. Solamente interrumpía sus meditaciones para mirar a un bufón ciego, disfrazado de soldado, que con una espada de madera lanzaba tajos sin orden ni concierto mientras los cortesanos esquivaban sus acometidas riendo y empujándose entre sí.

—Mi señor califa, campeón del Islam, *al-Nasir li-din-Allah*, nieto del emir favorecido por Dios, Abd Allah ibn Muhammad. El primero entre los fieles, suya es la gloria. Os traigo a Álvaro ibn Daisam.

Álvaro se arrodilló. Uno de los guardias consideró que el saludo no era suficientemente cortés y le agarró por la nuca, obligándole a tocar el suelo con la frente.

—Tú eras el que pretendía matar al Príncipe de los Creyentes —dijo Abd al-Rahman.

Álvaro se incorporó con el cuello dolorido. Muchos de los que visitaban la corte no se atrevían a alzar la vista hacia el rostro del califa debido a la *hayba*, el respeto temeroso, o simplemente por miedo. Pero él lo hizo.

—Sí, señor.

—¿Y por qué? —preguntó el califa despectivamente—. ¿Por haber vencido al miserable al que llamabas amo? ¿Desconoces acaso que Dios Altísimo ha ensalzado nuestra autoridad por las tierras y ha hecho que las esperanzas de los mundos estén pendientes de nosotros? Nuestros súbditos se regocijan por estar a la sombra de nuestro gobierno, y tú también tendrías que haberte regocijado con nuestro triunfo en lugar de extraviarte con desvaríos.

Abd al-Rahman III era un hombre bien parecido. Tenía la piel blanca, como la de los francos del Norte, y los ojos de un extraño color azul oscuro. El cabello teñido de negro semejaba un intento ineficaz de establecer una relación con los beduinos de los que descendía.

Además de por estas características y la posible brevedad de las piernas, que no pudo verificar por estar sentado, Abd al-Rahman destacaba por ser muy fornido. En su semblante Álvaro leyó la melancolía propia del que ha vivido su juventud rodeado de recelos e intrigas, temiendo compartir el destino de su padre. También leyó soberbia, orgullo, perspicacia, y una capacidad ilimitada para la crueldad. Este era el adversario que les había vencido, el debelador del efímero reino serrano de los hafsuníes. No había nadie en el mundo a quien hubiera odiado con más intensidad.

—Si fuiste uno de los campeones de Hafsun debes haber sido un buen guerrero.

—Tuve suerte, señor.

—Y la sigues teniendo. Es tanta nuestra paciencia que soportamos que un forajido se presente ante nosotros sin hacerle clavar inmediatamente en un palo. Pero con ser vasta, nuestra paciencia no es ilimitada. Si en el plazo que el *hayib* te señale eres incapaz de cumplir con lo que se te ha pedido, vive Dios que no hallarás cobijo en la tierra en el que estés a salvo de nuestra ira.

—Haré lo que me ordenéis, mi señor —mintió Álvaro.

Abd al-Rahman consultó con la mirada a su chambelán. «¿Será capaz de hacerlo?», parecía preguntar.

—En cambio, si cumples satisfactoriamente, tendrás una casa y esclavos, y serás oficial en nuestro ejército.

—Eso me agradaría.

—¿De veras? De esos otros que también nos combatieron con ferocidad puedo creer que se vinieran a nuestra obediencia con agrado porque son gentes que solamente miran por su propio interés —prosiguió severo—. Sin embargo tu caso es diferente. Lo sé. Lo noto. Pero ya tendrás la oportunidad de probar el valor de tus palabras. Y serías un gran necio si fueran mentira. Ayer peleabas por unas míseras fortalezas y a partir de hoy lucharás por el Príncipe de los Creyentes, que conquistará el oriente tanto como el occidente si Dios continúa otorgándonos sus beneficios. Es un honor por el que tendrías que sentirte agradecido.

—Bien podéis decirlo, mi señor.

Un esclavo experto en interpretar las actitudes del Califa tomó a Álvaro por las cadenas y le hizo ponerse en pie. Enseguida Abd al-Rahman volvió a girarse hacia el oeste, hacia la falda del Monte de la Novia, absorto en algo que solo él veía.

«Es raro —pensó Álvaro—. Me ha dado la impresión de ser un hombre solo y desconfiado, igual que lo era Ibn Hafsun, pero sin la jovialidad que redimía a Samuel. Pese a sus títulos y sus palacios, apuesto a que en el fondo de su corazón Abd al-Rahman no se siente menos desgraciado que yo».

—A veces disculpa los pecados más terribles y otras se muestra implacable con pequeñas faltas —dijo el chambelán—. Es su carácter y a ti te ha beneficiado que sea así. Su abuelo no habría sido tan clemente, te lo puedo asegurar. El viejo Abd Allah actuaba con brutalidad cuando se consideraba amenazado. Abd al-Rahman, en cambio, es capaz de perdonar. Yo, por ejemplo, era amigo íntimo de Mutarrif, que fue quien asesinó a golpes a su padre. Y sin embargo al-Nasir me ha mostrado su amistad concediéndome altos cargos.

Caía la tarde. Descendieron del mirador para ir a unas sencillas estancias en el Alcázar antiguo en las que Álvaro supuso que residiría a partir de entonces. El *hayib* le señaló el lecho, la mesa, y un criado tan seco y callado como una estatua.

—¿Me daréis ya los detalles de lo que queréis de mí? —inquirió Álvaro cuando el chambelán se despedía.

—Ya los irás conociendo —contestó Musa. Se dio la vuelta, y antes de salir hizo entrar a un herrero para que al fin librase a Álvaro de sus cadenas—. Es una misión compleja y necesitaréis tiempo y esfuerzo para comprender todas sus sutilezas. Pero a grandes rasgos se trata de esto: tú pretendiste matar a un califa, el verdadero. ¿Y qué mejor manera hay de redimir tu crimen que ayudando a derribar a un falso califa?

12

El velo de las tinieblas

Año 930 d. C. Febrero

Algunos se mostraban ya indiferentes al destino de la ciudad. Sentados todo el día, con las piernas encogidas, levantaban la mirada de vez en cuando, como corderos preguntando por qué tardaba tanto en besarles el cuchillo del matarife. Otros buscaban esperanzas por cualquier sitio, inventándose chismes cuando ninguno de los que circulaban por las calles les satisfacía. Y estos rumores inventados daban la vuelta a Badajoz y volvían a ellos, transmutados por las inexactitudes cometidas al repetirlos, alimentando las ilusiones de los mismos que los habían creado.

Lo cierto era que hacía frío. Lo cierto era que los habitantes de Badajoz pasaban hambre. Lo cierto era que las epidemias se extendían como el aceite derramado y los sollozos de los enfermos volvían inhabitables ciertos barrios.

Lo cierto era que el ejército omeya seguía acampado frente a la ciudad.

El califa no había vuelto. Después de aceptar el arrepentimiento de Jalaf ibn Bakr prefirió ir a Córdoba para aislarse del invierno dentro del Alcázar. Así que no tuvo que soportar las lluvias, ni el barro, ni la escarcha que recubría la hierba igual que delgadas esquirlas de cristal, sembradas por una princesa caprichosa. Todas esas penalidades las tuvieron que soportar sus soldados solos, pero no les importaba, porque Ibn Ilyas les había concedido al fin el permiso para saquear Badajoz. A diferencia de los desmoralizados súbditos de los Banu Marwan, ellos tenían las miradas hambrientas; en sus conversaciones ya daban forma a la violencia a la que pensaban entregarse en cuanto se rindieran los rebeldes.

Dentro de Badajoz las noches eran particularmente peligrosas, porque la oscuridad amparaba a los ladrones de comida, y los ladrones se convertían fácilmente en asesinos, si tropezaban con cierta resistencia. Por eso en la puerta de la casa de Karim siempre había un vigilante con la mano sujetando la empuñadura de la espada, y si a un transeúnte se le ocurría detenerse a olisquear los pobres guisos que se cocinaban en el interior, inmediatamente escuchaba el susurro del metal deslizándose contra el cuero y tenía que irse deprisa, so pena de que un tajo certero le cortase una oreja. Karim era uno de los pocos aliados de al-Yilliqí que no se había trasladado aún a la alcazaba. No había sitio. De modo que tenían que hacer frente como podían a la creciente insatisfacción, una insatisfacción que cada vez volvía más atrevidos a los hambrientos. Incluso el semental del emir había sido degollado por una turba que comenzó a cortarle pedazos de carne con los cuchillos que llevaban en el cinto sin esperar siquiera a que cesasen los estertores del animal. Los caballerizos que trataron de detener a la muchedumbre acabaron asesinados. Nadie osó preguntar qué había

sucedido con sus cuerpos, por miedo a que la respuesta fuese que ellos también formaban parte del montón de tejido sanguinolento que quedó en el suelo.

Por estas y otras razones, la comitiva que salió de la vivienda, dejando en ella un puñado de hombres de guardia, parecía dirigirse hacia alguna batalla que estaba por comenzar en lugar de a la placentera reunión a la que Karim había sido invitado. Soldados armados en un extremo y en el otro, llevando escudos de cuero endurecido y antorchas encendidas, para que nadie pudiese aproximarse sin ser visto. Hilal se había adelantado unos metros, como un explorador que comprobase el camino. Era una forma de actuar que le gustaba; ser el lobo solitario que acompaña a la manada desde lejos, huraño pero imprescindible.

Dihya era la única mujer en el grupo. Todavía experimentaba un extravagante placer distanciándose de sus parientes femeninas, cuyas vidas insoportablemente monótonas se empeñaba en rechazar. Utilizando a Firqan como excusa aprovechaba para hacer lo que le apetecía y no lo que debía, aunque sin rebasar ciertos límites. Era consciente de que aquel comportamiento la convertía en el blanco constante de las pequeñas conspiraciones con las que las demás mujeres se distraían, pero no se animaba a renunciar a su diferencia y confundirse con ellas. Y ocasionalmente, cuando se sentía lo suficientemente segura, llegaba al extremo de escandalizarlas a propósito, igual que un niño que se divierte atormentando a un perro atado a un poste. Esa noche era, junto con la visita a su primo poeta, la mayor de sus provocaciones. De tanto en cuanto Dihya sonreía recordando la expresión de su suegra cuando le dijo que iría con Karim a la reunión que ofrecía al-Miknasí. La anciana se había quedado tan asombrada que fue incapaz de articular palabra, mientras ella se hincaba las uñas en las palmas de las manos para contener la carcajada que la condenaría para siempre al ostracismo.

Hacía tiempo que no salía de la casa. Al principio ella y el resto de las mujeres del clan acudían a un baño público una o dos tardes por semana. Tomaban el baño casi por asalto, expulsando a las clientas que habían olvidado que esa era su tarde, para pasar las horas charlando y tomando la merienda. Desde que comenzó el asedio se terminaron las excursiones al baño público y sus salidas se redujeron tanto que sus pies parecían extrañados al poder andar a su antojo sin el obstáculo inmediato de un tabique que los obligase a cambiar de dirección. Pero no estaba disfrutando del paseo. El silencio en las calles era ominoso, como si estuviera compuesto de muchos ruidos alarmantes conteniendo la respiración. Y cada pocas decenas de metros se veía uno de los edificios destruidos por las piedras lanzadas por los almajaneques situados en la orilla contraria del río que habían conseguido elevarse por encima de las murallas. En la mayoría de los casos ningún vecino había limpiado los escombros ni retirado los cadáveres atrapados debajo, y al pasar junto a la vivienda destrozada por el impacto, el olor a corrupción que surgía de la pila de cascotes revolvía las tripas de

Dihya.

«Karim no me había hablado de esto —pensó asustada—. Ha hecho bien. ¿Cómo podría acostar a Firqan tranquila sabiendo que quizá en ese preciso instante ya vuela por los aires la piedra que ha de aplastarnos a todos?».

Su inquietud se difuminó en parte al atisbar el palacio de al-Miknasí. Daba la impresión de pertenecer a una ciudad completamente distinta, una que no estaba sometida a un cerco. Al-Miknasí tampoco había querido trasladarse a la alcazaba y disponía de los recursos necesarios para controlar los riesgos derivados de aquella decisión. La guardia formada ante la puerta era numerosa, y un simple vistazo reveló a Dihya que eran guerreros experimentados. Saludaron a Karim y a Hilal con frialdad pero también con cortesía, como si los guardias y ellos se conocieran ya por haber luchado codo con codo en alguna escaramuza contra los omeyíes.

La primera impresión se confirmó al entrar. Voces jubilosas. Perfumes. Música. La discrepancia con el ambiente de la casa en la que residía era tan acusada que consideró increíble que se pudiera vivir así. Era como pasar en un segundo de la oscura noche a un día soleado, aunque se tratase de un sol encerrado entre cuatro paredes.

En verdad el salón brillaba como si el sol estuviera en su cénit, merced a las bujías encendidas. Los invitados se sentaban en divanes bajos o sobre almohadones y al-Miknasí, riéndose sin parar, los dominaba desde un estrado del que bajó para saludar a Karim y los suyos. Pese a que todavía no confiaban plenamente en él, los recibió con tales muestras de consideración y respeto que al cabo se relajaron sus semblantes y permitieron que los criados los distribuyeran en medio de los invitados llegados con anterioridad.

El rostro de Karim se animó todavía más cuando el escanciador le llenó el cubilete coloreado que acababa de coger. Echaba de menos el vino, que faltaba en su casa desde hacía muchas semanas, y no contento con apurar el cubilete, al llegarle su turno tomó la gran copa que circulaba de mano en mano y bebió un buen trago. Luego tamborileó con los dedos en su rodilla siguiendo el ritmo que marcaban los músicos escondidos tras una cortina antes de volverse hacia Dihya, sonriendo, con los labios teñidos de un intenso rojo a causa del vino ingerido.

«No sé si aceptó traerme para presumir ante Tariq de tener una esposa joven o lo que quiere es presumir ante mí de las ventajas que le reporta su reconciliación con Tariq, sobre todo ahora que el emir le rehúye por haber hablado con demasiada sinceridad —pensó ella con afecto—. Está tan ansioso por demostrarnos que es capaz de mejorar la suerte del clan…».

Unos criados sacaron dulces y pasteles para acompañar las libaciones. Los invitados hablaban de temas triviales o intercambiaban amables bromas mientras hacían pasar el *kabir* de mano en mano y en Dihya se repitió la sensación de haber

viajado por medios mágicos a un lugar muy lejano en el que no existía la escasez y la guerra solamente aparecía como una breve mención en las narraciones de los ancianos.

—Gracias al Altísimo tuve la previsión de almacenar víveres en abundancia antes de que se iniciase el bloqueo —dijo Tariq como si hubiera adivinado el pensamiento de Dihya—. Esta es la razón de que en mi casa no falte nada.

—Y nosotros te lo agradecemos con todo nuestro corazón —apuntó uno de los presentes—. Gracias a ti, ¡oh, anfitrión nuestro!, podemos disfrutar aún del vino y de la música, sin los cuales me sería imposible subsistir. La vida solo es agradable por la flauta y el vino.

Karim asintió en silencio. El copero parecía especialmente pendiente de que él y los otros miembros del clan tuvieran siempre sus cubiletes llenos. A Dihya le ofreció también su garrafa, pero ella prefirió seguir bebiendo agua. Todavía daba de mamar ocasionalmente a Firqan y no deseaba que el consumo de vino volviese impura su leche.

—Sí —dijo Tariq—, pero, ¿hasta cuándo será agradable nuestra vida? Los Omeyas llaman a las puertas de Badajoz, y cuando las traspasen no tendrán piedad de ninguno de nosotros.

Hubo algunos gemidos de pesar, que a Dihya le parecieron impostados. Y enseguida al-Miknasí orientó su atención hacia Karim:

—Dime, querido amigo, ¿has meditado ya acerca de lo que te propuse?

—He meditado. Pero no creo que sea la ocasión apropiada para hablar de ello.

—¿Por qué no? —Los labios de Tariq se abrieron en una amplia sonrisa al tiempo que señalaba con un vuelo de la mano derecha a sus invitados—. Puedes hablar con tranquilidad. Los que están aquí son amigos de toda confianza.

—Yo no les conozco.

—Yo sí. Y si han venido esta noche no se debe solamente a la promesa de que podrán beber hasta caer redondos. Han venido para discutir conmigo los pormenores de este grave negocio, en el que han jurado asistirme.

—¿De veras?

Karim se giró lentamente. Y uno a uno, a medida que les alcanzaba su mirada, los desconocidos inclinaban la cabeza o le guiñaban un ojo.

«Así pues, no se trata de una simple reunión de amigos —pensó Dihya a la par que se removía con nerviosismo en su asiento—. Se está tramando una conjura, en la que Karim participa aunque ahora, por prudencia, prefiera mostrarse reservado».

Su marido ignoró la invitación que le había hecho Tariq y se obstinó en beber sin apenas hacer ningún comentario, aguardando a que los demás tomaran la iniciativa. A Dihya le entraron ganas de recomendarle que bebiera con mayor moderación, pero se contuvo temiendo avergonzar a su marido en público si lo hacía. Estaba

aprovechando la generosidad de al-Miknasí con el vino como si temiera que después de aquella noche ya no podría beberlo más. Y no era el único. El escanciador tenía que ir de un lado a otro con tanta frecuencia que se le veía claramente fatigado. Al acabarse la garrafa que llevaba encima consultó a Tariq y este le conminó con un gesto a traer una nueva garrafa de la bodega inmediatamente. Parecía ansioso porque el vino corriera en su palacio tan deprisa como las aguas del Guadiana; en cuanto el escanciador se paraba un momento su amo fruncía malhumorado el entrecejo y el muchacho tenía que apresurarse a rellenar las copas.

De improviso uno de los asistentes comenzó a ensalzar al emir de Badajoz. Fue rápidamente imitado por un segundo asistente y en pocos minutos una cacofonía de elogios se extendió desde los divanes, volviendo inaudible la música. Al principio Karim los miraba con incredulidad. Meneaba la cabeza, confuso, mascullando. Luego tiró su cubilete en medio de la sala y se levantó gritando:

—¿Estos son los que habían jurado secundarte? —se burló dirigiéndose a Tariq—. ¡Si parecen esos consejeros que rondan por la alcazaba, que alaban incluso los pedos de al-Yilliqí como si fueran el más delicado de los perfumes!

Dihya temió que su esposo desenvaina el sable contra alguno de los invitados, pues solía ponerse violento durante sus borracheras. Afortunadamente se conformó con recoger el cubilete del suelo y sentarse en su sitio.

—Tú, desde luego, opinas de otra forma —dijo al-Miknasí.

—¡Válgame Dios! ¡Por supuesto! ¿Y tú no? ¿O es que has cambiado de parecer por completo? —Karim se atragantaba a causa de la indignación—. Badajoz caerá por culpa de ese idiota, bien lo sabes. Lejos de conducir al ejército a un choque decisivo, aprovechando las ventajas de las que ha dispuesto, se conforma con sentarse en la alcazaba rodeado por sus concubinas, bien alimentado y bien vestido, confiando en que el Todopoderoso le conceda una victoria que no se ha esforzado ni un ápice en conseguir. ¿Y por qué? Te diré por qué: a él, en el fondo, no le angustia la derrota, pues está convencido de obtener el *amán* igual que lo obtuvo Jalaf ibn Bakr. Al-Yilliqí marchará a Córdoba con sus familiares y deudos para disfrutar de las mercedes que le otorgue el califa y nosotros nos quedaremos aquí, expuestos a que las tropas Omeyas hagan con nuestras familias y nuestros bienes lo que les apetezca, salvo que hagamos algo para impedirlo.

—¿Y qué podríamos hacer para impedirlo?

—Ya lo hemos discutido una y mil veces. Depongamos al emir. Aún estamos a tiempo. Quitémosle el mando del ejército para entregárselo a alguien que esté dispuesto a exponerse a las fatigas de la guerra.

—¿Alguien como tú?

—Dios sabe si yo sería el más adecuado. Pero una cosa te puedo asegurar: si yo tuviera el mando no permaneceríamos encerrados tras las murallas de Badajoz como

viejas asustadas. No nos queda otro escape que luchar contra ellos, y si nos matan tras hacer cuanto esté de nuestra mano, mejor será que el que se apoderen de nuestra ciudad sin lucha.

Una mueca tensó la boca de Tariq antes de que dijera, mirando al techo de la habitación como si se dirigiese al Creador:

—¡Oh, tú que ves y a quién no se ve!

«¿A qué se refiere? —pensó Dihya—. ¿Acaso pide a Dios que le ilumine en este negocio? Antes mencionó que era grave y no hay duda de que lo es».

Se abrió la cortina. Entre los músicos había un hombre de pie que no tocaba ningún instrumento. Su apariencia era noble, su expresión muy seria, y al verle Karim se encogió como si fuese a vomitar.

«¿Qué sucede?».

Cada invitado sacó una daga oculta en la cintura y apuñaló al hombre que tenía a su derecha o a su izquierda. Mahmud se levantó para coger la espada que había colgado de un gancho, pero su compañero de diván le clavó antes su daga en la espalda y el anciano se derrumbó derramando el vino de las copas volcadas.

—¡Karim! —gritó Dihya—. ¡Karim!

Alguien la empujó con brutalidad. Ella consiguió incorporarse justo a tiempo para ver cómo Tariq se acercaba a Karim y lo atravesaba con una lanzada tan fuerte que marcó la pared que había detrás con la punta. Luego se volvió hacia el hombre que estaba oculto entre los músicos.

—Ved que se ha acabado la amenaza que pesaba sobre el emir, al que Dios favorezca —fanfarroneó—. Este infame pretendía hacerle beber el veneno penetrante de la muerte y en cambio ha sido él quien ha apurado la copa hasta el fondo.

Pero había hablado demasiado pronto. Hilal y otros dos hombres del clan de Karim habían sobrevivido a las puñaladas recibidas y estaban bañando las hojas de sus sables con la sangre de los cómplices de Tariq. Uno de ellos, perdida la daga, se arrodilló ante Hilal suplicando piedad y aquel respondió con un golpe lateral que le seccionó el cráneo por la mitad. Pese a su ebriedad, y a estar en inferioridad numérica, eran guerreros experimentados, cuyos brazos se movían solos tras desenfundar las espadas, mientras que los asistentes a la reunión no eran más que simples camaradas de tertulia a los que Tariq al-Miknasí había convencido para que empuñasen las dagas en aquella ocasión.

—¡Id a avisar a los guardias, maldita sea! —pedía Tariq a voces—. ¿O es que no han oído la señal?

Los guardias aparecieron al fin en la sala, repartiendo tajos sin ton ni son, de modo que sus primeras víctimas fueron los invitados que huían de la furia de los contríbulos de Karim. Dos de ellos les cerraron el paso y el tercero, Hilal, corrió hacia Tariq.

—¡Ocúpate de al-Miknasí, Hilal! —gritó uno de los que se interponían ante los guardias—. ¡No permita Dios que escape vivo esta noche!

Los músicos aprovecharon la confusión provocada por la irrupción de los guardias para escapar, aferrando sus instrumentos a modo de escudo. Y el noble que estaba escondido junto a ellos los imitó también en esto, sin hacer el menor intento por sacar del apuro a Tariq.

Mientras tanto Dihya trataba de llegar hasta Karim atravesando lo que parecía una distancia infinita. Había cuerpos encima de la alfombra, comida desparramada, sangre y vino mezclados en una única mancha carmesí que la lana absorbía con avidez. Tropezó dos veces y cada vez se irguió y continuó, a pesar de que las lágrimas ofuscaban sus ojos, a pesar de que había gastado el aire de sus pulmones en súplicas desatendidas y chillidos que pasaron desapercibidos. Solo pudo coger la mano de Karim entre las suyas. Él ya estaba muerto. Dihya creyó posible que despertase de repente, como sucedía en los sueños, que la mirase, que sonriera. Pero Karim estaba quieto, muy quieto, ensartado por la lanza que impedía que se desplomara, con los ojos abiertos y la boca agarrotada en un rictus sorprendido.

Recibió un nuevo empujón. El asesino de Mahmud, haciendo gala de mayor presencia de ánimo que el resto de los invitados, estaba intentando situarse de forma que tuviera la oportunidad de atacar a Hilal por la espalda. Dihya vio en el suelo el puñal que había dejado caer algún moribundo. Se agachó a recogerlo y lo sujetó con las dos manos, sintiendo el tacto viscoso del cuero empapado en sangre que recubría el mango. No dudó. Hundió la hoja en los riñones del hombre, hasta que la guarda del puñal impidió que pudiese clavarla más profundamente, y luego la retorció con todas sus fuerzas a derecha e izquierda.

—¿Qué has hecho, perra? —preguntó incrédulo el asesino de Mahmud. Ella no le respondió. Simplemente selló con una bofetada aquellos labios mentirosos que media hora antes la entretenían con banales acertijos.

Hilal y al-Miknasí peleaban junto al estrado. Al-Miknasí casi doblaba en edad a Hilal, pero estaba sobrio y su oponente no había salido indemne de la cuchillada que le habían asestado. La sangre calaba la pechera de la camisa de Hilal y un reguero rojo comenzaba a extenderse por sus calzones. Parecía desfallecido, sustentado únicamente por la furia; sus golpes eran cada vez más desesperados, como si fuera consciente de que el tiempo se le acababa.

Consiguió acertar a Tariq en la muñeca. Al-Miknasí se distrajo mirando de reojo la herida y Hilal lanzó una estocada contra sus costillas que hizo que reverdeciera la esperanza en el pecho de Dihya. Pero a la estocada le faltaba fuerza. Mientras caía, Tariq pudo alzar la lanza y ensartar a Hilal como antes había ensartado a Karim. Hubo un crujido cuando Hilal, al girarse, partió el asta; agarró la lanza rota que emergía de su vientre con la intención de arrancársela, pero no fue capaz. Luego

retrocedió, tambaleándose y se derrumbó hacia atrás, levantando los brazos para reclamar la atención del Dios que le había abandonado.

—¡No! —exclamó Dihya.

Desde el suelo Tariq la miró como si se diera cuenta entonces de que ella estaba todavía en el salón. Sus heridas no eran graves y Dihya comprendió que se recuperaría rápidamente después de que le atendieran los médicos del emir.

Y eso era inaceptable.

Dio un salto hacia adelante. Tenía varias posibilidades a su disposición. Una daga tirada en la alfombra, similar a la que ya había utilizado, el sable que se le escapó a Hilal. Tariq intentaba levantarse apoyándose sobre un codo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando ella levantó la lámpara por el pie de cobre.

—¿Qué…?

Al-Miknasí gritó cuando Dihya derramó el aceite caliente de la lámpara sobre su rostro. Sin embargo sus gritos se convirtieron en alaridos cuando el fuego de la mecha que cayó encima suya poco después incendió las ropas empapadas de aceite. Ella cogió una segunda lámpara y se la arrojó también para avivar la hoguera. Y después volcó las que quedaban, todas las que estaban al alcance de su mano, creando un muro de fuego que contuvo a los guardias después de que rematasen al último de los hombres que aún les hacía frente.

«No —pensó Dihya, trastornada—. El Altísimo no ha permitido que Tariq escapara vivo esta noche».

El calor era inaguantable pero se mantuvo firme, contemplando cómo el asesino de su esposo se encogía consumido por aquel calor infernal. Incluso cuando los guardias huyeron del fuego que se extendía velozmente por el salón ella continuó allí, observando, hasta que tuvo que preguntarse a sí misma si quería morir abrasada o intentaría huir a su vez.

«Firqan —pensó—. Mi hijo me necesita. Ya ha perdido a un padre. Sería demasiado cruel que hoy me perdiese a mí también».

Era ya imposible rescatar el cuerpo de Karim de las llamas y por un instante Dihya se arrepintió de haber iniciado el incendio. Para consolarse se dijo que al menos había evitado la humillación de que las cabezas de su marido y de su suegro fuesen clavadas en picas para amedrentar a otros posibles conspiradores. No quedaría nada que el emir de Badajoz pudiera exhibir. Y tampoco quedaría nada de al-Miknasí. Fuego y ceniza: esas eran sus recompensas.

Dihya se dio la vuelta. Alguien chillaba pidiendo auxilio en el interior de la casa. Se dirigió hacia la fuente de los chillidos y al hacerlo encontró la empinada escalera que subía hacia el piso superior. Ascendió como pudo, cegada por el humo, tosiendo, con las manos adelantadas para que las paredes le sirviesen de guía. En la planta superior las concubinas de Tariq vacilaban entre salir de sus cuartos o aguardar detrás

de las celosías de las puertas a ser rescatadas. Dihya apartó bruscamente a las mujeres que la estorbaban; a una esclava etíope que insistía en abrazarla, balbuciendo ruegos incomprensibles, la mordió para que se soltase. Tal vez ellas no supieran lo que tenían que hacer, pero Dihya sí. Fue de habitación en habitación hasta dar con el único tragaluz que daba al exterior, en una pieza en la que se aireaban unos cueros. Estaba demasiado alto y se vio obligada a arrastrar un arcón para poder encaramarse al mismo. Luego se quedó paralizada, con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera, estremecida por la diferencia de altura con la calle. Cerró los ojos, musitó una plegaria. La caída fue breve y el dolor, tan terrible como había imaginado.

Se puso en pie a duras penas, jadeando. Tras ella el resplandor del incendio iluminaba Badajoz, atrayendo espectadores que acudían igual que polillas a la luz. Comenzó a alejarse cojeando. Tenía los codos despellejados, se había dado un buen golpe en la frente y el dolor en su pierna izquierda le cortaba la respiración cada vez que la apoyaba en el suelo. Pero no se paró. El ansia por reunirse con Firqan hacía que olvidase los daños que había sufrido al saltar por la ventana. Solo lamentaba ser incapaz de correr; lo intentó, sin embargo la pierna lastimada se dobló como un junco y tuvo que recurrir a un poste providencial para mantenerse derecha.

La distancia no le había parecido tan larga a la ida. Siempre había una calle más que recorrer, una esquina más que doblar, y la casa que había ocupado su clan no aparecía nunca. En su mente rodaban las frases que servirían para advertir a los suyos, las posibles opciones que se le ocurrían para sustraerse a la venganza del emir. De una cosa estaba segura: necesitaba imponerse desde el primer momento a la madre de Karim; ella perdería el tiempo con lamentaciones cuando no tenían tiempo que perder. Después sí, después habría tiempo para desgarrar sus vestiduras, para lacerarse las mejillas con las uñas, para hundirse en la aflicción. Pero eso sería después, cuando estuvieran todos a salvo.

Por fin la última esquina. El caserón, feo, viejo, silencioso. Le extrañó ese silencio. Firqan solía llorar por las noches; la nodriza, las esclavas y ella se turnaban para acunarle. Y su extrañeza creció al ver la puerta abierta y el zaguán desierto, sin los centinelas que lo vigilaban de noche.

Había sangre en el umbral. Al entrar jadeó de angustia al reconocer en la sombra tendida en el suelo el cadáver del tío abuelo de Karim. Nunca llegaría a recordar plenamente lo que había sucedido tras aquel descubrimiento. Una sucesión de habitaciones a oscuras, una sucesión de cuerpos. Sus pies chapoteando en la sangre, todavía tibia, como si los asesinos acabaran de irse, unos minutos antes de que ella llegase. Y su dormitorio, y la nodriza con el cuello cortado, y el pequeño bulto en sus brazos que no había logrado proteger.

Salió fuera. Llevaba a Firqan con ella. Susurraba viejas canciones de cuna, las canciones que a él más le gustaban. Echó a andar. Sus pies se movían

irreflexivamente, sin que Dihya fuese consciente de dirigirlos. ¿Había algún sitio al que ir? Tal vez sus pies lo supieran. Ella no. Se sentía como una hoja seca que empuja el viento, como una rama rota que se lleva la corriente. Ya no era dueña de sus actos. Ya no era dueña de su vida. Pronto empezarían a buscarla. Alguien se daría cuenta de que había sobrevivido, alguien repararía en las huellas sanguinolentas que salían de la casa. Alguien afilaría un cuchillo para degollarla. Y quizá supusiera un alivio para ella que lo hiciese.

«Estoy sola —se dijo Dihya—. Sola. Sola».

A lo lejos un brillo inconstante, humo. El incendio seguía alzándose sobre el perfil de la ciudad como una bestia burlona, un intruso que desafiaba a sus habitantes a derrotarlo. Dihya caminaba sin prestar atención a lo que hacía, guiada por sus instintos o por un pensamiento que se mantenía oculto, ocupándose de dirigir sus movimientos sin hacerse notar. Ya no lloraba. Se le habían acabado las lágrimas, estaba vacía. En cambio experimentaba un ardiente deseo de reír, pero se contenía porque era consciente de que sería una risa deforme, retorcida; la horrible risotada con la que celebra el loco su descenso al abismo.

No entendió al principio porque se detenía al pie de aquella fachada. La pared llena de manchas, el conglomerado de reparaciones mal hechas que era la puerta. Llamó. Y volvió a llamar, con más fuerza, al no ser atendida. Luego un arrastrar de pies, unas pisadas suaves, un gruñido:

—Ruido y más ruido, y ahora esto. ¿Es que esta noche no duerme nadie en Badajoz?

Se entreabrió la puerta. Asomó una cabeza por el hueco, ajustándose la venda que cubría la mitad del rostro. La expresión de fastidio se convirtió enseguida en incredulidad. Asombro. ¿Cómo podía ser de otra forma? Ante él se presentaba una mujer con las ropas hechas jirones y un paquete ensangrentado en los brazos. Tardó un rato en darse cuenta de que era Dihya, y solo en ese momento pareció recuperar la compostura.

—Que Dios me asista, prima. ¿Qué te ha sucedido?

Dihya le empujó adentro. Se sentía insegura en la calle. Fueron al patio y de ahí a la sórdida vivienda de Al-Asayy. La cama de su amigo estaba desierta, él la señaló con el dedo.

—Has tenido suerte. Hoy no está. Se ha ido a hacer no sé qué, no sé con quién.

—¿Qué tengo suerte? ¿Es eso lo que has dicho? ¿Qué he tenido suerte?

El chillido de Dihya hizo que al-Asayy diera un respingo. Un vecino se quejó detrás de la pared y Dihya le chilló a él también. Tal vez fuera la ferocidad que traslucía en su voz, pero ninguno de los interpelados se atrevió a replicar.

—Tranquilízate, prima. Hablaba por hablar. ¿Qué te ha pasado?

Al-Asayy se inclinó hacia adelante, para ver más de cerca el paquete envuelto en

paños que traía Dihya. Cuando intuyó de qué se trataba, palideció.

—Tariq —dijo ella, contestando a una pregunta aún no formulada—. Y los hombres del emir. No ha sobrevivido nadie. Solamente yo.

—¿Los hombres del emir? ¿Por qué? Si Karim y él eran uña y carne…

—Lo eran. Pero Karim estaba molesto con el emir a causa de su indecisión y Tariq aprovechó su descontento para atraerle a una conjura. Una trampa, en realidad.

—Ya te dije que os guardarais de él y no os dejaseis embaucar.

—¿Y de qué me sirve eso ahora? —volvió a chillar ella.

Al-Asayy agachó la cabeza. Tomó el frasco de vino y se sirvió una generosa ración.

—Qué insensatez —farfulló—. Qué derroche de vidas. Al-Yilliqí ya ha pedido el *amán* al califa. Al menos es lo que me han contado, y el que me lo contó está bien enterado de los asuntos de palacio. Puede que mañana mismo se abran las puertas de la ciudad para que entre el ejército omeya.

—Entonces Karim tenía razón. El emir entregará Badajoz para salvar su pellejo.

—¿Y qué imaginabas? —dijo al-Asayy. Bebió largamente y luego insistió en rellenar el cubilete hasta el borde—. Es más sensato tener confianza en un perro que en un gobernante.

—¿Qué piensas hacer? ¿Emborracharte?

—Me parece una opción muy atractiva, dadas las circunstancias. Si los hombres del emir no te han seguido hasta aquí, mañana vendrán los soldados Omeyas y me quitarán lo poco que tengo. Podría ser buena idea que me encontraran borracho. Así, si Dios ha decidido que ha sonado mi hora, no me dolerá tanto cuando me conviden a probar su acero.

Dihya cerró los ojos. Sentía que el cuartucho daba vueltas a su alrededor. Notaba un agujero en su interior, en el lugar en que debería haber estado su corazón; una grieta abierta en su cuerpo y en su mente, partiéndola en dos.

—Tendremos que disfrazarte —murmuró de repente al-Asayy.

—¿Disfrazarme?

—Los soldados del Omeya harán cola para forzarte, incluso con tu aspecto actual. Con algo de maña conseguiremos que te asemejes a una vieja que vive enfrente. Créeme, nadie querrá tocarte.

—No voy a disfrazarme —dijo ella—. Que me fuercen y que después me maten, si es la voluntad de Dios. Así expiaré mis pasadas faltas.

—¿Tus faltas? —se sorprendió al-Asayy—. ¿Qué faltas, querida niña? A mí no me bastaría otra vida para expiar los pecados que he cometido en esta, pero tú…

—De cualquier manera, ¿para qué voy a vivir? —reiteró Dihya—. Todo lo que amaba ha desaparecido, borrado de la faz de la tierra.

—Es una buena pregunta. ¿Para qué vivir? ¿Para continuar en la pobreza? Dicen

que la muerte es más llevadera que la miseria, pero los míseros insisten en comer y beber igual que cualquier otro. No se dejan morir de hambre para salir antes de este mundo, y hacen bien: ¿Para qué apresurarse si el águila de la muerte planea sobre nuestras cabezas desde que nacemos? —Miró de soslayo el cuerpecillo de Firqan, que Dihya aún sostenía con ternura—. No. Aunque la muerte sea nuestro destino, no es un destino al que nos encaminemos con gusto. Viviremos. Querremos vivir. Tú también, cuando pase tu duelo. Ya lo verás.

Segunda Parte

Al otro lado

1

Travesías

Año 931 d. C. Junio

El agua era un resplandor azul con tintes verdosos. Donde los rayos del sol poniente se posaban en el mar centelleaba un rocío rojizo como el azafrán. El viento era débil. Los esclavos bogaban en silencio, cansados. La flota avanzaba despacio, los navíos muy juntos, mástiles y vergas oscilando al unísono como árboles sin hojas, sacudidos por la tormenta; un bosque en movimiento.

Dihya volvió a inclinarse por encima de la borda para vaciar su estómago pese a que el mar estaba tranquilo. De nuevo notó los dedos en su cintura, leves, apenas apoyados en la tela, listos para aferrar su túnica si se inclinaba demasiado. Al-Asayy aún temía que ella hiciera una locura. Había intentado quitarse la vida dos veces en los últimos meses, y en ambas ocasiones estuvo a punto de tener éxito.

Unas cuantas gaviotas revoloteaban en torno a los barcos esperando su ración de desperdicios. La costa de la que procedían era una línea insinuada a sus espaldas. Frente a ellos otra línea, otro continente, otro mundo. Después de limpiarse los restos de vómito de los labios Dihya se protegió los ojos con la mano para contemplar el horizonte. El resplandor del agua se reflejó en su mirada.

«¿Es este el océano que Asbag pintaba con colores tan hermosos? —se preguntaba—. A mí me parece un lugar terrible; no he dejado de sentir náuseas desde que puse los pies en el barco. El suelo oscila de tal manera que se diría que un gigante lo empuja por debajo, y en cierto modo es así, aunque no hay en las leyendas un gigante que pueda comparar su tamaño y su fuerza con los del mar. Ojalá nos hubiéramos quedado en tierra. Esta no es un arca como la de Noé que pueda protegerme de las olas ni yo soy Moisés para caminar sobre las aguas».

—Ya sé que te has embarcado a disgusto y solo porque yo he insistido —le dijo Al-Asayy al oído, adivinando sus pensamientos—. Pero, ¿qué querías que hiciera? Los poetas como yo tenemos que viajar constantemente para probar fortuna. Y en al-Ándalus ya no me queda lugar alguno al que acudir, excepto la corte del califa, y no soy tan iluso como para suponer que vaya a concederme audiencia. Confiemos en que sea cierto que los príncipes del Magreb tienen poetas a su servicio, continuando la tradición que se inició en Damasco.

—¿Y si descubres que en realidad los príncipes del Magreb no sienten inclinación por la poesía? ¿Qué haremos entonces? —le espetó Dihya.

—Buscar otras cortes más clementes, por supuesto. Es todo lo que podemos hacer, querida prima. Ir aquí y allá, como las palomas mensajeras, tan pronto al norte como al sur, hasta dar con alguien que nos reciba con los brazos abiertos.

Aparecieron unos delfines brincando sobre el oleaje, moviéndose con una gracia infinita, y Dihya los observó asombrada, pensando que se trataba de gerifaltes sin plumas que habían adquirido la capacidad de volar dentro del agua. El barco crujía y gemía bajo sus pies, sin un ápice de la desenvoltura que caracterizaba a los delfines. Luego los marineros comenzaron a gritarse saludos y los delfines se escondieron en el mar. Estaban a punto de cruzarse con una escuadra que navegaba en sentido contrario, empeñada en regresar a Algeciras antes de que anocheciera. El tránsito entre las dos orillas era constante; a los soldados que engrosarían la guarnición de la recientemente conquistada Ceuta había que sumar los comerciantes que aprovechaban la apertura de la nueva ruta comercial y los albañiles encargados de reforzar las defensas de la ciudad, volviéndola invulnerable ante un posible contraataque.

En la parte superior del mástil se agitaba la bandera blanca de los Omeyas, la que Dihya había visto en sus sueños, la que el príncipe al-Radi, señor de Ceuta, vio al amanecer del día en el que dejó de serlo. Esta flota era insignificante comparada con la que había servido para tomar Ceuta, pero a Dihya le resultaba más que considerable, una muestra más de la ingenuidad que había demostrado el emir de Badajoz al oponerse al rey de Córdoba. Había pensado muchas veces en la enormidad del estado omeya y sus instituciones, sin saber si sentirse orgullosa por el arrojo de Karim al hacerles frente o avergonzada por su candidez al creer que era posible ganar una apuesta tan arriesgada. Las consecuencias del fracaso habían sido terribles, aunque Dihya las soportó sin prestar apenas atención a lo que ocurría a su alrededor, igual que una sonámbula. Las humillaciones y maltratos que padeció junto a los demás habitantes de Badajoz después de que se rindiera el emir eran una nimiedad, una molestia insignificante después de lo que ya le había ocurrido. Por mucho que los esbirros de los Omeyas se esforzasen, ¿qué más podían quitarle? ¿De qué otra forma podían herirla?

De pronto advirtió la presencia de una persona en el barco que se mantenía apartada de marineros, soldados y pasajeros por igual. Y lo hizo porque él la miraba con una insistencia rayana en el descaro. Su primo solía decirle que era hermosa. ¿Lo era aún? Los ojos de aquel desconocido le decían que sí.

—Parece que has enamorado a otro hombre —se burló al-Asayy. Por su lado pasó un esclavo cargando un cubo lleno de agua salada con la que limpiaba los vómitos esparcidos por la cubierta—. Aquel, en cambio —apuntó con la barbilla a un enjuto anciano que llevaba un manto rojo y el cabello arreglado conforme a un estilo que estaba pasado de moda desde hacía más de un siglo—, parece que se haya enamorado de mí.

El primer hombre apartó la mirada, bajando la cabeza como si reflexionase. Luego le dio una palmada a la borda con la mano abierta y avanzó en su dirección.

Dihya contuvo el aliento. Se giró hacia al-Asayy, pero el poeta se había apartado sutilmente. Más tarde, si juzgaba la situación propicia, intervendría de forma brusca, presentándose como el ofendido hermano de Dihya y exigiendo una compensación al extraño por su desvergüenza.

—¿Os encontráis bien? —preguntó.

Dihya murmuró que sí. Era un hombre moreno, de rasgos afilados, con unos ojos castaños a los que no se les escapaba ningún detalle. La espada enganchada al cinto le identificaba como un militar, si bien perteneciente a una clase distinta de la formada por los que viajaban para unirse a la guarnición de Ceuta. Llevaba una cruz colgando del cuello, como un desafío.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que atravesé este estrecho. Apenas si me acordaba.

—Yo nunca me había subido a un barco.

—Se nota. No os preocupéis, enseguida llegaremos. Es un trayecto breve.

—Yo lo encuentro interminable.

Se sorprendió de su audacia al responder con tranquilidad a las preguntas de un desconocido en lugar de alejarse encogida y en silencio, buscando la protección de al-Asayy. Quizás quedaba dentro de ella un rescoldo de la mujer que había quemado vivo al asesino de su marido.

—¿Os esperan en Ceuta?

—No. —Señaló a al-Asayy, que fingía estar abstraído contemplando las aguas que surcaba el barco—. Mi hermano y yo vamos de ciudad en ciudad, con la ilusión de hallar un bienhechor que nos acoja.

—¿De veras? Lo siento. Algo en vuestra apariencia me hizo creer que sois o habéis sido una prisionera. Llevo tanto tiempo entre cautivos que los reconozco fácilmente. O al menos suponía tener la habilidad de reconocerlos.

—No estáis equivocado. He sido prisionera —reconoció ella. Se preguntó cuáles eran las señales que la delataban. ¿Una manera de moverse, quizá? ¿El reflejo de curvar la espalda, de retirar la cabeza cada vez que oía dar una orden, aunque no estuviera dirigida a ella, como si temiese recibir un golpe o un latigazo?

—Como yo. —El hombre estudió su rostro detenidamente, buscando señales que le sugiriesen cuál era su procedencia y la causa de su castigo.

«¿Qué es lo que supondrá? —pensó ella abochornada—. ¿Creerá que soy una prostituta o una concubina caída en desgracia?».

—Las tropas del califa nos apresaron tras apoderarse de Badajoz —aclaró.

—Disculpadme —repuso azorado su interlocutor—. Soy curioso por naturaleza y a veces me olvido de ser también discreto. ¿Así que estabais en Badajoz cuando el asedio?

—Sí.

—A mí me habría gustado participar en la contienda —dijo el hombre, sin aclarar con cuál de los dos bandos habría elegido luchar—. Pero ciertas obligaciones me retuvieron en Córdoba.

—Habláis del asedio como si hubiera sido una gran celebración.

—Soy un guerrero, y a los de mi clase les atrae la pelea igual que a otros les atrae la música y el canto. Es nuestra naturaleza, y el que no lo siente así se engaña al considerarse un guerrero: simplemente es un hombre que carga con un arma.

El anciano con el manto rojo se levantó para hacerle una seña impaciente al desconocido. Este frunció los labios con rencor antes de obedecer.

—Tendréis que volver a disculparme —dijo—. Os habrá parecido una falta de decoro imperdonable que me haya acercado de esta forma, pero ha sido ese viejo pelmazo el que me lo ha pedido. Por alguna razón que solo él conoce está interesado en vuestro hermano.

—¿Y por qué no se ha dirigido directamente a él?

—Dios lo sabe. Es retorcido como una raíz. Nunca cogerá el camino recto si puede evitarlo.

—Ya me había llamado la atención. Viste elegantemente, aunque lleve ropas anticuadas.

—Es un funcionario omeya. Una especie de secretario del califa. Se ocupaba de la biblioteca del Alcázar hasta que le encomendaron una misión en la Berbería.

—Y es vuestro señor.

—Eso es lo que él piensa —gruñó el hombre—. ¿Estáis dispuesta a satisfacer su curiosidad? ¿Me diréis quién es vuestro hermano?

—Nadie que merezca tanto interés —contestó ella, turbada—. Se llama Asbag y tiene la pretensión, que muchos juzgarían desaforada, de encontrar un lugar en el que pueda vivir de sus versos.

—¿Y esa venda que le tapa el rostro? ¿A qué se debe?

—Sufrió un grave accidente hace años. Desde entonces lleva una venda para ocultar los daños.

—Gracias. Ahora me toca a mí corresponder a vuestra amabilidad revelando mi nombre: soy Álvaro de Monterrubio, al que los árabes llaman Ibn Daisam.

—Yo soy Dihya bint Hannun.

—No parecéis árabe, ni tampoco siria ni muladí.

—Pertenezco a la tribu de los Maghrawa.

—¿Bereber? Entonces volvéis a vuestra tierra.

—En cierto modo sí, aunque hace siglos que mis antepasados la abandonaron para unirse al ejército que domeñó a los politeístas. —Dihya se acordó demasiado tarde de la cruz que llevaba su interlocutor—. Lo que hago ahora es justo lo contrario de lo que hicieron ellos.

«No lo había pensado —se dijo Dihya—. Es verdad que me estoy acercando a los lugares de los que procede mi tribu. Ahí, en ese lado del mundo, se hallan mis orígenes».

Les interrumpió el descubrimiento de la perentoria mole del Monte de Abila unida al continente por un cordón de tierra, como una enorme tortuga atrapada por la cola. La península a la que se dirigían estaba rodeada de agua por todas partes, excepto por poniente, donde arrancaba el istmo que le impedía ser isla. La vieja urbe, heredera de la Septem romano-bizantina, empezaba a volverse visible sobre las siete colinas en las que fue construida. Unas murallas arruinadas, el minarete de la mezquita principal, con visos de haber sido con anterioridad iglesia cristiana, vestigios de otras que tuvieron culto hasta tiempos recientes y el largo perfil de un acueducto uniendo la ciudad con un punto distante, inapreciable aún.

—Dijisteis que habíais sido prisionero.

—Puede decirse que todavía lo soy.

—¿Y os permiten llevar espada?

—Me han concedido algunos privilegios. Señuelos para encubrir que no soy libre de hacer lo que quiera.

La voz de Álvaro fue perdiendo fuerza paulatinamente hasta que se calló por completo, embebido en sus reflexiones. El silencio se prolongó largo rato, luego las galeras que componían la flota entraron en el puerto y los pasajeros se dispusieron a desembarcar. El puerto era grande, pero el intenso tráfico comercial que había motivado sus sucesivas ampliaciones pertenecía al pasado que las alumbró. La conquista por parte de las tropas Omeyas había hecho que el puerto recuperase parte del ajetreo que antaño lo caracterizaba; era de esperar que, ahora, al pertenecer ambas orillas al Califato de Córdoba volviese a adquirir pujanza la actividad comercial.

Cuando los esclavos en el muelle hubieron atado las amarras, Dihya descendió por la pasarela, después de colocarse el pañuelo con el que se cubría el rostro, seguida por al-Asayy, que le pedía detalles de la conversación sin dejarse amilanar por la negativa de ella a dárselos. Se tambaleó cuando sus piernas volvieron a pisar tierra firme. Estaba confundida, alterada por el aire con olor a sal, el cielo infinito, el bullicio de los muelles. Sintió que experimentaba un desasosiego creciente, cosa extraña teniendo en cuenta que pocas horas atrás estaba deseando llegar al final del viaje.

—¿Qué os ocurre? —le preguntó Álvaro, acercándose de nuevo al notar que vacilaba—. ¿Todavía estáis mareada?

—No, es que… —Dihya dudó—. Estoy muy lejos de mi hogar. Me encuentro desorientada.

—Consolaos pensando que podréis volver a vuestro hogar algún día. Yo, por desgracia, no tengo esa posibilidad a mi alcance.

El anciano funcionario se movía con una agilidad sorprendente, precediendo a los pasajeros como si los guiase. Llevaba consigo un nutrido grupo de guardias, del que Álvaro parecía y no parecía formar parte, dependiendo del momento. Ordenó a la mitad de los soldados que se quedasen a supervisar el desembarco de su equipaje y de las otras mercancías que transportaba el barco y al resto les obligó a adaptarse a su paso vivo, nervioso, mientras salía del muelle.

—Rápido. Sigámosles —indicó al-Asayy.

—¿Seguirles? ¿Por qué? —rezongó Dihya. Su cojera se hacía más patente si tenía que andar deprisa.

—Gasté mis últimos *dírhams* comprando los pasajes, querida prima. Si quieres cenar esta noche y dormir a cubierto tendremos que recurrir a la amabilidad de los extraños. Y ese hombre se ha interesado por ti.

—Prefiero pasar hambre a comer con mis pechos —repuso ella con rabia.

—Eres injusta, prima —se quejó al-Asayy—. ¿Acaso me acusas de incitarte a la prostitución? Ni se me ocurriría mencionarlo siquiera. Solo te pido que sonrías y le hables con dulzura, nada más. Recuerda que me he ocupado de alimentarte desde que huimos de Badajoz pese a que no soy tu marido, ni tu hermano, ni tu padre, y no tenía, por tanto, la obligación de hacerlo. ¿No te parece que te estás mostrando ingrata conmigo al negarme lo primero que solicito de ti?

Era cierto que al-Asayy se había hecho cargo de Dihya. Fuese por caridad o por un vago sentimiento de lealtad hacia el clan al que pertenecía, aunque se tratara de una pertenencia marcada por el apartamiento, aceptó cuidar de su prima, a veces recurriendo a estratagemas extravagantes, como cuando hizo que se disfrazase de anciana para evitar ser violada por los soldados que saqueaban Badajoz, y a veces cometiendo actos censurables que él justificaba rápidamente con las excusas más peregrinas, como fue, por ejemplo, asaltar y robar a otro poeta, antiguo rival suyo en la corte del emir, al que alcanzaron huyendo de la ciudad conquistada, cuyos ahorros, que guardaba en un bolsillo cosido a la parte interior de los calzones, habían servido para sufragar los gastos de la pareja hasta aquel día.

—Está bien —aceptó Dihya a regañadientes—. Pero te lo advierto: no caeré en la fornicación.

—Las mujeres ricas pueden permitirse ser virtuosas, querida. Sin embargo las mujeres pobres, incluso las bien nacidas como tú, a menudo tienen que elegir entre la modestia y la subsistencia.

—Sabes perfectamente cuál elegiré yo.

—Dices eso porque hoy hemos comido. Espera a pasar dos días seguidos sin probar bocado y descubrirás lo persuasivo que puede ser un estómago vacío.

Ella pensó que irían hacia la ciudad y sus viejos edificios de piedra. Sin embargo el rumbo que tomaron el anciano y sus guardianes fue el del arrabal, establecido

cincuenta años antes por unos emigrantes andalusíes, huyendo de las pestes y sequías que asolaban entonces al-Ándalus. Era un barrio de reducida extensión, extramuros, y para llegar resultaba preciso cruzar un foso con una longitud de dos tiros de flecha, el cual servía para separar la península del continente si se presentaba la necesidad. Una hueste de los Omeyas, sin propósito definido, estaba acampada junto al arrabal en un amontonamiento de tiendas de cuero. Había pocos caballos, que se adaptaban mal al terreno, y un número bastante superior de mulas y asnos, así como unos cuantos camellos.

Una empalizada de estacas puntiagudas protegía el pequeño campamento. Dentro de la misma los escuderos se afanaban llevando forraje a las bestias, acarreando armamento o leña para las hogueras. El aroma espeso del trigo cocido con grasa sobrevolaba las tiendas.

El anciano entró en el campamento sin dar explicaciones a ninguno de los centinelas, bien por despiste, bien por considerar que su rango le evitaba la molestia de identificarse. Fue hacia una de las hogueras encendidas, donde una veintena de soldados comían sentados en el suelo. También se sentaron sus guardianes, y al-Asayy y Dihya, comportándose como unos acompañantes que se habían retrasado por alguna causa. Nadie les preguntó quiénes eran. El esclavo entregó a los recién llegados unos cuencos llenos de papilla caliente igual que a los demás, y tras meterse la primera cucharada en la boca el poeta le dio un suave codazo a su prima, como para recordarle que cenaban gracias a su astucia.

—¿Por qué no dormimos en Ceuta? —preguntó un hombrecillo de unos veinte años de edad en quien Dihya no se había fijado antes. Quizás se debiese al reflejo de las llamas, pero su piel sencillamente no tenía el color correcto—. Se estará más cómodo.

—Y aquí estaremos más seguros —replicó el viejo.

O no había advertido la presencia de al-Asayy y Dihya, o advirtiéndola había decidido tolerarla. Se metió un par de cucharadas de papilla de trigo en la boca y envió un mensajero para averiguar qué sucedía con el equipaje. Luego él mismo se levantó y se fue. Los guardias se miraron entre sí, perplejos, y cuatro se apresuraron a ir detrás. Álvaro no mostró ningún deseo de seguirlos. Aún parecía un satélite del grupo, más cercano que los primos pero manteniendo las distancias.

Sonrió a Dihya desde donde se encontraba, y en respuesta a un nuevo codazo de al-Asayy, ella se sentó a su lado.

—Decíais que perdisteis vuestro hogar. ¿Cuál era?

—Bobastro —replicó el hombre.

—He oído hablar de ese castillo. —Dihya hizo un esfuerzo por recordar—. ¿Ibn Hafsun?

—Mi señor. Le serví desde que tuve uso de razón y fuerza suficiente para sostener

una lanza como es debido. Y luego serví a sus hijos, hasta que uno de ellos intentó matarme.

—¿Por qué?

—El hijo del que os hablo se llamaba Sulayman. Cuando asesinaron a Yafar, que era el heredero designado por Samuel, los conspiradores llamaron a Sulayman para que dirigiese a los hafsuníes. Sin embargo Sulayman les recompensó con la tortura y la muerte. También a mí pretendía someterme a diversos suplicios, a pesar de que yo no intervine en el asesinato de Yafar, y me vi obligado a escapar. Era un guerrero valiente, pero muy desconfiado, y los hombres desconfiados encuentran enemigos donde quiera que posen la mirada.

La noche había comenzado a extender sus alas negras sobre el campamento. Pronto las hogueras se transformaron en capitales de pequeños estados en los que aún había actividad y ruido. Los soldados se retiraban a las tiendas, se echaban a dormir en el suelo o jugaban a los dados. Alrededor de otra hoguera, un país vecino, un escudero cantaba monótonamente acompañándose con la pandereta.

Dihya se estremeció a causa del frío y el cansancio. Giró la cabeza para ver si volvía el viejo y se extrañó al comprobar que su visión parecía empañarse por momentos. Al principio pensó que el aire estaba lleno de humo y que se estaban quemando unos rastrojos en las cercanías. Luego notó que el humo era blanco en vez de negruzco, y que aparentaba reflejar la luz de los fuegos y de la luna o, incluso, traer consigo una luz propia, acumulada misteriosamente en su interior. Finalmente intuyó que se trataba de niebla procedente del mar, aunque nunca hubiera visto una niebla que se desplazase tan deprisa, como un invasor ansioso por apoderarse de todo antes de que pudieran reaccionar los centinelas. La ilusión de que la niebla transportaba una luminosidad natural se fue diluyendo poco a poco, a medida que se difuminaban las formas, se volvían dudosas las distancias y unas trémulas aureolas envolvían las hogueras. En un tiempo que ella consideró prodigiosamente breve, una nube se había posado sobre la península y ya no había nada a lo lejos que fuera todavía perceptible, solo un blando y rosado muro que absorbía con avidez las miradas. De pronto aquel paisaje nuevo se había escabullido, ocultándose de ella. Como una mujer que disimula sus facciones con un velo para hacer gala de su modestia, esta tierra recién sojuzgada utilizaba la niebla para privar a sus conquistadores del placer de contemplarla. Los soldados se revolvían, nerviosos, echaban más leña al fuego, innecesariamente. Habían cruzado el mar, fuente inagotable de temores, para llegar a… ¿dónde? A ninguna parte, parecía.

Un crujido delató el regreso del viejo y de los guardianes. Tenía el pelo ralo y encanecido aplastado contra el cráneo a causa de la humedad.

—¿Todavía no llega el equipaje? —se lamentó—. ¿Tendré que ir a buscarlo yo mismo? Lo necesitamos ya. Mañana nos iremos en cuanto vengan nuestros guías. Me

han dicho que viven en el poblado de Awiyat, a tres millas de distancia.

—¿No nos quedamos en Ceuta unos días? —se angustió el hombrecillo.

—Solo el tiempo imprescindible. Partiremos después de la oración matinal. Si es que para entonces ha llegado nuestro equipaje, claro está.

El viejo se acuclilló frente a la hoguera. Sacó un pedazo de pescado seco de debajo del manto y se puso a masticarlo lentamente.

—¿Sabéis que aquí existe un pez que es único en el mundo? —dijo como si hablara consigo mismo—. He oído que hay varios marineros empeñados en pescar uno para obsequiárselo al Califa, y el que lo consiga con toda seguridad verá elevada su posición.

—¿Qué pez es ese?

—Es un pescado cuya mitad comieron Jesús y Moisés, que sobre él sea la paz, sobre una roca que hay en Ceuta. La mitad restante, habiéndola resucitado Dios, brincó hacia el mar y se elevaron las aguas para recibirlo a la manera de un puente. Este pescado sigue teniendo descendencia hasta el día de hoy, y dicen que es más largo que un brazo y de un palmo de ancho. La mitad del cuerpo es hueso y espina, y una membrana que protege sus entrañas, por lo que cualquiera que lo contemple desde ese ángulo pensará que es un pez muerto y devorado. En cambio la otra mitad está entera y sana. Se cuenta que este pescado es portador de la buena suerte y por ello muy apreciado como obsequio para la gente venerable.

Álvaro asintió solemnemente mientras sujetaba la cruz entre el pulgar y el índice. Dihya se mordió el labio, confundida. Álvaro era prácticamente el primer mozárabe que conocía y, pese a que recordaba la advertencia del Corán de que los creyentes no debían tomar a los infieles por amigos en lugar de los que comparten su fe, se trataba de una de las pocas personas que había conocido en los últimos meses que le inspiraba confianza.

—¿Has ido a la ciudad, Aslam? —inquirió Álvaro aprovechando que el funcionario se había apartado de la hoguera.

—Sí.

—¿Y además de concertar la cuestión de los guías has hablado con el general?

La mueca del viejo fue más elocuente que sus palabras.

—¿Qué quieres saber?

—Si iremos solos o formando parte de un ejército.

—A Farach ibn Ufayr se le encargó simplemente tomar posesión de Ceuta y de sus alrededores en nombre de nuestro señor Abd al-Rahman. Tampoco cuenta con fuerzas suficientes para intentar nada más.

—Podría llegar a tenerlas, si continúan enviándole refuerzos desde al-Ándalus.

—Imposible. Harían falta más soldados de los que pueden contarse para apoderarse por la fuerza de estas tierras. El Califa ya ha realizado un esfuerzo

sobrehumano construyendo la armada que le ha permitido conquistar las plazas de Ceuta y Melilla. Sus recursos son enormes, pero no ilimitados.

—Eso significa que iremos solos.

—Tampoco. Mañana se nos unirá la delegación que Farach ibn Ufayr envía a Fez. O nosotros nos uniremos a ella, si prefieres considerarlo así. El caso es que iremos todos juntos.

—¿Fez? ¿No sirve su gobernador a los fatimíes?

—Las cosas cambian —murmuró Aslam con aire misterioso—. Las cosas cambian.

Al-Asayy agarró a Dihya por el brazo, acercando el rostro a escasos centímetros del de su prima.

—¿Has oído? Estamos de suerte —dijo—. Con la ayuda de Dios dispondremos de una escolta para viajar a Fez.

—¿Es allí donde quieres ir?

—Mientras haya un príncipe o un gobernador al que pueda recitar mis composiciones, me da lo mismo el este que el oeste. ¿Quién puede decir en qué sitio nos aguarda la fortuna? Lo único de lo que estoy seguro es de que no deseo viajar al norte, pues supondría volvernos por donde hemos venido.

Álvaro sacó una piedra de amolar de su bolsa y se dispuso a afilar la espada. Entonces reparó en los bostezos del anciano y en la forma en que preparaba el suelo antes de acostarse.

—Yo puedo dormir a la intemperie —dijo señalando al hombrecillo—. Pero, ¿y él? Ya está suficientemente enfermo.

—Eso no ha de preocuparte —intervino uno de los guardianes.

—Pues me preocupa. Consíguele una tienda y una manta de buena lana. La noche se presenta fresca.

—Haz lo que te dice —confirmó entre bostezo y bostezo el anciano—. Mañana hemos de partir temprano y sería una inconveniencia que Ibn Jayra se enfriara.

—Y consigue otra tienda para ella. Una en la que pueda estar sola.

El guardián se inclinó para preguntar a Aslam si debía cumplir también esa orden, pero el anciano ya estaba dormido, y después de un rato se levantó refunfuñando y fue a buscar dos tiendas que pudiera desocupar sin grandes dificultades.

2

Cambios de planes

Cuando cruzaban el estrecho Álvaro se fijó en que Aslam escudriñaba las olas poniendo en ello toda su atención.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Dicen —contestó el viejo—, y Dios es quien más sabe, que en la Antigüedad Alejandro Magno construyó un puente uniendo las dos orillas que ha de volver a elevarse al final de los tiempos. Miro para ver si consigo descubrir sus restos.

Aslam había pasado veinte años encerrado en el Alcázar de Córdoba por su propia voluntad, rodeado de libros antiguos y componiendo algunos nuevos, un bibliófilo apasionado al que se le había dado una oportunidad tardía de sacar provecho de su erudición. Cada nombre de pueblo o ciudad, cada accidente geográfico, cada lugar, despertaban inmediatamente asociaciones en su cerebro: batallas que se habían producido en las cercanías, personajes importantes que nacieron allí, leyendas ubicadas en tal o cual risco, en aquella roca o en esta. Antes de desembarcar en Ceuta aún acertó a contarle el mito que afirmaba que ese punto había sido el lugar de partida de Moisés y el inmortal al-Jadir, el cual había guiado al Profeta en su búsqueda de la Fuente de la Vida. Álvaro le permitía explayarse. El anciano estaba encantado de demostrar sus amplios conocimientos, lucir su sabiduría, aunque no había presunción en su forma de actuar. Era como un cántaro rebosante, tan lleno que bastaba el menor movimiento para que derramase una fracción del agua que contenía.

El tercer vértice de aquella sociedad era Ibn Jayra, el hijo bastardo de un visir, de quien su padre se había librado convenciendo al chambelán de que era la persona ideal para ejecutar el proyecto alumbrado por Aslam. El viejo no estaba tan seguro, y aún lo estuvo menos después de que los primeros intentos de instruirle fueran un fracaso. Álvaro e Ibn Jayra habían estudiado juntos, y juntos escucharon las lecciones de Aslam, que tenía la tendencia de ponerse a divagar pasados los minutos iniciales, pero mientras que el cristiano conseguía comprender más o menos lo que se esperaba de él, el hijo del visir solía dormirse en medio de las lecciones, suspiraba largamente o seguía el vuelo de las moscas con la mirada en vez de estudiar los libros que se le recomendaban, contentándose con rogar que los designios de Aslam se quedasen en agua de borrajas, evitando que tuviera que hacer nada fatigoso.

Para colmo de males, Ibn Jayra resultó ser bastante enfermizo. Habían tenido que permanecer dos semanas en Algeciras aguardando a que se repusiese de una enfermedad que ni las sangrías ni el vino añejo consiguieron aliviar, hasta que el antiguo bibliotecario, cansado de tantas interrupciones, acabó sacándolo de la cama

para llevarlo a rastras al barco. Desde entonces no le hacía el menor caso, como si hubiera perdido las esperanzas de obtener algún provecho del joven, tratándolo con la misma rudeza que al resto de sus pertenencias.

—Tendríamos que habernos quedado en Ceuta —le comentó Álvaro al anciano—. Míralo, casi no consigue sostenerse en la silla.

Aslam se dio la vuelta de mala gana. El rostro de Ibn Jayra estaba más macilento que de costumbre. Llevaba las riendas sueltas en las manos y contemplaba con excesiva fijeza los bosques de las colinas.

—Perdimos dos semanas en Algeciras, ¿y de qué sirvió? Y por otra parte, Farach ya estaba impaciente. Si le hubiera dicho que tenía que demorarse aunque fuese un solo día más habría enviado a su representante sin nosotros.

El delegado de Farach ibn Ufayr cabalgaba entre los jinetes de la vanguardia. Apenas había hecho caso a Aslam; eran los valiosos regalos que el funcionario traía desde Córdoba lo que realmente le interesaba.

—¿Y qué? Él quería únicamente los regalos, ¿verdad? Después de entregárselos no había ninguna necesidad de que le acompañáramos.

—El chambelán en persona me encomendó custodiar esos presentes, y por Dios que no me quedaré tranquilo hasta tener la certeza de que los recibe la persona a la que están destinados.

—Puede que el coste de tu tranquilidad sea la vida de Ibn Jayra —dijo Álvaro en tono acusador.

—Si es así, el precio de mi tranquilidad será muy bajo —afirmó Aslam—. Fue listo el visir al encasquetarnos a su bastardo. Mil veces he querido tenerle enfrente de mí para repetirle las palabras que utilizó para convencerme de que le aceptara, y tras cada palabra le asestaría un buen bastonazo en el lomo, hasta que su espinazo estuviera tan doblado como el de una vieja mula de carga.

Soltando un bufido, Álvaro clavó los talones en su corcel para acercarse a Ibn Jayra. El hijo del visir nunca había sido excesivamente hablador, prefería perderse en sus ensoñaciones, pero no había abierto la boca desde el amanecer, ni siquiera para pronunciar sus habituales quejas sobre las llagas provocadas en sus nalgas por la silla de montar.

—¿Podrás resistir hasta Fez?

Ibn Jayra no dio señales de haberle oído. Parecía completamente ensimismado en un sueño, o en una alucinación. Álvaro le rozó la frente con la yema de los dedos. Estaba ardiendo.

—Aguanta. Ya queda poco.

Unos metros por detrás del manso caballo de Ibn Jayra comenzaba la columna de acémilas que transportaban el equipaje y los regalos, flanqueada por los jinetes encargados de proteger la impedimenta. Y allí, entremezclados con los esclavos que

iban a pie, atendiendo a las acémilas, caminaban al-Asayy y Dihya, haciendo todo lo posible por pasar desapercibidos. Aslam no había explicado a Álvaro las razones de su interés en el poeta. En cuanto supo su nombre, su oficio, y el porqué de la mugrienta venda que cerraba como una cortina la mitad de su cara, su curiosidad quedó satisfecha. Aunque debía haber algo más, porque no había hecho el menor intento por expulsarlos tras averiguar que marchaban con la delegación y compartían las comidas de los esclavos sin haber pedido autorización a nadie.

Las inclinaciones de Álvaro se dirigían más bien hacia su hermana; tuvo que contenerse para que su mirada solamente se detuviera en ella el tiempo imprescindible para confirmar que seguía viajando junto a los sirvientes. Pese a la permanente tristeza que nublaba las pupilas de la mujer, en Dihya resplandecía la belleza áspera de aquellas bereberes a las que la vida en al-Ándalus no había arrebatado todavía las peculiaridades heredadas de sus antepasados nómadas. Su estado de ánimo, que Álvaro atribuía al hecho de ser viuda, provocaba que semejase estar permanentemente cubierta por una sombra, pero él intuía que en otras condiciones sus ojos negros, el pelo largo, lacio y aún más oscuro, y aquella tonalidad atezada de la piel le darían la apariencia de una princesa salvaje, procedente de uno de los ignotos reinos africanos de más allá del desierto.

«¿Voy a volver a fijarme ahora en una mujer? —se preguntó Álvaro—. Pardiez, a mi edad ya tendría que estar a salvo de esas tribulaciones».

Regresó con Aslam a fin de informarle acerca del estado de salud de Ibn Jayra. Pero el funcionario mostró la misma indiferencia de siempre.

—Acampemos aquí —propuso Álvaro—. Unas horas de descanso le harán bien.

—Lleva descansando desde que nació —dijo Aslam—. Y no parece que le haya hecho mucho bien.

—Acampemos —repitió Álvaro—. Fez está muy cerca. Ya no hay peligro de que perdamos de vista al grupo.

—¡Válgame Dios y déme refugio! —se escandalizó el anciano—. ¡Un esclavo dándome órdenes a mí, que provengo de uno de los mejores linajes de al-Ándalus! Será mejor que te andes con cuidado. Yo soy un hombre calmado y tengo en poca estima estas cuestiones, pero el carácter de los demás siervos del Príncipe de los Creyentes es bastante distinto. Háblale a uno de ellos de la manera que me hablas a mí y te castigará con dureza.

—Lo que he dicho es razonable.

—No es lo que dices, es cómo lo dices. Te crees que eres nuestro igual, y no se pueden comparar la seda y el lino. Dirígete a nosotros con mayor respeto o acabarás pagando por ello.

«¿Pagar? —pensó Álvaro—. ¿Quién va a hacerme pagar? Ni tú ni los guardias que te acompañan estáis en condiciones de hacerlo, viejo. Cuando haya concluido

este negocio de Fez y estemos solos dependerás enteramente de mí, y entonces veremos quién tiene que dirigirse con respeto a quién».

Columbró en el centro del estrecho valle tres alminares elevándose como picas clavadas por un héroe de la Antigüedad entre las colinas. Inmediatamente giró la cabeza a derecha e izquierda para fijarse en los espesos bosques que les rodeaban, temiendo una emboscada. El gobernador de Fez era Madyan, el hijo primogénito de Musa ibn Abi'l-'Afiya, un miembro de la confederación de los Miknasa que había sido hasta entonces el representante de los fatimíes en el norte del Magreb, sucediendo en el cargo a su primo Masala. A favor de los fatimíes, Musa había devastado el reino de Nekor y combatido encarnizadamente a los idrisíes; se contaba que la única razón de que no los hubiese exterminado aún era que los más grandes entre los líderes de los clanes y tribus del Magreb le habían echado en cara que, siendo un simple bereber, tratase de matar a toda la estirpe de Idrís, el cual descendía del Profeta. Álvaro imaginaba el motivo de que viajasen cargados de regalos para visitar al más importante de los vasallos de los fatimíes en Occidente, pero estaba acostumbrado a aquella clase de intrigas desde los tiempos en los que servía a Ibn Hafsun y sus hijos, y era consciente de que algunos supuestos cambios de bando eran meros ardides para hacer que el enemigo descuidara las precauciones. También era consciente de que no tendrían apenas posibilidades de salvarse en el caso de ser traicionados. El tamaño del grupo había sido suficiente para espantar a los bandidos en el trayecto desde Ceuta, pero si Musa ibn Abi'l-'Afiya los estaba atrayendo a una celada ya podían darse por muertos.

Uno de los exploradores volvía corriendo por el camino. Álvaro sacó media espada de la funda, suponiendo que viniera a advertirles de un ataque. Volvió a meterla cuando los jinetes que iban en cabeza se limitaron a detenerse y elevar los estandartes.

Otros estandartes ondeaban en el viento a medida que la columna surgía del recodo del camino. Álvaro juzgó su importancia por el polvo que levantaban al avanzar: era grande. No reconoció ninguna de las enseñas que vibraban en las telas. Era, desde luego, un territorio diferente de los que él conocía, y se sintió extranjero e ignorante, y demasiado caduco para aprender un conjunto de nuevas reglas. Álvaro no poseía la insaciable curiosidad de Aslam, que compensaba cualquier sensación de extrañamiento. Para él lo novedoso era simplemente una fuente de confusión. Pero al menos pudo reconocer en parte la simbología empleada y eso calmó parcialmente su desasosiego: el verde, propio del Paraíso y del Profeta, los *suras* y *aleyas* coránicas, de doble lectura, y varios animales con las fauces abiertas, pavorosos.

«Es todo lo mismo —se dijo con el fin de tranquilizarse—, aunque cada uno le dé la forma más a su gusto».

Los hombres de Musa ibn Abi'l-'Afiya llevaban vestiduras sueltas, ligeras, si bien

Álvaro estuvo atento a la presencia de armaduras que delatasen un propósito menos pacífico que el que aparentaban tener. Sus caballos eran hermosos, de piernas delgadas y menudos de cuartos, más pequeños que altos, pero había oído decir que los caballos criados en la Berbería soportaban bien el frío y el calor, y podían viajar treinta días consecutivos de la mañana a la tarde sin más descanso que el de la noche ni más alimento que el que se les diera al caer esta.

El séquito que venía de Fez se detuvo y dos hombres vestidos con ostentación se adelantaron ligeramente. Aslam susurró en su oído que uno de ellos era el cadí de Jayyan, Ibn Abi Isa, un descendiente de bereberes que en el pasado ya había realizado misiones para Abd al-Rahman III tratando de atraer a los príncipes idrisíes al bando omeya. Y el hombre que iba con él, un par de pasos por delante, debía ser, por su juventud, Madyan, el hijo de Musa ibn Abi'l-'Afiya.

—Fíjate cómo busca el cadí los regalos —dijo Aslam con sorna—. Sin ellos todo lo que ha hecho en Fez no sirve de nada. Es como un documento oficial, que carece de valor hasta que el califa le ha puesto su sello: son solamente palabras en un papel. ¿Qué digo palabras? Garabatos son, nada más que garabatos. Es el sello del soberano el que los convierte en órdenes incuestionables.

El funcionario estaba en lo cierto. A Ibn Abi Isa se le iban los ojos hacia el final de la hilera, hacia la confusión de asnos y mulas cargados de paquetes, con el lomo viscoso a causa del sudor. Al enviado de Farach ibn Ufayr le regateaba su atención, y no solamente lo hacía el cadí, también Madyan se mostraba intranquilo; su cabeza estaría haciendo cálculos, preguntándose hasta donde alcanzaba la generosidad de Abd al-Rahman III.

—Mirad, mirad cuanto os apetezca —seguía farfullando Aslam—. Que sin mi consentimiento no conseguiréis ni una tela deshilachada.

Los saludos concluyeron y ambos hombres, dejándose llevar por la impaciencia, se despegaron al trote en dirección al extremo contrario de la fila. Inmediatamente Aslam se cruzó en su camino de modo que fuese imposible sobrepasarle o ignorarle, haciendo una seña a Álvaro y a sus guardias para que se situasen a su espalda, al tiempo que se engallaba levantando los hombros y adelantando la barbilla, encantado de que hubiera llegado al fin su momento de gloria.

La ciudad de Fez se componía en realidad de dos ciudades separadas por el río. Una era la ribera de los Andalusíes y la otra era la ribera de los Qayrawaníes, las dos fundadas en la época idrisí. En la ribera de los Qayrawaníes se hallaba la hermosa mezquita Qarawiyyin, con sus puertas recubiertas por grandes placas de bronce decoradas con una filigrana de caracteres cúficos que impulsaron a Aslam a descabalgar con una celeridad exagerada y arrodillarse delante de las inscripciones,

murmurando entre dientes como si quisiera grabar en su memoria lo que se había grabado en el bronce.

—Cuanto regrese a Córdoba escribiré un libro —dijo el viejo cuando terminó de leer las inscripciones—, y en él describiré todo lo que haya visto y oído en estas tierras lejanas, para instrucción de las gentes.

El palacio que ocupaba Musa ibn Abi'l-'Afiya después de desalojar al último gobernante idrisí era un fiel reflejo de la prosperidad de la ciudad. No todos los daños habían sido reparados, y algunas de las fuentes en los jardines continuaban rotas y se había interrumpido el flujo del agua en sus caños, sin embargo la impresión generalizada era de una opulencia suavemente matizada por el declive de la dinastía que creó el palacio y la ciudad misma. Fez era rica. Además de la madera de sus bosques, disponía de minas de plata y cobre. Y su posición era inmejorable. Todo el comercio del Magreb pasaba por aquella encrucijada. La ruta del oro, que unía Fez con el Medio Atlas y con Sijilmasa. Y las rutas que conducían a Ceuta y a Tánger, en el norte, y, al este, hasta Tremecén y Tahert.

—Parece que la propaganda desplegada por nuestro califa, Dios le conserve en paz, para obtener la adhesión del Magreb ha dado sus primeros resultados —comentó Aslam mientras entregaban las riendas de los caballos a unos criados—. ¿Te imaginas? Si Musa ibn Abi'l-'Afiya acepta convertirse en vasallo de Abd al-Rahman, los fatimíes perderán en un instante casi la mitad de su imperio. Qué golpe para ellos. ¡Qué golpe!

—Antes que la propaganda —respondió Álvaro—, lo que debe haber hecho reflexionar a Musa es la conquista de Ceuta. Habrá pensado que Ceuta está más cerca de Fez que Qairuán y que en estos momentos tiene más razones para temer a los Omeyas que a los fatimíes.

—Sea cual sea el motivo, lo importante es la consecuencia. Era imprescindible detener la expansión fatimí y que la lucha se desarrolle en África en lugar de en al-Ándalus, como pretendían los bastardos seguidores de al-Mahdi.

—Pero los fatimíes se lanzarán pronto a la ofensiva. No pueden permitirse sufrir una pérdida tan grave sin reaccionar.

—Es muy probable. Aunque, con la ayuda de Dios, yo me ocuparé de que se vean impotentes para contrarrestar la defección de Musa ibn Abi'l-'Afiya.

—¿Tú? —se asombró Álvaro—. ¿Y cómo? ¿Te plantarás frente a los ejércitos fatimíes y los harás retroceder pronunciando citas de tus autores favoritos?

—Búrlate si quieres —repuso Aslam, impertérrito—. He estudiado mucho, y he revisado mis planes una y mil veces, y te aseguro que he dado con la manera de librar al mundo de la iniquidad de esos herejes, Dios mediante. Y tú, con tus conocimientos de armas y tácticas militares, me ayudarás a conseguirlo.

«Solo si obtengo una ventaja haciéndolo», pensó Álvaro.

Se fue a ver cómo se encontraba Ibn Jayra. Tenía el rostro macilento, surcado de arrugas de dolor. A pesar de que el caballo se había detenido ya, continuaba tambaleándose sobre la silla, igual que un trozo de pan flotando a merced de las olas.

—Ayudadle a desmontar —mandó a los sirvientes—. Llevadle a una habitación fresca y tranquila para que se acueste, y que vaya enseguida un médico a examinarle. Y no se os olvide ponerle un paño mojado en la frente.

Luego supervisó la descarga de los presentes para Musa ibn Abi’l-’Afiya. Cada paquete era bajado de las mulas con infinita delicadeza por un número excesivo de esclavos, evitando correr el más mínimo riesgo de que alguno de los bultos cayese por accidente al suelo. Álvaro los contaba a medida que eran trasladados, hasta que estuvo completamente seguro de que no faltaba nada.

—Confiemos en que el contenido de los paquetes sea merecedor de la atención que les hemos dedicado —le dijo Aslam—. Por Dios, qué cara pondría Musa si los regalos que le envía nuestro califa resultan ser insignificantes.

«Sí, desde luego su cara de decepción sería digna de verse. Y probablemente también sería una de las últimas cosas que tú y yo veríamos en nuestras vidas».

En la fachada del palacio había varias columnas provenientes de los templos o construcciones romanas presentes en la región, que contenían en su fuste inscripciones grabadas posteriormente en árabe, como tratando de esconder su origen. Los esclavos les entregaron vasos de agua aromatizada con esencia de azahar que se mantenía fresca guardándola en vasijas enterradas en el suelo mientras les guiaban a la sala de audiencias. Allí les recibió un gran alboroto. La sala estaba tan llena de gente que les pareció pequeña y sofocante, muy inferior en tamaño a las sombrías estancias del Alcázar de Córdoba. Era una multitud desarticulada, ruidosa, sin que se apreciaran nexos de unión entre ellos, como si se hubieran reunido por casualidad unos cuantos curiosos en una plaza pública. Y su actitud era la de compradores y vendedores, llamándose, riñéndose, dando grandes zancadas para intervenir de improviso en una conversación ajena o paseando en grupos. Daban la impresión de llevar ahí mucho tiempo, entreteniéndose de cualquier manera, sin ninguna prisa por resolver los inciertos asuntos que les hubieran conducido al palacio.

De repente restalló el silencio como un latigazo que hiciese huir de la sala, amedrentados, todos los ruidos, todas las inanes conversaciones. Madyan ibn Musa, Ibn Abi Isa y el enviado de Farach acababan de entrar, precediendo la procesión de paquetes descargados de las mulas. Un hombre se separó de la multitud y extendió las manos para saludarlos. Era Musa ibn Abi’l-’Afiya.

Álvaro le había supuesto de mayor edad. Tenía el rostro colorado, sanguíneo, interrumpido por el bigote y la barba, de un negro reluciente, que se extendía hacia el cuello, rodeándolo cual una oscura cadena. La frente, alta, la piel áspera, los ojos dominados por una pasión violenta, irresistible. Era alto, grueso. Pesado de

apariencia. Pero se movía con agilidad, desplazándose de un pie a otro como ejecutando una danza de su invención. Las manos, por su parte, no se estaban tampoco quietas, y sugerían a un malabarista que había extraviado momentáneamente los frascos con los que ejecutaba sus trucos. Sin embargo aquel era entonces el dueño del Magreb, el azote de los príncipes idrisíes, a los que había obligado a abandonar los lugares en los que vivían y reducido a la miseria, en venganza por la muerte de su hijo Minhal, que falleció combatiéndolos.

—Ah, señores —exclamó sonriente—, perpetua sea vuestra ventura y alabado sea vuestro propósito. Sé que habéis venido a desatar mis ligaduras y romper mis trabas, las que me sujetaban a los fatimíes, que son las criaturas más detestables de la tierra: inmundos, de aspecto desagradable, compañeros de los leprosos. Desdichado el día en el que los conocí y feliz el día de hoy, en el que puedo salvarme del abismo y regresar al buen camino. Que Dios os galardone; vuestra venida a Fez es un beneficio divino, tanto más grande cuanto que llega cuando estaba abrumado por el pesar y pasaba las noches en amargo llanto.

Se sucedieron las salutaciones y las fórmulas retóricas, cada una más florida que la anterior, hasta que Aslam inició un discurso tan recargado de metáforas y alusiones a los primeros tiempos del Islam que la mayoría de los presentes se quedaron perplejos, sin saber a ciencia cierta qué estaba diciendo y con qué intención.

Para contrarrestar la impresión causada por el discurso del anciano, el embajador de Farach ibn Ufayr hizo que comenzasen a pasar al interior los esclavos doblados por los presentes de honor que transportaban. Uno a uno los paquetes eran depositados en el suelo, en el centro exacto de la sala, antes de ser desenrollados para descubrir los tesoros guardados en el interior. Ante la mirada ávida de Musa ibn Abi'l-'Afiya, y para admiración de sus contríbulos, aparecieron excelsos trajes, lujosas joyas, maravillas creadas por los mejores artesanos de Córdoba y diversas banderas, que el caudillo bereber debía lucir en sus futuras campañas contra los fatimíes, incluyendo un estandarte rojo con letreros de plata por los tres lados. Por último, los esclavos acarrearon grandes bolsas llenas de dinero, que se sumaban al montón reunido en el medio de la sala con un estruendo metálico semejante a un entrechocar de diminutas espadas.

—Decías la verdad cuando afirmabas que los dones del califa de los creyentes exceden a toda difusión y que para sus dádivas jamás se encuentra obstáculo —proclamó Musa con los ojos aún brillantes de codicia, refiriéndose a Ibn Abi Isa—. Aunque serían vanos mis esfuerzos para servirle, trataré de corresponder su generosidad enviándole excelentes corceles y un rebaño de camellas preñadas, junto con un pastor experto en su cuidado y el de sus aparejos.

—Dios es agradecido y ama a los agradecidos —contestó el cadí de Jayyan—. Habéis clamado y se os ha oído: Por fin estáis libre de la despreciable corrupción de

los fatimíes.

—Cierto es, amigos míos, cierto es. Y para que quede constancia ordenaré ahora mismo que acudan carpinteros a las mezquitas de las ciudades que gobierno para que destruyan los púlpitos en los que se pronunció el nombre maldito de al-Mahdi, pues desde este instante me resultan aborrecibles, y construyan nuevos púlpitos de ocho peldaños desde los que se realice el sermón del viernes en nombre de Abd al-Rahman al-Nasir, el dirigido por Dios por la buena vía.

Dicho esto, Musa dejó de refrenarse y se acercó al montón de regalos para acariciar con dedos trémulos las exquisitas telas, el brillo portentoso de las piedras preciosas y los corales, como fuegos atrapados en delicadas labores de orfebrería. Enseguida le siguió la multitud de sus familiares y compañeros de tribu, y algunos pedían que se echasen los presentes a suertes, como era costumbre entre los bereberes, pero Musa hizo caso omiso de sus demandas y se renovó en la sala de audiencias el alboroto que había precedido la llegada de los embajadores de Abd al-Rahman III.

—Bien, ya está, ya es prácticamente oficial —comentó Aslam—. Solamente falta que Musa ibn Abi'l-'Afiya envíe una carta a nuestro soberano anunciando que acata su autoridad y dispondremos de un jefe digno de confianza en el Occidente para llevar a cabo los propósitos del califato.

—Con esta maniobra, sin embargo, nos aseguramos de arrojar a los idrisíes en brazos del enemigo —repuso Álvaro—. No bien sepan que Musa se ha adherido al partido de Córdoba, ellos se volverán hacia Qairuán en busca de protección.

—Había que elegir. Musa ibn Abi'l-'Afiya o los príncipes idrisíes, y estos últimos están en franca decadencia. Aunque podría intentarse una reconciliación. Saldría caro, sin duda, pues en este mundo todos ponen un precio a sus abrazos y no se da ninguno que no haya sido pagado con anterioridad, de una forma o de otra.

—Parece que esta guerra vaya a librarse con sacos repletos de dinares en vez de con soldados —dijo Álvaro con tono seco.

—¿Y cuál no? Algunos creyentes van a la guerra excitados por la perspectiva de convertirse en mártires de la religión, pero si faltasen los subsidios necesarios para equipar el ejército sería imposible conservar a las tropas mercenarias que constituyen el núcleo más sólido de nuestros efectivos. La intervención que ha comenzado en África supondrá un grave quebranto para las arcas reales, desde luego, pero, ¿qué se podía hacer? Las rutas comerciales que enlazan el califato con Egipto y con los países de los negros, en el sur, se encuentran interrumpidas o seriamente amenazadas, y por si fuera poco los fatimíes estaban ya en las puertas de al-Ándalus, llamando con violencia. Era preciso que el califato contraatacara, conquistando plazas fuertes en la costa y atrayendo aliados que enarbolen la bandera de los Omeyas en estos territorios.

—Poco valor tendrán esos aliados, creo yo, si hay que comprar su lealtad día tras

día.

—Peor sería intentar la anexión del Magreb. Demasiado desgaste. Y haría falta demasiado tiempo. Es preferible procurar que se sometan los jefes tribales, como ha ocurrido hoy. Y lo que nosotros haremos, por supuesto, que supondrá para el califato un beneficio aún mayor y más duradero. Apoco que nos descuidemos África puede convertirse en un pozo sin fondo, en el que haya que echar dinero continuamente para comprar la paz. Gracias a nuestra intervención el precio de esa paz no será demasiado alto.

«Muchas ilusiones te haces tú. —Álvaro se dio la vuelta. Le disgustaba la agitación que reinaba en la sala y Aslam no tenía necesidad por el momento de sus servicios: se había separado de él con la pretensión de hacerle una consulta a Ibn Abi Isa—. Ese plan del que te enorgulleces será difícil de llevar a la práctica. Lo que resulta evidente en los libros no lo es tanto cuando uno tiene que tratar con personas de carne y hueso, con sus propios intereses y su manera particular de ver las cosas».

Pidió a un sirviente que le llevase a la habitación en la que habían acomodado a Ibn Jayra. El criado llamó a otro, que llamó a otro, y así, sucesivamente, Álvaro fue transferido de criado en criado, internándose con ellos en las profundidades del palacio, hasta localizar a alguien que acertó a guiarle. Atravesaron un patio atestado de carros y arreos, húmedo y cercado por paredes tan altas como el fondo de un pozo. En el oscuro zaguán ardía una lamparilla, ofreciendo una tenue luz, y subieron por la escalera que se abría detrás a tientas en la semioscuridad. Ante la puerta del cuarto deambulaba un esclavo, dando pisotones para espantar a las cucarachas. Por la forma en que evitó su mirada, Álvaro comprendió enseguida que algo malo había sucedido.

—Parecía estar bien —repetía el esclavo, quizá temeroso de que se le castigara—. Parecía estar bien.

La habitación era relativamente fresca, y muy tranquila, como Álvaro había solicitado, pero aquellas eran sus únicas virtudes. Era estrecha y el aspecto del camastro arrimado a la desconchada pared resultaba extrañamente solitario, como un barco perdido en el mar. Notó un olor penetrante, dulzón, que a falta de ventanas por las que escapar se había acumulado al borde de la cama. Ibn Jayra tenía los ojos abiertos. Las moscas se le habían posado en la cara. Un brazo estaba cruzado por debajo de la barbilla, como defendiéndole de la última de sus alucinaciones.

«Tú no pediste venir aquí, igual que yo —pensó Álvaro mientras cerraba los párpados del joven y le colocaba la mano derecha debajo de la cabeza—. Te quitaron tu pobre vida, te sacaron a rastras de tu hogar y te empujaron a la muerte, solo porque estorbabas al hombre que te había engendrado tan descuidadamente».

—¿Por qué no me avisaste? —reprendió al esclavo—. ¿Y el médico de cámara? ¿Por qué no ha venido nadie?

—No sabía en qué lugar del palacio estabais, señor. Y el médico estaba ocupado

atendiendo una indigestión.

—Maldita sea, tendría que haberme quedado con él —murmuró, enfadado consigo mismo. Se levantó del suelo para encararse con el sirviente—. Prepara el cuerpo. Será un funeral sencillo.

Aslam estaba muy animado cuando Álvaro regresó a la zona noble del palacio. Su corta entrevista con Ibn Abi Isa había sido fructífera y sonreía luciendo el puñado de dientes amarillentos que le quedaban en la boca. La noticia de la muerte de Ibn Jayra no disminuyó su satisfacción. Al revés: asentía aliviado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Antes o después iba a suponer un problema —dijo—. Carecía de cualidades para la tarea que debía llevar a cabo. Nos hubiera conducido al desastre con toda seguridad, pero no podía quitármelo de en medio sin ofender a su padre.

—¿Y qué harás ahora? ¿Cómo pondrás en marcha tus planes?

—¿Hacer? —El anciano se movió adelante y atrás sobre los talones, reflexionando—. Lo que estaba previsto. Ni más ni menos que lo que estaba previsto. No ha cambiado nada.

—Yo creo que sí que ha cambiado algo.

—Se ha producido un cambio, pero a nuestro favor. Dios nos ha dado una oportunidad para solventar nuestra mayor debilidad antes de que nos haga daño y hemos de aprovecharla poniendo a un sustituto más capacitado en el puesto de Ibn Jayra.

—No será fácil encontrarlo.

—Yo opino justo lo contrario —replicó Aslam, exhibiendo de nuevo aquella sonrisa suya—. En realidad, me atrevería a decir que ya lo he encontrado.

3

El jardín de cráneos

Se habían instalado en la ribera de los Andalusíes, más económica y también más industriosa. Del día a la noche se escuchaba el ruido de los martillitos laboreando el cobre, el bronce y, acompañándolos, la ronca canción de las sierras y los buriles de los ebanistas. Al-Asayy gruñía fastidiado, se daba la vuelta en el jergón, lanzaba las manos a un lado y a otro como anzuelos, tratando de atrapar algo con lo que taparse los oídos. Por fin se levantaba encadenando maldiciones e insultos, inclinándose hacia el aguamanil para enjuagarse la boca con un sorbo de agua templada.

—¿Para qué tanto trabajo? —decía—. ¿Es que no se dan cuenta de que se morirán igual cuando suene su hora, hayan trabajado mucho o poco?

La habitación era pequeña, reconcentrada, tenebrosa. Los muros eran de barro, irregulares, las pellas habían sido amontonadas unas encima de otras hasta alcanzar la altura necesaria y con frecuencia Dihya tenía la sensación de estar dentro de un nido de golondrina al que había accedido gracias a un encantamiento o una maldición. El resto del tiempo, en cambio, se asombraba de lo semejante que le resultaba aquel rincón minúsculo e insalubre al cuartucho que ocupaba al-Asayy en Badajoz.

«La opulencia tiene caras distintas en cada lugar —pensaba—, pero la miseria es parecida en todas partes».

La mentira que solía contar el poeta, presentándose como el hermano y *mahram* de Dihya a la par que mostraba el falso certificado que lo probaba, había servido también entonces para que les permitieran compartir habitación. Y aún así, no podían pagarla. Al-Asayy utilizó todo su arsenal para embrollar a la dueña: dulces palabras, frases piadosas, referencias a su triste condición de tullido, añoranzas de al-Ándalus… Aseguró que ambos habían tenido que exiliarse, de la misma forma que lo hicieron los andalusíes que fundaron aquella mitad de Fez, tan mal avenida con su contraria, después de ser expulsados de Córdoba, y cuando la dueña, animada por la patraña, comenzó a relatar las desventuras de sus antepasados, él escuchó con fingida atención, celebrando cada acontecimiento, incluso los más triviales, estableciendo forzados paralelismos entre las vivencias de los ancestros de la mujer y las suyas hasta conseguir que les dejasen habitar el cuarto sin tener que pagar ni un *dírham* por adelantado.

—¿No te da vergüenza engañar a la gente? —le regañó Dihya después de la entrevista.

—La vergüenza escuece, querida, pero te aseguro que dormir en la calle causa molestias mucho peores —dijo al-Asayy con una mueca—. Sin embargo eres libre de buscar tu alojamiento en el bosque, entre las bestias salvajes, si ese es tu gusto. Estoy

convencido de que la satisfacción de ser una persona sincera compensará todas las demás incomodidades.

Dihya se había quedado en el cuarto. El delgado colchón en el que dormía ocupaba la mayor parte del espacio que dejaba libre el jergón. Era tan fino que se le clavaban en la espalda los juncos de la estera dispuesta sobre la tierra del suelo. En cualquier caso, la incomodidad era la menor de sus preocupaciones durante la noche. Se despertaba con frecuencia, alertada por algún ruido, y en la oscuridad parecían pasearse ante sus ojos, como un leve vapor, los fantasmas de sus seres queridos. Solo a Firqan pudo enterrarlo, e incluso aquel fue un funeral llevado en secreto, silencioso, realizado como si de un acto execrable se tratara.

—¿Queda algo de comer?

Ella asintió. Una de sus nuevas vecinas le había dado un plato lleno de sobras que Dihya aceptó con lágrimas en los ojos, dándose cuenta de lo cerca que estaba de convertirse en una mendiga.

«Hace apenas un año me enorgullecía contemplando nuestros huertos y nuestros frutales —recordó apenada—, y hoy tiemblo de agradecimiento por unos puñados de sémola fría».

Aquel era un manjar que ambos desconocían antes de desembarcar en África: sémola de trigo cocida al vapor y rociada con caldo. El paso de las horas había hecho que tuviera una apariencia muy poco apetitosa, pero al-Asayy amasó impacientemente toda la sémola que quedaba con la mano derecha y luego, al concluir, rebañó el barro cocido con la lengua.

—No hay condimento en el mundo que se pueda comparar con el hambre —dijo el poeta, adivinando lo que pensaba Dihya—. El azafrán más caro no conseguiría que la comida supiera mejor.

Se limpió la boca con la palma de la mano antes de volver a colocarse con cuidado la venda. Solo en aquellas ocasiones podía entrever Dihya el hemisferio oculto en el rostro de su primo, la brusca interrupción de sus rasgos, transformados de repente en un fárrago de cicatrices. Como versos en un pergamino rasgado, eternamente incompletos.

«Qué accidente tan horrible. Perder de repente la apostura, la juventud, la admiración de las mujeres. Con razón evita siempre referirse a lo que le ocurrió».

Al-Asayy se atusó los cuatro pelos que hacía pasar por una barba. Cogió el astroso turbante que había descubierto abandonado en la habitación y se lo probó, intentando sin éxito sujetar sus pliegues.

—Primero saldré a encontrar a algún comerciante que me parezca simpático y le dedicaré unos versos. Quizá nos regale una bolsa de cebada. Después preguntaré dónde reside el gobernador de Fez e iré a preparar una esquela explicando quién soy y cuáles son mis talentos. De este modo, si el portero me prohíbe la entrada a palacio,

le pediré que al menos entregue la esquela al gobernador.

—Con ese traje lo más probable es que te prohíba pasar, en efecto —dijo Dihya, examinando con ojo crítico las burdas ropas de su primo—. Seguro que te tomará por un campesino.

—Confío en la esquela para corregir tal impresión. «La luz que viene de Occidente», así pienso darme a conocer. La única duda que me asalta es que Ibn Abi'l-'Afiya es un príncipe de los Miknasa —al oírle Dihya se conmovió involuntariamente, acordándose de que otro Miknasa había arruinado su vida—, y no sería prudente por mi parte confesar que soy Maghrawa. ¿Sabes por casualidad qué tribus mantienen buenas relaciones con los Miknasa en el Magreb? Tal vez tendría que recurrir a las gentes del barrio para averiguarlo.

—En lugar de mentir acerca de quién eres, ¿no podrías presentarte ante un príncipe Maghrawa?

—No conozco a ninguno. Y aunque lo conociera, estamos en Fez. Y en Fez, nos guste o no, gobiernan los Miknasa.

El poeta salió de la habitación lleno de optimismo, asegurando a Dihya que, si no volvía él mismo, enviaría un mensaje para informarla de sus progresos. Ella se quedó aislada en la penumbra, con la puerta entreabierta para que entrase algo de aire, confiando en las variaciones del rayo de luz que penetraba por el resquicio para enterarse del discurrir de las horas. Su estómago se quejaba agriamente, pero se obligó a sí misma a permanecer sentada, incapaz de soportar la infamia de suplicar otro plato de comida a sus vecinas. Apenas se asomó un instante a la calle, impulsada por el tedio, para ver a un grupo de niños que jugaban desnudos. Ni siquiera atendió las llamadas del almuédano. Al principio se encontraba sin ánimos para ir sola a la mezquita del barrio; más tarde tuvo miedo de sufrir un mareo mientras iba o volvía.

«Unas semanas más viviendo así y haré cualquier cosa para salir de la pobreza —pensó con amargura—. Cualquier cosa».

Al-Asayy no volvió ese día, ni tampoco vino un mensajero en su nombre. Dihya esperó hasta que la oscuridad de fuera se igualó con la oscuridad de dentro y entonces atrancó la puerta del cuarto y se arrebujó en la apolillada manta, buscando consuelo en la almohada que estrechaba entre sus brazos. Se sentía aplastada por el peso de los recuerdos, que la impedían dormir llenando su cabeza de imágenes y sonidos que hubiera querido y que no podía olvidar: la muerte de su marido, el descubrimiento del cadáver de su hijo, los gritos desgarradores de sus habitantes cuando los soldados Omeyas traspasaron las puertas de Badajoz, abiertas traidoramente en una noche semejante a aquella. Revoloteaban los recuerdos por su cabeza como negros pajarracos, sin que hubiera un espantapájaros que los amedrentase, nada que impidiera que se descolgasen continuamente de un cielo negro, odiosos, disputándose el derecho de hacerla sufrir. Tantas cosas habían sucedido en un año, y todas parecían

dirigidas por un destino adverso. Había llegado a dudar de la religión, de Dios, y luego se había arrepentido de su falta de fe. ¡Qué fácil era aceptar la voluntad del Altísimo cuando vivía feliz y despreocupada! ¡Y qué difícil resultaba ahora guardar en el fondo de su alma la creencia en un Dios poderoso y bueno! Abandonada por la fortuna, creía ser como una hoja seca expuesta a todos los vientos, evitando contemplarse demasiado a sí misma en los espejos, no fuera a descubrir que la mano de la adversidad había escrito en su frente: «Tú ya no eres tú».

Pasó la noche. Llegó la mañana y ella se durmió, agotada, indiferente al ritmo habitual de la vida. Alguien llamó a la puerta. No era la señal convenida con al-Asayy; no contestó. Permanecía acostada en el jergón sin moverse, con los ojos muy abiertos, espiando la nada.

«Esta será mi sepultura —se dijo—. Me encontrarán aquí, aferrada a la manta, cuando el olor atraiga a los perros callejeros».

Por la tarde un repiquetear de nudillos en la puerta. Una voz conocida. Dihya se levantó de un salto para abrir y acto seguido abrazó con fuerza al poeta, al que casi hizo caer de espaldas al suelo, aturdida por la ansiedad y el hambre.

—Por Dios, prima, ¿es que no has salido mientras yo estuve fuera? ¿Ni para vaciar la escupidera? —Al-Asayy arrugó la nariz ante el penetrante olor a amoniaco que escapaba del recipiente, pese a la tapa de madera que lo cubría, y acto seguido sacó de la bolsa que traía consigo dos panecillos—. Toma, para ti. Están duros, pero si los remojas con agua se podrán comer.

—Tenía miedo —confesó ella—. Me asomé a la calle y pensé que si me iba no sabría regresar.

—Podrías haber preguntado.

—¿A quién? ¿Y si me apresaban?

Dihya comenzó a comerse los panecillos, royendo la corteza como un ratón. Su primo se sentó en el jergón, suspirando, friccionándose los pies con las manos.

—¿Cómo te ha ido?

—Tal vez bien, no lo sé. —Captó la mirada sorprendida de Dihya y agregó—: Después de cruzar el río para ir a la ribera que llaman la de los Qayrawaníes fui al palacio del gobernador para solicitar que me concediese una audiencia. Al principio consideré que había llegado al límite de mis esperanzas, pues el oficial que me atendió no me solicitaba más explicaciones que las que di al presentarme y parecía que su labor consistiera exclusivamente en proporcionar alojamiento a los poetas que visitan la corte del gobernador. Pero me temo que hubo una confusión de algún tipo. O él no me entendió a mí o yo no le entendí a él. Ya te habrás dado cuenta de que aquí se habla un árabe endemoniado. El caso es que me condujo a una casa lejos de palacio cuyos muros amenazaban con venirse abajo en cualquier momento. No exagero si te digo que la morada se parecía a las de Firuzabad, por lo vetusta. Y allí

me dejaron abandonado y sin recursos, como si yo fuese el guardián al que se le encarga vigilar una finca.

Bajó la voz hasta acabar en un susurro y Dihya se inclinó hacia delante para oírle, pero al-Asayy recuperó enseguida su tono normal.

—Dormí lo mejor que pude, pues la única ropa de cama que encontré fue una esterilla de oraciones. Menos mal que estamos en una época del año en la que las noches son templadas, porque en medio del invierno esa casa debe hacer que sus ocupantes ansíen ir al Infierno para gozar de sus hogueras. Al amanecer, sin embargo, vino a buscarme el oficial y me llevó de vuelta al palacio. Había un jaleo extraordinario. Vi de lejos a los representantes del califa con los que viajamos, incluido ese admirador tuyo, y me imaginé que estarían negociando con Ibn Abi'l-'Afiya para Dios sabe qué, pero no nos acercamos y desconozco lo que habrán venido a hacer a Fez exactamente. Cuando nos metimos en un jardín que estaba vacío, el funcionario que me escoltaba me dejó de repente en un asiento y se marchó de nuevo sin decir palabra. Imagínate mi confusión, yendo de un lado a otro igual que un mueble que estorba el paso, y recibiendo las mismas instrucciones que se le darían a un mueble. Pude detener a un esclavo que llevaba una bandeja llena de manjares y devoré gran parte de lo que transportaba antes de que consiguiera impedírmelo. Y fui astuto al hacerlo, porque de haber confiado en que eventualmente me trajesen comida y bebida, ahora mi estómago estaría gimiendo como una plañidera.

—¿Y de entre esos manjares que devoraste solamente guardaste para mí unos panecillos incomibles? —rezongó Dihya.

—Los panecillos los cogí más tarde, en otro sitio. No iba a ir por el palacio con los bolsillos repletos de pasteles y pescado en escabeche. —Al-Asayy meneó la cabeza ante lo absurdo de la idea—. Estuve ahí otra hora, por lo menos, sentado en el asiento, sin moverme, pero consolado por haber comido. Me levanté para beber agua de una fuente, porque el escabeche me había dado sed, y entonces apareció un séquito en el jardín y al frente un hombre grande, peludo, con el rostro encendido como si viniera de realizar un ejercicio violento. Parecía que acabase de desmontar del caballo para disponer el orden de su hueste. Yo supuse que era Ibn Abi'l-'Afiya, o su hijo, el gobernador de Fez, y me deshice en reverencias y alabanzas, levantando bien las manos para que se apreciara fácilmente que yo no iba armado, pues de sobra sé lo mucho que temen los príncipes a los asesinos y el cuidado que hay que tener para que no te confundan con uno.

—Haría falta un príncipe muy perturbado para que viera en ti a un asesino.

—Ah, ¿es que te crees que los asesinos no se disfrazan ni se hacen pasar por personas inofensivas? ¿Te figuras que los traidores se acercan a sus futuras víctimas con gesto severo y diciendo: «Aquí me tienes, soy el que va a traicionarte»? Pues no, querida mía, los traidores suelen ser zalameros y obsequiosos, como tú ya has

aprendido de la peor manera —señaló con el índice a Dihya, que se encogió como herida por una puñalada—, y los asesinos tratan de parecer débiles o pacíficos. Y para que no quedase ninguna duda de que mi apariencia era mi realidad, mantuve mis manos en alto mientras hablaba, dando las gracias a aquel gran señor por venir a verme. Él me miraba con curiosidad y con aparente benevolencia, pero yo continué con mis alabanzas, midiendo cada palabra, porque los hombres sanguíneos olvidan la ira tan rápidamente como la recuperan y hay que evitar esto último. Al fin murmuró que era Ibn Abi'l-'Afiya, el dueño del Magreb, y yo fingí maravillarme de que Dios, dispensador de la grandeza, me hubiera concedido la gracia de llevarme delante de un hombre tan poderoso. Le comparé en un momento con todos los reyes de la Antigüedad que pude recordar y él hinchó el pecho complacido. ¿A qué príncipe le disgusta que le equiparen con Alejandro Magno? Te aseguro que no hay ni uno en este mundo, prima querida, que considere exagerada la comparación.

Al-Asayy esbozó una sonrisa. Era evidente que tenía mucha experiencia en dedicar elogios excesivos a gobernantes que no los merecían.

—Se ve que le habían hablado de mí. ¿Qué le contaron? Eso yo ya no lo sabía. Pero tampoco podía preguntárselo. Así que le seguí cuando se encaminó hacia uno de los senderos del jardín y me paré cuando él se paró. Había unas macetas en el suelo en las que crecían flores, aunque en ninguna crecían demasiadas ni con demasiado vigor. Se acuclilló para revisar las macetas de cerca y los ojos le brillaron de alegría. Me hizo una seña para que me acuclillase a mi vez y con tono jactancioso anunció: «He aquí a mis enemigos, incluyendo a los descendientes de Idris que causaron la muerte de mi hijo Minhal».

Hizo una pausa para excitar el interés de Dihya y prosiguió:

—¿Qué pensarías que eran las macetas que me enseñaba? Cráneos, querida mía. Cráneos humanos. Los habían rellenado de tierra y plantado en ellos semillas, antes de colocarlos a lo largo del sendero para que Ibn Abi'l-'Afiya se regocijara al pasear por allí. Uno a uno me los fue presentando, explicando quiénes eran sus antiguos dueños y cómo les había derrotado, y yo me vi forzado a disimular mi espanto, celebrando el ingenio del que encontró tal utilidad a los huesos de sus enemigos. Había treinta en el jardín, quizá más, porque vi otras macetas a lo lejos y es posible que también fuesen cráneos arreglados igual que aquellos. Ibn Abi'l-'Afiya me dijo que ese era su rincón favorito y que no había tesoro en sus cofres ni salón en ninguno de sus palacios del que estuviera más orgulloso. Sin embargo había llegado a la conclusión de que hacía mal en mantener secreto ese jardín que daba cráneos por frutos y debía difundir su existencia para atemorizar a sus rivales. Y para ello, ¿qué mejor medio que llamar a un poeta para que compusiera unos versos acerca del macabro jardín? Por lo visto yo tuve la fortuna de presentarme en su palacio justo cuando la idea cobraba forma en su mente y era el primero al que le hacía el encargo.

Aunque me señaló que había varios poetas en Fez a los que pensaba pedir lo mismo, con lo cual la recompensa no es segura, ya que tendré que competir con otros. Luego Ibn Abi'l-'Afiya se marchó, dejándome solo, y el funcionario que me traía y me llevaba trató de devolverme a la horrorosa morada donde había dormido la noche anterior, pero renuncié a su hospitalidad dando innumerables pretextos para volver contigo, como has visto. Durante el camino intenté canjear un poema por un talego de cebada, sin embargo el miserable al que se lo dediqué estimó que no merecía a cambio sino los panecillos que ya eran imposibles de vender. Y esos son los que tú estás comiendo ahora.

—Intentando comer, más bien.

—Te aconsejé que los mojases, ¿no? Sosiégate, prima querida, porque pronto dejarás de roer pan duro. Estoy tan seguro de triunfar en esta competencia que es como si ya tuviera los dinares en mi bolsillo. ¿Qué se puede esperar de los poetas de Fez? Imitaciones de los orientales, nada más. En cambio yo deslumbraré a Ibn Abi'l-'Afiya con mi inventiva. Ya tengo pensadas algunas de las imágenes que utilizaré en los versos, en realidad, y dudo mucho que se haya oído por aquí algo semejante. Voy a comparar la lanza de Ibn Abi'l-'Afiya con un árbol que da espléndidos frutos. Y de su jardín diré que se ha abonado con la sangre de reyes, y que de ahí procede su salvaje belleza.

Súbitamente sonó un golpe en la puerta. No reconocieron en él los dedos frágiles de la dueña del cuarto, pero tampoco era tan enérgico como para sugerir el puño de un oficial que venía a desahuciarlos. A pesar de lo cual Dihya se asustó recordando aquella noche terrible, en Badajoz, cuando los soldados Omeyas aporreaban las entradas de las casas, exigiendo a los habitantes de la ciudad sometida que salieran inmediatamente acarreando todos sus objetos de valor, y quien se retrasaba en exceso, o se negaba a abrir la puerta, era sacado a rastras y degollado en medio de la calle. Cuando a ellos dos les tocó el turno de responder a la llamada, el espectáculo era terrible: una hilera de cadáveres, con frecuencia vecinos a los que conocían, amontonados, medio desnudos a causa de un frenético registro, de la que nacía un arroyo de sangre que casi parecía negro bajo la furiosa luz de los incendios.

—¿Será un enviado de Ibn Abi'l-'Afiya, que se impacienta por oír mi poema? —comentó al-Asayy, esperanzado.

Se levantó para abrir. Dihya trató de esconderse, pero en la habitación no había sitio para hacerlo, de modo que tuvo que replegarse a la esquina donde la sombra era más profunda. Desde allí vio a su primo quedarse paralizado, dejando a medias la frase de bienvenida, y cerró los ojos temiéndose lo peor. Sin embargo al- Asayy se limitó a apartarse para que entrase el visitante. Iba tapado con un turbante y un velo que apenas dejaban a la vista una franja de piel entre el nacimiento del cabello y el arranque de la nariz. Cuando se quitó ambos, después de que al-Asayy hubiera

cerrado la puerta, Dihya descubrió que era Ibn Daisam, oculta la cruz del cuello y vestido a la usanza de los naturales de lugar.

—Ha sido difícil encontraros —dijo—. Por suerte para mí no eres un hombre que pase desapercibido.

—¿Es por mi talento?

—Es por la venda. —Miró de reojo a Dihya, aún incrustada en la sombra, y su rostro se iluminó un instante.

—¿Y a qué se debe que quisierais encontrarnos? Cuando nos separamos al llegar a Fez, no disteis muestras de desear que continuásemos en vuestra compañía.

—Las circunstancias han cambiado desde entonces. Y el hecho es que ahora Aslam está interesado en hablar contigo.

—Será a causa del poema, claro está. ¿Acaso tu amo también quiere uno?

Ibn Daisam pareció confuso.

—¿Qué poema?

—Ibn Abi'l-'Afiya me ha encargado unos versos. Supongo que os habréis enterado, dado que estáis residiendo en su palacio.

—No sé nada de versos. Y Aslam tampoco. Lo que desea proponerte es otra cosa.

Esta vez le correspondió a al-Asayy aparentar confusión.

—¿Y si no son versos, qué puede pretender de mí? Yo soy un poeta. Ese es mi oficio y mi vida. Pedirme cualquier otra cosa es como pedirle a un gallo que ponga huevos o tire del arado.

—Si Aslam tuviera que dirigir un caserío le veo muy capaz de empeñarse en que los gallos pongan huevos. Y creo que lo conseguiría.

—Quizás, aunque sigo considerando que sería una pérdida de tiempo solicitarme algo para lo que no estoy dotado.

—Por suerte o por desgracia para ti, es prácticamente imposible saber por anticipado si estás capacitado para hacer lo que él quiere —contestó el cristiano—. Pero Aslam considera que sí lo estás, y que Dios te ayude si resulta que está equivocado.

4

Aclimatación

Los guías, un padre y su hijo adolescente, precedían a la columna montados en unos asnos roñosos. Avanzaban despacio, bordeando por el sur el reino de Nekor, un antiguo aliado de los Omeyas andalusíes cuyas relaciones con la corte cordobesa se habían deteriorado después de que la proclamación del Califato amenazase con reducirlos a la condición de vasallos. Y era de esperar que se deteriorasen aún más cuando descubrieran que Abd al-Rahman III había decidido firmar un pacto con Musa ibn Abi'l-'Afiya, que llevaba años desafiando la autoridad de los soberanos de Nekor. Lejos quedaban los tiempos en los que el emir Muhammad I había intercedido en la liberación de dos princesas de los Banu Salih secuestradas durante una incursión de *madjus* llegados del helado Norte. El reciente giro de la política de los cordobeses en el Magreb parecía implicar, como inevitable conclusión, el final de las excelentes relaciones que antaño mantuvieron los dos estados.

—Los Banu Salih están en declive, igual que los idrisíes —comentó Aslam al respecto—. Hay que buscar nuevos aliados, sangre fresca. Caudillos ambiciosos que no se conformen con repetir los ritos de una gloria pasada.

«Es curioso que digas eso precisamente tú, con tu edad y habiendo entretenido tu vida entre tratados polvorientos», pensó Álvaro.

Sus ropajes anteriores, un regalo de Musa, los habían cambiado por otros proporcionados por los guías: unos capuces de lana sin teñir, similares a los que empleaban los pastores de cabras, algo raídos, y más abrigados de lo que recomendaba la estación. Ya no estaban en un país amigo; con cada paso se aproximaban a las regiones controladas, aunque fuera difusamente, por los fatimíes. Sin embargo la vida continuaba, idéntica, como si las consecuencias de la conquista de Ceuta por la flota omeya todavía estuvieran por desvelarse. La única pista de que algo pudiera estar sucediendo era el polvo que levantaban los veloces caballos de los mensajeros, y que quedaba suspendido en el aire calmo, señalando el paso en aquella dirección de una noticia. Tal vez los jugadores manoseasen nerviosamente sus piezas, planeando y desechando estrategias, pero la partida apenas había comenzado.

Padre e hijo seguían las indicaciones de Aslam de utilizar senderos poco transitados y evitar los pueblos importantes. Aquella decisión hacía que llamasen la atención más de lo necesario. Eran un grupo numeroso. A la escolta original se habían sumado los hombres ofrecidos por el caudillo Miknasí, y cuando eran divisados desde una aldea los campesinos huían a las colinas y encerraban sus rebaños, confundiéndolos con una de las tribus beduinas que ocasionalmente abandonaban las zonas semiáridas del Rif oriental para saquear cualquier población

que apareciese en su camino.

Por este y otros motivos, su marcha era errática. Los guías afirmaban conocer el territorio, pero Álvaro sospechaba que mentían. Avanzaban sin abrir la boca, deteniéndose solamente para examinar una roca, unos árboles, buscando indicaciones de por dónde ir. A la puesta de sol, al hacer un alto en el camino, se retiraban a un rincón en el borde del grupo, taciturnos, entregados a dudosas reflexiones, insoportablemente serios. Pero bastaba con mencionar de forma fugaz la persecución de un ciervo o de un jabalí para que abandonaran su mutismo y se unieran con apresuramiento al coloquio para relatar, en un árabe vagamente comprensible, sus aventuras cazando leones, leopardos e incluso serpientes monstruosas en las montañas. La caza era su pasión, su locura, la excusa infalible para que las bocas de padre e hijo se llenaran de palabras. Álvaro y los guardias no decían nada; era su cara de pocos amigos la que declaraba su incredulidad cuando la aventura relatada superaba lo plausible y siempre, al apreciarla, el mayor de los dos hombres juraba por la memoria de sus antepasados que tenía guardada en casa una piel de león macho con una melena tan dorada como el sol, con la que había vestido a su hijo durante la niñez para que se hiciera más fuerte, y que se la enseñaría sin falta en cuanto se presentase la ocasión.

Al quinto día de viaje por una comarca en donde la agricultura de subsistencia y la trashumancia eran las principales fuentes de riqueza, los guías se detuvieron misteriosamente a media milla de un poblado que había brotado en la falda de un altozano como un sarpullido de edificios de adobe. A poca distancia, como una infección que adoptara una traza diferente, un pequeño grupo de palomares se alzaban semejantes a panes de azúcar.

—Ahí —dijo el guía de mayor edad.

Aslam no pidió más explicaciones. Tampoco los guías se las dieron. Hicieron que sus asnos dieran media vuelta con la intención de emprender enseguida el camino de vuelta a su hogar, preocupándose solamente de renovar la promesa de mostrar la piel de león a Álvaro, pero él contestó con un bufido que sonaba más a recriminación que a despedida.

—Eres severo con nuestros guías —dijo el viejo funcionario—. Se diría que no te han agradado.

—Nunca me agradaron los fanfarrones. Y esos dos lo son, aunque no lo parezcan. Según ellos, los trabajos de Hércules fueron unas chiquilladas en comparación con sus cacerías.

—¿Fanfarrones? No lo creo. ¿Ingenuos? Desde luego. Y un tanto exagerados, pero es su manera de ser. Gente simple, con más imaginación que entendimiento. ¿Te acuerdas de aquel lugarteniente de Musa ibn Abi'l-'Afiya que aseguraba conservar la suela de una de las sandalias del Profeta, Dios le bendiga y salve? Yo le felicité y

luego le di las gracias por permitirme tocarla, una suela mugrienta y destejida, que a saber a quién habrá pertenecido en realidad. Ya ves, se puso contentísimo. Y más tarde mi comportamiento tuvo su recompensa: cuando expuse mi proyecto ante Musa y sus clientes fue el primero en apoyarlo, aunque dudo que el pobre necio entendiera lo que yo estaba explicando.

El último tramo del sendero era polvoriento y olía a estiércol recién pisoteado. Había un huerto de reducido tamaño aportando una estridencia verde al amarillo parduzco de la tierra, al ocre ceniciento de los adobes. Un niño salió a recibirles. O, mejor dicho, se tropezó con ellos cuando sacaba al campo una cabra. Enseguida se refugió en una de las casas y los gritos saltaron de vivienda en vivienda, incomprensibles, extendiendo por el poblado el acontecimiento de su visita.

Esperaron en el borde de la aldea como invitados que descubren que han llegado demasiado pronto o incluso en el día equivocado. Finalmente apareció un joven prematuramente encanecido que les hizo señas para que le siguieran. El edificio en el que les introdujo era un poco más grande que los otros. En la habitación trasera un ventanuco cubierto con una celosía de madera proyectaba un claroscuro de sombra y luz. Junto a él, sentado en una estera, respiraba con dificultad un anciano con la piel del color del pergamino. El joven, sentándose a su lado, lo señaló con la punta de los dedos, sin tocarle.

Aslam metió en la mano en su bolsa. Sacó una moneda de plata y se la entregó solemnemente al patriarca. Este la miró con mucha atención; parecía que nunca hubiera visto nada por el estilo. Abrió la boca para morderla con los tres dientes que le quedaban. Álvaro temió que alguno de ellos saltase de la encía, vencido por la prueba. Resistieron. Luego la moneda desapareció en algún pliegue de sus ropas y el anciano se inclinó hacia Aslam, que tal vez tuviera una edad similar pero estaba mucho mejor conservado.

—*Hasalat barakah* —dijo, introduciendo largas pausas entre las sílabas—. Habéis traído bendiciones con vosotros. Sed nuestros huéspedes todo el tiempo que queráis.

—Que Dios te recompense por tu bondad —contestó Aslam.

El joven fue el encargado de llevarles a una casa recién vaciada. Se encontraba en mal estado, con las paredes inclinadas y un encaje de telarañas suspendido de las esquinas del techo como las velas de un barco encallado en un arrecife. A cambio había sido equipada velozmente con todos los lujos que aquella gente era capaz de reunir: varias esteras, vasijas para las abluciones, un cántaro con agua fresca, cuencos con comida y un tapete de piel de cabra con el agujero de una antigua quemadura en el centro.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Álvaro.

—Sería una imprudencia continuar sin haber corregido algunas deficiencias. —

Aslam olisqueó uno de los cuencos. Dentro había una especie de gachas, muy claras, con un leve tono amarillento—. A Ibn Jayra le dediqué ocho meses de instrucción, que podrían haber sido ocho minutos y no habría obtenido peor resultado. Qué menos que dedicarle unas semanas a este otro desgraciado. Además, necesita aprender a hablar correctamente la lengua de estas tribus.

—Él es bereber.

—Que sus antepasados fueran bereberes no implica que hable su lengua. Simplemente la chapurrea, y con un acento que despertará sospechas en cualquiera que le oiga hablar. A ti, por cierto, tampoco te vendría mal perfeccionar tus conocimientos del idioma. Y tendrías que dejarte luenga la barba; ahora la llevas demasiado corta para confundirte con los musulmanes.

Álvaro se volvió intrigado. Mientras los guardias bebían agua en corro y se quejaban del alojamiento, al-Asayy y Dihya subían a la azotea de la construcción que les había tocado en suerte por la escalera medio desmoronada.

—Habrá que tenerle vigilado. Aún tengo la impresión de que huirá en cuanto se le presente la oportunidad.

—¿Huir? ¿Cómo? Déjale, deja que suba a esa azotea y mire y remire, hasta que le duela la vista. Así se dará cuenta de que no tiene dónde ir.

Álvaro subió detrás de la pareja, cuidando de posar los pies sobre los escalones que aún conservaban cierta cohesión. La azotea era ancha y estaba cubierta por la sombra voluble de los vencejos que, quizá por haber construido sus nidos bajo la cornisa, insistían en volar en círculos por encima.

Al-Asayy y Dihya miraban en direcciones distintas, como si buscasen rutas de escape, pero nada en el paisaje resultaba prometedor y Álvaro experimentó una punzada de remordimiento. Por muy desagradable que le resultara el poeta, no podía evitar pensar que estaba participando en una coacción no muy distinta de la que él mismo había padecido.

«Sería demasiado fácil convertirme en un agente de los Omeyas, demasiado cómodo. No debo traspasar esa línea. No debo olvidar quién soy o cuáles son mis verdaderas inclinaciones».

—Siempre creí que cuanto más se avanzaba hacia oriente, mayor era el refinamiento y mejor hablaban el árabe los musulmanes —estaba diciendo al-Asayy—. Y sin embargo, fíjate, parece que estemos en una tierra que no ha cambiado desde la primera edad, antes de que apareciesen los Profetas.

Se percató de la presencia de Álvaro en la azotea y se giró para preguntarle con acritud:

—¿Puede saberse en qué sitio estamos?

—Pregúntaselo a Aslam. Supongo que estamos a mitad de camino, pero no estoy seguro.

—Eso me ayudaría si tuviera la menor idea de cuál es nuestro destino.

—Podría decírtelo, ¿y de qué te serviría? El nombre de ese lugar te resultaría tan desconocido como el de este poblacho, si es que tiene alguno. Simplemente considera que aún tenemos que viajar muchas millas hacia el este.

—Al este se extiende el imperio de los fatimíes.

—Cierto.

—Y si los fatimíes os descubren pondrán vuestras cabezas a secar sobre la puerta principal de Qairuán.

—Nuestras cabezas —le corrigió Álvaro—. ¿O te figuras que harán una excepción contigo?

—Yo no tengo nada que ver con vuestros manejos, sean los que sean.

—Por supuesto. ¿Cómo no se me habrá ocurrido? —dijo Álvaro con ironía—. Estoy seguro de que los fatimíes se darán cuenta enseguida de tu inocencia y te dejarán libre sin causarte ninguna molestia.

Dihya había estado contemplando las mujeres que iban a buscar agua a la artesa o fabricaban cerámicas a mano, sin ni siquiera un torno para ayudarse. Daba la impresión de estar comparando la imagen real con las que guardaba en su imaginación: un mundo soñado, sugerido por los cuentos que había oído de niña a las ancianas de su clan.

—¿Por qué nos obligasteis a acompañaros? —inquirió, mirando a Álvaro de una forma que le hizo sentirse incómodo—. ¿Qué os habíamos hecho?

«La he decepcionado. Yo le inspiraba simpatía, a pesar de ser cristiano, y de repente me he rebajado al nivel de los brutos que componen la escolta».

—Soy un esclavo del califa —se defendió, aunque consciente de lo endeble que era la excusa. Él no se consideraba esclavo de nadie, ni entonces ni nunca, y se rebelaría contra cualquiera que opinase lo contrario—. Cuando recibo órdenes, las obedezco.

—¿De veras? Había supuesto otra cosa.

Bajó de la azotea, abochornado, y en el proceso se cruzó con el soldado al que Aslam había ordenado proteger a al-Asayy de noche y de día. Jamil se llamaba, aunque distase de ser hermoso. Tenía el físico de un luchador y una barba en forma de luna cornuda. Su sonrisa era ambigua; no se podía decir a ciencia cierta si prometía placeres o tormentos.

«¿Qué diferencia hay entre nosotros? —pensó Álvaro—. Que Dios me perdone, para ella ese animal y yo debemos ser parecidos. Y no lo somos. Maldita sea, no lo somos».

La instrucción se inició inmediatamente. Esa misma tarde el patriarca trajo a un joven de baja estatura, nariz aplastada, con un ojo a mayor altura que el otro, como si

hubiera seleccionado al hombre más feo de la aldea para que al-Asayy no saliera malparado en la comparación. La tarea encomendada al infeliz era pasarse el día entero hablando con el poeta en bereber, dentro de la casa o fuera, y se tomaba su ocupación con tal empeño que era raro ver al pupilo sin encontrar a su lado al maestro, parloteando incansablemente. Solían pasear por los alrededores del poblado, al-Asayy con aspecto de estar harto, su improvisado preceptor caminando detrás con el dedo índice extendido, enunciando los nombres de las cosas, de los animales y de las plantas. Solo se libraba de su eterno acompañante cuando Aslam comenzaba sus propias lecciones, que tenían lugar en el interior de su vivienda, a puerta cerrada.

Al mismo tiempo, ya fuese por imitación o porque el patriarca consideró equivocadamente que Aslam también pagaría aquel servicio, una mujer vestida con una prenda que recordaba a un sudario exhumado, sujeto al cuerpo por medio de unos nudos, se pegó a Dihya como una segunda sombra, de modo que por las tardes era frecuente ver a los primos caminando cada uno por su lado, apresuradamente y con la cabeza gacha, pretendiendo tal vez librarse de los maestros que los perseguían.

—¿De qué habláis? —acabó por preguntar Álvaro, picado por la curiosidad.

—Al principio no entendía una palabra de lo que me explicaba —suspiró Dihya. Seguía enfadada con él, pero estaba tan ansiosa por desahogarse que respondió sin vacilar—. Era dichosa. Ahora entiendo la mitad de lo que me dice, más o menos, y me gustaría taponarme las orejas con barro para dejar de escucharla. Hoy ha estado contándome la historia de una oveja que tuvo su padre, y a pesar de haber hablado durante horas asegura que no le ha dado tiempo a contarme la parte más interesante y que ya lo hará mañana. ¡Una oveja! Tiemblo pensando en que se le ocurra contarme la historia de su tribu.

Pese a las lamentaciones de Dihya y al-Asayy, ellos al menos tenían algo que hacer. Para entretenerse Álvaro salía a cazar liebres, que escaseaban, y participaba en simulacros de combates con los soldados. Esta era un tipo de distracción que le parecía particularmente útil, puesto que no descartaba la posibilidad de tener que luchar contra ellos algún momento, y los duelos simulados le permitían conocer por anticipado sus virtudes y sus defectos. Ninguno era particularmente peligroso, ni siquiera Jamil, que apenas dominaba un par de golpes y los repetía en exceso, como un jugador de dados que siempre apuesta a los mismos números. Un entretenimiento más emocionante, y más peligroso, tuvo lugar cuando los jóvenes de una aldea vecina vinieron con palos y garrotes después de la oración del viernes para enfrentarse con los niños de la aldea. Los hombres se unieron a la contienda encantados, hartos de aquella tranquilidad sin sobresaltos, y al cabo de un rato los participantes de ambos bandos estaban tirándose piedras con intención de hacer daño; fue pura suerte que nadie saliera malherido.

Participar en la refriega, y haberla desnivelado a favor de los jóvenes del poblado,

les proporcionó un prestigio que Álvaro aprovechó para ganarse la confianza de los campesinos que iban a trabajar medio desnudos, llevando unos simples zaragüelles, aun cuando estaban demasiado ocupados para dedicarle más de unos minutos al amanecer y al volver de los campos. Le gustaban las gentes sencillas, salvo cuando esa aparente sencillez ocultaba una gran arrogancia, como en el caso de los guías. Ya había tenido la oportunidad de hartarse de intrigas y engaños en Bobastro; las estancias en el Alcázar de Córdoba y en Fez agrandaron ese disgusto suyo hacia los individuos que cortejaban sin escrúpulo alguno el favor de los príncipes.

Solo uno de los campesinos se mostró abiertamente desagradable con él. Un bereber achaparrado, brusco, que precedía cada encuentro casual escupiendo al suelo y lo concluía recitando:

—*Allah iharraq buk.*

Los otros habitantes de la aldea, o no caían en la cuenta de que Álvaro era cristiano o, habiendo caído, no les importaba. Pero aquel hombrecillo insistía en desearle a su padre las llamas del fuego eterno, provocando las sonrisas malévolas de Aslam y sus guardias, hasta que Álvaro concluyó uno de los encuentros estrellando contra su boca una piedra envuelta en tela que llevaba oculta en el bolsillo justo cuando decía: «*…iharraq*».

—¿Qué has hecho? —fue a preguntarle Aslam poco después.

—Puedes verlo por ti mismo —contestó Álvaro. La tela estaba manchada de sangre y salpicada de trozos de incisivo, como un pastel espolvoreado con almendras machacadas.

—Avergüénzate. El jefe de la aldea se ha quejado. Aquí somos huéspedes y hemos de comportarnos con corrección.

—La hospitalidad que nos ofrecen se la has pagado tú por adelantado, y tendrían que avergonzarse por ello. Además, ¿qué nos harán si se enfadan? ¿Atacarnos con sus garrotes? Podríamos matarlos a todos fácilmente. Pero si deseas una solución más pacífica, dale otra moneda de plata al patriarca y cesarán sus quejas.

—Ya le he dado una. Y tú ahora tendrías que disculparte.

—¿Por qué? Sé muy bien que mi padre arde en el Infierno. Es lo que se merecía. Pero a mí no se me insulta gratuitamente. Ese campesino debería alegrarse de que me haya contentado con romperle los dientes en vez de envainar mi espada en sus tripas. Le ha salido barata la lección.

—Está bien —consintió el anciano—. No te disculpes, no hace falta. Tienes razón en que es un desperdicio mostrarse considerado con estas bestias. Sin embargo es preciso que moderes tu orgullo. Ya te lo he dicho antes y te lo repito. En Fez nos recibieron como a embajadores de la paz y de la prosperidad. Y aquí podríamos apoderarnos de la aldea en unos minutos, si nos apeteciera. A medida que nos desplacemos hacia el este será distinto. Tendremos que pasar inadvertidos, al menos

al principio, y aparentar humildad para ganarnos la estimación de la plebe. ¿Serás capaz de hacerlo?

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—Más te vale. Más nos vale. Y también tendrás que disimular con mayor acierto que eres un infiel. A nuestro señor Abd al-Rahman no le importa tener por servidores a gentes del Libro, tal es su benevolencia, siempre y cuando le sirvan con lealtad y eficacia, pero no hallarás tanta tolerancia por aquí.

—He tenido amigos en Ifriqiya y jamás tuve que ocultarles que Cristo es Mi Señor.

—Pues muéstrate tal como eres cuando estés entre tus amigos. El resto del tiempo sé cauto o te meterás en aprietos demasiado graves para que te saque de ellos una moneda de plata.

Álvaro se separó enojado de Aslam. En el fondo era consciente de que la postura del anciano era correcta, sin embargo los años transcurridos al servicio de los hafsuníes le habían acostumbrado a una situación de relativa igualdad entre cristianos y musulmanes. Aceptar que dentro del Estado califal formaba parte de una comunidad subordinada, expuesta a todo tipo de restricciones, le había resultado y le seguía resultando difícil.

Dihya estaba sentada en una roca ancha y con la superficie plana, a modo de asiento para gigantes. Se había adormilado; sus pestañas temblaban como tallos zarandeados por la brisa. Bastó que la sombra de Álvaro se pasease por su rostro un segundo para que despertara en el acto, alerta, y él reconoció un hábito adquirido en aquellos tiempos difíciles.

—Veo que habéis esquivado a la maestra —dijo.

—Puede que os pida prestada vuestra piedra para silenciarla —bromeó Dihya—. No le deseo ningún mal a la pobrecilla, pero por Dios que ya no la soporto más.

—Estáis haciendo progresos a una velocidad extraordinaria, por lo que me cuenta Aslam.

—Sí, el deseo de perder de vista a esos dos es un gran acicate. Sin embargo sospecho que los echaremos de menos. —De pronto la mirada de la mujer se tiñó de desconfianza—. Porque lo haremos, ¿verdad? Recordaremos esta aldea como un remanso de paz, el último sitio en el que nos sentíamos seguros.

—Depende.

—¿De qué?

—Del éxito de los planes de Aslam o de su fracaso.

—El éxito de sus planes solo beneficiará a Aslam. Lo sé. Así funcionan las cosas. Es su fracaso lo que compartiríamos.

Dihya era joven, pero Álvaro ya había advertido que sus reflexiones solían estar cargadas de pesimismo. Y la única razón que encontraba para ello era que había sido

sacudida duramente por la desgracia.

—Eres viuda, ¿me equivoco?

—También perdí un hijo.

—Lo siento. ¿Fue durante el asedio de Badajoz?

—Sí —corroboró ella—. Karim era mi tío. Un bereber de la confederación de los Zanata, como yo. Y presumía de serlo, a diferencia de los malnacidos, Dios los castigue, que se inventan antepasados árabes para encubrir sus orígenes. Era alto y fuerte, alegre. Conseguía sobreponerse a la adversidad de un modo que yo no acierto a imitar. Cuando él y mi hijo murieron se apagaron los soles que me iluminaban y desde entonces he vivido en la oscuridad de día y de noche.

Dihya se detuvo, herida por el recuerdo. Luego, habiéndose repuesto, preguntó a Álvaro:

—¿Habéis tenido mujer? ¿Hijos?

—Ninguna con la que me haya casado y ninguno que me haya llamado padre alguna vez —repuso él—. Mi oficio era la guerra y mi principal preocupación servir bien a mi señor. Esa es la huella que he dejado en el mundo.

«En otras palabras, no he dejado ninguna huella —pensó Álvaro—. La causa por la que luché fue vencida, aplastada. El caudillo al que juré fidelidad es un amasijo de piel y huesos burdamente trabados que cuelga de un madero, y el único amigo que conservaba probablemente sea la persona que me traicionó. Aparte de la esperanza de vengarme algún día de los Omeyas, ¿qué es lo que me queda?».

—Siempre habláis de vuestro señor en pasado. Pero Abd al-Rahman está vivo.

—Abd al-Rahman no es mi señor —repuso Álvaro. Puede que fuese una declaración demasiado sincera, acaso intentando corregir la mala impresión que le causó el otro día—. Simplemente es el dueño de la cadena por la que estoy sujeto.

—Es una afirmación valiente. A Aslam no le gustaría.

—Aslam no está aquí. Y en cualquier caso, ya lo sabe. O lo intuye. Nunca he fingido devoción hacia el Omeya. Me convirtieron en su esclavo y tengo que hacer lo que se me manda, pero mi devoción es para Ibn Hafsun y lo seguirá siendo mientras yo viva.

—Parece que os acordéis de Ibn Hafsun como yo recuerdo a mi Karim —dijo Dihya con una débil sonrisa—. ¿Era un buen hombre?

Álvaro consideró la pregunta. Había lances que no había contado a nadie ni tenía intención de hacerlo nunca. Por ejemplo, el modo en el que había derrotado a su hijo Sulayman en una pelea provocada por un estúpido desacuerdo: golpeándole por la espalda, a traición. O su participación, bastantes años antes de que Álvaro entrase a su servicio, en el envenenamiento del emir al-Mundhir por su hermano Abd Allah mientras el primero asediaba Bobastro. Sin embargo se sentía incapaz de acusarle por aquellos y otros actos deshonrosos. Igual que Ibn Hafsun los desestimaba con una

sonrisa, como si fueran travesuras fáciles de disculpar, también Álvaro encontraba sorprendentemente sencillo justificarlos.

—No, probablemente no era un buen hombre —reconoció—. Apostató varias veces, según le convino, del islam al cristianismo, y luego al chiísmo, que es la rama a la que pertenecen los fatimíes, y de nuevo al cristianismo. —Dihya parecía escandalizada. Él decidió ignorar su desconcierto y continuar—: Ofrecía su alianza a quien consideraba un apoyo válido para sus aspiraciones: aglabíes, fatimíes, asturianos… Y si, conseguida la alianza, no le procuraba el provecho esperado, la abandonaba para buscar otra. Me atrevería a decir que su postura respecto a la religión era la misma. Pero yo no era nadie y Samuel me convirtió en un hombre digno de respeto. A mi padre y mi hermano nuestros vecinos los temían más que a los lobos. Les odiaban, odiaban a mi familia. Menos a mí, porque yo era uno de los capitanes de Ibn Hafsun. Sin la confianza de Samuel, ¿qué habría sido de mí? Es mejor no pensarlo.

Dihya recogió las piernas y se inclinó hasta apoyar la barbilla en sus rodillas, como si considerara cómo habría sido su vida sin Karim.

—Incluso así, no os ha ido tan mal —dijo—. Aunque no os agrade el califa, tenéis un amo, una raíz. A nosotros nos han arrancado de la tierra como a espárragos que van a ser vendidos en el zoco.

—¿Una raíz? —bufó Álvaro—. Preferiría estar tirado en el camino.

—¿Y por qué? ¿Qué razón tenéis?

—Tengo miles. Pero os daré una. Yo también sé algo de asedios. Combatí contra las tropas Omeyas cuando iniciaron la campaña de Talyayra; por cierto fue la última vez que luché por los hafsuníes antes de que Sulayman me forzase a abandonarlos. Tratamos de auxiliar a los habitantes de la fortaleza de Santa Eulalia, que había sido cercada y estaba a punto de sucumbir, pero nos vencieron en el llano y tuvimos que replegarnos. Cabalgué hacia un monte aledaño junto a Abu Nasr, el mejor arquero que jamás haya conocido, para protegerle mientras alcanzaba con sus flechas a los soldados que se ponían a tiro. Mató e hirió a una buena cantidad, sin embargo su esfuerzo resultó baldío. Los mercenarios irrumpieron en la fortaleza y recorrieron el solar asesinando a la gente de los peores modos en patios y casas. Los habitantes, aterrados, huían por donde les era posible y para evitar ser pasados a cuchillo se tiraban de cabeza por los riscos. Yo lo vi. Madres con sus hijos abrazados al pecho, ancianos, hombres heridos durante el asedio. Caían sin cesar desde la cima, como una lluvia siniestra, hasta que no quedó ninguno con vida salvo los prisioneros a los que luego decapitaron en presencia de Abd al-Rahman. El mismo Abd al-Rahman al que se supone que he de servir con fidelidad.

Álvaro se dio cuenta de que la sangre se había retirado bruscamente del rostro de Dihya. Estaba pálida y sus ojos brillaban llenos de furia.

—Si es verdad lo que decís —exclamó—, es aún más indigno que colaboréis con los Omeyas. Cuando ellos asesinaron al hermano de mi marido, mi clan no buscó pretextos para olvidar la afrenta. Se unió al bando contrario para cobrarse el precio de la sangre, y aunque eso les costó la vida, murieron con honor.

—Ya os he dicho que…

—Oh, sí, sé lo que me habéis dicho, Ibn Daisam. Y mentís bien, aunque no estoy segura de si mentís a los demás o a vos mismo.

Resonó la llamada a la oración. Dihya se levantó de un salto, como si se alegrara de la interrupción, para unirse a las mujeres. Su maestra surgió de repente de detrás de los muros parduscos de adobe, apresurándose para alcanzar a su alumna y arrancando una sonrisa triste a Álvaro en el proceso.

«Podría decirle que colaborando con ellos quizá encuentre la forma de perjudicarlos. Pero es demasiado pronto. No la conozco tan bien para arriesgarme a confesar mis intenciones».

No volvieron a conversar en las dos semanas siguientes. Al llegar la época de los primeros calores Aslam juzgó que al-Asayy había alcanzado la soltura necesaria hablando la lengua bereber y comunicó al patriarca de la aldea que se iban. Aquel, para celebrar su partida y las monedas que esperaba recibir, decretó que tuviera lugar una fiesta. Trajeron un carnero viejo que tenía aspecto de haber sido reservado durante años para una ocasión como esta. El animal, sin duda creyendo estar a salvo ya de tales contingencias, adoptó un aire sorprendido cuando lo degollaron. La cabeza se le cayó a un lado haciendo un ruido viscoso y una mancha sanguinolenta y espesa comenzó a formarse en el suelo. Una mujer presionó la palma de la mano contra la sangre y acto seguido plantó la mano en la nuca de una mujer más joven.

—Dicen que la impresión de la mano manchada con la sangre del sacrificio sobre la espina dorsal espanta el mal de ojo y cura la epilepsia —explicó Aslam. Y añadió encogiéndose de hombros—: Pura superstición.

Un campesino trasmutado oportunamente en matarife colgó el carnero de una rama y se puso a despellejarlo. Le quitó la piel entera y después ayudó a espetar el animal en un largo palo antes de colocarlo encima de las brasas.

Dihya estaba rodeada de las madres adolescentes cuya compañía había buscado en las dos semanas anteriores, intentando compartir aquellos goces de la maternidad que le habían sido arrebatados tan prematuramente. Un niño de unos cuatro años daba vueltas en torno a ella, asombrado de su piel y sus gestos, hasta que ella le revolvió el pelo, al tiempo que decía a la madre:

—Es un niño muy guapo… *ma sha Allah* —dijo, incluyendo la frase que ahuyentaba el mal de ojo.

La madre rio encantada, luciendo una dentadura llena de vacíos pese a su corta edad, y cediendo al impulso de corresponder al cumplido fue corriendo a poner la

mano en la plasta de sangre del carnero, rebozada de moscas, para adornar la nuca de Dihya con la rojiza señal de sus cinco dedos.

Ella dio unos pasos hacia atrás, aturdida, haciendo un aspaviento que se debía en parte a la gratitud y en parte al asco por tener el cuello manchado de sangre a medio coagular. Álvaro dedujo que se trataba de una mujer que había crecido en un ambiente refinado, dentro de lo que cabe. Como solía suceder con las princesas, incluso con las que habían perdido su reino, no podía evitar ser un poco remilgada.

—Se secará enseguida —dijo Álvaro—. Y entonces será fácil de limpiar.

—Oh, gracias. —Ella, al reconocerle, apartó la mirada—. Estaréis enfadado conmigo.

—¿Por qué?

—Os he rehuido estos días. No me digáis que no lo habéis notado.

—Hablé más de la cuenta. Me sucede a menudo.

—No, es solo que… Me siento frustrada. Tenía una vida, unas ilusiones. Sembré, pero no he recogido nada, excepto aflicción. Por eso me enfado con facilidad.

—Tienes motivos para estar enfadada. En realidad, es preferible la ira al desaliento. El desaliento solamente conduce a la desesperación, pero la ira te servirá para mantenerte firme, con los pies en el suelo.

Dihya se humedeció los labios, nerviosa. Las adolescentes ya venían para rodearla de nuevo y Álvaro sintió la mano huesuda de Aslam posándose en su hombro. El anciano tenía un pedazo de carne humeante en la otra mano y lucía una sonrisa ladina mientras apartaba a Álvaro de Dihya.

—Ese carnero degollado me ha recordado a Ahmad Ibn Abdallah, la misericordia de Dios sea sobre él —dijo Aslam con los dejes propios de un hablante del árabe más culto—. Aunque hay una gran diferencia: el sacrificio del carnero ha traído la alegría a la aldea, en cambio la muerte de Ahmad llenó de tristeza a sus discípulos.

—¿Le conociste?

—Sí. Él acudía al Alcázar a menudo.

—Así que maté a uno de tus amigos. Lo siento.

—¿Amigos? Dios me valga, claro que no. Era un pedante insoportable. Se dedicaba a ensalzar continuamente los tratados de leyes que escribía, como si alguien, aparte de sus discípulos, tuviera el valor de leerlos. —La sonrisa desapareció; los delgados labios de Aslam se habían tensado en una mueca reprobadora—. De todas formas no estuvo bien lo que hiciste. Y tampoco está bien que te juntes con la hermana del poeta como lo haces. Ten cuidado. Cuando un hombre y una mujer se quedan a solas sin estar unidos por el matrimonio, enseguida acude el Diablo para sentarse con ellos.

—¿Y qué te más te da? No te hacía tan puritano.

—No quiero más complicaciones de las necesarias —dijo Aslam, sonrojándose

levemente ante el reproche. Señaló a al-Asayy, que había aprovechado la ocasión de beber a placer el vino que hacían en la aldea y ahora estaba asediando a las esposas de los campesinos, sin distinción de edad o hermosura—. Mi plan ya está expuesto a suficientes riesgos.

«Tú tienes un plan —pensó Álvaro—. Y con la ayuda de Dios a mí se me ocurrirá un plan igualmente. Y te aseguro que no te va a gustar lo más mínimo».

5

La ciudad de las langostas

—Ese será un buen lugar para comenzar —dijo Aslam, satisfecho.

El horizonte parecía haber cobrado vida. La primera luz del día movilizaba a las perdices, que remontaban afanosas el vuelo. Dihya notó un olor dulzón en el aire. El viento le alborotaba el cabello. A lo lejos, detrás de las colinas, antes de las montañas, una franja azul enredada con la bruma. Un lago.

Aslam alquilaba guías a su capricho y los despedía cuando los consideraba amortizados. En el siguiente pueblo contrataba nuevos acompañantes. A Dihya le daba la impresión de estar avanzando en zigzag, como una presa intentando despistar a los sabuesos que la persiguen. La única constante era la dirección. Continuaban yendo hacia oriente, hacia los escenarios de las fabulosas leyendas que escuchó de niña, como la epopeya de la *Kahina*, la hechicera de los montes Aures que fue capaz de reunir a las tribus de Ifriqiya bajo su mando y detener durante cinco años el avance de los conquistadores árabes.

—Deberíamos entrar nosotros primero. —Aslam señalaba con un dedo puntiagudo la ciudad extendida a un par de millas de distancia—. He oído cosas prometedoras, pero es conveniente que las compruebe por mí mismo.

Hizo una seña a Álvaro. Este avanzó inmerso en un silencio hosco. La barba, el turbante, la forma de montar en la mula y llevar la espada. Se había convertido en una réplica eficaz de los guerreros con los que se cruzaron durante el trayecto. Un guerrero pobre, tal vez, pero tan arrogante como cualquiera.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? —inquirió el guardián de al-Asayy.

—Volveremos pronto. Una hora. Dos a lo sumo. Si tardásemos más tiempo será porque nos retienen, de modo que entrad en el pueblo a sangre y fuego y no dejéis a nadie con vida hasta encontrarnos.

Dihya se alarmó. Desconfiaba del guardián de su primo. Jamil era un hombre de extremos. Calmado en apariencia, como un toro que rumia en silencio su pasto, pero que bajo el imperio de la cólera podía acometer con brutalidad a cualquiera que le hubiera exasperado, ya fuese un desconocido con el que se cruzaban por casualidad, un guía u otro miembro de la escolta. A Álvaro lo respetaba, o quizá le tenía miedo, y a Aslam le obedecía; si los dos se marchaban, ¿quién iba a refrenar sus arrebatos?

Obtuvo la respuesta enseguida. Jamil comenzó a dar órdenes apenas Aslam y Álvaro se perdieron de vista. A un sirviente que se demoraba en cumplir sus instrucciones le golpeó en la cara con el dorso de la mano, rompiéndole el labio inferior. A ellos dos les mandó que se sentasen al abrigo de unas rocas y que no se movieran de ahí. Cuando al-Asayy replicó que prefería caminar por las cercanías para

estirar las piernas, Jamil le espetó:

—¿Quieres que te ate? —Jamil rebuscó en su alforja y extrajo una de las cuerdas que usaban para asegurar las mulas—. Podría taparte también la boca con una mordaza para impedir que sigas importunándonos con tus bromas, ¿te gustaría? —Arrancó un higo maduro de la chumbera más cercana y comenzó a pelarlo con el cuchillo—. Harás lo que yo te diga y cómo yo te diga. El viejo te ha malacostumbrado y ahora crees que puedes hacer lo que te dé la gana. Pues te equivocas.

Masticó un trozo de higo y apuntó con el cuchillo chorreante de jugo al espacio entre rocas. Ambos se sentaron allí y al instante se dieron cuenta de por qué lo había elegido Jamil: era como una prisión natural, a la que solamente le faltaba una pared para estar completa, precisamente donde se apostó el guardián.

—Al menos este no disimula lo que es ni cuál es nuestra condición —dijo al-Asayy.

—Siempre hemos sido prisioneros —repuso ella—. Desde que vinieron a buscarnos en Fez.

—Es verdad, pero el anciano lo disfraza con tal artificio que a veces me hago la ilusión de ser su invitado. Un invitado al que no se le permite negarse a nada, claro está.

—¿Te ha dicho ya lo que pretende de ti?

—No, y tampoco consigo figurarme lo que pueda ser. Sus lecciones versan fundamentalmente sobre los fatimíes y sus opiniones heréticas, y teniendo en cuenta que son enemigos declarados del Omeya y la dirección que llevamos deduzco que tiene la intención de infiltrarse en sus dominios para perjudicarlos de alguna manera. Pero no alcanzo a imaginar para qué me necesita.

—Sin embargo el hecho es que te necesita.

—Por el modo en que nos vigilan es evidente. Aunque lo considero un desperdicio. ¿Cómo vamos a escapar? Esta no es nuestra tierra. No sabría dónde ir ni a quién acudir. Por Dios, ni siquiera sé a ciencia cierta dónde estamos.

Dihya miró alrededor. Las rocas parecían recrear un anfiteatro en miniatura, aunque los únicos espectadores eran las chumberas, quemadas y retorcidas, y el único espectáculo lo ofrecía una rapaz martilleando con el pico la cabeza de una serpiente.

—En al-Ándalus me sentía bereber y aquí me siento extranjera —dijo abrazándose a sí misma. Un gesto habitual en ella—. ¿Es que ya no somos de ninguna parte?

—Olvida esas nostalgias de lo que nunca has conocido —la reprendió su primo—. Somos de allí, no de aquí. Tal vez sería distinto si localizásemos la tribu exacta de la que procede nuestro clan; podríamos hacer valer nuestros vínculos de parentesco. Pero para el resto somos como aquel viajero del cuento, que estuvo fuera de su casa

tanto tiempo que al volver ya no le reconocía nadie y se burlaban de él cuando trataba de explicar quién era.

Aslam y Álvaro regresaron antes de la hora convenida. Rápidamente el grupo escondió las armas y cualquier elemento que los identificase. Al acabar parecían comerciantes que han realizado un largo viaje y ya no tienen nada que vender.

Al tiempo que se producía la transformación del grupo, el anciano funcionario entregó sendos paquetes de ropas atadas con una soga a Jamil, que se los entregó a su vez a Dihya y al-Asayy, o más bien se los tiró a la cara.

—Cambiad vuestra indumentaria. Deprisa.

Dihya se fue lejos, desplazándose por el roquedal hasta llegar a una pared que era prácticamente infranqueable. Al detenerse se sintió aliviada por estar completamente sola, sin ninguna mirada que la acechase, ningún guardián que contara sus pasos. Orinó acuclillada y luego deshizo el paquete para vestirse. Eran unas sayas gastadas, viejas; un tacto áspero, arenoso, al rozar su piel.

«Karim se angustiaba por no poder proporcionarme tantos vestidos hermosos y joyas como hubiera querido y ahora, en cambio, me visten con sacos y me engalanan con el polvo de los caminos —pensó Dihya—. ¡Qué penosa es la vida en este mundo!».

A al-Asayy le había correspondido una capa corta, de lana, no menos gastada que la de Dihya y un blanco turbante amarilleado por el sudor de su anterior propietario. Al encontrarse con su prima giró sobre sí mismo para mostrarse por delante y por detrás, exhibiendo una mueca de fastidio:

—Desde luego no esperaba que me regalasen trajes tan ricos como los que envió el califa a Ibn Abi’l-’Afiya, pero tampoco que fueran a disfrazarme así. —Estiró las puntas de la capa para examinar mejor el burdo tejido de lana—. Parezco un pastor; solo me faltan las cabras, la vara y tener la sarna… aunque seguro que estas ropas me la contagian pronto.

El comentario arrancó a Dihya una débil sonrisa. De todas formas Jamil ya estaba reclamando a gritos que volvieran para ponerse en marcha junto con el resto de la expedición.

La localidad a la que se encaminaron era una ciudad fortificada venida a menos, zarandeada por uno de los golpes de fortuna que decidían el destino de las poblaciones. En su caso, una variación en las rutas que seguían las caravanas y los peregrinos, que se habían desplazado algo más al sur, llevándose la bienaventuranza a otra parte. Dihya apreció algunos huertos y arboledas, y otros tantos que languidecían por falta de atención. Una noria tan alta como una casa de tres pisos irrigaba los huertos, por encima de los alminares de un par de mezquitas, a los que empequeñecía. Además de por su tamaño destacaba por el ruido que hacía al girar; Dihya lo encontró curiosamente semejante a los gritos de una mujer que da a luz. Aquella noria era el

elemento fundamental en el paisaje, la piedra angular. Todo lo demás aparentaba haberse organizado en torno a su enorme silueta, como unos peregrinos que se detienen debajo de un árbol frondoso en busca de sombra.

—Las ruedas de agua no son comunes en esta región —apuntó al-Asayy—. Deben haberla construido unos emigrados de al-Ándalus.

La decadencia de la ciudad se volvía más palpable al acercarse a sus puertas. La muralla estaba desmoronada en varios tramos, unos cuantos reparados ineficazmente con ladrillos de adobe, otros abandonados a su suerte. Las malezas habían suplantado la mitad de los huertos; la mitad restante sobrevivía con dificultad. Y la noria, que desde lejos provocó el asombro de Dihya, de cerca revelaba la torpeza de sus giros, el cansancio de un gigante a punto de sucumbir a la vejez. Al terminar cada vuelta se detenía, estremeciéndose, y tras producir unos ruidos semejantes a jadeos, como si le faltase el aliento, volvía con lentitud a ponerse en marcha. Al-Asayy calculó que a la ciudad no le quedaban más que unas cuantas décadas por delante antes de despoblarse por completo. Cincuenta años más y solamente permanecería de su existencia una mención, breve, en los escritos de algún viajero famoso que durmió allí una noche durante su peregrinación a La Meca.

—Leí que el último príncipe que reinó en esta ciudad tenía trato carnal con su hija mayor —explicó Aslam, acercándose a ellos mientras unos hombrecillos con las palmas de las manos teñidas de *henna* abrían ceremoniosamente las puertas—. «¿Por qué voy a permitir que otros prueben primero los frutos de mi huerto?», decía para justificarse. Como castigo Dios arrojó una plaga de langostas sobre la ciudad y desde entonces se halla en este lamentable estado.

Al entrar Dihya observó una notable abundancia de saltamontes, como si la plaga mencionada por Aslam no hubiera remitido todavía. Estaban por todas partes: sobre los tejados, en los árboles, cubriendo el suelo como alfombras palpitantes. Luego reconoció los símbolos de la devastación, presentes en el interior igual que en el exterior. Muros roídos, cúpulas rotas, como cáscaras de huevo perforadas por un dedo curioso. Tumbas con el yeso desconchado desprendiéndose de las paredes como las escamas de un reptil enfermo, sobre la bóveda desplomada, vencida por el tiempo. A esos muertos ilustres, cuyos majestuosos mausoleos debían servirles de protección contra el olvido, ya nada los conmemoraba. Hasta sus nombres, inscritos en relieve junto a frases del Corán, se habían vuelto ilegibles, los habían borrado la lluvia y el viento.

Los habitantes mostraban una apariencia acorde con la de su ciudad. No eran numerosos. Macilentos, como si padecieran alguna dolencia, vistiendo galas anticuadas, herederos de linajes que fueron importantes. Contemplaban la procesión con curiosidad, quizá el primer grupo importante de forasteros después de una retahíla de años inertes, mientras acudían a las mezquitas, tan pequeñas que apenas se

distinguían de las casas inmediatas. La única que era bastante capaz y ofrecía a la vista buenas proporciones arquitectónicas estaba destruida en parte; junto a las galerías se extendían, como una hemorragia aún sin controlar, los groseros ladrillos de los que habían estado compuestos los muros desplomados.

—No abundan los edificios que sean lo bastante amplios para darnos cobijo a nosotros y las bestias —les informó Aslam—. Había posadas para que se recogieran de noche las caravanas, pero están deshabitadas y en ruinas. El sitio que he escogido es malo, pero entre lo malo es lo mejor.

Avanzaban por una calle bastante ancha, por la que podían transitar tres hombres a caballo de frente. La calle desembocaba en un edificio que también era el pálido reflejo de unas glorias pasadas. Un palacio saqueado y nunca reconstruido, tal vez el mismo en el que el príncipe pecador atrajo la cólera divina. A Dihya le pareció posible. Allí la densidad de cigarrones era mayor que en el resto de la población, como señalando que aquel era el sitio en el que se originó la catástrofe.

Descendieron de los asnos y se adentraron en los restos del palacio pisoteando las astillas de cerámica que muchos pies habían triturado antes que ellos. Ninguna de las habitaciones conservaba intacto el techo. De todas formas no era la época de lluvias. Aslam escogió una estancia grande y con algunas evidencias del antiguo esplendor. Unas cuantas teselas sueltas sugiriendo la desaparición de un mosaico y un par de azulejos de color verde. Jamil limpió un rincón sombreado por un trozo de cubierta que aún no se había desprendido y situó en él su manta. Echó las mantas de Dihya y al-Asayy a unos pasos de distancia y el poeta volvió la cara disgustado.

—Por lo que se ve, el cabrón considera que no hemos sufrido suficientemente sus ronquidos —pronunció entre dientes—. Antes que al lado de Jamil preferiría dormir con las mulas; son más delicadas y fragantes.

Nadie le escuchó, aparte de Dihya. El guardián se había acercado a Aslam, que vagaba por el palacio señalando sus características a Álvaro.

—Es una lástima que una residencia tan bella acabase convertida en refugio de delincuentes —suspiraba el anciano—. Cuando he comentado en el zoco mi intención de instalarme aquí todos pensaron que había enloquecido: «Si los ladrones no te matan, te devorarán las langostas». Los ladrones habrán huido al ver que nos aproximábamos y las langostas no me dan miedo.

Precisamente había un saltamontes de gran tamaño posado frente a Dihya, sus ojos compuestos fijos en los suyos hasta que ella lo espantó dando una palmada.

—¿Este es el lugar en el que vamos a dormir? —gruñó Álvaro, apartando con los pies unos escombros que estorbaban el paso.

—Mañana contrataré a unos trabajadores para que lo adecenten un poco.

—Harían falta meses para adecentarlo.

—Tendremos que adaptarnos —dijo Aslam—. Ya has visto que hay pocas

opciones para alojarse en esta ciudad.

—Pues continuemos adelante.

—No —repuso testarudo el anciano—. El sitio es perfecto. Los fatimíes no mantienen una guarnición en la ciudad y dudo que tengan representantes de ninguna clase. Aquí podemos establecernos y dar nuestros primeros pasos sin que nadie nos moleste ni se entere de lo que hacemos. Pero aunque sean de poca importancia los apoyos que podemos obtener, dado el estado de abatimiento de la ciudad, es probable que al menos los obtengamos con facilidad. Aquellos que sueñan con las riquezas perdidas son proclives a creer a quien les promete recuperarlas.

Hizo una seña a al-Asayy para que entrase con él en una de las habitaciones vacías del palacio. La luz del sol apenas podía entrar por una ventana alta y minúscula, cegada a medias por las telarañas, y en la penumbra se escuchaba, repetido hasta la locura, el crujir de las patas de los cigarrones.

—Ahora te toca a ti actuar —dijo Aslam—. Estarás oculto unos días, mientras nosotros extendemos la noticia de tu llegada. Diremos que has bajado de las montañas para predicar y que nosotros somos tus primeros seguidores. Al principio seremos discretos; buscaremos a las gentes que tengan algún peso a la ciudad y las atraeremos aquí para que tú las recibas. No tendrás que hablar mucho, por el momento. Nosotros hablaremos por ti y, además, los encuentros serán breves, para excitar su interés. Limítate a sentarte en la oscuridad, leyendo el libro que yo te daré, y ellos verán lo que yo les haya dicho que iban a ver.

El poeta carraspeó con nerviosismo. Giraba la cabeza a derecha e izquierda, como buscando en el cuarto una explicación para las palabras del funcionario.

—No acabo de comprender lo que quieres de mí —se quejó con voz débil.

—Quiero que seas mi instrumento. El que levante contra los fatimíes el estandarte de la rebelión.

—¿Yo? Que Dios me ayude, ¿cómo voy a hacer yo eso?

La pregunta había sonado como un graznido. Dihya notó que las manos de su primo habían comenzado a temblar y sintió que la embargaba la inquietud.

«Te figurabas que alejándonos de al-Ándalus escaparíamos de la desdicha —pensó—, pero ya no cabe ninguna duda: la desdicha se ha dado prisa en volver a alcanzarnos».

—¿Por qué no? Tienes las cualidades adecuadas. Hablas bien, eres ingenioso, y con las lecciones que te he dado puedes discutir sobre religión con cualquiera. Perteneces a una de las tribus de los Zanata, que son abundantes en las tierras del Magreb y te escucharán con agrado debido al vínculo que os une. Y la marca que tienes en la cara puede ser interpretada como un signo milagroso: la señal con la que te ha distinguido el Altísimo. Si decimos que es una marca de nacimiento, ¿quién podrá contradecirnos? Así parecerá que estás predestinado a restaurar la verdadera

religión en estas tierras castigadas por las blasfemias de los fatimíes.

—Pero yo no sabría qué decir o qué hacer…

—Yo pondré las palabras en tu boca y dictaré tus acciones. No te preocupes, los bereberes son un pueblo al que Dios ha distinguido con la ignorancia aparte de con la turbulencia, no hará falta escoger con demasiado cuidado las palabras. Su comprensión del islam es todavía deficiente y las absurdas predicaciones de los misioneros fatimíes han hecho que esperen encontrar un mesías debajo de cada piedra y cada árbol, por no mencionar lo lastimados que se hallan por la intolerancia de los fatimíes. Será fácil engañarles.

—¿Estás seguro?

—Naturalmente. La verdad es pesada, en cambio la mentira tiene los pies ligeros. Y aún más veloz ha de ser esta mentira, porque al servir para eliminar la nefasta influencia de los fatimíes en el norte de África y hacer que retorne al Islam esta parte del mundo, el Altísimo ha de favorecerla grandemente.

El anciano se agachó para sacar unos pergaminos de su bolsa. Al levantarse se escuchó un chasquido y un espasmo de dolor nubló su cara. Solo, rechazando la ayuda de al-Asayy, consiguió lentamente enderezarse.

—Deja de poner esa cara —refunfuñó—. Sacarás más beneficios de esta farsa que los que podrías esperar jamás de la poesía, si te portas bien. Hasta es posible, si Dios quiere, que ocupes un día el trono en Qairuán. Toma, lee esto y memorízalo. —Aslam golpeó los pergaminos con la punta de los dedos—. Luego puedes añadir lo que creas oportuno, pero ahórrate las extravagancias. Hubo un falso profeta hace años en la región de Tetuán, Habib ibn Mann Allah al-Muftari, que redujo las oraciones diurnas a dos, redactó su propio Corán, prescribió el ayuno hasta el mediodía los lunes y los jueves, y declaró lícito comer los cerdos hembras. No es mala idea plantear alguna exigencia nueva y exagerada, a los crédulos les agradan las prohibiciones, de este modo se hacen la ilusión de ganarse la entrada en el Paraíso, pero que no resulten excesivamente difíciles de cumplir o acabarán por irritarse contra ti. Una pizca será suficiente.

—¿De cuánto tiempo dispongo para aprenderme esto? —inquirió el poeta, cogiendo los pergaminos.

—Estás acostumbrado a estudiar y, de todas maneras, ahí se repite mucho de lo que hablamos durante las lecciones. Te doy dos días.

Al-Asayy repasó los pergaminos, cubiertos con la caligrafía menuda y precisa de Aslam, y se los guardó debajo del brazo. Fuera la luz comenzaba a retirarse del cielo mientras un reflejo anaranjado era el anuncio de la inminencia del anochecer. Luego los soldados encendieron antorchas y las sombras se agitaron en las salas devastadas como genios que despertasen de un largo sueño.

Sonaba de fondo un desagradable chirrido, un sonido marchito, deteriorado, que

hizo que Dihya se preguntara de qué se alimentarían las langostas que infestaban la ciudad para alcanzar tales dimensiones. Y así, distraída, no se dio cuenta de que Aslam había reparado de repente en que estaba con ellos en la habitación.

—Y a ti también podríamos aprovecharte —murmuró con malicia—. Esa cojera tuya… podríamos hacerla pasar por otra señal del favor divino. ¿Por qué no?

6

Reencuentros

El hombre tenía la apariencia de un viejo jefe. Era todavía apuesto, pese a su avanzada edad, sentado sobre el pedregullo a la entrada de la casa. Aunque hacía calor no tenía pellejo para beber, ni cayado, y su turbante era tan blanco como si acabase de sumergirlo en cal.

—Busco a al-Makhtum —dijo Álvaro.

El hombre evaluó a Álvaro con la mirada. Luego se levantó con dificultad y entró en la casa. Unos minutos más tarde salió el hijo, idéntico al padre salvo por ser unos veinte años más joven. Tampoco le habló. Simplemente se puso las sandalias antes de echar a andar. Álvaro golpeó suavemente con los talones los ijares del caballo y se dispuso a seguirle.

En la orilla del río seco había cuevas excavadas, amuralladas con piedras colocadas de cualquier manera. Aún estaban ocupadas algunas de las cuevas, rostros oscuros asomados por encima de los precarios muros, alertados por el repicar de los cascos del caballo. Pero la mayor parte de los vecinos se habían marchado al nuevo emplazamiento. La principal, casi la única ventaja, era el mayor resguardo frente a las inundaciones, cuando las lluvias torrenciales revivían el río y este arrastraba hacia el mar todo lo que obstaculizara su avance. Casas de barro y chozas cubiertas de pieles de cabra componían el poblado. La mezquita, si la había, no se diferenciaba de las restantes construcciones.

La siguiente parada en la llanura era un palmeral que contrastaba con las áridas sierras alzadas a lo lejos como avanzadas del Atlas, cuyas cumbres cerraban el paisaje. Unas tapias bajas de arcilla dividían el terreno en sectores, agujereadas en la base para permitir el paso de los canalillos que llevaban agua a los árboles. Varios muchachos ataviados únicamente con unos zaragüelles trepaban por los troncos de las palmeras para insertar en sus partes femeninas unos brotes dorados, los penes de la palma.

Subieron por un camino en pendiente hasta la cima del montículo que dominaba el palmeral. Buena parte de su superficie estaba cubierta por un aduar improvisado: tiendas, camellos de rodillas y caballos sacudiendo la cabeza para librarse de las moscas. La cima, sin embargo, estaba ocupada por una casa alargada, con un grueso muro alrededor. El acompañante de Álvaro le dijo algo al esclavo que montaba guardia. Este palmeó la empuñadura de la espada, que era enorme, e hizo una seña al visitante para que le acompañara. El otro hombre dio la vuelta y se fue, sin haberle dicho ni una palabra a Álvaro, sin mirarle siquiera.

El esclavo le condujo a un patio interior. Se fue tras dejar a Álvaro resguardado

en la sombra de una palmera. La figura que apareció poco después, enmarcada por el dintel de la puerta, era tan alta como la recordaba, si bien mucho más oronda.

—¿Ibn Daisam? —murmuró inseguro.

—Que las bendiciones de Dios sean contigo, Ali ibn Abi al- Makhtum —repuso Álvaro—. Sí, soy yo.

—Dios ha decretado que volvamos a reunimos —asintió él. Y enseguida dijo con los párpados entrecerrados—: No has cambiado nada.

«Tú sí», pensó Álvaro.

Habían transcurrido al menos quince años desde su último encuentro. Entonces al-Makhtum era joven y aguerrido, y soñaba con fundar un reino propio en al-Ándalus después de que Ibn Hafsun consiguiera derrocar la dinastía de los Omeyas. Después de la muerte de Ibn Hafsun dicho sueño fue reemplazado por la posibilidad de que los fatimíes encargaran a los Banu Asafu gobernar en su nombre la mitad oriental del reino de Nekor, el cual acababan de conquistar, pero cuando los hijos del soberano depuesto lograron expulsar de sus dominios a los fatimíes también esa aspiración se vio truncada. Los sucesivos fracasos no le habían sentado bien a al-Makhtum. Su rasgo más distintivo continuaba siendo la nariz que le habían aplastado cuando un barco omeya atacó el suyo cerca de la costa de Pechina. El resto de su fisonomía era menos imponente. Había engordado mucho y la negra barba no conseguía encubrir por completo la flaccidez del cuello. Desde el principio a Álvaro le pareció un hombre de humores cambiantes, capaz de oscilar en un instante del éxtasis a la desesperación, y al revés. La extraña tensión de su cuerpo le indicaba que era una característica que se había acentuado con los años.

Al-Makhtum le dio paso al interior de una habitación en penumbra. En la oscuridad se hallaban congregadas siete, ocho figuras, inmóviles o jugando con sus puñales. Él se sentó sobre un cojín desocupado, observando de reojo aquel lánguido baile de cuchillos. Quizá, si cometía un error al escoger sus palabras, si los que integraban la tribu de los Banu Asafu tenían presentes antiguas ofensas que Álvaro había olvidado ya, alguna de las hojas que destellaban débilmente al dar vueltas acabase rebanando su pescuezo.

«¿Por qué no encienden las malditas velas? Apenas puedo ver más allá de mis rodillas».

—Unos parientes han venido a pasar unos días conmigo, miembros de mi casa —dijo al-Makhtum. Unas cabezas se inclinaron en la penumbra—. Habrás visto sus tiendas ahí fuera.

Álvaro pronunció los saludos corteses de rigor, sin poder apreciar si era escuchado o no.

—¿Recibiste a mi mensajero?

—Sí. Él me informó de que vendrías. —Al-Makhtum hizo una pausa antes de

dirigirse a sus parientes nómadas—: Ibn Daisam y yo navegamos juntos en la época en la que todavía me aventuraba en el mar. Hace tanto tiempo que me parece que fue otra persona quien lo hizo, Dios sea loado. Él luchó conmigo el día en el que me rompieron la nariz y sin su ayuda tengo por seguro que habría sufrido peores heridas que esta. Nos sorprendieron al caer la noche, por cada uno de los nuestros había dos contrarios, y sin embargo vencimos. —Movió la mano en el aire como si reviviera unos de los tajos que asestó durante la pelea—. Ibn Daisam y yo luchamos como leones acorralados y al final los marineros Omeyas tuvieron que huir para salvar la vida.

La escena que encontró Álvaro rebuscando en su memoria era algo distinta. Después de que les asaltaran el mar se había alborotado de repente. El agua cambió su color a un azul negruzco, magullado, y los marinos que les atacaban regresaron apresuradamente a su galera temiendo que un vaivén de la misma pudiera dejarlos aislados en una nave enemiga. Al girarse descubrió a Ali ibn Abi en cuclillas, cubriéndose con las manos las narices reventadas por un golpe, ignorando que aquel incidente le haría ganarse el sobrenombre por el que iba a ser conocido de ahí en adelante. Pero Álvaro se guardó para sí su versión de los hechos. Solo los muy imprudentes se atreven a contradecir a su anfitrión.

—Oí que los seguidores de Ibn Hafsun habían sido vencidos y desperdigados.

—Es cierto.

—¿Y has llegado hasta aquí escapando de la ira de Abd al-Rahman? Ha debido ser un largo viaje. Alégrate, sin embargo, porque has llegado a un buen destino. Puedes contar con la hospitalidad de los Banu Asafu. —El gesto de al-Makhtum parecía poner a su disposición la casa entera, el palmeral, incluso los familiares que escuchaban en silencio—. Quédate con nosotros. Aquí estarás a salvo.

—Dios os recompensará por vuestra bondad, Ali ibn Abi —dijo Álvaro.

Le incomodaban los familiares agazapados en la penumbra, mirándole sin pestañear mientras jugaban incesantemente con sus cuchillos, así que se inclinó para susurrar en la oreja de Al-Makhtum:

—¿Podríamos hablar a solas?

—De acuerdo —dijo su amigo después de una corta reflexión. Se disculpó ante sus familiares y juntos salieron al exterior y a la luz, que Álvaro sintió en sus pupilas como un bálsamo.

—Debes disculpar a mis parientes —dijo al-Makhtum—. Son gente sencilla que carece de modales. Vienen a mi casa y se comportan igual que en sus tiendas, en medio del desierto. No entienden la diferencia.

—Parecen aguerridos.

—Son unos bárbaros, que Dios los perdone. Unos salvajes. Estoy deseando que se vayan. —Al-Makhtum se rascó la nariz arruinada, brotando como un violáceo

tubérculo en medio de su rostro—. Al menos el anuncio de tu visita me alegró el ánimo. Me hizo recordar una época feliz. Entonces yo creía poder ganar territorios para mi familia. Pero todas las promesas fueron incumplidas. Ya ni siquiera tenemos barcos, ni nos acercamos al mar por motivo alguno. Hemos tenido que volver a asentarnos en esta comarca, que es tan pobre que prácticamente nadie nos la disputa, y si Dios no lo remedia acabaremos retornando al desierto.

Señaló vagamente los camellos tumbados o atados, estirando nerviosos el cuello hacia las gavillas de hierba para forraje que los esclavos desataban a fin de alimentarlos.

—No parece que os haya beneficiado mucho la alianza con los fatimíes —dijo Álvaro, sorprendido por la miserable apariencia de la residencia de al-Makhtum.

«Ha sido una suerte que los espías Omeyas te hayan sobrevalorado —reflexionó—. Si Aslam hubiera sabido el estado en el que verdaderamente te encuentras, no habría mostrado ningún interés en atraerte para su causa ni se habría fijado en mí para ayudarle a conseguirlo».

—Nos benefició en un principio. Después los fatimíes comenzaron a dar preferencia a otras tribus y desde entonces se limitan a ofrecernos unas migajas de vez en cuando.

—Y pese a ello continúas siendo su aliado.

—Podría rebelarme —Al-Makhtum se encogió de hombros—, pero haciéndolo solo adelantaría la vuelta de mi clan al desierto. Los fatimíes son un mal enemigo. El califa al-Mahdi ha aniquilado todas las rebeliones que se han producido en sus dominios, y si esos rebeldes, que eran más fuertes que yo, terminaron perdiendo la cabeza y las orejas, ¿cuáles son mis posibilidades? No tengo mucho, pero no deseo renunciar a lo que tengo. Y aún deseo menos ver cómo mis parientes nómadas sonríen con desdén cuando les pida un sitio para mí y para mi familia entre sus apestosas tiendas.

—Lo que dices es sensato. Sin embargo, da gracias a Dios, porque puede que yo te traiga la solución para tus problemas.

Al-Makhtum frunció el ceño, escamado.

—¿Una solución?

Álvaro se relajó. Había lanzado el anzuelo, había sentido el tirón. Ahora se trataba de tirar suavemente hasta que tuviera el pescado a sus pies.

—No es cierto que haya escapado de la ira del Omeya. La verdad es ahora sirvo a sus órdenes.

—¿Tú al servicio del Omeya? Vaya sorpresa.

—El mundo ha cambiado en los años transcurridos desde que compartimos la cubierta de un barco por última vez. Y yo he cambiado con él.

«Y sería lo más lógico, desde luego. Pero no es verdad».

—Todos cambiamos. Incluso las sepulturas se desmoronan y los muertos se convierten en polvo, por voluntad de Dios. —Al-Makhtum hizo una pausa—. ¿Y cómo es entonces que has llegado hasta mi casa, si no es huyendo de Abd al-Rahman? Me halagaría pensar que has viajado desde al-Ándalus solo para saludarme y recordar conmigo los viejos tiempos, pero no soy tan ingenuo como para pensar que esa sea la causa.

—Es verdad, la causa es otra —confirmó Álvaro—. He venido acompañando a un alto funcionario de Abd al-Rahman, el cual, como sabrás, tiene intenciones de disputarle el Norte de África a los fatimíes. Y se me ha ocurrido que, puesto que estaba aquí, bien podía aprovechar la coyuntura para hacerle un favor a un amigo.

—Que Dios premie tus buenas intenciones. Pero, ¿de qué clase de favor se trata?

«Al-Makhtum siempre fue un hombre práctico. No tiene sentido que discutamos acerca de quién tiene más derecho a reclamar la dignidad de Califa y dirigir a los musulmanes. Debo espolear su codicia o su miedo… o las dos cosas a la vez».

—¿Te han informado ya de que Musa ibn Abi'l-'Afiya entró en la obediencia de Abd al-Rahman?

—No, no sabía nada.

—Pues es lo que acaba de suceder. Musa ha comprendido que obtendrá mayores beneficios abrazando la causa de los Omeyas que defendiendo la de los fatimíes. Lo mismo le sucedería a cualquiera que imite su ejemplo: Abd al-Rahman está dispuesto a proporcionar subsidios, aliento y ayuda a los jefes que se le sometan.

—¿Subsidios mayores que los que entregan los fatimíes?

—Desde luego. Además, acabas de decirme que de un tiempo a esta parte a vosotros solo os entregan migajas.

Al-Makhtum comenzó a manosearse la barba. Su mirada vagaba inquieta, como si respondiese a los cálculos que hacía en su cabeza.

—También te he dicho que es una locura enfrentarse a los fatimíes.

—Lo era, estando solo y sin recursos. La situación es muy distinta ahora, y por eso he querido prevenirte. Musa ibn Abi'l-'Afiya es ambicioso; pronto se lanzará a la ofensiva contra sus antiguos señores. Y tú debes preguntarte si te conviene más interponerte en su camino o colaborar con él y, por ende, con Abd al-Rahman. En Fez tuve la oportunidad de visitar el jardín que Musa ha dedicado a sus enemigos. ¿Sabías que conserva sus cráneos y hace crecer flores en ellos?

—He oído rumores —admitió su amigo—. Pensaba que eran habladurías sin fundamento, pero si tú las confirmas será que son verdad. De todas formas, Hamid, el primo de Musa, gobierna la ciudad de Tahert en nombre de los fatimíes y es igual de feroz que su primo. Cuando descubra la traición de Musa estallará una guerra civil entre los Miknasa.

—Y tú estarás en medio.

—Sí.

—Te toca elegir un bando, pues, dado que la guerra es inevitable. Ya conoces lo que puedes esperar de los fatimíes. —Álvaro aludió con un gesto a las tapias de barro y el mugriento anafe en el que se preparaba comida sin cesar—. Abd al-Rahman será más generoso.

—¿Me lo prometes?

—Yo no tengo autoridad para prometer. Ven conmigo y habla con el funcionario al que me han encargado escoltar. En Córdoba le concedieron plenos poderes para otorgar o denegar lo que considere oportuno, y es con él con quien tendrías que llegar a un acuerdo. —Álvaro puso la mano derecha sobre el hombro de Al-Makhtum. Notó que aún había una sugerencia de vigor bajo la carne reblandecida—. Aunque yo procuraría influir para que el acuerdo te sea favorable, por supuesto.

El sopor del mediodía comenzaba a tenderse sobre el aduar. Los bufidos de los caballos estaban apagándose, se difuminaban los quejidos de los camellos. El sol azotaba con fuerza el montículo y solo las moscas parecían ajenas a su influencia.

—No sé —dudaba al-Makhtum—. Estamos más próximos a Tahert que a Fez. ¿Qué ocurrirá si Hamid averigua que he cambiado de partido?

—¿Qué tamaño tienen las tierras de los Banu Asafu? —repuso Álvaro.

—Mis tierras llegan a medir tres jornadas por cuatro —respondió su amigo—. La rama de mi clan que todavía es nómada asegura que el desierto entero les pertenece. Pero, ¿de qué les sirve? Si llenas tu copa de arena, ¿se puede beber? Si llenas tu plato de arena, ¿se puede comer? Un solo valle fértil vale por toda la extensión del desierto, es lo que yo pienso.

—¿Y no te gustaría incrementar tus propiedades?

—¿Le gusta la carne al león? —bromeó al-Makhtum—. Sin embargo he de ser prudente. Si Musa se hubiera puesto en movimiento yo me uniría a su ejército con gusto. Pero mientras él continúe en Fez y Abd al-Rahman en Córdoba, no tendré a nadie que me auxilie cuando la cólera de los fatimíes caiga sobre mí.

—Tahert no está tan cerca. Y los fatimíes están distraídos intentando conquistar Egipto. Dispondrás de tiempo para prepararte.

—Da igual de cuánto tiempo disponga; nunca estaré en condiciones de hacer frente a los fatimíes por mi cuenta.

—El funcionario del que te hablo también tiene respuesta para eso. Trae consigo a un hombre, un predicador que desea establecerse y predicar en la ciudad.

—¿Un predicador? ¿Un *qass*? —Al-Makhtum se rio—. ¿Un *qass* errante? ¿Ese es el que va a lograr que aumente mis dominios?

—También al-Mahdi podría haberse preguntado lo mismo acerca de Abu Abd Allah, y él le sacó de la cárcel y le entregó un imperio.

—Sí, y al año siguiente al-Mahdi recompensó a Abu Abd Allah y a su hermano

con la espada del verdugo —repuso al-Makhtum—. Siempre me ha parecido una historia graciosa. Abu Abd Allah tardó dieciocho años en lograr que las tribus de los Kutama se sublevaran en favor de los fatimíes y los condujeran a la victoria en Ifriqiya, pero después de vencer solo le hizo falta uno para perder el favor del Mahdi y la vida. Es como uno de los cuentos que relatan los ancianos del clan. Algo para que los jóvenes aprendan a tener cuidado.

—El poder se parece al fuego —dijo Álvaro—. El que está cerca disfruta de luz y calor, pero también corre el riesgo de quemarse si se aproxima en exceso o un soplo de viento dispersa las brasas.

«Y bien que puedo decirlo —pensó—. Cuando Sulayman dirigía a los hafsuníes poco faltó para que me ejecutaran sin que yo hubiera hecho nada para merecerlo».

—Sin embargo el poder nos atrae, incluso cuando el peligro es evidente. ¿Por qué? Dios lo sabe. La ambición forma parte de la naturaleza de los hijos de Adán y no podemos librarnos de ella, igual que yo, ahora, no puedo evitar sentir curiosidad por tu oferta. ¿Sugieres que tu *qass* haría por mí lo que Abu Abd Allah hizo por al-Mahdi?

—Ese *qass* será nuestro instrumento, recuérdalo. No actúa por voluntad propia, aunque ello deba permanecer en secreto. Si tu clan le protege, como el clan de los Saktan protegió a Abu Abd Allah en los comienzos de su misión, él refrendará tu autoridad y hará que su ascenso sea el tuyo, de la misma forma que ocurrió con los Saktan cuando Abu Abd Allah triunfó sobre los aglabidas.

—Es un negocio extraño el que me propones. Y arriesgado.

—Sin riesgo no hay ganancia. Podrías aguardar a que Musa avance hacia el este para separarte de los fatimíes, pero, ¿a qué podrías aspirar entonces salvo a ser su vasallo? En cambio, si aceptas la oportunidad que te ofrezco, podrás mirarle de igual a igual cuando venga y no habrá intermediarios entre los Omeyas de Córdoba y tú.

Al-Makhtum no respondió. Se apartó de la sombra que los protegía y dio unos pasos bajo el sol, meditabundo. La luz desnudaba los defectos de su físico con precisión, casi con crueldad. El joven de rostro afilado y músculos bien definidos al que había conocido Álvaro, un pirata risueño, lleno de ilusiones, se había convertido en un hombretón corpulento al que se le adivinaba una propensión a la melancolía.

«Los sueños que tenemos en nuestra juventud son como una maldición —pensó Álvaro al verle deambular—. Nos envenenan, nos perturban el ánimo. Nos llaman por las noches, cuando tratamos de dormirnos, como niños aporreando la puerta, preguntando por qué los hemos abandonado».

Mientras al-Makhtum meditaba se produjo un súbito tumulto. Un hombre joven hacía rodar a otro dándole patadas, provocando que los animales y los jinetes, adormilados por el calor, se levantaran corriendo para evitarlos. Cada vez que el agredido conseguía incorporarse a medias, el agresor le propinaba una patada en las

nalgas que le hacía caerse de nuevo, y así sucesivamente. De esta guisa estaban cruzando el aduar, uno dando patadas y el que iba delante recibiéndolas, ensuciándose con los cagajones de los camellos cada vez que caía.

Al-Makhtum, al reparar en la escena, montó en cólera y les gritó que se detuvieran, pero el hombre que llevaba la ventaja en la contienda estaba demasiado excitado para oírlo. Solamente cuando notó que se le acercaban los hermanos del infeliz que rodaba sin parar, esgrimiendo las espadas, se detuvo el tiempo necesario para sacar la suya.

—¡Parad! —exclamó al-Makhtum. No resultaba una figura excesivamente formidable, con el vientre flojo temblando como un odre lleno de agua. Sin embargo su aparición contuvo la pelea que estaba por iniciarse—. ¿Qué ocurre?

—Estaba espiando a las mujeres —dijo el que daba las patadas—. Le sorprendí subido a la tapia, con el miembro viril en la mano.

—¡Es falso! —chilló el aludido—. ¡Está mintiendo!

—¿Ah, no? —El joven apuntó con la punta del pie el puño que su víctima cerraba —. Miradle la mano y veréis que está manchada de semen. Adelante. Abridle la mano para que todos lo vean.

Sus hermanos eludieron hacer la prueba. Simplemente le ayudaron a levantarse y luego le obligaron a ir con ellos, agarrándole del cuello y dándole alguna bofetada de vez en cuando.

—¿Realmente le sorprendiste haciendo lo que dices?

—No —reconoció el joven—. Simplemente estaba tratando de encaramarse a la tapia. Pero era evidente lo que pretendía. Y ya debe haberlo hecho con anterioridad o sus hermanos no se habrían conformado tan fácilmente.

—¡Qué Dios tenga piedad de mí, qué imprudente eres! Son nuestros invitados, nuestros parientes. Y tienen mal carácter. Más tarde o más temprano querrán vengarse por el escarmiento que le has dado a su hermano.

—¿Vengarse? ¿Con qué derecho, después de haber ofendido a nuestras mujeres? La culpa es tuya por haber invitado a nuestra casa a esos animales. De tanto vivir con camellos se les han contagiado sus cualidades. Es preferible que se queden en el desierto. Lejos.

—¿Y crees que me apetece tenerlos aquí? Pero podemos necesitarlos algún día.

—Pues llamémosles cuando llegue ese día. Hasta entonces permanezcamos separados. Es lo mejor.

De pronto al-Makhtum se acordó de Álvaro y le presentó al joven. Era su hijo, Ibrahim ibn Ali. De mediana estatura, delgado y moreno, y en vez de barba lucía un descuidado mechón de pelo en la aguda barbilla. La nariz, larga y ganchuda, como lo había sido la de su padre, daba a su rostro una expresión rapaz que parecía conmemorar el hecho de que aquella rama de los Banu Asafu se hubiera dedicado a la

piratería hasta tiempos relativamente recientes, lanzándose al abordaje de cualquier barco detenido por las calmas o arrojado por una tempestad a la costa.

—Es Ibn Daisam, al que Dios guarde de todo mal. Un viejo amigo —dijo al-Makhtum—. Cuando los fatimíes me pidieron que llevara suministros a los partidarios de Ibn Hafsun viajó en mi barco varias veces para indicarme calas seguras en las que desembarcar. Un buen guerrero, podrías aprender mucho de él. Luchamos hombro con hombro el día en el que perdí mi nariz.

—Perdiste una nariz y ganaste un nombre —dijo Ibrahim—. No es un mal trato.

—¿Aceptarías tú uno parecido?

—¿Yo? —El joven soltó una risotada—. Ni por asomo.

—Quizá te lo propongan los hermanos del infeliz al que pateaste, Dios no lo quiera.

—Si lo hacen perderemos algo más que una nariz. Ellos o yo. —Ibrahim se encogió de hombros—. Quería darles una lección a nuestros primos nómadas y el idiota me proporcionó la ocasión ideal. Estaba harto de oírlos presumir de su virtud mientras señalan con disimulo tu barriga.

—Es fácil ser virtuoso cuando se vive en el desierto —gruñó al-Makhtum—. Resulta imposible caer en la tentación si no hay ninguna cerca.

Álvaro se fijó bien en el heredero de al-Makhtum. Parecía tan testarudo como ardoroso, una copia perfeccionada del padre, antes de que la madurez le despojase de la pasión.

—Ibn Daisam viene acompañando a un funcionario de los Omeyas y a un *qass* que tiene la intención de predicar en nuestro territorio —explicó al-Makhtum—. Considera que sería una buena oportunidad para nosotros, suponiendo que les secundemos.

—Ya hay demasiados profetas sueltos por ahí —repuso Ibrahim con tono burlón —. Me faltan dedos en las manos para contar a todos los que han proclamado ser el Mahdi en los últimos años.

—Ya le he explicado a tu padre que es un medio para que Abd al-Rahman alcance sus objetivos en el Magreb —aclaró Álvaro—, no como esos ilusos a los que haces referencia, que confunden una insolación con la Iluminación. Deberíais verle para juzgarle con propiedad.

Ibrahim y Álvaro cruzaron las miradas. Ambos se mantuvieron firmes hasta que, poco a poco, una sonrisa taimada fue abriéndose paso entre los labios del joven.

—Está bien —dijo al-Makhtum con aire resignado—. Iremos a oír a tu predicador. Y hablaré con ese funcionario omeya. Pero más les valdrá a ambos convencerme o tendremos que decapitarlos en el acto y enviar sus cabezas a Qairuán para demostrar nuestra fidelidad a los fatimíes. En cuanto a ti, Ibn Daisam, confío en que hayas escogido un buen caballo. En atención a nuestra vieja amistad te concederé

una pequeña ventaja. Pero eso es todo cuanto estoy dispuesto a concederte si nos pones en un aprieto para nada. —Al-Makhtum carraspeó para aclararse la garganta y enseguida apostilló—: Unos minutos de ventaja. ¿De acuerdo? Cinco. No más.

7

El lugar del exilio

Año 932 d. C. Febrero
Los sonidos de la ciudad: los chasquidos de los cigarrones superpuestos a los ocasionales chirridos de otros insectos. Cinco veces al día el muecín llamaba al *adhan*, desgañitándose para hacerse oír. Y entonces los saltamontes redoblaban sus esfuerzos, como si respondieran al desafío. En contados momentos los insectos parecían detenerse para recobrar el aliento y ruidos inesperados ocupaban los intersticios. Los habitantes de la ciudad callaban, asombrados por aquella interrupción de un sonido que para ellos era tan familiar y constante como el latir de sus corazones. Pero en una ocasión el silencio de los cigarrones precedió su elevación de la tierra para unirse a las nubes de langosta que llegaban entonces, procedentes del sur, arrojando una sombra tan espesa que pareció que se había producido un eclipse de sol.

Aslam, siempre atento, salió del palacio para proclamar que aquella oscuridad en mitad del día era una señal de descontento divino, molesto porque los creyentes no hubieran recuperado todavía la Piedra Negra. Al oírle una mujer se desmayó repentinamente. Otra aseguró que no volvería a reír hasta que la Piedra Negra hubiera sido restituida a La Meca. La mayoría preguntaba cómo se podía apaciguar al Altísimo, y a estos les respondía el anciano señalando las profundidades del palacio.

—Ahí dentro está el que ha de salvaros —exclamaba—. El descendiente del Profeta que disipará el error y restaurará la verdadera religión.

Había enviado guardias a algunas de las semiarruinadas torres para que vigilasen el paso de las nubes de langosta. Cuando comprobaron que el horizonte clareaba fueron a llamar a al-Asayy para que saliese al exterior, de modo que su aparición coincidiese con el alejamiento de las últimas langostas y el retorno de la luz. Levantó la mano para saludar, intimidado por la muchedumbre que se había congregado delante del palacio. No solamente estaban allí los vecinos que quedaban en la ciudad, sino también un número considerable de curiosos procedentes de otros pueblos y los Banu Asafu que vinieron con Álvaro.

Dentro de los muros del palacio batieron tambores, y una voz que aparentaba proceder de los cielos gritó: «Escuchadle, porque este es mi enviado». Inmediatamente se desencadenó la locura. Las gentes se tiraban al suelo, lloraban, confesaban sus pecados arrancándose los cabellos, mientras Aslam continuaba dirigiéndose a la multitud desde la decrépita cerca a la que se había encaramado. Un

guardia agarró por la cintura al poeta y le hizo regresar a la fuerza al interior. No era conveniente que le vieran más, por el momento.

Dihya se había subido a la atalaya que los esclavos habían construido aprovechando el encuentro de dos muros todavía en buen estado. Una simple plataforma de madera, de reducidas dimensiones, que coronaba las ruinas del palacio como un sucio bonete. Le gustaba subir cuando nadie la vigilaba; era una forma de escapar de la atmósfera opresiva del palacio, impregnada de vejez y de humedad, como si sus paredes conservasen el mismo aire de año en año sin que lo renovara ninguna corriente, a pesar de estar llenas de boquetes y grietas. Pero bajó enseguida cuando su primo volvió a entrar en el edificio. Su aspecto era de profunda turbación. Sin duda le había cogido por sorpresa la cantidad de partidarios que Aslam había logrado reunir en poco tiempo.

—¿Has visto eso? —le preguntó al-Asayy, su ojo visible parpadeando a causa de la emoción o del miedo—. ¿Les has visto aclamarme?

—Sí, lo he visto.

—Jamás me había ocurrido nada semejante —balbuceó el poeta—. Jamás. Una multitud de gente llamándome, aclamándome… La cabeza me daba vueltas, las manos me temblaban; no sabía dónde mirar para tranquilizarme.

—¿Te ha impresionado esa minucia? —intervino Jamil, que había llegado a la sala poco después que Dihya—. Aslam acaba de contarles que tienes cien mil seguidores en Siria y en Irak esperando que los avises para acudir aquí. Difícilmente hubieras conseguido tantos admiradores con tus versos, ¿eh?

—¿Y la voz? ¿No la has escuchado?

—¿Escucharla? —Jamil esbozó una sonrisa irónica—. Era mi voz, idiota. Hay un rincón bajo el tejado con una pequeña saetera; parece diseñado a propósito para que un arquero pueda matar a traición desde ahí a quien le plazca. Yo estoy acostumbrado a mandar a las tropas en las batallas contra los infieles. Solo tuve que acercar la boca a la saetera y gritar con fuerza, como si ordenase cargar a la caballería.

«Aslam es hábil —reconoció Dihya a su pesar—. Lo tiene todo pensado para sacarle el máximo provecho a las oportunidades».

Continuó el jaleo durante un rato, y aún duraba cuando Aslam se cansó y fue a reunirse con el resto. Tenía las piernas acalambradas por el esfuerzo de sostenerse en pie sobre la cerca y apenas podía hablar, todo lo más emitir unos jadeos que sus interlocutores conseguían descifrar a duras penas.

—Os dije que sería fácil engañarlos —resolló—. Con las ideas que se me están ocurriendo haremos que venga tanta gente a postrarse ante ti que no los podrá contener el más ancho espacio.

—¿Todavía más? —se alarmó Al-Asayy.

—¿Y tu amigo? —Ahora Aslam se dirigía a Álvaro—. ¿Qué opina?

—A ti no te ha matado y a mí no me ha obligado a huir. Así que supongo que le gusta tu plan.

—Quisiera negociar con él inmediatamente, pero primero necesito hacer gargarismos con agua de miel y descansar. De momento convéncele para que aguarde hasta que yo me recupere. Y luego coge quinientos dinares de los sacos y reúne por lo menos a un centenar de obreros. Hay que fortificar la ciudad, por si acaso. Quizá no nos quedemos más que unas semanas o quizá tengamos que resistir aquí el primer asalto de los fatimíes. Compra hierro y encarga herramientas a los herreros, si es que hay alguno que aún practique el oficio en estos parajes. Encontrarás piedra en abundancia entre las ruinas; aprovéchala. En siete días la ciudad tiene que estar preparada para soportar un ataque decidido.

—Harán falta más de quinientos dinares.

—Coge quinientos y procura que sean suficientes. No podemos empezar a gastar y gastar sin medida. ¿Te figuras cuánto dinero en sobornos le ha costado la defección de Musa ibn Abi'l-'Afiya a la hacienda califal? El chambelán aprobó mi plan precisamente porque le prometí que el coste sería mínimo. Pasada la primera inversión, que tampoco puede ser muy grande, nuestros ingresos procederán de lo que nosotros mismos seamos capaces de generar.

El anciano se puso la mano en la garganta. Era evidente que cada palabra que pronunciaba le hacía daño.

—En cuanto a ti —Aslam volvía a girarse hacia al-Asayy—, mantente oculto. Cuando te vean, que sea rezando. Tienen que verte rezar de noche y de día. No basta con que nosotros digamos que eres un hombre admirablemente piadoso: has de parecerlo.

—Parecerlo lo parezco, desde luego —resopló el poeta—. Con los harapos que llevo puestos solamente se puede pasar por un asceta o por un mendigo.

Aslam hizo un gesto indicando que ya no estaba en condiciones de hablar más. Con sus últimas reservas de voz encargó a los esclavos que cogiesen algunos arcones de buena apariencia, los llenasen de piedras y los cerrasen con todo cuidado. Luego se retiró a descansar. Parecía frágil y encogido, como un pollo a medio desplumar. Su avanzada edad, que normalmente disimulaba gracias a sus modales enérgicos, quedaba ahora al descubierto igual que un antiguo fresco tras resquebrajarse el yeso que lo mantenía oculto.

Al-Asayy y Dihya se retiraron a su habitación. El tabique delantero se había deshecho en un montón de escombros tiempo atrás y de la puerta no perduraba ni una marca en el suelo para indicar dónde solía estar. Cualquier hombre que caminase por delante podía ver lo que hacían o escuchar lo que decían, de modo que los primos se habían acostumbrado a hablar en susurros, a veces cubriéndose la boca con la mano. Pero era imposible esconderse de las miradas y a cada momento Dihya se sentía

asediada por el interés de los guardias, que la contemplaban con descaro, sin hacer el menor caso a las amenazas de Jamil.

—Hasta hoy pensaba que ese viejo se había vuelto loco —dijo al-Asayy, sentándose en su estera—. Y yo fingía atenderle como se finge con los locos furiosos, por miedo a que nos agredan si les llevamos la contraria. Sin embargo empiezo a pensar que es el ancho mundo el que está loco y no él, porque de lo contrario encuentro inexplicable lo que hoy ha sucedido.

—Pues yo lo encuentro muy comprensible. ¿No te fijaste en las gentes? —El poeta tuvo que reconocer que no. Estaba demasiado alterado para fijarse en nada—. Si te hubieras fijado habrías advertido que viven en la miseria. Están acobardados, faltos de dirección; Dios sabe cuántos golpes habrán recibido a lo largo de las generaciones. Y de pronto llegan unos visitantes y les traen una esperanza nueva. ¿Cómo no van a recibirla con los brazos abiertos? Recuerda las últimas semanas en Badajoz, cuando el asedio tocaba a su fin. Recuerda la alegría de los vecinos cada vez que alguien, basándose en un absurdo rumor, aseguraba que la salvación estaba cerca.

—Sí, sí, es verdad, pero lo importante es… si Aslam está en lo cierto, si es posible hacer creer a estos infelices que yo seré su libertador, podría convertirme en su soberano. Podría convertirme incluso en emir. ¿Te lo imaginas?

—No caigas en falsas ilusiones —repuso Dihya—. Aslam nos está utilizando. No seas como aquel asno que creía que las gentes le vitoreaban a él, cuando en realidad vitoreaban al héroe que iba montado en su lomo.

—Espera, esa historia te la conté yo —protestó el poeta.

—Bien, da igual quién me la contase. La cuestión es que no cometas el error de comportarte como el asno de la historia.

—Hay una diferencia. Aquel asno era un estúpido, pero yo tengo cierta inteligencia. No demasiada; jamás he presumido de ser un sabio. Mis reflexiones más certeras se las he robado a otros, es verdad, igual que mis mejores versos son copias retocadas de obras orientales. Y sin embargo no carezco de astucia. Aslam me utiliza a mí para alcanzar sus fines. ¿No podría utilizarle yo para alcanzar los míos?

—¿Y cuáles son?

—Me conformaría con vivir sin penurias. ¿Tú no? Las faltas que pudiéramos cometer ya las hemos expiado con creces. Tal vez sea hora de volver a degustar los placeres terrenales.

—Los placeres de la vida son efímeros —dijo ella—. Solo los ignorantes pueden dar valor al mundo: hay que preparar la vida futura y temer a Dios.

—Entonces todos los soberanos son unos ignorantes, porque no conozco a ninguno que renuncie voluntariamente a sus palacios, sus concubinas y sus efebos para irse a vivir a una cueva.

—Y bien que los castiga Dios por ello, haciendo que sean despojados de cuanto

tienen cuando descuidan sus obligaciones por entregarse de lleno a los placeres. —Dihya le apuntó con el dedo—. Y a ti también te castigará por colaborar con una herejía.

—Espero, querida prima, que sea el mismo castigo que recibió al-Yilliqí. Él, que fue un libertino sin freno, reside en Córdoba y el califa le trata afablemente. Y nosotros, que habíamos cometido algunos pecadillos, porque un pobre no puede pecar mucho ni queriendo, sufrimos todas las calamidades.

Dihya bajó la cabeza. Prefería no pensar en lo que le había sucedido en Badajoz, pese a que aquel dolor nunca se apartaba de ella, como un veneno que le quemaba las entrañas y que no conseguía vomitar.

—Fue la voluntad de Dios —murmuró, sin atreverse a confesar que la devoción de la que hacía gala últimamente era una manera de encubrir que había perdido gran parte de su fe aquella noche, cuando sus plegarias fueron ignoradas una tras otra.

—Tranquilízate, prima —dijo el poeta, poniendo una mano en su mejilla—. Hablaba por hablar. ¿Qué sé yo lo que me espera? Nada bueno, probablemente.

—Sería mejor escapar. Aún estamos a tiempo.

—Imposible. ¿De dónde sacamos los caballos y las provisiones? Andando no íbamos a llegar muy lejos.

«Ibn Daisam continúa mostrándose amable conmigo. Puede que acepte ayudarnos si yo se lo pido».

Ambos se callaron. Un criado descalzo había entrado en el cuarto para llevarles la comida. Al-Asayy miró con incredulidad las gachas que le servían y gruñó enfadado:

—Creo que te equivocas. Las gallinas están en el patio de ahí atrás.

—Ya me lo han dicho.

—Pues ya que estás enterado de dónde las guardan, llévale este pienso a ellas y a mí tráeme comida de hombre.

—Aslam ha ordenado que te preparemos estos platos a partir de ahora.

—Le habrás escuchado mal y entendido peor. —Al-Asayy removió las gachas mientras reclamaba la atención de su prima—. Fíjate. Estoy seguro de que no le han añadido carne ni grasa a la harina, ni siquiera sebo. Solamente han teñido la harina con agua de almagra para que parezca que han usado caldo de carne, como acostumbran a hacer los tenderos deshonestos.

El criado se encogió de hombros.

—Yo hago lo que me dicen.

Cuando salió del cuarto, el poeta cogió el plato como si fuese a tirarlo contra una pared. Dihya, que sospechaba que no les traerían nada más de comer aunque se negaran a tomarse las gachas, se lo quitó de las manos.

—No te quejes tanto. Hemos comido cosas peores —dijo.

—Sí, pero no después de que me aclamen cientos de personas.

—Eso te indica el valor que realmente tienen sus aclamaciones.

Un viento frío procedente de las montañas del Atlas les mantuvo en vela durante las primeras horas de la noche. Los dos tiraban de las puntas de sus mantas para cubrirse más eficazmente, pero eran demasiado cortas y estaban apolilladas. Pese a que se habían barrido las estancias del palacio y arrancado las zarzas que crecían en las grietas del pavimento, el techo continuaba ausente en la mayor parte de las habitaciones y sus ocupantes parecían estar a un tiempo dentro de un edificio y al raso. Cuando por fin se durmieron empezó a llover y tuvieron que acurrucarse en un rincón con algo de tejado por encima, tan juntos que Dihya se sintió incómoda a causa de la conducta inapropiada de su primo.

Por la mañana estaban cansados, igual que combatientes que llevasen toda la noche peleando con un enemigo infatigable. El desayuno consistió en unas gachas muy claras, similares a las del día anterior, mezcladas con una hierba que les daba un tono amarillento. Esta vez al-Asayy no se quejó, ni tampoco lo hizo cuando Jamil le forzó a salir fuera a rezar a la vista de los seguidores acampados enfrente del palacio. En cambio avanzó a grandes zancadas hacia Aslam en cuanto le vio dejar su cuarto, el único en el edificio que tenía el techo intacto y contaba con un brasero.

—¿Estas van a ser mis recompensas por cumplir tus instrucciones? —exclamó—. ¿Gachas aguadas y noches a la intemperie?

—Tu dieta no tiene nada que ver con recompensas o castigos —replicó el funcionario, que había recuperado casi por completo la voz—. Para conseguir el apoyo del populacho tendrás que llevar una vida ruda y tener una apariencia humilde. Cuanto más humilde mejor.

—Y humilde pareceré, desde luego, cuando no tenga más que la piel encima de los huesos.

—Excelente, tu delgadez enternecerá a la chusma —ironizó Aslam—. Hemos dedicado mucho tiempo y esfuerzo a hablar de ti a las gentes para aumentar sus ganas de conocerte y escuchar tus predicaciones, y ahora tendrás que ajustarte a lo que hemos contado. Aquí predominan las creencias propias de los jariyies, una secta oriental que ha echado raíces entre los bereberes. Postulan la igualdad de los musulmanes, sin atender a su origen, y proclaman el deber de los creyentes de nombrar como líder de la comunidad al mejor y más piadoso musulmán. Y para convencerles tendrás que simular que lo eres, haciendo los sacrificios que sean necesarios.

«¿Mi pobre primo el más piadoso de los musulmanes? —se maravilló Dihya—. Si Aslam consigue hacerles creer eso, podrá hacerles creer cualquier cosa».

Notó que los guardias se ponían en tensión. Un grupo de hombres armados estaba entrando en aquel momento en el palacio, sorteando los fragmentos de mampostería y los charcos diseminados por el suelo, aunque los guardias se tranquilizaron al

descubrir que Álvaro caminaba al lado del que parecía ser su jefe.

—Sepárate un poco —le pidió Aslam a Dihya—. A ti ya te presentaremos luego. Por cierto, ¿has hecho los ejercicios que te recomendé?

—Los he hecho, pero me siento ridícula practicándolos.

—Que Dios me ampare, ¿es que nadie va a obedecerme sin rechistar? —se lamentó el anciano—. Tú practica los ejercicios y memoriza los textos que te entregué, y no te preocupes de sentirte ridícula.

El jefe que llegaba tenía un aire ligeramente siniestro, con su nariz aplastada y un párpado ligeramente caído, como dos señales indiscutibles de su rudeza. Los hombres tras él avanzaban en un bárbaro desorden, deteniéndose apenas veían algo que les llamase la atención para, inmediatamente después, reunirse con sus compañeros con tal celeridad que a veces chocaban con ellos. Se detuvieron a tres pasos de Aslam. Álvaro se apartó ligeramente, quizá para indicar que allí dentro su lealtad pertenecía a Aslam y no a su viejo amigo. También Jamil tomó posiciones y Dihya comenzó a temer que pudiera producirse un enfrentamiento.

—¿Es él? —preguntó el jefe de los recién llegados. Señalaba al poeta con el dedo extendido y expresión irritada, como si estuviera harto de que le tomasen el pelo.

—Sí, al-Makhtum.

El hombre adelantó su corpachón otro paso y sujetó al poeta por la mandíbula. Este se quedó paralizado; no movió una ceja ni le retembló una pestaña. Al-Makhtum le inspeccionaba cuidadosamente, igual que un comprador indeciso meditando la adquisición de un caballo.

—Dicen que si miras a un enfermo con el ojo que hay bajo la venda, sus enfermedades o sus heridas se curan al instante.

Álvaro carraspeó suavemente antes de explicar:

—No hay ningún ojo bajo la venda.

—Es igual. Habrá un hueco. —Hizo un amago de coger su propio ojo izquierdo para sacárselo de la órbita mientras hacía un ruido con la boca.

Aslam se volvió extrañado hacia Jamil y Álvaro.

—Ese rumor no lo he esparcido yo —murmuró.

—Habrá surgido espontáneamente —contestó el cristiano.

La respuesta pareció desazonar a Aslam. Había definido su plan hasta el último detalle; no debía gustarle que aparecieran elementos imprevistos.

—Quítate la venda —ordenó de repente al-Makhtum—. Vamos. Quítatela.

El poeta vaciló en un principio. Luego, al comprobar que nadie se oponía a la petición y faltándole el valor para negarse, se la quitó con un gesto crispado.

La exclamación de Dihya despertó pequeños ecos en la estancia. Algunos de los presentes prefirieron agachar la cabeza. Otros, sin embargo, se inclinaban hacia adelante, espoleados por una curiosidad morbosa. La cara del poeta parecía

interrumpirse en el medio, como si el día y la noche se alternaran a ambos lados de un ecuador que separase las dos mitades. Una maraña de cicatrices se extendía por la parte recién descubierta y el espectador, sin querer, se sentía inclinado a seguirlas, recorriendo los vericuetos de aquella torturada geografía. Pero todas las miradas se detenían al llegar a la depresión coronada por unos pelos sueltos remedando una ceja. Ahí debía haber estado el ojo, pero la cavidad estaba vacía y marchita, igual que el lecho de un estanque seco. En cuanto a la boca, estaba fruncida en una mueca permanente de fastidio, ese extremo de los labios pálido y marchito, sobresaliendo como una larva adherida a la piel.

—Algo falla —apuntó con sorna un joven apuesto, situado justo detrás del jefe—. Tu nariz sigue estando aplastada. Y Tawril sigue resfriado; le oigo sorberse los mocos.

—No esperaba lo contrario —dijo al-Makhtum—. Solamente quería confirmar que en verdad estaba desfigurado.

—Y confirmado está —repuso el poeta, tratando de aparentar firmeza—. ¿Puedo ponerme otra vez la venda?

Aslam asintió. Al-Asayy se puso la mugrienta tela en su sitio con tanta rapidez que dio la impresión de que la visión de su rostro al completo había sido un breve espejismo.

«¿Qué le sucedería? —se preguntó Dihya, sobrecogida por la revelación— es aún peor de lo que me había imaginado».

—Ya he visto a tu predicador —le espetó al-Makhtum a Aslam—. Ahora quiero ver tu dinero.

El funcionario llamó a los esclavos para que sacasen los baúles del sótano en el que los guardaba. Eran los mismos baúles que habían llenado de piedras hasta el borde el día anterior y por ello los desplazaban con dificultad, bufando a causa del esfuerzo. Depositaron con delicadeza los cofres en el suelo, dejando escapar suspiros de alivio, junto con una bolsa de arpillera que era el único recipiente que estaba repleto de monedas de oro y plata. Aslam abrió la bolsa para que se distinguiera bien el contenido y a continuación señaló los baúles diciendo:

—Sería demasiado fatigoso abrirlos para volver a cerrarlos después. Como verás, están atados con todo cuidado para que no se puedan abrir con facilidad. Pero puesto que contienen lo mismo que hay en esta bolsa, podrás hacerte una idea de los fondos de los que disponemos. Y no es más que el inicio. Con la ayuda de Dios misericordioso, el Príncipe de los Creyentes enviará mucho más a aquellos que acaten su autoridad.

Un destello de codicia iluminó los ojos de al-Makhtum. También sus acompañantes comenzaron a mesarse las barbas, pasmados por la perspectiva de conseguir riquezas sin número. El caudillo bereber se adelantó para meter la mano en

la bolsa; la sacó cargada de dinares que fue mordiendo uno por uno. Luego sonrió ampliamente a los Banu Asafu que iban con él.

—Es oro auténtico, de primera calidad. No lo hay mejor en Sijilmasa ni en Gadamés.

La mención de dos de las ciudades caravaneras más importantes del África causó un efecto inmediato. Todo el mundo se quedó rígido, conteniendo el aliento, hasta que la sonrisa de al-Makhtum se extendió como un incendio. Aunque no se había mencionado todavía de forma explícita, era evidente que los Banu Asafu aceptaban pasarse al campo enemigo, y para refrendarlo al-Makhtum y su hijo sacudieron jovialmente los hombros de Aslam, al que le faltó poco para caerse al suelo cuando le soltaron.

—Hoy es un día grande —anunció, reponiéndose de la sacudida—. Los historiadores mencionarán esta fecha al relatar cómo llegó a su fin la tiranía de los fatimíes. Y para que no les quepa ninguna duda acerca de que el día de hoy inaugura una nueva época en el Magreb, utilicémoslo para cambiar el nombre de la ciudad que ha de ser el núcleo de nuestra rebelión. En lo sucesivo se llamará Dar al-hijra, «el lugar del exilio».

—¿Exilio? —preguntó Álvaro—. ¿Qué exilio?

—Es un nombre simbólico, idiota —gruñó el anciano—. Una evocación de la Hijra: el viaje del Profeta, sobre él sea la salvación, cuando abandonó la corrupción de La Meca para ir hasta Medina, donde fundó la primera comunidad de musulmanes. Además, hemos hecho circular la noticia de que nuestro predicador se ha visto obligado a emigrar desde el lejano Iraq. Por lo tanto es un exiliado, ¿no?

—Debo ser sonámbulo —murmuró en voz baja al-Asayy—. He hecho multitud de cosas sin darme ni cuenta.

Se dio la vuelta para regresar a su cuarto, aprovechando que se le excluía de las celebraciones. Caminaba encogido, arrastrando los pies, sintiéndose humillado por haber tenido que revelar su secreto más preciado. Dihya fue tras él, no sin antes dirigir una mirada de súplica a Álvaro, aunque no estaba segura de que hubiera llegado a su destino. Los rayos del sol de la mañana, penetrando a través de los mil agujeros del techo, se cruzaban en su camino; en su seno se agitaban las motas de un polvo centenario.

—Grandísimo hijo de mala mujer, que Dios le dé mal fin —jadeó el poeta en el momento en el que entraron en el cuarto. Le dio una patada a un montón de cascotes, que se deshicieron en un vapor blanco—. Bárbaro asqueroso, mono repugnante. Puerco cebado, apestando a estiércol. Por mi vida que he de hacer que se presente desnudo ante las gentes, para que se mofen de él en sus narices.

—Cálmate —dijo Dihya. Nunca había visto a su primo tan enfadado—. No hay nada que podamos hacer.

—¿No? —Y enseguida al-Asayy procedió a contestarse a sí mismo—: No. Tú tenías razón. Soy un asno. Y me han puesto un bocado que me hace sangrar al menor movimiento del jinete.

—Entonces estás de acuerdo conmigo en que es necesario que huyamos.

—No, sigo pensando que huir es imposible. Habrá que buscar otro medio para salvarnos.

Al-Asayy estuvo un minuto mencionando y descartando posibles cursos de acción mientras se aseguraba una vez más de que la venda estuviera perfectamente colocada. Tras concluir preguntó intrigado a Dihya:

—¿Qué ruido es ese?

Ambos giraron las cabezas buscando el origen del zumbido que crecía por momentos, cruzando las estancias como el soplo de viento repentino que anuncia la tempestad. Solo al ver el primero de los insectos posándose en el borde de la escupidera se dieron cuenta de cuál era la causa.

Las langostas estaban regresando al palacio.

8

Pequeños triunfos

Los copos de nieve eran demasiado frágiles para durar. Al cerrarse las nubes se volvían invisibles; únicamente con el brillo del sol, asomándose por un precario desgarrón, se apreciaba la nieve arremolinada en el aire. En la tierra endurecida por el frío los copos dibujaban círculos diminutos, oscuros, que desaparecían en un instante.

Álvaro le arrancó la capucha a un cadáver para limpiar su espada. La lanza estaba rota, pero apenas lo lamentó. No era aquella la lanza que le habían entregado al unirse al bando de los hafsuníes, ni era aquella la espada que Samuel le regaló cuando celebraba una de sus últimas victorias. Había perdido esas armas tiempo atrás y no volvió a encariñarse con ninguna de las que obtuvo o compró después. Las trataba como a vulgares herramientas. Cuando se estropeaban las reemplazaba. Sin más.

Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Notó un leve frescor en la lengua. Al cerrar la boca seguía teniendo sed. Caminó hacia el pozo en el centro del patio. Había otro cadáver echado sobre el brocal de piedra y Álvaro lo apartó empujando con el pie. El agua era más dulce que la de Dar al-hijra, sin embargo el sabor del segundo sorbo le pareció detestable. Miró dentro. Era imposible ver si había caído un animal al pozo. Soltó el cubo, que se precipitó a la sombra perpetua de abajo, esfumándose con un chapoteo.

Ibrahim estaba tan manchado de sangre como él. La principal diferencia entre ellos era que Álvaro deambulaba sin dirección por la fortaleza, solo, mientras Ibrahim fanfarroneaba delante de sus amigos. Ya habían comenzado a cortar cabezas. Las izaban en picas que apoyaban luego en los muros, muy juntas, como gavillas de una lúgubre cosecha.

—Entraremos en la ciudad llevando estas picas —dijo Ibrahim—. Para que puedan apreciar desde lejos que Dios nos ha concedido la victoria.

Álvaro se mantuvo callado. De alguna forma, la exaltación que experimentaba tras los combates en su juventud, y que le impedía dormir durante los días siguientes, se había transformado con el paso de los años en una desazón de la que cada vez le costaba más trabajo librarse.

—¿La incendiamos?

—Es una buena fortaleza. Sólida. Sería una lástima derruirla. —Álvaro señaló a los soldados que arramblaban con los ganados y acémilas desatendidos—. Apostemos aquí algunos hombres. Un tercio de las tropas será suficiente.

—De acuerdo.

Ibrahim iba ya a avisar a sus contríbulos cuando Álvaro le detuvo. Escogió personalmente a los soldados que formarían la guarnición, con cuidado de que el

número de berberiscos no superase el de los guardias leales a Aslam.

«No intentes apropiarte de la victoria, muchacho —pensó, divertido por la expresión contrariada del joven—. Ya sé que te agradaría acaparar los beneficios de esta algarada y que fueran solamente para los Banu Asafu, pero de momento tendrás que compartirlos».

No había sido una gran victoria en cualquier caso. Al menos, no una victoria de la que Álvaro se sintiera orgulloso. Habían cabalgado a paso vivo durante la noche para coger desprevenidos a los defensores de la fortaleza. Los sorprendieron en calma y descuido, con la puerta entreabierta, pues era casi la hora en la que sacaban el ganado a los campos. Los que no murieron al principio salieron de la fortaleza despavoridos para dispersarse por las montañas vecinas. Varios de ellos, apresados al poco tiempo de huir, aguardaban en el patio a que se decidiera su destino.

—¿Por qué no ha venido tu padre con nosotros? —preguntó Álvaro a Ibrahim.

—Está enfermo. Le ha sentado mal algo que comió.

—Eso es lo que nos ha dicho. Pero, ¿por qué no ha venido?

Ibrahim le dedicó una sonrisa maliciosa.

—¿Cuánto hace que no ves luchar a mi padre?

—No lo sé. Tal vez veinte años.

—¿Y luchaba bien?

—Era fuerte. No excesivamente rápido, pero fuerte. Si acertaba a un hombre con el sable le hundía la hoja hasta el hueso.

—Cuenta muchas historias de aquella época y siempre que las oigo me pregunto si serán verdad —dijo Ibrahim meneando la cabeza—. Cuesta creerlo, teniendo en cuenta lo perezoso que se ha vuelto. ¿Cabalgar toda la noche? Que Dios le perdone, la simple posibilidad debió ser lo que le ha hecho enfermar. Sin embargo resulta peligroso cuando se enfurece. Sigue siendo un hombre fuerte. Una vez agarró por el cuello a un comerciante que trataba de engañarle vendiéndole trigo mezclado con huesos de sepia y lo estranguló antes de que nadie pudiera evitarlo.

—Al-Makhtum tendrá que intentar volver a ser como era antes, en la medida de lo posible —replicó Álvaro con el ceño fruncido—. No esperará quedarse tranquilamente sentado mientras nosotros le llevamos el botín allá donde esté.

—Quizás sí que lo espere.

«Me temo que va a sufrir una amarga decepción».

Se acercó a los prisioneros. El guardia que los vigilaba estaba afilando su espada, embotada durante la escaramuza, pero Álvaro estaba harto de sangre. Mandó que los ataran entre sí y a una de las mulas que habían capturado.

—Nos retrasarán —protestó el guardia.

—¿Y qué más da? ¿Quién va a perseguirnos?

Se frotó los ojos. Necesitaba dormir. Pero había demasiado trabajo que hacer. Y le

vendría bien aumentar la mano de obra con la que contaba. Reparar las fortificaciones de Dar al-hijra estaba resultando ser una tarea más difícil de lo que había previsto en principio. Los restos de los antiguos muros estaban en muy mal estado y no servían como soporte de los nuevos lienzos; había que demolerlo todo y empezar desde cero. En cuanto a las torres, estaban peligrosamente inclinadas y Álvaro dudaba entre reforzarlas en la base o demolerlas igualmente. Los quinientos dinares de Aslam estaban a punto de terminarse, sin embargo las reparaciones requerirían otra semana completa en el mejor de los casos. Al menos los prisioneros iban a trabajar gratis.

La nieve polvorienta seguía cayendo sobre las murallas y el patio del castillo conquistado, en silencio, desvaneciéndose sin dejar huella. Al fondo el cielo iba despejándose de nubes y un sol pálido iluminó el paisaje. El valle era pequeño, como pequeña era la fortaleza que lo custodiaba y que ellos habían tomado sin gloria. Un arroyo lo atravesaba, cruzando los campos envueltos en un sopor gris, como un gran lago cubierto por la niebla. Y en el lago, modestas, las velas blancas de las aldeas.

«Habrá, ahí abajo, alguien que mientras trabaja mire hacia arriba y se sienta tranquilo creyendo que el castillo garantiza su seguridad y la de su familia —pensó Álvaro—. Comerá, reirá, incluso se irá a dormir despreocupadamente, ignorando que de la noche a la mañana el castillo ha cambiado de dueños y de significado: Antes significaba protección. Ahora significa amenaza».

O quizás ya estuviesen enterados y se estremecieran de ansiedad en sus viviendas, como cuando oían repicar al granizo en sus sembrados. Puede que algunos de los soldados fugitivos hubieran escogido refugiarse en el valle en lugar de ir a las montañas. Puede que los pueblos del valle estuvieran encogidos, expectantes, sus habitantes escondidos tras puertas y ventanas cerradas, preguntándose cuáles serían las intenciones de sus nuevos amos.

Álvaro avisó a un mensajero al que habían sorprendido en la fortaleza. Le hirieron durante el asalto, pese a estar desarmado, y caminaba agarrotado por la aprensión, sujetándose el brazo herido con el sano.

—¿Quieres vivir?

El hombre se arrodilló en el suelo mientras sus labios chasqueaban «*aman, aman*», continua, irreflexivamente, como un grillo frotando sus élitros.

—Eres mensajero, ¿verdad?

Asintió. Tenía los ojos enrojecidos llenos de legañas. Tantas que Álvaro se extrañó de que viese con normalidad.

—Ve al valle de abajo y luego a los demás valles que controla esta fortaleza. Diles que deben alegrarse porque hemos expulsado a los vasallos de los fatimíes y desde hoy pueden practicar su religión en libertad. Convénceles de que no tienen nada que temer, ¿de acuerdo? Si lo consigues recibirás una recompensa, pero si me engañas o intentas escapar te perseguiré con mi caballo, que es tan rápido como un

halcón, y te mataré.

Hizo que le entregasen al mensajero unos higos secos y agua para el camino. Iba descalzo, y sus pies, habituados a la aspereza de las sierras, parecían las pezuñas de una bestia mítica.

—Dios te dé paz —dijo al marcharse.

Al salir de la fortaleza el hombre pasó junto a Ibrahim, que acarició el pomo de su espada como si fuese a atravesarle con ella en cuanto le diera la espalda. Luego ocultó un bostezo con el dorso de la mano.

—¿También le has perdonado la vida a ese?

—La noticia llegará a los valles de una forma u otra. Es preferible que la extendamos nosotros mismos para que los pobladores escuchen la versión que más nos conviene.

—Si no fuera porque tu voz es diferente pensaría que estaba escuchando a Aslam —rio el joven—. Es la típica idea que se le ocurriría a él.

«No estaría mal que se me ocurrieran frecuentemente ideas dignas de Aslam —pensó Álvaro—. Si pudiera sumar su inteligencia a mi capacidad para la guerra el resultado sería temible».

Miró más allá de los sembradíos del valle hacia las montañas cubiertas de nieve, despidiendo un blanco fulgor. Aquel era solamente el último de los mensajeros que enviaban a recorrer los caminos. Durante la última semana Aslam había despachado una veintena para que llevasen a los precarios príncipes de la región las mismas promesas de poder que sirvieron para obtener el apoyo de los Banu Asafu. El anciano funcionario había escogido con cautela a los receptores de las cartas, después de haberse informado como había podido acerca de quién era quién entre sus vecinos. Tribus debilitadas, nostálgicas de tiempos mejores, que a veces eran simples imaginaciones suyas o recuerdos falseados, molestas por diversos motivos con los fatimíes. Estos ejercían su jurisdicción en la zona a través de una cantidad enorme de intermediarios y lugartenientes: gobernantes locales a los que se les permitía conservar sus privilegios siempre y cuando aceptasen reconocer la soberanía del califa al-Mahdi. Los fatimíes solo intervenían en persona cuando su influencia en el Magreb se veía gravemente amenazada; el resto del tiempo preparaban la conquista de Egipto, que obsesionaba al califa chiíta. Y Aslam pensaba volver en contra suya esta obsesión, arrebatándoles a sus vasallos y derrotando a los que no pudieran ser convencidos mientras estaban ocupados tratando de expandirse hacia las ciudades santas del Islam. Aunque los fatimíes pretendieran más tarde neutralizar la traición de Musa ibn Abi’l-’Afiya y volver a hacerse con el control de Fez, les resultaría imposible hacerlo: la sublevación iniciada por Aslam se interpondría entre Musa y ellos.

El éxito de aquel plan, no obstante, dependía tanto de las dotes de Álvaro como

de las estratagemas imaginadas por el antiguo bibliotecario del Alcázar. Había leído las descripciones de incontables batallas, pero su experiencia directa de la violencia se condensaba en las ejecuciones presenciadas en la *Musara* de Córdoba. Si él guiaba a las tropas el desastre sería inevitable; hacía falta alguien experimentado que fuera el jefe militar de la sublevación, del mismo modo que Aslam sería su jefe político y al-Asayy la máscara detrás de la que ambos se ocultarían. Álvaro era el encargado de cumplir con dicha función, si bien tenía sus propios planes, que diferían de los de Aslam. Hasta entonces sus deseos de vengarse de los Omeyas se habían resuelto en unos proyectos fantásticos, absurdos, con los que se contentaba igual que el hambriento, a falta de pan blanco, se conforma con el rojo. Pero todo esto había cambiado al desvelarse cuáles eran las aspiraciones de Aslam y cuál la parte cuyo cumplimiento era responsabilidad de Álvaro. Se veía ya comandando un vasto ejército, adueñándose de extensos territorios, obteniendo los medios, en suma, con los que convertirse en un enemigo de Abd al-Rahman III tan peligroso o más que los fatimíes.

«Si yo me encargo de conducir a los soldados en las batallas, su lealtad estará de mi lado —reflexionó—. A un guerrero no le gusta seguir a un jefe que nunca se mancha las manos de sangre ni expone su vida. Podré quitarle el liderazgo a Aslam con facilidad. Y después quizá me convenga reconocer a al-Mahdi para obtener el apoyo de los fatimíes. No tengo ningún interés en luchar con ellos, es a Abd al-Rahman a quien quiero hacer daño».

Sonrió ante la posibilidad de convertirse en un émulo de Ibn Hafsun, luchando contra los Omeyas desde el Norte de África, tal vez haciendo realidad su pretensión de crear un reino en el que las víctimas del régimen omeyí fueran bienvenidas. Incluso si al final era derrotado, como lo había sido su mentor, el hecho de ocasionarle un serio quebradero de cabeza a Abd al-Rahman III haría que mereciese la pena.

—¿Han reunido los hombres el botín? —inquirió, postergando aquellos pensamientos embriagadores.

—El que hemos hallado en la fortaleza —respondió Ibrahim—. Aún tenemos que saquear los poblados del valle.

—No saquearemos el valle —repuso Álvaro—. Somos libertadores, no invasores, ¿recuerdas?

—Continúas hablando como Aslam.

—Y tú continúas hablando como un vulgar salteador. Supuse que eras más ambicioso.

Un espasmo de cólera atravesó la cara de Ibrahim. Pero enseguida sus facciones se relajaron, como si le fuera imposible estar enfadado más de unos pocos segundos seguidos. Álvaro tenía la impresión de que era demasiado consciente del efecto que

causaba en sus hechuras el buen humor del que solía hacer gala. Al sonreír era su cuerpo entero, la boca, los ojos, los hombros, los que transmitían su salvaje alegría. Que se tratase de una alegría verdadera o simulada, una forma de encubrir ciertas deficiencias de su carácter, era una cuestión diferente, y Álvaro no había encontrado todavía una respuesta que le satisficiera. Sin embargo le complacía combatir junto a Ibrahim y admiraba el coraje del joven, pese a que albergara recelos acerca de su fidelidad y se esforzase constantemente por ponerla a prueba. Cuando cargaba contra un adversario su grito de guerra era: «¡Soy de los Banu Asafu!», y al oírle gritar Álvaro experimentaba siempre un leve reparo, temiendo que aquella muestra de orgullo tribal constituyese un signo de la debilidad del vínculo que le unía a la causa de Aslam.

—Tengo mucho que aprender —admitió Ibrahim—. Estoy seguro de que me enseñaréis a ser una persona sensata.

«¿Hablará en broma o en serio?», dudó Álvaro. A diferencia de lo que sucedía con su padre, el joven dominaba el arte de decir lo contrario de lo que realmente pensaba sin que se notase.

Distribuyó algunas dádivas entre los guerreros que se habían distinguido en la escaramuza para que estuviesen satisfechos y organizó el regreso. Las acémilas no podían llevar todo el botín y hubo que abandonar el cuarto de menor valor. Ibrahim insistió en llevar consigo dos sacos llenos de cabezas, aparte de las que iban ensartadas en las picas, que sus contríbulos alzaban como si fuesen los estandartes de su clan.

—Las clavaremos en estacas en torno a la ciudad. Servirán para que los espías que pretendan fisgonear en Dar al-hijra se asusten y den media vuelta.

—¿Dónde has aprendido esos métodos? No creo que Aslam te los haya enseñado. Le disgustan las matanzas.

—Ya me he fijado. Es melindroso como una virgen —dijo Ibrahim—. Esos métodos, y otros peores, los aprendí de los propios fatimíes y sus servidores cuando vivía en Qairuán.

—¿Has vivido en Qairuán?

—Mi padre me envió allí cuando tenía dieciséis años. Tenía esperanzas de que yo me integrara en la corte fatimí y llegase a recibir del califa al-Mahdi el encargo de dirigir sus expediciones militares. No sucedió, por supuesto. Por aquel entonces el califa ya había comenzado a promover a más y más eslavos, que tienen fama de ser excepcionalmente leales a sus dueños, en detrimento de los bereberes que le apoyaron al principio de su reinado. Y entre los bereberes, los jefes Kutama eran los preferidos a la hora de recibir cargos y prebendas. Procediendo de un clan pequeño, que para colmo es Zanata y jariyí, no me hicieron el menor caso. Ni siquiera me permitieron residir en la nueva capital, al-Mahdiyya, y tuve que conformarme con una miserable

casita y un par de astrosos esclavos en la antigua: Qairuán.

—¿Pudiste conocer a al-Mahdi?

—Sí, una vez, poco antes de volver con mi padre. —Ibrahim sacudió la cabeza y suspiró—. No he visto a un hombre menos impresionante en mi vida, en modo alguno lo que uno esperaría de un califa. ¿Sabes que era un comerciante, un vendedor de telas? Desde luego parece un mercader que se haya enriquecido de repente, nada más. No ha participado ni en una sola de las campañas que han emprendido sus ejércitos y lo único milagroso que observé en su persona es que consiguiera convencer a tantos musulmanes de que es el mesías que devolverá la unidad al Islam. Hay quien duda hasta de que sea un descendiente del Profeta. Los propagandistas de los fatimíes lo afirman sin cesar, pero evitan cuidadosamente detallar la genealogía del califa, como si temieran que los *naqib* revisen los registros para verificarla y descubran que es falsa. En realidad, me atrevería a decir que al-Mahdi es tan farsante como nuestro al-Asayy.

—Sin embargo después de tu vuelta continuasteis aliados con ellos.

—A nosotros no nos importaba que al-Mahdi sea un farsante. Nos importaba lo que él pudiera concedernos. ¿Crees que estábamos ligados a los fatimíes por algo más que el interés? Por Dios, si somos jariyíes. Los fatimíes me parecen unos blasfemos, y bastante intolerantes con los que no aceptan sus blasfemias, por cierto. —El aire de cinismo burlón que normalmente exhibía Ibrahim fue reemplazado por una repentina seriedad—. ¿No luchabas tú por Ibn Hafsun? Mi padre lucha por los Banu Asafu. Quien le ayude será su aliado. Quien le estorbe será su enemigo. Así ha sido siempre en mi familia y así seguirá siendo. Para prosperar escogimos asentarnos en lugar de ser nómadas, lo cual es una rareza en la tribu de Ifran, a la que pertenecemos, dentro de la gran confederación de los Zanata. Pero asentándonos tampoco alcanzamos la estabilidad: continuamente hemos probado maneras de progresar, y si no resultaban exitosas las desechábamos para probar otras. Mis antepasados, que Dios refresque sus rostros, eran marineros. Mi padre fue el último de esa estirpe y el primero de los que han abjurado del mar. Los fatimíes fueron un medio para lograr sus objetivos, como ahora lo es Aslam. Eso es lo que le importa.

«Así pues, entregáis vuestra lealtad al mejor postor, sin otras consideraciones. Habrá que tenerlo en cuenta».

Ibrahim decidió cambiar de tema, tal vez porque era consciente de haber hablado en exceso. El paisaje estaba en calma. El viento mecía suavemente los árboles y la hierba desprendía un destello plateado bajo la luz del sol. Los copos de nieve bailaban en el aire como pálidos insectos, empujados hacia un destino desconocido. El frío se había intensificado y Álvaro sentía que le penetraba hasta los huesos, sin que las ropas que llevaba puestas pudieran defenderle de su gélido abrazo.

—Se antoja difícil creer que al otro lado de la cordillera los vientos son

abrasadores, ¿verdad?

Álvaro estuvo de acuerdo. A medida que descendían por el camino de la fortaleza cambiaba su perspectiva de las montañas, y el blanco deslumbrante de sus cimas parecía desmentir la existencia de otros lugares más allá, como si en aquellas cumbres el mundo encontrara su término y su comienzo.

—Dios misericordioso ha puesto ahí las montañas para que detengan los vientos y la arena, permitiendo que la vida sea agradable en esta parte —prosiguió Ibrahim—. Lo asombroso es que haya quien rechace esa bendición de Dios y prefiera vivir en el lado equivocado de la cordillera.

—Te refieres a tus parientes, supongo.

—Sí. La mayoría de los integrantes de mi clan aún son nómadas y viven en el desierto, algunos muy cerca de Sijilmasa.

—¿Es tan rica como se cuenta? —preguntó Álvaro, picada su curiosidad.

—Mis parientes dicen que sí, pero yo desconfío de ellos: de cada cuatro palabras que pronuncian, tres son mentira y la cuarta una estupidez. Un día tengo que ir a comprobarlo por mí mismo.

«Y yo».

La vuelta sería tranquila, en absoluto semejante a la presurosa cabalgada nocturna. Pensó en el recibimiento de Aslam, que se emocionaba con cualquier pequeña victoria como un chiquillo al que se le ofrece un dulce. Y pensó en los hermosos ojos de Dihya, suplicándole una ayuda que él no estaba dispuesto a prestarle por el momento.

«Podría facilitar su huida, pero no la de al-Asayy. El viejo removería cielo y tierra para encontrarle y entre tanto acabaría por averiguar que he sido yo el que le ha ayudado a huir. Además, para qué engañarme. Yo también le necesito. Aslam no es el único que planea utilizarle».

9

Un sobresalto en la noche

Tuvo sueños perturbadores, interrumpidos a menudo por los chirridos de los saltamontes. Sobrevino la mañana, la primera llamada a la oración, las abluciones… Se lavó entera, enjugándose senos y muslos con el aire solemne del que ejecuta una ceremonia. Al terminar rehuyó las miradas de las esclavas. De buena gana se habría escondido en uno de los agujeros en los que vivían las ratas. Pero Jamil siempre estaba con ella y con al-Asayy, y se ocupó de que Aslam supiera dónde encontrarlos cuando llegó la hora.

—Te acostumbrarás enseguida, querida —le dijo su primo antes de que el guardián se la llevase—. Al principio te encuentras con la multitud y parece que vayan a despedazarte, como lobos buscando gallinas, o gatos que al ver un ratón se preparan para saltar. Pero luego te das cuenta de que, en realidad, tienes poder sobre ellos. Estarán pendientes de tus palabras, y aunque no te entiendan te escucharán como si bebieran agua fresca de un manantial.

Dihya se cubrió la faz con un velo. Tenía la frente perlada de sudor y una sensación de angustia anudándole las tripas. Jamil hizo que saliera por una puerta trasera que apenas se utilizaba. Y luego se encontró sola en el callejón polvoriento, entre las ruinosas edificaciones construidas contra el muro del palacio.

«Qué diría mi madre si me viera hoy —pensó—. Dichosa ella, que únicamente conoció las emociones relacionadas con el cuidado de los hijos y la preparación de las grandes fiestas. A mí Dios me ha castigado con una vida mucho menos apacible. Una vida desdichada».

Cada paso que daba hacía que aumentase su nerviosismo. Se cruzó con algunas personas y agachó la cabeza para pasar desapercibida. Aslam le había recomendado que aguardase hasta encontrar un público suficientemente numeroso. No tenía sentido desperdiciar su actuación si la cantidad de espectadores era demasiado reducida.

Era día de mercado, de modo que la plaza del zoco estaba prácticamente llena. Ella caminó decidida hacia los transeúntes, y en cuanto dio con un espacio despejado se arrodilló apretando su rostro contra el suelo. Permaneció completamente inmóvil durante unos minutos, sintiendo que la curiosidad de la multitud se arremolinaba en torno a ella como olas golpeando un arrecife. Varios hombres se habían acercado para asistirla, creyendo que estaba enferma, pero entonces ella separó los labios resecos y comenzó a hablar:

—Gloria a Dios, que manifiesta su gracia por medio de sus elegidos, aquellos que le glorifican revelando la verdad y probando la infamia de los que intentan negarla. Y felices vosotros, que habéis acogido a su enviado. He venido a contaros que en medio

de la noche ha descendido sobre mí una luz y me han sido reveladas cosas prodigiosas. Pronto recuperaréis la libertad y se restablecerá la verdadera fe. Los ritos proscritos serán restaurados y volveremos a pedir al cielo bendiciones sobre los dos primeros califas, a los que los fatimíes, Dios los destruya, han hecho maldecir. Habrá de nuevo procesiones con estandartes y tambores, y los hombres serán tratados como iguales y nadie será más que nadie. Todos tendréis suficiente para vivir holgadamente y la victoria os acompañará cada vez que vuestros enemigos traten de perjudicaros, porque el Altísimo velará por los creyentes y los protegerá de cualquier mal. Pero a quien escuche a su enviado y no responda positivamente, Dios lo arrojará de cabeza a los fuegos del Infierno.

Dihya hablaba convulsivamente, a medida que recordaba las frases que Aslam había hecho que se aprendiera de memoria. Sin embargo su voz resonaba en las tapias de las construcciones rodeando la plaza. Era una voz perturbada, con un matiz histérico, como si estuviese aún estremecida por las revelaciones de las que había sido objeto. Los ciudadanos venían corriendo, los vendedores abandonaban sus puestos, se apresuraban desde sus campamentos los curiosos llegados a Dar al-hijra en las últimas semanas para oír a al-Asayy. Apareció una madre con su bebé en brazos, al que habían interrumpido mientras mamaba. Los espectadores se apiñaban frente a Dihya, retenidos por un temor sagrado que les impedía acercarse más, se encaramaban a los muros y a los puestos, los más alejados, para vislumbrar lo que estaba sucediendo. Ella, con los brazos extendidos y mirando hacia arriba, como si recibiera de lo alto sus instrucciones, continuaba explicando las maravillas que había contemplado y que en breve estarían al alcance de los puros de corazón. Habló de las ciudades santas de oriente, de la recuperación de la Piedra Negra, de las siete murallas y las ocho puertas del Paraíso, y de los exquisitos manjares y los deliciosos néctares que los fieles podrían beber sin emborracharse nunca. Solamente dejó de hablar cuando le falló la voz. Haber estado tanto tiempo de pie acentuaba su cojera; poco faltó para que se cayese al tratar de irse, súbitamente asustada por aquella aglomeración de gente. Una mano ruda la sostuvo en el momento oportuno. Y luego oyó a Aslam, que se había acercado al zoco pretendiendo haberse enterado a la vez que los demás de la presencia de la profetisa:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Un ángel te ha llevado hasta aquí, muchacha. Sé fuerte, porque tus plegarias han sido atendidas. Ahora mismo vendrás con nosotros para reunirte con el Mahdi.

Dihya temblaba como un animal acosado. De repente sintió que la levantaban en el aire; Jamil la había cogido en brazos.

La multitud estaba tan apretada que no parecía ni que una brizna de paja pudiese pasar entre ellos, pero se abrió un camino para que transitara el grupo. Docenas de manos se alzaban para tocarla y la punta de sus dedos rozó a Dihya sin parar hasta

que salieron de la plaza. Después los asistentes a la actuación de la joven se dispusieron a seguirlos. El murmullo arrancaba ecos de las paredes, elevándose por encima de las casas y atrayendo a la calle a más curiosos. Cuando alcanzaron la entrada del palacio, casi toda la ciudad se había concentrado tras ellos. Entre tanto al-Asayy había salido a recibir a Dihya, dando muestras de estar muy contento.

—Yo os digo que esta mujer es una verdadera profetisa, que ha alcanzado la profecía gracias a la purificación espiritual —exclamó—. ¡Ay de quien lo niegue, maldito sea por siempre! ¡Así desaparezca su linaje hasta la raíz y no quede ninguna huella de su presencia en este mundo!

Entraron en el palacio mientras los guardias contenían al gentío. Y en cuanto se cerraron las grandes puertas y se debilitó aquel murmullo ensordecedor, Jamil depositó bruscamente a Dihya en el suelo, Aslam separó las manos que hasta ese momento llevaba unidas en un gesto piadoso y los miembros de los Banu Asafu que se limpiaban las uñas con las puntas de sus cuchillos en el amplio vestíbulo miraron a la joven con un desdén que contrastaba con el entusiasmo de los infelices agolpados afuera.

—Bien, ya está —dijo Aslam—. A partir de ahora los dos os repartiréis el trabajo.

Dihya fue rápidamente a sentarse. Le dolía mucho la pierna. Pero no se quitó el velo; sentía que necesitaba incluso aquella mínima protección. No le gustaban las miradas despectivas de los guardias. Parecía que se hubiese esfumado el poco respecto que antes les inspiraba.

«Solo hago lo que me ordenan. ¿Qué derecho tenéis a censurarme por ello?».

Aslam se sentó junto a ella, masajeándose las rodillas, que también empezaban a acusar el ajetreo de las pasadas semanas.

—¿Cómo es que no se han dado cuenta de que soy la misma que entró en la ciudad montada en un asno? —preguntó Dihya al anciano.

—No se fijaron en ti entonces. Y los que se fijaran te habrán olvidado. —Aslam la examinaba con atención, pensativo, y comentó de improviso—: Quizás habría que cortarte el pelo para que tuvieses un aspecto más austero…

—¡No! —chilló Dihya, poniéndose en pie y huyendo a su cuarto.

Al-Asayy ya estaba dentro, agachado sobre algo. Se sobresaltó con el ruido, pero al reconocer a su prima continuó tranquilamente con lo que estaba haciendo.

—¿Qué te sucede?

—Aslam quiere cortarme el pelo —contestó ella, indignada—. Quiere desfigurarme. ¿No le basta con hacerme vestir harapos?

—Es evidente que nuestra belleza no es su prioridad. Todo lo contrario: cuanto más feos parezcamos, más satisfecho está. Tengo miedo de que algún día se le ocurra cortarme una oreja o sacarme el ojo sano para que mi fealdad sea insuperable.

—No te extrañe.

Se aproximó para ver lo que estaba haciendo su primo. Había extendido dos paños en un rincón, uno cubierto de cuerpecillos resecos, contraídos, y otro en el que echaba los desperdicios de los que ya se había comido o iba a comerse.

—¿Qué es eso?

—¿Quieres uno? He aprovechado que hoy estaban pendientes de ti para recogerlos del tejado.

Dihya ya había reparado en que su primo colocaba trampas para atrapar los cigarrones que revoloteaban presuntuosamente por el interior del palacio, rechazando los esfuerzos de los esclavos para expulsarlos, pero nunca se habría imaginado que al-Asayy los capturase con la intención de comérselos.

—Los recubro con la poca sal que consigo robar de las cocinas y luego los pongo a secar al sol. Mentiría si dijese que los encuentro sabrosos, pero tengo tantísima hambre que me comería una piedra si antes pudiese echarle una pizca de cilantro por encima.

Al-Asayy le tendió una langosta que había limpiado previamente, arrancándole las alas y las patas, y el olor hizo que se le despertase el apetito. Dihya compartía la dieta de gachas aguadas que tenía que seguir su primo y últimamente notaba que sus pómulos y sus clavículas estaban emergiendo en su piel como escollos volviéndose visibles al retirarse la marea.

El sabor era oleoso y detestable, y Dihya hizo una mueca de asco tras dar el primer mordisco. Se comió la mitad de la langosta y devolvió la mitad restante a al-Asayy, que se la tragó sin pestañear.

—Para mí no es tan terrible, querida. Tú estás habituada a alimentos más selectos, sin embargo yo llevo años teniendo que recurrir a tenderos tramposos, porque no tenía dinero suficiente para tratar con los honrados. Por lo menos confío en que después de comer tanto queso fabricado con cualquier residuo asqueroso y tanta carne empapada en vinagre para que no se note que está echada a perder me habré vuelto inmune a los venenos.

Una sombra se interpuso entre ellos y el poeta se apresuró a ocultar los cigarrones con su cuerpo. Al darse la vuelta comprobaron que se trataba de Álvaro. Llevaba puesta la armadura de cuero y sus nudillos estaban despellejados, como si hubiera estado dándole puñetazos a una pared.

—¿Ya has recogido tus saltamontes? —preguntó con tono seco.

—¿Cómo sabes que los cazo?

—Te he visto. —Álvaro señaló con el pulgar a los guardias que jugaban a los dados en el patio—. Esos serían incapaces de descubrir una ballena en un charco, pero yo procuro estar más atento.

Metió la mano con cuidado en su escarcela.

—Tomad. Los guardaba para después de la cena, pero sospecho que los necesitáis

más que yo.

Había sacado unos higos. Dihya y al-Asayy se los introdujeron en la boca con avidez. Se habían llenado tanto los carrillos que apenas eran capaces de masticar; el jugo les corría a chorros por la barbilla. Luego el poeta escupió las pepitas con disimulo en una grieta del suelo. La barbilla se la limpió con una de las mangas de sayal.

—Una mancha más no llamará la atención —murmuró.

Los delgados labios de Álvaro se fruncieron en una sonrisa desganada al oírle.

—Será mejor que te prepares —dijo—. Hay montones de desgraciados ahí fuera esperándote. Mujeres estériles, ciegos, paralíticos, tullidos… no falta de nada. Y todos cuentan con que hagas un milagro con ellos.

—¡Que el Todopoderoso tenga misericordia de mí! ¿Milagros dices?

—Aunque yo de ti me llevaría a un par de guardias para que te protejan —continuó Álvaro sin hacer caso a la interrupción—, por si acaso. Aslam ha sacado hace un rato el agua con la que se lavó tu hermana al amanecer, asegurando que tiene poderes curativos, y tanta gente quería beber un trago que se ha producido un tumulto con varios heridos.

Dihya sintió que se ruborizaba. Su cara y su cuello habían cambiado de color, le ardían las mejillas. Tratando de recuperar la compostura, balbuceó:

—¿El agua? ¿El agua con la que me lavé hoy?

—Tal vez sea un agua distinta —admitió Álvaro—. La cuestión es que los trucos de Aslam están funcionando muy bien. Quizás demasiado bien. Tendríamos que empezar a tener cuidado con lo que hacemos. Los infelices que te esperan, por ejemplo. ¿Para qué los necesitamos? ¿Qué objeto tiene atraerlos? Entre todos los que han afluido a la ciudad para seguirte no habré encontrado a más de cuarenta hombres a los que merezca la pena entrenar en el uso de las armas. Difícilmente crearemos un ejército que pueda derrotar a los generales fatimíes con epilépticos y mujeres histéricas. Hay que atraer a las tribus guerreras para que se pongan a tu servicio, no a tullidos.

—A los Banu Asafu no les agradará que vengan otras tribus a disputarles sus privilegios.

—Que les jodan a los Banu Asafu. —Álvaro había comprobado previamente que ningún miembro del clan estuviera lo suficientemente cerca para escucharle—. Aslam gobierna sus asuntos, pero el encargado de conducir al ejército soy yo, y con los Banu Asafu no tenemos bastante, ni aunque consigan convencer de una maldita vez a sus parientes nómadas para que se reúnan con ellos.

Dicho esto, Álvaro dio media vuelta y echó a andar lejos del ruinoso cuarto. Dihya se apresuró a seguirle con el pretexto de inspeccionar sus nudillos.

—¿Qué os ha sucedido? —preguntó, cogiéndole la mano—. ¿Quién os ha hecho

daño?

—Es un simple rasguño —dijo Álvaro, azorado por la reacción de Dihya—. Por la mañana atacamos una torre en poder de los fatimíes y cometí el error de pegarle un puñetazo a un soldado que tenía la mandíbula dura como el pedernal.

—De mi marido aprendí que incluso un simple rasguño puede resultar peligroso. ¿Queréis que os cure?

—No, no. No es preciso. Ahora iba a lavarme.

—Hacedlo, sí, sin perder un instante. —Dihya se puso de puntillas un instante para susurrar en el oído del cristiano—: ¿Habéis meditado acerca de lo que os pedí?

—Sí. Yo… —Álvaro buscó las palabras adecuadas antes de menear tristemente la cabeza—. Lo siento. Aunque os proporcionase los medios para escapar, fracasaríais con total seguridad. Aslam y los Banu Asafu os perseguirán sin tregua y no hay dónde ir. Los puertos de la costa están muy lejos y me han contado que adentrarse en el desierto sin un guía familiarizado con el territorio significa una muerte segura.

—¿Y a oriente? ¿Qairuán?

—Los fatimíes ejecutarán a tu hermano en cuanto averigüen quién es. Será inútil que proclame su inocencia; le acusarán igualmente de herejía.

«No hay escapatoria, pues —pensó ella—. Tendremos que continuar moviendo los labios mientras un ventrílocuo habla por nosotros».

—Pero hay una solución, quizá. —Álvaro bajó la voz todavía más, de modo que Dihya tuvo que concentrar toda su atención en él para entender lo que decía—. Yo dirigiré el ejército y tu hermano dirigirá a las masas. Incluso si lo que hace en realidad es divulgar los discursos de otra persona, las gentes no lo saben. Cuando llegue una ocasión favorable, si colaboramos los dos, es posible que consigamos que las cosas sean como ambos queremos y no como quiere Aslam.

Ella iba a contestar, sin embargo Álvaro le indicó que no dijera nada.

—Ya hablaremos. Aún es pronto para actuar.

Dihya asintió. Se alejó unos pasos… y le entraron ganas de regresar corriendo junto a Álvaro cuando reparó en que los guardias habían dejado de jugar a los dados y la estaban mirando insistentemente. Uno de ellos hizo un gesto como si bebiera agua y luego se humedeció los labios sacando mucho la lengua. Los demás rieron a carcajadas y Aslam, que pasaba por su lado, lanzó un bufido de desaprobación.

—Animales —gruñó—. Estoy rodeado de animales. Peores que los lobos.

Había venido a buscar a al-Asayy para que atendiera a los suplicantes que, como les comentó Álvaro, hacían cola para que ser curados de sus enfermedades. Al anciano funcionario se le había ocurrido obtener algo de beneficio de la situación y cada uno de ellos guardaba en un puño cerrado la moneda de cobre con la que pretendía comprar su salud. La mayor parte eran personas de aspecto normal, agotadas por una enfermedad que se había convertido en algo tan consustancial a

ellos como su sombra, si bien había en la fila auténticos monstruos que parecían proceder de una edad olvidada, escondidos de la curiosidad ajena hasta que la promesa de la curación los hizo volver a exponerse a la luz del día.

Ocuparse de los enfermos ocupó al poeta la tarde entera mientras Dihya, desde la atalaya, aguardaba fascinada a que apareciera el siguiente prodigio para que al-Asayy le devolviera la humanidad perdida. Los había que en lugar de brazos exhibían unos apéndices diminutos, como si aquellas partes de su cuerpo no se hubieran desarrollado más desde la lactancia, o que tenían la espalda y los hombros ocupados por horribles abscesos, o que llevaban colgando del costado a sus hermanos, como copias deformes de ellos mismos. Y, finalmente, le tocó el turno a un hombre con una cabeza enorme, ligeramente cónica, sin cabellos, sin cejas, sin barba, blanco como la cal, y que hablaba en una lengua tan extraña que todos supusieron que venía de una caverna secreta en las montañas, única vía de acceso a un reino subterráneo fundado por uno de los primeros profetas.

Al-Asayy estaba muy fatigado cuando terminó. Comió sus gachas en silencio, lo cual era raro en él, y solo después de lamer los grumos adheridos a la escudilla tuvo en cuenta a Dihya.

—¿A cuántos estimas que he curado?

—No lo sé.

—A ninguno. Exactamente a ninguno. Y sin embargo me alababan como si los hubiese sanado del primero al último. Por Dios, el que tenía los brazos iguales que los de un bebé llegó a jurar que notaba cómo ya le estaban creciendo. —Al-Asayy apartó la escudilla disgustado—. ¿Qué les ocurre? ¿Qué demonios les ocurre?

—Les ocurre que quieren creer. Necesitan creer. Y creen.

—No sé si estoy asombrado o asustado, o las dos cosas a un tiempo —dijo el poeta—. Prefiero no pensar en ello. Y lo más sorprendente es que tengo la sensación de que empiezo a hacerlo bien. ¿Entiendes? Ya no me limito a repetir con mayor o menor fidelidad aquello que me dicta Aslam. A veces digo y hago lo que me parece. Y con buenos resultados. Esta tarde olvidé por un momento las frases que me había preparado Aslam y tuve que improvisar una: «Soy como el arca de Noé, fuera de mí no hay salvación». Y les ha impresionado, ¿entiendes? Les ha impresionado.

Dihya desestimó comunicar en el acto a su primo el contenido de su conversación con el cristiano. Estaba demasiado nervioso; era preferible dejarlo para el día siguiente, no fuese a tomar una decisión precipitada.

—¿Podrías conseguirme un trozo de pergamino? —preguntó en cambio.

—¿Un trozo de pergamino? ¿Para qué?

—Lo quiero, simplemente. ¿Me lo puedes conseguir o no?

—Puedo robárselo al viejo cuando esté distraído. Tiene tantos que no notará la falta. Pero tendrá que ser mañana. Ahora mismo me caigo de cansancio.

Se tumbaron en las esteras. El viento susurraba contra los podridos aleros del edificio y en el exterior se mezclaban los maullidos de los gatos y las plegarias de los enfermos que soñaban con su curación. Era una noche tranquila. Al-Asayy se durmió enseguida y su respiración suave y rítmica supuso el último empujón que necesitaba Dihya para quedarse también dormida.

De repente despertó. El cuarto estaba totalmente a oscuras, en silencio. Ni siquiera penetraba en el mismo la luz desvaída de la luna a través de los boquetes del techo, como de costumbre.

«¿Habré oído algo?», se preguntó.

Tenía dificultades para dormir desde la noche en la que murieron su marido y su hijo. Las pesadillas eran frecuentes y salía de ellas exhausta, jadeante, como si hubiera estado luchando para mantenerse a flote en aguas turbulentas. Pero en esta ocasión no recordaba haber tenido ninguna pesadilla.

Oyó un ruido cercano. Y antes de que pudiese incorporarse para escudriñar las tinieblas una mano encallecida le tapó la boca. Alguien la sujetó por los tobillos, alguien por la cintura. Volvieron a elevarla en el aire, igual que cuando Jamil se la llevó del zoco.

Sintió que se la llevaban corriendo y pensó horrorizada que así debía sentirse una gallina atrapada por un zorro. Trataba de chillar, pero la mano presionaba su boca con tanta fuerza que no brotaba ni un gemido. Buscó un rostro que arañar, dando manotazos en el aire, hasta que un codazo en el estómago hizo que se quedase sin respiración. Luego, después de haber sido llevada en volandas por pasillos desconocidos y salas desiertas, fue arrojada al suelo.

Estaba en una parte del palacio que no conocía, una que se encontraba aún en peor estado que el resto. Un polvo grisáceo que se elevaba formando nubes lánguidas tras cada movimiento de los pies recubría trozos de madera podrida, tejas rotas, vasijas hechas añicos, jirones de tela. Y las inevitables siluetas de las langostas saltando de un lado a otro, más parecidas a *ginn* que nunca.

Dihya intentó ponerse en pie, huir. Recibió una patada en las costillas y uno de los hombres dijo:

—Tápale los ojos, no sea que nos reconozca.

Utilizaron uno de los jirones de tela a modo de venda. Un segundo jirón, más consistente, ató sus muñecas entre sí. La tendieron sobre la espalda y ella juntó instintivamente las rodillas. Como había temido, inmediatamente la agarraron por los muslos para separárselos a la fuerza.

«Gracias a las añagazas de al-Asayy pude evitar que me forzasen los soldados Omeyas en Badajoz —pensó Dihya, desesperada—. ¿Y va a ocurrirme aquí, donde me vigila un guardián día y noche?».

Una de sus patadas dio en el blanco y el hombre retrocedió blasfemando. El revés

posterior hizo que su boca se llenase de sabor a sangre. Notó el filo de un cuchillo en la garganta, frío, letal y se quedó quieta. Las lágrimas le escocían en las mejillas como si fueran vinagre.

—No llegamos a tiempo de beber del balde que sacó Aslam —comentó el hombre que había hablado antes—. Así que vamos a beber de la fuente.

Sonidos de ropas tiradas por ahí sin ningún cuidado, risas ahogadas, el inicio de una discusión acerca de quién iba a ser el primero. Y el peso de un cuerpo que se apretaba contra el suyo mientras un aliento cálido le rozaba la oreja.

—Debes estar harta de acostarte con tu hermano, profetisa. Te gustará el cambio. Ya lo verás.

Unos dedos tanteaban entre sus piernas, como gusanos buscando el camino, hasta que al hombre se le escapó un grito. El cuchillo dejó de temblar contra su garganta y se retiró el peso que aplastaba a Dihya contra los guijarros del suelo.

Se levantó de un salto, pero al enredarse con los harapos que tenía enroscados en torno a los pies volvió a caer. Ignoró el dolor, vistiéndose como pudo antes de levantarse de nuevo. La tela que le ataba las muñecas se había desgarrado durante la caída; con un fuerte tirón consiguió arrancarse asimismo la venda para ver lo que sucedía.

Un hombre estaba arrodillado vomitando, a la par que se agarraba la nuca como si fuesen a escapársele por ella los sesos. Los otros dos estaban persiguiendo a un tercero que saltaba ágilmente sobre los escombros. Llevaba una piedra en la mano, pero era su única defensa frente a los puñales de los que pretendían acorralarle.

—Párate, cabrón —mascullaban—. Párate para que podamos destriparte.

Una quinta sombra apareció de improviso. Y una sexta. Empuñaban lanzas y corrían hacia los dos hombres. Uno trató de revolverse y se dio cuenta demasiado tarde de que su puñal resultaba tan inadecuado frente a las lanzas como la piedra de su presa lo era frente a los puñales. No tuvo la oportunidad de rendirse. La lanzada le atravesó el estómago cuando iba a hacerlo y después se estremeció brevemente y murió. Su compañero ni siquiera consideró la posibilidad de ayudarle; salió por una grieta en el muro y se esfumó sin mirar atrás.

—¿Estás bien? —preguntó el que llevaba la piedra, acercándose. Ella reconoció a al-Asayy, todavía resoplando a causa de la emoción.

Dihya solo acertó a asentir. Los portadores de las lanzas estaban pegando al hombre arrodillado sin prestar atención a sus lamentos. Hubo un chisporroteo en el exterior del recinto y las sombras se agitaron locamente sobre el ondulado pavimento y las paredes. Un guardia entró con una antorcha y su luz titilante reveló todo lo que estaba velado, como si los presentes, incluida ella misma, se quitasen las máscaras de penumbra que ocultaban sus identidades. El soldado de rodillas era el que se había lamido los labios y los hombres que le zarandeaban eran Jamil y Álvaro. Y detrás de

la antorcha, con los ojos irritados por el humo, se tambaleaba Aslam, su expresión de sorpresa deformada grotescamente por aquel resplandor anaranjado.

—En el nombre de Dios, esto no puede ser —musitaba—. No puede ser.

—Pues ha podido ser —replicó con tono airado al-Asayy. Caminó hacia el guardia muerto y le pateó en la cara—: ¿A quién han destripado hoy, eh? ¿A quién?

Aslam miraba a Dihya de una forma que ella juzgó acusadora. No pensó lo que hacía, simplemente cruzó la estancia en un segundo para abofetear al anciano.

—No te atrevas ni a pensarlo —graznó entre dientes. Aún estaba llorando, pero aguardó a que Aslam retrocediera para secarse las lágrimas.

—Es culpa tuya —intervino al-Asayy para justificar la reacción de su prima—. No has impuesto el orden ni la disciplina, y tu forma de tratarnos ha provocado que tus guardias no nos tengan respeto.

—Pero estabais protegidos —protestó Aslam—. Yo me he encargado de eso…

—¿Protegidos? ¡Ja! —se mofó el poeta—. Si yo no tuviera el sueño ligero ni me hubiera levantado para dar la voz de alarma, estos tres miserables habrían conseguido sin problemas lo que se proponían. Y he tenido que ser yo también el que los interrumpiese, arriesgando mi vida.

Alzó la piedra, que a la luz chisporroteante de la antorcha mostraba una mancha oscura de sangre y pelo entremezclados.

—Hay que dar un escarmiento —dijo Jamil. Parecía confundido. Le habían encargado vigilar a la pareja, pero solamente ahora se le ocurría que era igualmente responsable de su seguridad.

—Sí, no hay más remedio —convino Aslam, haciendo un esfuerzo por aparentar serenidad—. Ese ya está muerto. Puesto que hay suficientes testigos del delito, el otro tendrá que pagar una indemnización a la mujer. Yo decidiré cuál es el importe adecuado.

Al-Asayy negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Indemnización? —exclamó. Había una inesperada dureza en su mirada—. Tienen que comenzar a respetarnos a mi hermana y a mí, y hacerle pagar una indemnización no bastará para lograrlo. Hace falta un castigo peor, mucho peor. Expulsadle sin armas ni dinero, de modo que conozca la pobreza y esté indefenso, pero antes cortadle la hombría y enseñádsela a los demás. Para que aprendan.

10

El oro del sur

Como era habitual en ellos, salieron de Dar al-hijra antes de que saliera el sol. Al principio evitaron todo tipo de encuentros salvo una breve visita a la casa-palacio que constituía el centro de los Banu Asafu sedentarios. Atravesaron el palmeral que rodeaba como una guirnalda la casa y Álvaro esperó fuera a que Ibrahim terminase. Dijo que quería hablar con unos primos, pero salió enrojecido y feliz, y Álvaro reconoció el olor del sexo en su piel. Dedujo que en realidad había venido a visitar a una de sus esposas, que vivían encerradas en el interior de la casa como murciélagos en una cueva. Los Banu Asafu habían adoptado algunas costumbres extranjeras, entre ellas la poligamia. Llevado por ese deseo de establecer algún tipo de relación entre su clan y los conquistadores árabes, el abuelo de al-Makhtum incluso se aventuró a situar el origen del clan en un lejano antecesor que llegó a esas tierras desde el Yemen siguiendo a unos camellos que se le habían escapado. El hecho de que, de acuerdo con aquella afirmación, el desdichado hubiese recorrido tres mil millas a pie persiguiendo a un puñado de camellos sarnosos no parecía haber provocado la incredulidad de nadie. Era muy común que las tribus variasen las circunstancias de su origen a su antojo, en función de las conveniencias del momento, y solo sus enemigos se atrevían a poner en duda la veracidad de tales historias.

—¿Vamos a ir acompañados? —se quejó Álvaro mientras Ibrahim subía a su caballo—. Cuantos más seamos, más llamaremos la atención.

Siete jinetes de los Banu Asafu estaban comprobando su equipo más atrás, iluminados por un esclavo que sostenía en alto una lámpara. La noche era calma y la desprotegida llama se mantenía tiesa en su mecha, sin ninguna oscilación.

—A mi padre no le gusta que viaje solo —contestó Ibrahim.

—No viajas solo. Viajas conmigo.

—Lo sé, pero no he podido convencerle. Tiene esa manía, ¿sabes? Incluso cuando me enviaba a espiar a sus enemigos procuraba que me acompañase un sirviente con experiencia.

—¿Un espía? ¿Tú?

—Yo. Han pasado varios años. Espiaba a los Banu'Urat, sobre todo. Una tribu detestable. Apestan a cabra desde siete codos de distancia y son tan feos que las jóvenes a las que obligan a casarse con ellos se estropean a propósito la vista cosiendo a oscuras para sufrir menos.

Cuando los jinetes estuvieron preparados, el grupo se encaminó al conjunto de sierras que separaban la costa mediterránea y las áridas mesetas más interiores de la vacía inmensidad del Sáhara. Los caminos escaseaban en el país; ellos tomaron uno

relativamente ancho y cuidado que llevaba a uno de los pasos de las montañas, y al avanzar por el mismo descubrieron montoncillos de piedras dejadas por peregrinos que se dirigían a La Meca desde el sur, engrosándose de generación en generación, no por ninguna causa en concreto, sino simplemente para que los peregrinos de entonces se sintieran ligados a los de antaño.

El sendero fue empeorando a medida que se internaba en un paisaje escarpado y pedregoso, y los caballos se cansaban con facilidad. Eran caballos idóneos para el llano, pero aquellas cuestas resultaban más adecuadas para las mulas y solo por capricho de Ibrahim las acometían utilizando unas monturas inadecuadas. Para desempeñar aquella misión había insistido en vestirse espléndidamente y cabalgar un hermoso corcel con largas crines de un tono cobrizo, de modo que fuese evidente para cualquiera que se trataba de un joven de alta estirpe. En cambio Álvaro, que llevaba vestidos más comunes, parecía su criado.

Se encontraron con un pastor de cabras al que Ibrahim, por entretenerse, detuvo para conversar un rato. Por él averiguaron que a pocas millas de distancia el agua de las últimas lluvias bajaba sin control desde las montañas, cubriendo el camino en diversos puntos. Pronto encontraron la primera riada, que pasaron sin dificultad. Las siguientes tampoco supusieron un gran problema, hasta que dieron con un tramo que estaba completamente sumergido bajo un riachuelo con trazas de haber aparecido recientemente. A los caballos no les hacía gracia tener que cruzarlo; varias veces trataron de conducirlos a la corriente y otras tantas los animales se echaron para atrás en el último momento. Por fin, a base de paciencia, consiguieron que se internasen en el riachuelo. El fondo no se veía bien y Álvaro temió que el caballo tropezara en un agujero oculto y le tirase al agua o, lo que era peor, se rompiera la pata. No llevaban monturas de repuesto y no le apetecía tener que caminar hasta el siguiente pueblo para alquilar o comprar un pollino.

El cruce terminó sin incidentes de ningún tipo, excepto las inevitables salpicaduras. Descansaron en el lado contrario para secar sus ropas y que los caballos recuperasen la calma, y luego montaron de nuevo, cabalgando sobre un terreno suave que provocaba una incómoda somnolencia en Álvaro. Estaba haciéndose de noche. El viento era fresco, con olor a nieve, y cada ráfaga le provocaba escalofríos. Sus ropas no estaban completamente secas, y a juzgar por las quejas de sus compañeros, tampoco lo estaban las suyas.

Divisaron un poblado de casas de adobe extrañamente reducidas, marrones, apiladas entre sí por razones de seguridad, de modo que el conjunto semejaba una fortaleza pegada a la falda del monte, solitaria, con la enorme sombra del cerro a sus espaldas, disolviéndose paulatinamente en un cielo cada vez más púrpura. Álvaro esperaba ver algo de vida en la entrada de las casas; no la había. A primera vista el poblado tenía la apariencia de estar vacío, pero algunas columnas de humo y las niñas

que se apresuraban a regresar a sus hogares cargadas con enormes haces de ramas y forraje desmentían esta impresión inicial. Álvaro propuso que se quedasen allí a pasar la noche; Ibrahim prefirió continuar. Su objetivo era cruzar rápidamente la sierra para entrevistarse con los líderes de una tribu Sinhaya que, según la carta que los familiares de Al-Makhtum le habían enviado, estaban descontentos con el gobierno de los fatimíes. Era la oportunidad que Álvaro esperaba con ansia. Había oído hablar de aquellas tribus de más allá de las montañas, belicosas, feroces, curtidas por innumerables guerras. Temibles como enemigos, inestimables como aliados; si lograban atraerlos a su bando sería el comienzo del fin del dominio fatimí en aquellas tierras.

«Yo también tengo prisa por convencerlos, maldita sea —pensó—, pero me duelen las nalgas de tanto cabalgar y tengo frío. Este pobre cuerpo mío ya no resiste la fatiga tan bien como antes».

Cuando estuvo demasiado oscuro para poder distinguir los accidentes del paisaje Ibrahim aceptó hacer una parada. Ataron los caballos, les quitaron los arreos y extendieron una brazada de oloroso pienso en el suelo para que comieran. Luego los compañeros de Ibrahim encendieron el fuego que Álvaro anhelaba. Una luna pequeña y resplandeciente derramaba un brillo metálico sobre los puntiagudos cerros alzados a derecha e izquierda. Bosquecillos de arganes trepaban por sus laderas separando rampas desprovistas por completo de vegetación, apenas animadas por las presencias absortas de las rocas. Esos pequeños detalles insinuaban la cercanía del desierto, como la arena suspendida en el aire, que volvía incómoda la respiración.

—Dicen, y Dios es quien más sabe, que por los alrededores crece una planta con unos efectos afrodisíacos tan extraordinarios que si te pones a mear cerca eyaculas antes de haber terminado —comentó Ibrahim mientras pelaba con los pulgares el fruto, semejante a una oliva, de un argán—. Tendríamos que buscar un poco mañana, cuando nos levantemos. A mi padre le vendría bien. La nariz no es lo único que se le ha estropeado.

—Al-Makhtum sigue siendo un hombre vigoroso —replicó Álvaro—. No creo que necesite plantas milagrosas.

—Pregunta a las esposas de mi padre y ellas te contarán la verdad.

—¿Me contarían esas intimidades?

—A ti no, Dios nos libre. Pero a las mujeres les gusta hablar con las mujeres, y a las esposas con los maridos, y así he averiguado yo las dificultades en la cama de mi padre, que Dios le dé una larga vida. —Extrajo la almendra del interior del fruto y se puso a mirarla con curiosidad—. Aunque, pensándolo mejor, no creo que sea una buena idea regalarle afrodisíacos. Si engendrase otro hijo varón tendría que repartirme con él la herencia de mi padre.

Sacaron de las alforjas algunas de las tortas de miga sin levadura que constituían

sus provisiones de viaje. Álvaro la desmenuzó lentamente con los dedos para meterse luego los pedazos en la boca, echando de menos la cecina con la que solía alimentarse durante sus viajes al servicio de los hafsuníes. Aquel sabor añorado aún estaba ligado en su mente a la aventura, a la inocencia, a la juventud.

—Mi padre dice que eras cristiano —comentó Ibrahim con la boca llena de migajas.

—Lo sigo siendo. —Álvaro golpeteó con la punta de un dedo la cruz que llevaba escondida bajo la ropa.

—He oído que muchos cristianos de al-Ándalus han abrazado la verdadera religión. ¿Y tú? ¿Por qué insistes en ser un infiel?

—No veo la razón para cambiar.

—Nunca había conocido a un cristiano. Judíos sí, unos cuantos. Y paganos, cientos, aunque la mayoría afirmen ser creyentes sin entender lo que quiere decir eso. Dime, ¿es cierto lo que cuentan de vosotros?

—Naturalmente —dijo Álvaro sin cambiar de expresión—. Por las noches raptamos niños musulmanes y nos bebemos su sangre. Y el resto del tiempo lo dedicamos a emborracharnos y recitar conjuros con la intención de provocar grandes desgracias.

Ibrahim insinuó una sonrisa. Sus camaradas, hasta entonces callados, casi inmóviles, se miraron entre sí molestos. Álvaro temió que alguno echase mano de la espada, pero el hijo de al-Makhtum los aplacó con un gesto.

—De acuerdo, supongo que lo que se cuenta son exageraciones. A la gente le gusta fantasear. Sin embargo no me negarás que creéis que después de vuestro profeta ya no puede haber profetas.

—Creemos en Jesucristo —contestó Álvaro sin comprometerse.

—Pero si después de vuestro profeta ya no puede haber ninguno —prosiguió Ibrahim— habrá que negar también la misión de los profetas que precedieron al vuestro. ¿Es que no hubo profetas antes y después de Moisés? Dios envió un apóstol detrás de otro, cada vez que los hombres se apartaban de Su Verdad y rendían culto a los ídolos, hasta enviar a Muhammad, Dios le bendiga y salve, con el que puso el sello a las misiones proféticas.

—No obstante, ahora apoyamos a un profeta.

—Un falso profeta. Y somos conscientes de que lo es, por lo tanto no cometemos ningún pecado. El pecado sería que creyéramos en lo que dice.

—«Vendrán muchos falsos profetas en mi nombre y engañarán a muchos; y ofrecerán grandes señales y prodigios, de manera que incluso los elegidos serán inducidos a error, si fuera posible» —dijo Álvaro, citando el Evangelio. Luego se encogió de hombros, cansado. Había una depresión cerca con el tamaño y la forma apropiados y se le ocurrió que sería muy agradable echarse a dormir en él, bien

arrebujado en su manta.

—¿Qué es aquello que dices siempre que dormimos a la intemperie?

—Lo que diría cualquier hombre sensato que está de paso, si no quiere despertar la cólera de los genios allá donde va —repuso Ibrahim—: Me pongo bajo la protección del *ginn*, señor de esta garganta, esta noche, del mal que pueda producirse.

—Pues ya que lo has dicho, acostémonos. La región en la que habitan esos Sinhaya aún está bastante lejos, por lo que me ha explicado tu padre. Mañana habrá que levantarse muy temprano.

—¿Qué Sinhaya? —bufó Ibrahim.

—Los Sinhaya con los que vamos a parlamentar.

Ibrahim sacudió la cabeza.

—No vamos a parlamentar con ninguna tribu de los Sinhaya —dijo con brutalidad.

De pronto Ibrahim desnudó la daga que llevaba en el cinto, haciendo que atrapase en su filo el brillo helado de la luna.

—Me dijeron que te degollase mientras dormías. —Escupió disgustado al suelo —. Y por si fuera poco llaman a todos estos para que me acompañen, como si temieran que fuese a temblarme el pulso. ¿Quién se han creído que soy? Yo soy Ibrahim ibn Ali ibn Tayyib, del clan de los Banu Asafu, y no un vulgar ladrón que asesina a hombres dormidos.

Álvaro se puso en pie con cuidado, sin hacer movimientos bruscos. Ibrahim hizo lo propio, sin dejar en ningún momento de apuntarle al vientre con la punta de la daga. Los otros siete hombres también se levantaban despacio, sacando espadas y puñales de sus fundas con una parsimonia que hizo estremecerse a Álvaro.

«Ocho contra uno. No tengo ninguna posibilidad de sobrevivir, y lo saben».

—Al-Makhtum se enfadará muchísimo cuando se entere de lo que has hecho — dijo.

—¿Enfadarse? —Ibrahim soltó un bufido—. Por Dios, si es él quien me encargó matarte. Ya te dije cuál es su opinión acerca de los estorbos.

Álvaro trató de recordar si alguien había podido escucharle hablando mal de los Banu Asafu. No estaba seguro, pero de cualquier manera decidió apostar a que la respuesta era negativa.

—¡Qué tontería! ¿Cómo voy a estorbaros yo?

—Viviendo —replicó el joven—. Aslam confía más en ti que en mi padre. Y mi padre está harto de obedecer órdenes. Quiere sustituirte. Si formases parte de un clan sería distinto, porque podríamos temer la venganza de tus familiares. Pero estás solo. Nadie va a tomarse la molestia de vengarte.

—¿Y Aslam? ¿Qué crees que opinará?

—Le contaremos que nos emboscaron unos bandidos y que a ti te hirieron

gravemente.

—¿Solamente a mí? Demasiado conveniente. Desconfiará.

—Puede desconfiar cuanto le dé la gana. Tú estarás muerto y mi padre será la única persona disponible con la experiencia y el prestigio precisos para llevar el mando del ejército. Así que tendrá que aceptarlo.

Los contríbulos de Ibrahim estaban formando un semicírculo alrededor de Álvaro. El joven les conminó a detenerse y luego hizo un aspaviento con el objeto de hacerles retroceder.

—Apartaos —dijo—. No necesito ayuda para esto.

—Pero…

—He dicho que no necesito ayuda —insistió Ibrahim—. ¿Me habéis tomado por un alfeñique? Me basto y me sobro para acabar con él.

«Se parece a mí cuando tenía su edad. Es igual de valiente, igual de orgulloso. Igual de necio».

Ibrahim abrió la boca como para decir algo más, pero fue el acero quien habló, buscando el estómago de Álvaro. Pero ya había previsto el movimiento. Retrocedió un paso, dos, tres, brincando como un pájaro en tierra, hasta ganar el espacio suficiente para sacar la espada de la vaina.

—Vive Dios que no esperaba tener que sudar para matarte —dijo Ibrahim con una media sonrisa.

—Vas a hacer algo peor que sudar —contestó Álvaro entre dientes.

Ibrahim era un combatiente metódico. En cuanto lanzó la primera estocada su rostro se puso serio, sus labios se apretaron; desapareció de sus facciones cualquier vestigio de diversión. El cristiano respondía con estocadas veloces, más poderosas que las de Ibrahim, como un oso que replica con zarpazos a las picaduras de una avispa.

Álvaro había observado durante los combates que el rostro del joven solía dejar entrever lo que haría a continuación. Era un defecto que pensaba aprovechar, pero no podía esperar demasiado para hacerlo.

«Es más joven y más rápido que yo. Si esta pelea dura mucho me vencerá por agotamiento».

Ibrahim le lanzaba tajos a la cabeza y los hombros. Detuvo sus acometidas con progresiva torpeza, levantando el brazo siempre de la misma manera, hasta que Ibrahim lanzó la estocada que Álvaro le había estado invitando a usar. Lo esquivó sin dificultad, adivinando la dirección del tajo. Ibrahim se dio cuenta en el último momento de la añagaza y pese a haber perdido el equilibrio trató aún de apuñalarle con la daga que conservaba en la otra mano. Sin embargo el pomo de madera de la espada de Álvaro le alcanzó antes en la mandíbula. Se retiró aturdido, pugnando por conservar el conocimiento mientras parpadeaba incontroladamente, sus pestañas

desplazándose como las alas de una mariposa tratando de posarse en una flor. Álvaro volvió a utilizar la espada como si fuera una maza; en esta ocasión fue la rodilla derecha de Ibrahim la que recibió el castigo. En cuanto cayó al suelo se le tiró encima, apoyando el filo contra el gaznate del hijo de al-Makhtum.

—¿Ves? Sudar no iba a ser lo peor que te pasase.

Los siete Banu Asafu se acercaron gritando y esgrimiendo sus armas. Álvaro apretó la hoja de su espada hasta que una línea roja apareció en la garganta de Ibrahim, brillante como un collar de coral.

—Quietos o le degüello —gritó.

Ibrahim había cerrado los ojos. Sus labios se movían deprisa pronunciando la confesión de fe que había de abrirle las puertas del Paraíso. Luego, sorprendido por estar aún vivo, miró a Álvaro.

—Ponte de pie —le exigió el cristiano—. Muy despacio.

El joven obedeció. Álvaro se pegó a su espalda, sin aliviar en ningún momento la presión de la espada sobre la garganta de su prisionero. Comenzó a caminar hacia atrás, tan pendiente de los compañeros de Ibrahim como ellos lo estaban de sus movimientos.

—Tirad las armas a aquellos arbustos de allí. —Un instante de vacilación y enseguida, al quejarse Ibrahim, una lluvia de acero cayó sobre los espinos—. Ahora quitadles las sillas a los caballos y tiradlas a esos otros arbustos, y cuando hayáis acabado soltad las cuerdas y azuzadles para que se vayan. ¡Vamos!

Los animales corcoveaban inquietos mientras los desataban. Apenas hizo falta azuzarlos. En cuanto comprendieron que estaban sueltos trotaron alejándose del campamento.

—Muy bien —dijo Álvaro. Ya solo quedaban su caballo y el de Ibrahim. Consiguió desatar el suyo con la mano libre y asegurar la cuerda a la silla del corcel del hijo de al-Makhtum—. No intentéis seguirnos o él lo lamentará.

Subió primero. Después obligó a subir a Ibrahim, colocándose entre Álvaro y la cabeza del caballo como si se tratara de una de las tímidas muchachas a las que él invitaba a pasear por los alrededores de Bobastro cuando llegaba el calor. Una vez hubo montado, cambió la amenaza de la espada por la del cuchillo, menos voluminoso y pesado, apuntando a los riñones de Ibrahim. Con el otro brazo rodeó la cintura del joven, de modo que estuvieran unidos en un abrazo menos que amistoso, y le conminó a tomar las riendas.

—Continúa por el camino. Hacia el sur.

—Está oscuro.

—Pues ve con cuidado. No supondrás que voy a quedarme aquí esperando a que amanezca.

Dirigió una última mirada a los camaradas de Ibrahim. Tenían los músculos del

cuello tensos, las piernas flexionadas, indicando que saldrían corriendo a recoger sus caballos y sus armas no bien hubieran desaparecido de su vista. Calculó el tiempo del que disponía antes de que salieran en su persecución. No era mucho, salvo que los caballos, asustados, se hubieran ido lejos.

Impulsado por Álvaro, Ibrahim hizo trotar el corcel fuera del círculo de luz que dibujaba la hoguera. La penumbra le resultó extrañamente reconfortante. De alguna forma se sentía más protegido y a salvo en las sombras que en la vecindad de aquel fuego que recordaría siempre como el testigo de la traición de los Banu Asafu.

—¿Por qué no me has matado? —preguntó Ibrahim al cabo de un rato. Tenía los ojos fijos en la siguiente curva, tratando de distinguir las revueltas del sendero en medio de la noche.

—Si te hubiese matado, ¿cuánto habrían tardado tus compañeros en acabar conmigo? —repuso Álvaro. Estaba atento a cualquier relincho distante que anunciase la proximidad de sus perseguidores.

—Poco, pero habrías muerto satisfecho por haberte vengado de mí.

—Prefiero la satisfacción de estar vivo. Además, no es de ti de quién querría vengarme.

—¿Mi padre?

—Ajá. Tú al menos has actuado con honor. Al-Makhtum, en cambio, se ha comportado como un eunuco de la corte, ordenando a otros que se manchen las manos en su nombre.

«O quizás lo que realmente me enfurece es que haya sido más despabilado que yo, traicionándome antes de que yo tuviese la oportunidad de traicionar a Aslam».

—Es su forma de actuar —dijo Ibrahim—. No le gusta involucrarse personalmente, si puede evitarlo, y no le culpo. Debe ser dificultoso mover esa enorme barriga de un sitio a otro.

Por más que aguzaba el oído, Álvaro no escuchaba nada aparte del monótono sonido de los cascos de sus caballos. Se sentía exhausto; el ímpetu que le había permitido mantenerse despierto y alerta hasta entonces estaba desvaneciéndose. No aguantaría una noche entera de cabalgada. Tenía que tomar una decisión.

En las altas paredes de piedra a su izquierda surgió una rendija como si fuese la respuesta a sus preocupaciones. Álvaro pidió a Ibrahim que se detuviera. Una senda abandonada, que a lo sumo utilizaría un rebaño de cabras de tarde en tarde, se adentraba por la estrecha garganta. El recorrido era irregular y estaba socavado por décadas de lluvias torrenciales. Avanzaron hasta un paraje en el que las paredes parecían casi fundirse. Más allá de la angostura volvían a separarse y Álvaro consideró que era el lugar perfecto para acampar.

Ató a Ibrahim de pies y manos. Luego se llevó los caballos a un refugio poco profundo en la roca. Estaban tan agotados como él y dio gracias a Dios porque no se

hubieran roto una pata ninguno de los dos al tropezar con algún obstáculo en la oscuridad. Les quitó las riendas y las sillas, y les ofreció el forraje que quedaba. En el estrechamiento preparó una trampa sencilla con un trozo de cuerda, unos palos y una piedra suelta, lo bastante pesada como para aplastarle el cráneo a un hombre que no llevase casco. Arriba, en la franja comprimida por las paredes de la garganta, un relámpago hendió el cielo. El trueno sonó antes de que hubiera tenido tiempo de contar hasta tres.

«Va a estallar una tormenta. Esos riachuelos que atravesamos por la tarde serán ríos profundos al amanecer».

Volvió junto a Ibrahim. El joven le miraba con fijeza, con la intención de descifrar la expresión de Álvaro. Debía estar preguntándose si el cristiano seguía interesado en mantenerlo con vida tras haber logrado despistar a sus perseguidores.

—Va a llover —dijo en tono amistoso.

—Eso parece.

Ibrahim se inclinó hacia adelante tanto como se lo permitían sus ataduras.

—Mi padre te pagará un buen rescate si me llevas de vuelta. Soy su único hijo varón, su heredero.

—Tal vez pague el rescate, pero me clavará una lanza en la espalda inmediatamente después. O hará que me envenenen, si opta por ser más sutil. En cualquier caso estaré muerto antes de que me dé tiempo a terminar de contar el dinero.

«No, sería una locura volver por donde he venido —pensó Álvaro—. Si no me detienen esos siete lo harán las riadas. Y aunque fuese capaz de regresar sano y salvo a Dar al-hijra, al-Makhtum no puede permitirse el lujo de dejarme vivir. Tendría que asesinarle primero a él, y exterminar el clan entero de los Banu Asafu a continuación, para estar tranquilo. Pero Aslam no lo permitirá. Es demasiado prudente para considerarlo siquiera. Tratará de que al-Makhtum y yo nos reconciliemos, lo cual, en realidad, supondrá mi condena a muerte. Ibrahim tiene razón. Mientras esté solo, no hay nada que hacer».

Metió la mano en su escarcela buscando algo con lo que juguetear. Manosear cosas le ayudaba a ordenar sus pensamientos, era una vieja manía que conservaba desde la infancia. Sacó un diñar de oro, desgastado ya por el roce codicioso de muchos dedos pese a haber sido acuñado recientemente. Y al contemplarlo se le ocurrió una idea.

—Oro —dijo con voz tranquila—. ¿Sabes de dónde procede el oro?

—Del País de los Negros —gruñó Ibrahim—. ¿De dónde si no?

—¿Y cómo llega hasta las cecas de los Omeyas y los fatimíes? El País de los Negros está muy lejos.

—Las caravanas lo llevan a las ciudades en el borde del Sahara, al sur de aquí.

—Sí —repuso Álvaro, pensativo—. El Sur.

Tercera Parte

Sangre y arena

1

Un puente

Año 932 d. C. Abril

Cada día llegaban a la ciudad visitantes similares a bandadas de aves migratorias que retornasen con la primavera, algunos arrogantes como halcones peregrinos, algunos humildes como gorriones. Había mendigos y vagabundos, ascetas y desesperados que vivían de las limosnas de los peregrinos y se acomodaban en cualquier rincón vacío, a veces compartiendo entre varios un espacio minúsculo. Había emisarios de las tribus de los Zanata perjudicadas en el reparto del poder que habían llevado a cabo los fatimíes al oeste de Ifriqiya, solicitando de al-Asayy que les ayudara a resarcirse de los agravios sufridos. Estos tenían que ser recibidos de uno en uno, y sin que conocieran la existencia del resto, porque con frecuencia las peticiones de un emisario eran incompatibles con las demandas del que le había precedido o el que le seguiría y al-Asayy les prometía justicia a todos, sin excepción. Y había viajeros procedentes de las regiones montañosas, de la lejana depresión del Hodna, de las orillas de los lagos salados, llamándose a sí mismos sabios de la fe e intérpretes de la ley divina. Con las sandalias deshechas, los pies morenos llenos de llagas, hablando de un camino largo y penoso, pedían debatir con el poeta y aquel les concedía invariablemente su deseo, asombrándoles con las ingeniosas respuestas que Aslam, sentado tras una cortina, le susurraba al oído.

Dihya tampoco estaba ociosa. A veces salía para difundir las revelaciones que, según sus portavoces, había recibido del ángel Gabriel, en medio de una confusión tan grande que rápidamente se veía obligada a regresar al palacio, so pena de que la multitud la pisotease. Y a veces recibía a grupos de mujeres que permanecían calladas y quietas como estatuas, antes de musitar una plegaria y huir aterradas. Pero a diferencia de su primo, ella no se acostumbraba a tratar con las gentes; repetía irreflexivamente lo que le habían encargado decir y se retiraba enseguida, aliviada por haber superado una prueba más y temblando al imaginar la siguiente.

Quizás lo peor fuese la ausencia de esperanza. A Ibn Daisam y el hijo de al-Makhtum se los había tragado la tierra en el transcurso de una de las misiones que desempeñaban por cuenta de Aslam y con el cristiano se evaporó la posibilidad de huir o emanciparse. Los siete jinetes que les acompañaban volvieron sin sus cuerpos, pero con las ropas rasgadas, los brazos llenos de arañazos, balbuceando que unos bandidos les habían emboscado. El jefe de los Banu Asafu los azotó con un látigo, cruzándoles la cara cuando trataban de excusarse, hasta que los siete cayeron de rodillas suplicando piedad. Acto seguido al-Makhtum comenzó a dar vueltas por el palacio con las manos en alto, enloquecido, gritando que había perdido a su hijo

amado. A ella le hubiera gustado gritar junto al hombretón, aunque la causa de sus gritos fuese distinta. Ibn Daisam era una de las pocas personas en las que confiaba, uno de los pocos de quien podía esperar ayuda o una palabra amable. Incluso Aslam parecía confuso. Después de recibir la noticia pasó dos días pegado a sus libros, deteniéndose solamente para arañar los pergaminos con el cálamo mientras refunfuñaba por tener que utilizar tinta de calidad inferior. Y después, de mala gana, se reunió con al-Makhtum para confirmarle que a partir de entonces reemplazaría a Ibn Daisam al frente del ejército mientras Jamil se encargaba de garantizar la seguridad dentro del palacio.

—Esto es un grave contratiempo —se le oyó decir tras finalizar la entrevista—. Un grave contratiempo.

Al-Asayy había notado el desaliento de su prima y se acercó con la intención de consolarla. Últimamente ya no conversaban tanto como de costumbre; ambos estaban demasiado ocupados y por la noche el cansancio les vencía sin que hubieran tenido la oportunidad de intercambiar más de dos o tres palabras.

—Para nosotros también es un grave contratiempo —asintió el poeta—. Ibn Daisam sustituido por ese mono hinchado, mal asunto. Sin embargo nos recuperaremos. Tenemos que hacerlo.

—¿Cómo? Ya no contamos con apoyo alguno entre los hombres de Aslam.

—No, pero contamos con todos los apoyos que podamos desear ahí fuera. El hecho de que nos estén utilizando como señuelos tiene sus ventajas. Ellos me conocen a mí, y a ti. No conocen a Aslam ni a al-Makhtum. Suponen que son nuestros servidores, en lugar de al revés, y si se plantease una disyuntiva serán mis órdenes las que obedezcan y no las suyas.

—Por eso es por lo que siempre que salimos al exterior Jamil está a nuestro lado para vigilarnos —replicó Dihya—. Atrévete a decir algo contra Aslam en público y hará que te arrepientas.

Al-Asayy agachó pesaroso la cabeza. Procuraba disimularlo, pero a él le daba tanto miedo Jamil como a Dihya. Los dos recordaban la forma en la que había ejecutado el castigo exigido por el poeta. La figura que chillaba, revolcándose en el suelo, y Jamil paseándose delante de los guardias, presentando en la mano derecha los testículos del soldado al que acababa de castrar. Luego tiró el sangriento despojo a un perro callejero, que lo atrapó al vuelo, antes de dedicarle una sonrisa salvaje al poeta, consiguiendo convertir en disgusto y remordimiento lo que tendría que haber constituido su mayor triunfo hasta entonces.

—Yo quería que los soldados nos respetasen y todo lo que conseguí fue que temieran más a Jamil.

—Viene a ser lo mismo, puesto que Jamil responde por nuestras vidas.

—¿Ante quién responde? ¿Ante Aslam? —suspiró al-Asayy—. Hay muchos

gallos en este corral y dudo que el viejo pueda evitar que se destrocen entre sí. Fíjate, Ibn Daisam e Ibrahim ya han desaparecido. ¿Será casualidad? Lo dudo.

Como el agua que se filtra a través de la roca y llega al subsuelo, un pequeño porcentaje de los visitantes acababa encontrando su sitio en el dédalo de estancias ruinosas que era el palacio. Iba formándose una corte en torno a al-Asayy, una corte grotesca y mutilada, como la persona que le servía de epicentro, incrementándose paulatinamente con adiciones que surgían de improviso sin especificar su origen o su función, pero que una vez entraban en el edificio ya no se iban nunca, como las malas hierbas enraizadas en las grietas del pavimento o las langostas a las que parecían imitar.

La corte era más numerosa y más extraña en el solar salpicado de escombros situado frente al palacio. Había un maestro ciego que se dedicaba a explicar a cualquiera que se le acercase, con gran amplitud de gestos, la superioridad de los bereberes sobre los árabes debido a la mayor fortaleza de su fe; lisiados, leprosos, echadores de la buenaventura que pronosticaban a los crédulos si el futuro les depararía amistad u odio. Un funambulista que caminaba por su cuerda entre aplausos hasta que los guardias se aburrían de presenciar sus piruetas y le obligaban, junto con el resto de la muchedumbre reunida en el solar, a dispersarse por calles y callejones.

Aquella pared de rostros hambrientos, demacrados, castigados por enfermedades reales o fingidas, era lo primero que encontraba Dihya al salir. Y le asustaba, había que reconocerlo, cada vez sentía el impulso de dar media vuelta y refugiarse en su cuarto, pero al final tuvo que reconocer que se sentía más cómoda entre los pobres y los vagabundos que en el palacio, donde debía resignarse a ser la prisionera de Aslam, Jamil y, en menor medida, al-Makhtum. Los pobres le recordaban a la población hambrienta y resignada que soportó a duras fases la última etapa del asedio de Badajoz, a la que los sufrimientos habían transformado en algo distinto a lo que eran, quizá su verdadero ser, sin los disfraces ni las falsas apariencias que normalmente lo envolvían, escondiéndolo como la carne jugosa de un fruto esconde la pepita en su interior.

Dihya se preparaba para atravesar de nuevo las filas de aquella corte alucinada, meditando acerca de lo que había dicho su primo, cuando Aslam la mandó llamar. Se sorprendió. El funcionario omeya nunca interfería con su cita diaria con el estrado en la plaza del *zoco*, donde se situaba de pie, ante multitudes de peregrinos y fieles, señalando a los que debían ser azotados por dudar de al-Asayy.

El anciano estaba, como de costumbre, en su habitación, con el brasero encendido casi rozando sus rodillas. Sostenía el cálamo en la mano, deslizándose sobre el pesado pergamino, un rumor amortiguado que se detenía únicamente al sumergirse la punta en el tintero de cobre que llevaba colgando del cuello.

—Siéntate, siéntate. Estoy ultimando tus próximas profecías. No puedes estar

insistiendo continuamente en lo mismo o aburrirás a la gente.

Allí, solo, concentrado en escribir, le pareció a Dihya frágil y consumido. Cargado de espaldas y con un gallardete de pelo gris en torno a la cetrina coronilla, eran la mano izquierda, aleteando velozmente sobre el pergamino, y los ojos perpetuamente inquietos los que condensaban su menguada vitalidad.

—Es una suerte que seas una mujer instruida y sepas leer. La lectura es una bendición de Dios y la escritura es la más preciosa de las artes —dijo de improviso, como si quisiese justificar su obsesión—. Nuestros antepasados solamente tenían la voz y la memoria. Repetían lo que habían escuchado para que otros lo aprendiesen y lo repitieran a su vez, llegada la hora. Así se transmitió la sabiduría de las generaciones; incluso conocemos la vida del Profeta, sobre él sea la paz, gracias a todos los que la escucharon y la repitieron. ¿No te parece asombroso? Cuando escuchas a alguien reproducir las tradiciones del Profeta es como si escuchases al primero que las recogió de sus labios. Pero el Altísimo decretó que existiera un medio aún más infalible para transmitir al futuro las obras del espíritu. Y juntos, memoria y caligrafía, harán que nada se pierda, que todo se conserve.

Hizo un gesto en dirección a los manuscritos que atestaban la habitación, acopiados en montículos en precario equilibrio o que se derrumbaban repentinamente, formando pequeños aludes retenidos por muebles y muros.

—Tu hermano viene aquí a menudo, pero es la primera vez que vienes tú, ¿verdad?

—Sí.

—Le he cogido cariño a este cuarto, a pesar de sus deficiencias. Lamentaré tener que abandonarlo.

—¿Abandonarlo? ¿Por qué?

—Dar al-hijra se nos queda pequeña. Necesitamos expandirnos, y dado que Ibn Daisam logró asegurar la comarca eliminando a los vasallos de los fatimíes es el momento de hacerlo. —Aslam pronunció en voz baja una frase para comprobar que sonaba convincente—. Y también lamento que hayamos perdido a Ibn Daisam. Tú le apreciabas, ¿verdad? No me digas que no: era evidente. Tenía madera de buen general; en cambio al-Makhtum es un patán incorregible. Ruego al Todopoderoso porque se una pronto a nuestra causa un caudillo Zanata que le reemplace ventajosamente.

—Muchos nos han enviado sus emisarios.

—Sí, pero para hacernos promesas vacías o realizar peticiones inasumibles. ¿Cuántos han acudido con sus guerreros para jurarle obediencia a tu hermano? Muy pocos, y de bajo rango. Los Banu Asafu continúan siendo nuestros aliados más importantes y ya deberíamos haber atraído a otros que los superen. Dependemos en exceso de ellos y no me gusta. No me gusta ni una pizca.

Terminó de escribir y repasó las últimas líneas antes de entregarle los pergaminos a Dihya.

—Toma, apréndetelo. Tu hermano y tú tendréis que ir a predicar entre las tribus nómadas, a ver si esos malditos paganos se convencen. No se me ocurre otra solución para salir de este atolladero. Mientras tanto Jamil continuará la instrucción de los reclutas que Ibn Daisam había seleccionado. Harán falta miles de soldados para desbancar a los fatimíes y tenemos que conseguirlos como sea.

—¿Y no puede enviar esos soldados tu señor?

—¿Mi señor? ¿Te refieres a Abd al-Rahman al-Nasir? No, por Dios. En primer lugar, si los fatimíes sospechasen que es el auténtico califa y no un simple rebelde el que se alza contra ellos, comprenderían que la amenaza es mucho mayor de lo que parece y se apresurarían a iniciar una campaña para aniquilarnos. Y en segundo lugar, al-Nasir no dispone de más tropas. Ha de combatir con infieles y señores insurrectos en el norte de la Península, incrementar los efectivos de su flota para que los fatimíes no le arrebaten el dominio del Mediterráneo occidental, mantener las rutas comerciales que abastecen al-Ándalus y asistir a Musa ibn Abi'l-'Afiya en Fez. Mi señor ya está pagando un precio demasiado alto para alejar del Califato los peligros que le acechan. Es impensable que yo aumente sus cuitas solicitando a Córdoba que nos envíen refuerzos.

—Entonces estamos abandonados a nuestras fuerzas.

—Siempre lo hemos estado. Discreta y asequible. Fueron las dos condiciones para que el chambelán aprobase la empresa.

—¿La ideaste tú?

—Sí. Hasta el detalle más nimio. Todo se ha gestado aquí. —Aslam se dio una suave palmada en la sien.

Dihya se humedeció los labios, nerviosa. No estaba segura de cuál era el motivo de que el anciano tuviese tantas ganas de hablar. Tal vez estaba empezando a sentirse afectado por la soledad en la que vivía o era simplemente otra de sus excentricidades. De cualquier manera, estaba preguntándose si sería una buena ocasión para aclarar una de las dudas que la acosaban desde hacía meses: por qué un hombre de su edad aceptaba ponerse al frente de tamaña locura.

—Me extraña que propusieras tú la empresa —se decidió—. No das la impresión de ser un hombre ávido de recompensas.

—Y no lo soy. Aquello que rebasa el esfuerzo que requiere procurarse lo necesario para subsistir es vana codicia. El Mesías dijo: «Este mundo es un puente. Pasadlo y no os quedéis en él». ¿Para qué buscar una fortuna si hemos de perderla más tarde o más temprano? El hombre está destinado a perecer y después se le pedirá cuenta de todo excepto del pan que comió, el vestido con el que ocultó su desnudez y la vivienda que le protegió del sol.

—¿Y tus hijos? Podrías legarles a ellos tu fortuna.

—Esos son mis hijos. —Aslam volvió a señalar las pilas de pergaminos—. Y no les hace falta una fortuna, solo un lugar protegido de las ratas y de la humedad.

—Siendo así, no veo la razón de que hayas venido al África.

—Yo tenía que venir —aseguró Aslam—, lo contrario era inadmisible. ¿Crees que iba a consentir que alguno de los mentecatos que adulan al califa día y noche arruinase lo que yo había proyectado con tanto afán? De ningún modo. Por eso escogí a Ibn Daisam. Él no tenía relaciones en la corte de Córdoba ni nadie a quien rendir cuentas, excepto a mí. Y por eso vine yo. Para garantizar que mi plan tenga éxito.

—Pero, ¿para qué? Si no vas a obtener ni deseas obtener ningún beneficio…

—Eres igual que tu hermano, ¿verdad? —le reprochó el anciano—. Para vosotros únicamente existe lo que se puede ver o tocar. Tierras, casas, telas, oro… Sí, os conozco bien. El mundo está lleno de gente como vosotros y esa es su desgracia. Pues bien, hay personas que tienen otras motivaciones, gracias a Dios. Personas como yo.

«Es fácil hablar así cuando no se ha pasado hambre jamás —pensó Dihya—. Cuando no te has visto reducido a la miseria ni has tenido que sufrir la vergüenza de pedir limosna».

—¿Quieres saber por qué? Te diré por qué: el Islam está sumido en el caos, peor que en la época que sucedió a la muerte del Profeta. Los herejes fatimíes, que tienen la desfachatez de llamarse a sí mismos «Amigos de Dios», han tenido el atrevimiento de establecer una horrible parodia de califato. Y la autoridad de los usurpadores abasíes se ha vuelto tan endeble que han surgido en Siria, en Iraq y en el Yemen más grupos heréticos de los que pueden contarse. —El rostro de Aslam enrojeció de cólera—. ¿Tienes idea de lo que sucedió en La Meca? ¿Estás informada de lo que los abasíes han permitido que ocurriera?

—Unos criminales se llevaron la Piedra Negra, ¿no es cierto?

—Los cármatas, una rama de los fatimíes que se separó de ellos hace años, y aún más execrable que el resto de los chiíes, si es que es posible —explicó el funcionario —. Dicen ser descendientes de Alí: yo estoy convencido de que descienden del mismo Satán. No se conformaron con atacar las caravanas que se dirigían a las Ciudades Santas, hasta el extremo de provocar la suspensión del *hajj* porque los abasíes carecían de medios para defender a los peregrinos. No, tenían que cometer la transgresión más espantosa, la más abominable que imaginar se pueda. Atacaron La Meca y provocaron una matanza entre los peregrinos que en ese momento circunvalaban la Kaaba. Incluso asesinaron a los que en su desesperación trataban de trepar por la cortina que la cubre. Luego sus líderes recitaron varias *suras* en tono de burla, ridiculizando la verdad difundida por el Creador, honrado y exaltado sea. Los cuerpos de sus víctimas los dejaron allí, abandonados, sin ni siquiera taparlos con una mortaja, o los arrojaron dentro del pozo sagrado de Zamzam. Por último, para

culminar su infamia, saquearon la Kaaba y huyeron con los tesoros que había en su interior, incluyendo la Piedra Negra. ¿Y sabes cuál ha sido su castigo? ¿Sabes cuál ha sido el escarmiento que debería haber hecho temblar de miedo a cualquiera que albergara intenciones semejantes? —Dihya negó en silencio, sacudiendo la cabeza—. ¡Ninguno! ¡Absolutamente ninguno! La Piedra Negra continúa en poder de los cármatas, los cuales disfrutan con toda tranquilidad de las riquezas que han robado.

La furia de Aslam resonaba en la estancia vacía. Dihya nunca le había visto tan enfadado. Hasta los guardias se asomaban a la habitación pensando que estaba teniendo lugar una pelea.

—Largaos, no me sucede nada —dijo, y después centrando de nuevo su atención en ella—: ¿Entiendes ahora? ¿Entiendes que el Islam necesita urgentemente un campeón que restablezca el orden? ¿Y quién hay que sea preferible al Príncipe de los Creyentes? Nadie, te lo digo yo. Nadie. Tú no le conoces, si le conocieras opinarías lo mismo. Abd al-Rahman ha seguido los pasos de los califas e imanes, sus padres y antepasados, ateniéndose a la Escritura y proclamando la Zuna. Él ha desterrado de sí las innovaciones y convertido Córdoba en la capital más brillante de su época, dedicando su celo a cuidar los intereses de la comunidad y atender a los asuntos de la religión. Por eso debe triunfar. Porque no hay nadie en el Islam más digno, nadie más capaz. Si no se extravía inclinándose por los placeres mundanos y nombrando gobernadores por favor antes que por mérito, tentaciones ambas a las que un monarca por desgracia está siempre expuesto, no hay límite para las proezas que Abd al-Rahman puede llevar a cabo. Con la ayuda de Dios, conquistará el Oriente no menos que el Occidente.

«No le conozco, es cierto, pero le detesto —se dijo Dihya—. ¿Cómo no detestarle? Todo lo que me ha sucedido es por su causa. Y tampoco te olvides de que esas conquistas que mencionas y que te llenan de emoción destrozarán innumerables vidas, como ya han destrozado la mía».

Sin embargo permaneció en silencio, mordiéndose la lengua para no decir algo que pudiese perjudicarla. Ya había aprendido que a veces se consiguen más cosas siendo humilde que osado.

—Y yo le ayudaré —continuó Aslam—. Es mi deber. Mi deber de siervo del Príncipe de los Creyentes y mi deber de hombre recto, para que este mundo disfrute al fin de paz, orden y unidad, bajo el califa escogido por Dios.

Se giró para mirar a Dihya a la cara. Parecía haberse tranquilizado tras su arrebato. En vez de una mueca colérica, una sonrisa a la que le faltaban dientes animaba sus viejos labios.

—En cuanto al modo de conseguir lo que me propongo, ¿no te parece un ardid admirable? —preguntó—. Los chiíes se dedican a proclamar un Mahdi tras otro, afirmando que con su llegada la Ley de Dios quedará abolida. Bien, hagamos que

tomen un trago de su propia medicina. Vamos a darles un Mahdi. Nuestro Mahdi. Y confío en que se les atragante.

2

Sijilmasa

La ciudad extendía su prosperidad bajo el cielo sahariano. Un sol bisoño teñía de ámbar el adobe de los muros y de los alminares, que parecían imitar imperfectamente a las cimbreantes palmeras, mientras rodeaba con un halo de misterio a las palmeras, que parecían imitar imperfectamente a los rígidos alminares. Era día de mercado. Los primeros compradores estudiaban las posibles gangas mientras los comerciantes se aproximaban desde todas las direcciones para exponer sus mercancías, en camello, en asnos, a pie. También llegaban los clientes, procedentes de todos los rincones de la ciudad, de los pueblos cercanos, del norte, del este, del lejano sur.

Las llamadas de los vendedores estaban remontándose en el aire templado, confundidas de tal suerte que resultaba imposible identificar las ofertas. Otros ruidos, en cambio, se difuminaban gradualmente: los gruñidos de las bestias de carga, las remotas risotadas de las hienas. El sol estaba afirmándose en el cielo, tomando posesión de los territorios que gobernaría hasta la entrada de la noche. Sobre los edificios y los palacios la brisa matutina depositaba suavemente, grano a grano, la arena procedente del gran desierto. Estaba allí mismo, olvidado pero inolvidable, rodeando el gran oasis de Tafilalt como un ejército dispuesto para iniciar el asedio, las colinas alzándose como las doradas tiendas de campaña de sus generales. Algún día el desierto vencería. Algún día las dunas cruzarían las murallas y pasearían por el zoco igual que clientes indecisos, tomándose su tiempo para hacer sus compras en los puestos vacíos.

Desde una de las torres de vigilancia de la muralla exterior, desatendida en aquel momento, Álvaro saciaba la curiosidad que le llevaba a contemplar de vez en cuando la inabarcable llanura de arena, como si aún desconfiara de su existencia. No había visto nada en al-Ándalus que pudiera compararse al Sáhara. Para él era una visión tan asombrosa como lo había sido el mar para Dihya, o quizá más, porque Dihya conocía el agua, aunque fuese en formas más modestas, mientras que Álvaro nunca había conocido un lugar que admitiera ni siquiera una comparación forzada con el gran desierto. Desde la perspectiva de una persona criada en una sierra umbría y feraz, el Sáhara era el extremo opuesto. Era imposible imaginar algo más desigual. Una planicie relumbrante, estéril, en la que el viento trazaba líneas sin cesar para borrarlas enseguida, como un calígrafo impaciente. Una monotonía sin sobresaltos, sin apenas resquicios que pudieran ser colonizados, excepto el puñado de oasis y pozos que habían permitido establecer las rutas comerciales transaharianas. Era la negación de la vida, la negación de los progresos del ser humano; un recordatorio implacable de que el mundo tenía la capacidad de ser mucho peor de lo que normalmente era. Todo

lo que los hombres creían imperecedero estaba en realidad arrinconado en el borde mismo de la destrucción. Al otro lado, inescrutable, esperaba el desierto.

Dejó los muros que rodeaban el oasis para cruzar las tierras de labor, ocupadas por las bestias de las caravanas llegadas el día anterior, paciendo tranquilamente en los verdes pastos, y encontrarse con la muralla interior, mucho más impresionante, protegiendo la ciudad. La luz de las primeras horas resaltaba el color marrón rojizo de los ladrillos de la mitad superior. La muralla tenía doce puertas, ocho de ellas forjadas en hierro, una señal inconfundible de su tamaño e importancia. Él entró por la *Bab al-Sharq*, la «Puerta del Este», mezclándose con los integrantes de una caravana que aprovechaba el relativo frescor para cubrir la última etapa de su viaje. Era una caravana pequeña, solamente unas decenas de camellos y un par de cientos de esclavos que serían vendidos esa misma mañana en el mercado.

Los hombres que habían formado parte de la guardia nocturna se iban a sus casas a descansar. Las lámparas de aceite eran apagadas; cesaba el parpadeante resplandor que había combatido la oscuridad de los callejones. Junto a los pozos haraganeaban los criados, los cántaros aguardando en el suelo el fin de los chismorreos que circulaban de boca en boca para ser llenados. Más allá las norias extraían el agua del río Ziz para regar los cultivos. Sus siluetas inconstantes evocaban la gran noria de la ciudad de la que procedía Álvaro, con la diferencia de que Sijilmasa era lo que aquella nunca había sido y nunca sería: uno de los puertos más importantes al norte del Sáhara, el destino soñado por las caravanas de centenares de camellos que atravesaban el mar de arena y roca transportando oro y esclavos, ébano y marfil. Era el alivio del viajero o el comienzo de su desventura. La ribera recordada con nostalgia desde la que emprendían el largo y peligroso viaje a través del desierto o la costa amable a la que llegaban para olvidar las penalidades de la travesía.

Resonó con fuerza la llamada del almuecín y Álvaro se dirigió a la mezquita convenida. Se hacía pasar por musulmán desde que se habían establecido en Sijilmasa. La ciudad destacaba por su actitud tolerante hacia las prácticas religiosas que divergiesen del Jariyismo predominante, existiendo incluso una colonia de judíos que se recuperaba paulatinamente de la opresión ejercida años atrás por los conquistadores fatimíes, pero él había preferido renunciar a su diferencia, al menos en el exterior. Vestía como un bereber del norte, y para explicar su extraño acento situaba su procedencia en un pueblucho que ninguno de aquellos que le preguntaban había oído mencionar: el mismo en el que vivieron mientras Dihya y al-Asayy se reencontraban con las costumbres de su pueblo. Todo era más fácil de esta forma. En realidad, se le daba tan bien confundirse con los musulmanes que Ibrahim bromeaba acusándole de haber apostatado en secreto.

No había tenido tiempo de hacer sus abluciones en un baño público, así que se limitó a lavarse las manos. Después entró en la mezquita y se arrodilló de cara a la

qibla para recitar con los demás fieles la primera *sura* del Corán. Se postró el número prescrito de veces y luego rogó por el gobernador midrarí de la ciudad. Cuando llegó el momento de hacer sus peticiones personales mantuvo su mente en blanco; sus labios temblaban susurrando frases improvisadas, sin sentido. Acudía a la mezquita para fingir, no para orar. Las plegarias pronunciadas con el corazón estaban reservadas para la intimidad de su cuarto, cuando la oscuridad encubría sus gestos y el silencio desfiguraba el contenido de sus oraciones.

En la calle frente a la mezquita los últimos murciélagos cazaban polillas al vuelo, visibles solo cuando atravesaban el nimbo de luz de las linternas aún encendidas. Álvaro rastreó entre los fieles que se dirigían al mercado para iniciar una interminable jornada de trueques y regateos hasta reconocer al hombre que le había descrito Ibrahim. Llevaba un turbante azul manchado de sudor y una larga chilaba de lana teñida. Caminaba deprisa y con la mirada baja, como suelen hacer las personas que no están acostumbradas a guardar un secreto.

El hombre conocía Sijilmasa mejor que Álvaro. Tuvo que apretar el paso para seguirlo mientras avanzaba evitando la gran arteria que dividía en dos el tejido urbano, paralela a la cuenca del río Ziz, el cual explicaba la existencia del oasis del mismo modo que el río Nilo explicaba la existencia de Egipto. De repente el hombre giró hacia un suburbio formado por calles a distintas alturas, encaminándose a una que al ser cubierta por varias casas se había convertido en pasadizo. Las lámparas eran pequeñas y estaban separadas por distancias considerables; casi toda la extensión del pasadizo estaba a oscuras. A lo largo de las paredes había puertas dando acceso a patios y viviendas, pero estaban cerradas a cal y canto. Solamente el acre olor a orina en sus esquinas sugería que aquella parte de Sijilmasa estuviese habitada.

El eco de las pisadas del hombre al que seguía cesó de repente. Álvaro se llevó la mano al cuchillo. Más adelante había un arco de ladrillo encalado enmarcando un portón, entonces abierto, que separaba dos tramos sucesivos del corredor. No parecía tener ninguna función aparte de la de impedir el paso a un eventual invasor. O facilitar una emboscada.

Miró atrás. Quietud. Una larga sombra interrumpida por breves resplandores. Empuñó el cuchillo y se movió despacio hacia el arco. Vio un brazo que se asomaba para hacerle una seña. El chirrido de la puerta le indicó que una de las enigmáticas moradas del pasadizo se había abierto para recibirle.

Dentro estaba el hombre. E Ibrahim se hallaba algo más cerca del patio que introducía aire en la vivienda, reclinado ante una bandeja llena de los famosos dátiles de color verde oscuro que producía el oasis de Tafilalt.

—Tengo entendido que los mejores dátiles son los procedentes de Basora, en Iraq, pero estos son exquisitos, alabado sea el Compasivo —gruñía.

Álvaro intuyó que Ibrahim acabaría engordando tanto como su padre. Compartían

las mismas inclinaciones, la misma glotonería, aunque en el caso de Ibrahim la juventud y una vida activa aún lograban mantener a raya la obesidad.

—Ibrahim me ha hablado de tu generosidad —dijo el propietario de la casa.

Álvaro sacó tres dinares de oro de su bolsa. El hombre los cogió con una mano encallecida por las riendas de los camellos. Ibrahim decía que había sido maestro caravanero. También decía que perdió la ocupación cuando su falta de honradez se hizo demasiado notoria.

—A mí me ha dicho que tenías cosas que contarnos.

La mano continuaba extendida. Álvaro añadió otros dos dinares y por fin los dedos se cerraron sobre las monedas como una trampa.

—He oído rumores sobre una caravana procedente de Audoghast que se encuentra a diez días de distancia de Sijilmasa. Transporta un rico cargamento de plumas de avestruz, marfil y oro.

—¿Para quién?

—Dios Altísimo lo sabe —murmuró el hombre—. La influencia de los fatimíes está debilitándose, por fortuna, y los Banu Midrar admiten el envío de cargamentos a al-Ándalus siempre y cuando los responsables sean cautelosos y entreguen un porcentaje de cada operación. A juzgar por lo que he escuchado, yo diría que ese oro acabará en las arcas en los Omeyas.

—Cinco dinares es un precio muy elevado por un rumor y una suposición.

—¡Que Dios me guarde! ¡No es un simple rumor! —replicó molesto su interlocutor—. Quien me ha suministrado la información es una persona de toda confianza.

—¿Y es adivino para saber por dónde y cuándo circulan las caravanas? —se mofó Álvaro.

—Él viajaba con la caravana. Tenía prisa por resolver unos asuntos en Sijilmasa y se adelantó.

Álvaro interpeló a Ibrahim, que estaba vaciando la bandeja con tanta rapidez como si temiera que fueran a arrebatarle los dátiles en cualquier momento:

—¿Qué opinas?

—Yo me fío.

El hombre se mostró satisfecho con el comentario de Ibrahim. Enseguida se guardó los dinares y extendió de nuevo la palma de la mano.

—Querréis saber la dirección que lleva la caravana. Y cuál es la escolta que lleva. Además, tendré que agasajar a mi amigo para que su lengua vuelva a soltarse la próxima vez que nos encontremos.

Se repitió el proceso anterior. Las monedas pasaron de la bolsa de Álvaro a la mano de su informador hasta que su ceño fruncido señaló que ya no pensaba entregar ni un diñar más.

—Os indicaré en un mapa los lugares por los que tiene que pasar la caravana. También os diré el tiempo que se suele tardar en recorrer cada una de las etapas. En cuanto al guía y la escolta, pertenecen a la tribu de los Banu Masufa. Dios les ha favorecido con un sentido de la orientación que no tiene rival entre los bereberes, si bien es comprensible, puesto que ellos viven en medio del desierto. Una decena son los que guardan la caravana. A mi amigo le parecieron guerreros capaces.

—Nosotros también necesitaremos un guía —apuntó Ibrahim—. Al que se pierde en el desierto se lo traga la arena; nadie le vuelve a ver.

—Yo puedo sugeriros un guía excelente.

—¿Y si es excelente por qué no está ya ocupado? ¿Es que sobran los buenos guías en Sijilmasa?

—No, no sobran, pero él ha sido acusado de cometer algunos delitos de poca monta y ahora está sin trabajo.

—En otras palabras: es un ladrón, como tú. —Ibrahim se comió el último dátil y sacó un pergamino cubierto de marcas—. De momento señala en este mapa la ruta por la que viaja la caravana. Ya hablaremos del guía.

El hombre hizo lo que Ibrahim le había solicitado. Luego contó cuanto sabía de aquella ruta, que había recorrido en numerosas ocasiones cuando dirigía una de las caravanas que llevaban lana y cobre al reino de Ghana para regresar meses después cargadas de marfil, plumas, ámbar gris y oro.

Cuando salieron de la vivienda el aire del pasadizo continuaba tan estancado como antes. Allí el tiempo parecía transcurrir a un ritmo distinto, indiferente al día o a la noche, o incluso al paso de las estaciones. Sus recodos, sumidos en una pesada tiniebla, tenían aspecto de conducir directamente al centro de la tierra.

—No me gusta —dijo Álvaro apenas se alejaron.

—A mí tampoco —admitió Ibrahim—. Pero si quieres saber qué caravanas llegan y qué caravanas se van, Ibn Sanbar te proporcionará la información que necesitas. Conserva muchas amistades dentro del gremio de los caravaneros y es hábil haciéndoles hablar más de la cuenta.

—¿Y si nos delata? Puede que se le ocurra añadir la recompensa del gobernador a la suma que le hemos pagado.

—Si lo hace mis parientes se encargarán de que no viva para disfrutar el dinero. Descuida, es demasiado cobarde para traicionarnos.

«Depende de si le asustan más tus parientes o el gobernador», pensó Álvaro. Sin embargo se mostró conforme. Dependía enteramente del juicio de Ibrahim. En Sijilmasa era un extranjero que aún se asombraba con las cosas que veía. Ibrahim al menos tenía primos que visitaban la ciudad con frecuencia y algunos familiares, tan lejanos que el vínculo resultaba tan tenue como el ala de una libélula, residiendo en uno de los pueblos fortificados de los alrededores. Este y no otro era el motivo de que

hubiera optado por perdonarle la vida. Para establecerse en Sijilmasa necesitaba las relaciones de Ibrahim en el sur tanto como su malicia.

Salieron del pasadizo y Álvaro tuvo la impresión de haber regresado a la vida después de una estancia en el Infierno. El día era cálido y la temperatura subía con rapidez. Los habitantes de la ciudad habían salido a las calles de todas formas, para hacer sus compras en el mercado, y en ningún momento se hacía tan evidente la diversidad de gentes que poblaban Sijilmasa. La tolerancia religiosa que practicaban los jariyíes, una minoría perseguida en otros lugares por los musulmanes ortodoxos, y las oportunidades que ofrecía la ciudad, resguardada por el Sáhara de las amenazas procedentes del sur y de las dinastías que guerreaban en el norte por las montañas del Atlas, habían atraído a una extraordinaria cantidad de forasteros: mercaderes de Kufa y Bagdad, árabes, judíos, bereberes aún paganos, animistas recién llegados de Ghana con el pelo teñido de cal y la piel negra como la desesperación, expresándose en una miríada de lenguas, ofreciendo sus mercancías, codiciando las de los demás o, simplemente, caminando sin rumbo fijo por la calle principal.

—Fíjate —dijo Ibrahim señalando a una mujer, pues era la mitad femenina de la diversidad de gentes de Sijilmasa la que más reclamaba su atención—. Una verdadera *magdula*, quiera Dios que su belleza pueda recrear los ojos de los hombres por muchos años.

—¿Una *magdula*? —se interesó Álvaro.

—Una mujer en el término medio entre las gordas y las esmirriadas. Observa. Los hombros regulares, la espalda recta, el andar rítmico. «La parte superior de su cuerpo es una vara delgada, y su parte inferior, una colina de arena», dijo un poeta. ¿Y no es exactamente así como sucede con esa mujer?

—Es hermosa, sí —concedió Álvaro.

—Por supuesto que es hermosa. —Ibrahim sacudió nostálgico la cabeza—. Echo de menos a mis esposas. ¿Y tú? ¿Echas de menos a alguien?

—¿Yo? No estoy casado.

—Y tampoco visitas a las prostitutas. Cumples la ley coránica a rajatabla, amigo mío. Ni siquiera pruebas el vino. ¿Y qué ventaja obtienes de ser cristiano si evitas por voluntad propia lo que tienen prohibido los musulmanes?

—Recuerda que aquí me hago pasar por musulmán.

—Antes despreciabas los vicios que practica la mayoría igual que aquí. ¿Acaso te aburren las mujeres? Podrías encontrar a un muchacho con la misma facilidad.

—No me interesa —dijo Álvaro.

—Acostarte con una mujer podría mejorarte el carácter —insistió Ibrahim.

—Tal vez por eso no lo hago. Soy más eficaz enfadado.

—Pues a mi padre le debe ocurrir algo parecido. —Ibrahim chasqueó la lengua—. Solo que él prefiere estar contento.

Álvaro miró a Ibrahim de reojo. El hijo de al-Makhtum era aficionado a las bromas, aunque las disimulaba con tanta eficacia que resultaba casi imposible distinguir un elogio sincero de una burla encubierta.

—Hablando de tu padre, ¿te ha llegado alguna noticia acerca de cómo están desarrollándose los acontecimientos en Dar al- hijra?

—No. Pero me enteraré. Igual que él se enterará de que estoy aquí. Mis parientes no saben mantener la boca cerrada.

«Cuanto más tarde se entere mejor. No le hará ninguna gracia averiguar que aún estoy vivo y que me he ganado la confianza de su hijo».

—Tal vez sería preferible que yo le enviara un mensaje de mi puño y letra. Para que no haya malentendidos.

—Nada de mensajes.

—¿No te parece una crueldad hacerle sufrir sin necesidad? Estará muriéndose de dolor, creyendo que ha perdido al único hijo varón que tiene.

«Que se joda».

—Si está sufriendo la culpa es suya —dijo Álvaro con resentimiento—. Estamos en Sijilmasa porque quiso librarse de mí, ¿recuerdas?

—No fue nada personal, Ibn Daisam. Solo negocio.

«Algún día me acordaré de esta conversación y los Banu Asafu lamentaréis que tenga buena memoria. Desde luego que me acordaré».

—¿Negocio? Cortedad de miras, diría yo. El verdadero negocio es este: apoderarse del oro de Audoghast.

—Que Dios te oiga —contestó Ibrahim—. Estoy cansado de pedir prestado dinero y de robar para devolverlo. Quiero hacerme de una vez con ese oro que me ofreciste.

Oro. Aquella era la clave. El oro procedente de Ghana y Sudán había posibilitado que la ceca de Córdoba comenzase a emitir dinares después de casi dos siglos sin hacerlo, coincidiendo con la segunda coronación de Abd al-Rahman III. El oro había permitido al nuevo califa contrarrestar la llegada a al-Ándalus de dinares fatimíes y extender sus propias afirmaciones de legitimidad, pues aquellas monedas tenían una importancia mayor que el mero valor comercial: quienquiera que le diera la vuelta a la moneda podría leer la titulatura de Abd al-Rahman III, del mismo modo que quienquiera que consiguiese un dinar fatimí leía en su reverso que al-Mahdi era el verdadero califa. El oro había servido y seguiría sirviendo, mientras fluyera ininterrumpidamente, para sustentar la fidelidad de los soldados, la devoción de los súbditos, la amistad de los clientes, la adhesión de los aliados; sin él no habría califatos, ni campañas victoriosas, ni sueños de poder. Y la promesa del oro, obtenido en su misma fuente, había ayudado a Álvaro, junto con el cuchillo que pinchaba insistentemente los riñones del joven, para que Ibrahim hiciera todos los juramentos

que le exigió. Pero los juramentos, como había aprendido al lado de Ibn Hafsun, tenían un valor limitado, solo la perspectiva de un amplio beneficio le aseguraría a largo plazo la lealtad de Ibrahim.

—¿Por qué conformarse con las migajas que ofrecen Omeyas y fatimíes a cambio de vigilar el Magreb en su nombre? —le había planteado en el desfiladero, mientras la lluvia y el viento azotaban el refugio que compartían con los caballos—. ¿Por qué no ir al origen? Con mi cabeza y tus relaciones podemos conseguirlo. Y ya no tendrás que preocuparte más por la herencia de tu padre: tú serás más rico de lo que él nunca imaginó llegar a ser.

La aldea en la que residían los lejanos parientes de Ibrahim era pequeña y agradable, a medio camino de Targha, una de las ciudades cuya despoblación había sido paralela al crecimiento de Sijilmasa. El valle era minúsculo, guardado por unos montículos que daban sombra a los espinos. Álvaro e Ibrahim dormían en la aldea siempre que sus actividades les recomendaban abandonar temporalmente Sijilmasa. Las casas eran bajas, revestidas de barro, frescas y apenas ocupadas por una olla, un par de esteras, una cesta. Una combinación de muro y terraplén compuesto por las piedras extraídas durante la preparación de las áreas cultivadas cerraba el acceso al valle. Bardas de escasa altura separaban las parcelas. El agua salobre que procedía del pozo alimentaba unos cuantos canalillos franqueados por unos puentes de troncos destinados al paso de mulas y camellos. Cada parcela disponía de una compuerta de barro que desviaba el flujo de agua, la cual se rompía cuando le llegaba a esa parcela el turno de ser regada.

Despertaron al unísono antes del amanecer. Los Banu Asafu nómadas que auxiliaban a Ibrahim ya estaban reunidos fuera del muro junto con sus camellos. Podían oírlos, y olerlos. Álvaro comprobó las armas, pasando el pulgar por el filo de la espada hasta que bendijo la hoja con una gota de sangre. A pesar del calor que reinaba en el desierto se había decidido por llevarse consigo también en esa ocasión la ligera armadura de cuero que le entregó Aslam. Sabía que se le haría insoportable con el calor del desierto pero le resultaba inconcebible combatir sin ella. Tanto le hubiera dado luchar llevando puestos solamente unos zaragüelles, como hacían algunos bereberes; sin el peso tranquilizador de una armadura cubriéndole el torso se habría sentido igual de desnudo.

—Vamos —dijo Ibrahim—. El guía nos espera.

Habían acordado encontrarse con él en una parada intermedia. Ibrahim no estaba dispuesto a revelar la localización de la aldea de sus parientes a un desconocido y a Álvaro le había parecido una precaución muy sensata.

El pozo se encontraba a un día de distancia de Sijilmasa. Los restos de una cabaña servían de apoyo a un tejadillo formado por ramas y hojas de palmera. Ibrahim dio la

vuelta a los restos y desmontó. El pozo era ancho y estaba bien mantenido. Los Banu Asafu que les acompañaban ataron unas cuerdas a los pellejos de piel de cabra y los bajaron hasta sumergirlos en el agua del fondo. Después subían chorreando y balanceándose, como las capturas de una pesca afortunada, y al llegar al brocal los jinetes los aferraban con las uñas para vaciarlos en un abrevadero de piedra. Los camellos habían sido abrevados el día anterior, antes de salir de la aldea, y se conformaron con engullir el contenido de un pellejo cada uno.

—¿Dónde está el guía? —gruñó Ibrahim, agitando una rama que había recogido del suelo.

—Aquí —dijo una voz. Una silueta se separó de la sombra al pie del muro. Era un hombre de estatura media, delgado y un tanto cargado de espaldas. Miró a Ibrahim con estudiada indiferencia y luego a Álvaro. Seguidamente se puso a examinar los camellos y al grupo entero de jinetes, y cuando hubo terminado pidió a Ibrahim que le pagase por adelantado.

—¿Es que tienes miedo de que te engañemos? —se quejó el joven.

—Tengo miedo de que os maten antes de que me hayáis pagado. Dadme ahora la mitad del dinero y si, Dios mediante, triunfáis, ya me daréis el resto. Pero si fracasáis, mi pérdida no será tan grande.

—¿Por qué piensas que nos van a matar? —preguntó Álvaro.

—Lo que pretendéis hacer es una locura —explicó el guía—. Los Banu Masufa protegen las caravanas que suben hacia Sijilmasa. Son guerreros temibles.

—También lo somos nosotros.

—Más os vale.

El guía dio una palmada para alertar a su camello, arrodillado en el lado contrario del pozo. Mientras el resto de las monturas comían los brotes de espino que las mujeres de los Banu Asafu habían obtenido vareando los matorrales, escaló sin aparente esfuerzo el cuello del animal. Álvaro le observó con envidia. Había supuesto que aprendería enseguida a montar en camello, después de pasarse media vida subido a un caballo, pero el proceso estaba resultando más difícil de lo que creía.

—En cuanto los camellos hayan terminado de comer nos pondremos en marcha.

—Por Dios, ¿no podríamos descansar un poco? —Ibrahim frunció el ceño, irritado—. Llevamos horas cabalgando.

—Este pozo no es un lugar seguro para vosotros. Un hombre solo, como yo, pasa desapercibido. Pero vosotros sois muchos y os habéis vestido de modo que sois irreconocibles. Si alguien os ve aquí empezará a haceros preguntas por simple curiosidad. Querrá saber de dónde venís y dónde vais. Y aunque sea lo bastante prudente como para mantener la boca cerrada por el momento, hablará cuando llegue a Sijilmasa. En ambos casos corremos un riesgo: es mejor no tentar al diablo.

Aquella tarde fue terrible; varias veces se le nubló la vista a Álvaro y tuvo que

pellizcarse las mejillas para evitar desmayarse bajo el castigo del sol. Cuando se detenían por un corto periodo tiempo para recuperar el resuello, las rocas estaban tan calientes que no podían apoyar ninguna parte del cuerpo en ellas, so pena de abrasarse. Al oscurecer Álvaro se hallaba mortalmente cansado, tanto que ni siquiera se alegró por el inminente alivio de sus sufrimientos. Tras desmontar se arrastró hasta un agujero cuyo fondo prometía un poco de frescor. Se tumbó de espaldas y cerró los ojos, ignorando los maliciosos reproches de Ibrahim. Enseguida cayó en un sueño intranquilo, acurrucado en el fondo de su agujero; cuatro horas después le despertaron para ponerse de nuevo en camino.

Los dos días siguientes fueron similares. Marchaban mientras el sol iba ganando altura respecto del horizonte. Cuando arreciaba el calor establecían el campamento en una zona en la que hubiera algo de vegetación; a los camellos les ataban las patas delanteras entre sí para que pudieran pastar pero no alejarse. Al atardecer desmontaban las tiendas y recorrían la llanura hasta notar que el trote de sus monturas se volvía inseguro a causa de la oscuridad. Un corto descanso y luego el guía se levantaba de improviso, haciendo que el grupo entero montara los camellos en la dudosa luz del alba.

El animal de Álvaro era excelente, entrenado para mantener una marcha regular y relativamente veloz, si bien él lo desaprovechaba debido a su falta de experiencia. Había aprendido a montar a lomos de camello sin caerse, pero sacar partido a la bestia para que ni ella ni el jinete se cansasen durante un trayecto largo era harina de otro costal. El guía, apiadado, le daba consejos que Álvaro trataba de poner en práctica con mayor o menor habilidad. Aún así, el continuo bamboleo le agotaba y el sudor corría incesante por su frente, deteniéndose en sus llagados párpados antes de resbalar en gruesas gotas hacia las mejillas. Cuando no lo soportaba más cogía su pellejo y malgastaba un poco de agua en refrescarse la cara, pero tales derroches resultaban insuficientes para compensar el penoso calor. Para distraerle, el guía le contaba historias de Taghaza, la ciudad de sal, situada más al sur, donde se hallaban las minas más importantes de la región. Según aquel hombre, que se hacía llamar al-Sayl, Taghaza era un lugar desolado y la comida de los esclavos que cortaban la sal debía traerse del sur o del norte; un retraso excesivo de los mercaderes y todos perecerían por falta de alimentos; allí no crecía nada que se pudiera comer. La única riqueza de Taghaza eran sus minas a cielo abierto, pero tanto era el provecho que se obtenía de las mismas que las murallas, las viviendas e incluso la mezquita estaban formadas por grandes bloques de sal.

—Y si lloviera, ¿qué ocurriría? —se interesó Álvaro—. ¿Se derretirían las casas como la nieve en primavera?

—No hay peligro de que se produzca una desgracia semejante, gracias a Dios —dijo al-Sayl—. En Taghaza no llueve jamás.

Al-Sayl había tenido una vida agitada. Siendo muy joven conoció al actual califa fatimí, refugiado en Sijilmasa tras su accidentada huida de Mesopotamia. Él y su hijo al-Qasim vivieron ocultos en la ciudad hasta que el futuro al-Mahdi reveló su verdadera identidad cuando al-Qasim hizo brotar milagrosamente un manantial en una roca, algo que al-Sayl dudaba que hubiese ocurrido en realidad. Alertado por el incidente, el príncipe de Sijilmasa encarceló a padre a hijo, pero uno de sus eunucos logró escapar y fue hasta Qairuán, donde Abu Abd Allah acababa de derrotar de una vez por todas a los aglabíes. Abu Abd Allah reunió inmediatamente su ejército y se dirigió a Sijilmasa para liberar al mesías al que nunca había visto pero en cuyo nombre había conquistado un imperio. Los fatimíes saquearon la ciudad, depusieron a la dinastía midrarí y castigaron con dureza a los judíos de Sijilmasa, a los que al-Mahdi acusaba de haberle delatado ante el príncipe. Después se proclamó imán de todos los musulmanes y abandonó la ciudad llevándose una parte considerable de sus riquezas. Pasados unos meses los ciudadanos de Sijilmasa, entre ellos al-Sayl, dieron muerte al gobernador fatimí y colocaron en su lugar al sobrino del príncipe al que Abu Abd Allah había asesinado. Y un año más tarde el propio Abu Abd Allah fue ejecutado por orden del hombre al que rescató de Sijilmasa y contra el que comenzó a conspirar en cuanto le hubo conocido bien.

«Para Abu Abd Allah, el califa al-Mahdi debió de ser como esos espejismos que nos hemos encontrado por el camino —pensó Álvaro después de escuchar el relato de al-Sayl—. Tentador en la lejanía, tanto que le dedicó su vida, pero cuando por fin pudo verle de cerca debió descubrir que era muy diferente de lo que había imaginado».

Otra de las historias de al-Sayl se refería al origen de su sobrenombre, que significaba «la inundación relámpago». Álvaro le preguntó si se refería a la inundación de Mahrib que se mencionaba en el Corán, pero el guía contestó con una sonrisa humilde que le llamaban así por causa de su padre, al que arrastró un torrente provocado por un chaparrón cuando cruzaba las montañas del norte.

La prudente charla de al-Sayl le hizo más soportable el trayecto por la baldía planicie de dunas, avanzando en pos de un vapor blanco, producto de las altas temperaturas, que semejaba un mar envuelto en brumas cuyas orillas nunca lograban alcanzar. Las paradas eran siempre cortas, insuficientes para mitigar el cansancio que experimentaba Álvaro. Tenía la impresión de que le despertaban cuando apenas había logrado conciliar el sueño. Los periodos de movimiento, en cambio, le resultaban interminables, y casi agradecía que el sol se elevara en el cielo, extendiendo un calor inaguantable por la llanura, porque tal hecho suponía que pronto tendrían que parar y recogerse en la sombra de unos tendales.

—¿Crees que estarás en condiciones de luchar? —dijo Ibrahim al ver el estado en el que se encontraba Álvaro. Él tampoco tenía la resistencia al calor o la habilidad

para montar en camello que exhibían sus parientes, pero al ser más joven soportaba mejor las penalidades.

—Lucharé, y mejor que nadie —contestó Álvaro. Nunca había sido clemente con la debilidad ajena y no tenía ninguna intención de admitir la propia. Era demasiado testarudo para darse por vencido, aunque le costase la vida cumplir con lo que tenía planeado.

Cabalgaron una noche entera, el amanecer coincidió con su llegada a unas colinas medio hundidas en la arena. Al-Sayl señaló la boca de un pozo rodeada de matorrales, a media milla de las desoladas laderas.

—Pronto llegará la caravana. Y cuando llegue se detendrá ahí, junto al pozo. Es lo que hacen todas —anunció. Acto seguido dio media vuelta a su camella y se encaminó hacia la más alejada de las colinas.

—¿Es qué no vas a acompañarnos? —inquirió Ibrahim.

—Mi trabajo era traeros hasta la caravana —dijo al-Sayl—. Ahora estáis en manos de Dios. Yo ya he cumplido con mi obligación. Volveré para llevaros de vuelta cuando hayáis vencido. Si sucede lo contrario, que Dios tenga piedad de vuestras almas.

Desmontaron en la cresta de una de las colinas y se dispusieron a esperar refugiados entre las rocas. Álvaro sacó de sus alforjas la armadura de cuero y se la colocó pieza por pieza mientras los Banu Asafu le miraban alternando la curiosidad y un cierto menosprecio.

—Algunos de mis familiares piensan que estás loco poniéndote una armadura con este calor —le informó Ibrahim después de que hubiera terminado de vestirse—. Y los demás piensan que un hombre que combate con armadura es menos hombre.

—Que opinen lo que quieran —refunfuñó Álvaro—. Mi único interés es que cuando se haga el recuento de los muertos yo esté en el bando de los que cuentan y no en el de los que son contados.

El día comenzaba a aclararse. Los hombres contemplaron el horizonte hasta que el recalentado reflejo del desierto les hizo daño en los ojos y agacharon la cabeza para protegerse de la refulgente arena. A cambio de renunciar a la vista, todos aguzaron el oído, atentos al menor ruido. Finalmente un primo lejano de Ibrahim separó sobresaltado la mejilla de la roca en la que la tenía apoyada y dijo:

—He oído algo.

Un instante de expectación y luego otro primo corroboró:

—Por Dios, que tienes razón.

Se oía algo, en efecto. Unos gritos acarreados por el viento, que los deformaba reduciendo las palabras a sonidos incomprensibles. Al estirar los cuellos vieron aproximarse una mancha oscura desde el sur. Era la caravana que habían venido a interceptar: ciento cincuenta camellos de carga agobiados por las materias preciosas

obtenidas en Ghana a cambio de la sal de Taghaza. Los mercaderes vendían allí los bienes adquiridos en Sijilmasa para comprar sal, que luego intercambiaban más al sur por oro, esclavos y marfil. Posteriormente transportaban estos artículos hasta Sijilmasa, donde volvía a comenzar el ciclo.

Álvaro trató de distinguir los camellos de carga de aquellos que cabalgaban los guías y los tribeños de la escolta, pero la bruma y los reflejos dificultaban la observación. Tal vez fueran veinte los hombres que guiaban y defendían la caravana, cinco más de los que ellos eran.

—Nos superan en número —comentó Álvaro.

—Y nosotros les superamos en valor.

—Puede que eso no sea suficiente. Necesitaremos meditar con calma la estrategia.

—Ya la tengo meditada —dijo Ibrahim—. Atacaremos al mediodía.

Varios de los Banu Asafu se volvieron atónitos hacia el hijo de al-Makhtum. Uno de ellos puso en palabras lo que todos pensaban:

—Por Dios, ¿es que estás loco? El sol nos matará si atacamos al mediodía.

—¿Prefieres que te maten ellos? Al mediodía estarán desprevenidos. Puede que incluso se encuentren dormidos. Con una ventaja tan grande de nuestro lado, no podemos perder.

Álvaro tuvo que reconocer que estaba en lo cierto, aunque la frente se le llenaba de sudor solamente con el pensamiento de lo que iban a hacer.

—Habrá que hacerlo rápido o nos desmayaremos antes de haber asestado el primer golpe.

—Los camellos están descansados y nosotros también. Podemos caer sobre ellos como una centella y derrotarlos sin que les haya dado tiempo siquiera a maldecirnos.

La caravana llegó finalmente a las inmediaciones del pozo y se detuvo ocupando desordenadamente el terreno adyacente. Los jinetes descargaron a las bestias de carga y tras abrevarlos con el agua del pozo les trabaron las patas para impedir que pudieran escapar. A continuación bajaron las alforjas y extendieron unos toldillos. Encendieron hogueras para cocer el pan y almorzar, y los hombres que los vigilaban desde las colinas los imitaron inconscientemente, comiendo el pan hecho horas antes, con gusto a polvo. Con el estómago lleno, los guías echaron arena sobre las hogueras para apagarlas y todos se retiraron bajo los toldillos, de modo que ya no hubo más actividad en el campamento que la debida a los nerviosos movimientos de los camellos.

—Aguardemos un rato —aconsejó Ibrahim—. Dios mediante, aún tienen que dormirse.

Álvaro se tumbó a la sombra de un arbusto y enseguida sintió que le vencía el sopor; la tensión de la vigilancia había hecho mella en él. Estuvo adormilado durante

una hora y entonces notó que le sacudían, agarrándole por el hombro.

—Vamos, Ibn Daisam. Es el momento.

Mientras sus compañeros desataban las cuerdas que amarraban las patas de los camellos, Álvaro se acordó del amuleto que le había entregado Dihya para que lo llevase durante los combates. Se trataba de un pedazo de pergamino, probablemente sustraído a Aslam en un descuido, en el que había escrito el capítulo ciento doce del Corán. «Di: Él es Dios, el Único, Dios el Eterno; Él no tiene descendencia, tampoco fue engendrado, no tiene igual».

«Parece que hubiera intuido que íbamos a separarnos —pensó Álvaro con tristeza—. Me pregunto si nos volveremos a ver».

Su rostro se le apareció con una inusitada nitidez. Los ojos oscuros, grandes, la brillante melena, aquel olor fresco de su piel que percibía cada vez que se cruzaban, como un reclamo. No, no había sido sincero con Ibrahim. Sí que echaba de menos a alguien.

Los jinetes se juntaron en el borde de la cresta y desnudaron las espadas, examinando cada uno la de su compañero para darle el visto bueno. Ibrahim chilló: «Soy de los Banu Asafu», y todos espolearon furiosamente sus camellos, echando a correr ladera abajo hacia el campamento. La pendiente no era demasiado empinada para el galope de los camellos, pero sí lo suficiente para volver la carrera incontrolable. Álvaro era consciente de que sujetarse a su animal con más fuerza de la conveniente haría que se encabritara, sin embargo no conseguía contener su agitación. A cada zancada de la bestia se veía siendo catapultado hacia una piedra que embadurnaría con sus sesos. Al fin llegaron al llano y Álvaro recuperó la sensación de que era él quien dirigía al camello y no el camello el que le llevaba como a una carga que solo por casualidad se mantenía sobre su lomo.

Después de descender de la colina se lanzaron a todo galope hacia los toldillos, en los que ya comenzaba a divisarse algo de movimiento. Los incursores tenían el sol a la espalda, haciendo que les hirviera la cabeza pese a los turbantes que las protegían, y eso provocó que el primer integrante de la caravana que se levantó para averiguar qué estaba pasando tardase en comprender que estaban siendo atacados. Se protegió los ojos con la mano, tratando de averiguar si aquella polvareda que se acercaba era provocada por el viento o por cualquier otra causa. De pronto lanzó un grito de advertencia, y como si su grito hubiera quitado el tapón que contenía los ruidos en un cántaro, fue seguido por una ensordecedora cascada de chillidos humanos y relinchos de los camellos de carga, que se revolvían inquietos, luchando contra las cuerdas que los entorpecían.

Álvaro agarró con firmeza su espada y se dispuso a luchar. Ya no tenía miedo de caerse; incluso había dejado de notar el terrible calor o el aire reseco que le cortaba los labios y le incendiaba la garganta. Avanzaban a gran velocidad, haciendo que el

suelo retumbase como un tambor con el parche perfectamente tenso. Algunos de los Banu Masufa parecían haber perdido el juicio y corrían de un lado para otro medio desnudos y con la cabeza descubierta. Otros esperaban delante de los toldillos con las espadas o las lanzas en la mano y un tercer grupo, el menos numeroso, se esforzaba por subir a sus cabalgaduras. Contra estos últimos se abalanzó Álvaro. Lanzó un tajo horizontal que acertó al jinete en el preciso instante en el que su animal se ponía en pie. El hombre cayó hacia atrás agarrándose el cuello mientras la sangre se desbordaba entre sus dedos. El camello, que también había sido alcanzado por el tajo, se desplomó sobre el costado, coceando y relinchando hasta que jinete y montura quedaron inmóviles por igual, tendidos en el pegajoso charco que habían creado.

El segundo de sus adversarios se encontraba en una situación apenas mejor. Había obligado a su camello a levantarse muy deprisa y estaba aún recuperando el equilibrio cuando Álvaro le acometió. El tribeño elevó la lanza en un movimiento desesperado, con la intención de que su enemigo se empalase a sí mismo en ella, pero él se inclinó con destreza a un lado y la punta del arma simplemente le rozó el pecho, dibujando un arañazo sobre la armadura de cuero. La espada de Álvaro hendió el aire en busca de la cabeza desprotegida del tribeño. Este esquivó el tajo agachándose con brusquedad, si bien con menos rapidez de la que hubiera necesitado para salvar su oreja. Los camellos se separaron, nerviosos, y Álvaro tuvo que imponerse a la voluntad de su animal para volver a atacar. A falta del escudo que no había tenido tiempo de coger, el tribeño trató de detener el mandoble levantando instintivamente el brazo izquierdo. La hoja le golpeó en el codo y la articulación crujió al recibir el impacto del acero. Durante unos segundos el antebrazo colgó de unas ligaduras de piel y lana mientras los dedos de la mano se abrían y cerraban espasmódicamente, y luego se desprendió por completo. El hombre tuvo la suficiente presencia de ánimo para apuntar el muñón en dirección al rostro de su atacante, de modo que el chorro de sangre resultante le cegase a la par que trataba de apuñalarle en el vientre. Consiguió su objetivo solo a medias; la sangre salpicó a Álvaro, pero pudo mantener los ojos abiertos el tiempo necesario para clavar la espada debajo del brazo mutilado, atravesando las costillas del tribeño.

El tercero de sus contrincantes le dio menos problemas. Estaba dando vueltas en torno a un camello encabritado, tirando de las riendas con la intención de obligarlo a arrodillarse para que pudiera montarse encima. Álvaro no le dio la oportunidad de conseguirlo. La espada describió un arco fatal que concluyó en la base de su cráneo y el tribeño se estremeció brevemente antes de caer redondo sobre la arena súbitamente enrojecida.

No había más guerreros a la vista con los que tuviera que enfrentarse. Aparentemente los Banu Masufa habían sido derrotados por completo. Los mercaderes chillaban y corrían sin mirar atrás, y era una medida inteligente por su

parte, porque en el caso de haberse vuelto a mirar lo único que habrían podido ver era a los parientes de Ibrahim que los perseguían para matarlos.

Al esfumarse la excitación del combate Álvaro se sintió mortalmente cansado. Bajó del camello y comenzó a quitarse la armadura, que llevaba pegada al pecho como betún caliente. Le fallaban las fuerzas, pero pudo librarse de la armadura y caminar cojeando hacia uno de los toldillos que habían sobrevivido al asalto. Besó el amuleto que le había entregado Dihya y bebió agua de su pellejo hasta hartarse. Luego se tumbó temiendo haber sufrido una insolación, sin otra preocupación que la de descansar. Afuera Ibrahim y sus parientes cargaban tambaleándose los paquetes transportados por los camellos desde Audoghast, que abrían de cualquier manera y revolvían de arriba abajo. Las exclamaciones de «Dios sea loado», que sucedían a cada descubrimiento afortunado, eran tan numerosas que Álvaro dejó de tenerlas en cuenta.

Cuando recobró el aliento salió de la fresca sombra del toldillo, encontrándose un paisaje delirante de alforjas rasgadas, mantas, paños, dientes de hipopótamo, comida, enseres de cocina y cadáveres desperdigados, entre los que deambulaban los camellos sin prestar atención a nada salvo a las brazadas de pienso. Los Banu Asafu se afanaban cargando sobre el animal más próximo tantas mercancías como era capaz de soportar y lo empujaban con una patada para hacer sitio al siguiente. Hasta donde pudo ver Álvaro, no habían sufrido ni una sola baja. El asalto había sido un éxito completo.

—Te dije que atacar al mediodía era lo mejor —se jactó Ibrahim, acercándosele. Iba cubierto de telas teñidas con azafrán y sujetaba debajo de la axila un colmillo de elefante más largo que su brazo.

Tenía los ojos aún vidriosos por la emoción de la pelea y de vez en cuando las palabras brotaban con excesiva rapidez de su boca, haciendo difícil entenderle.

—Y yo te dije que sacaríamos un buen beneficio de esta empresa. Mayor que el que puede esperar obtener tu padre.

Ibrahim asintió.

—Le enviaré regalos junto con mi próximo mensaje. Así sabrá que la decisión que tomé es acertada.

Álvaro observó con el ceño fruncido a los parientes del joven, los cuales, poseídos por la avaricia, parecían empeñados en llevarse consigo todos los tesoros de la caravana.

—Ahora deberíamos llamar al guía e irnos rápidamente de aquí.

—No hay prisa. No ha escapado nadie que pueda dar la voz de alarma. Pasarán varios días antes de que descubran que la caravana ha sido asaltada y para entonces estaremos de vuelta sanos y salvos en la aldea. Pero ven, ven conmigo. Parece que no te importe el botín. Ven a ver lo que hemos conseguido.

Le siguió andando despacio, todavía aturdido por el calor. Los familiares de Ibrahim seguían practicando el pillaje a placer, embriagados por las riquezas conquistadas. Entre los montones de mercancías que aguardaban el momento de ser distribuidas entre los camellos de carga había uno que llamó especialmente la atención de Álvaro. Los sacos estaban abiertos y los rayos de sol que penetraban en ellos hacían que flotase por encima como un vapor el brillo inconfundible del oro.

«Bien, Abd al-Rahman —pensó Álvaro con satisfacción—. De una manera u otra me las arreglaré para perjudicarte. Este oro ya nunca llegará a las cecas de al-Ándalus. Y si me es posible, procuraré que no vuelva a llegarte oro por esta vía».

3

El camino de oriente

Los macizos montañosos encerraban el paisaje estepario como muros que protegiesen un secreto antiquísimo, cuya mera existencia había sido olvidada. Era un día soleado, fresco, con un poco de viento. La mañana, excepcionalmente clara, provocaba la ilusión de que todo estuviera al alcance de la mano y Dihya experimentó la sensación de estar en el borde de un mundo nuevo, el mundo al que conducía aquella carretera interminable.

La llanura era plana como la superficie de un mar sin olas. El sol, remontándose desde el horizonte con la fuerza de su juventud, definía los detalles de la estepa con una precisión asombrosa, concediendo a cada objeto una densidad que nunca volvería a tener, como si esa mañana se hubiera transmutado, gracias a un proceso alquímico, en algo distinto de lo que normalmente era. Y también las personas parecían cambiadas, como si a cada uno de los soldados lo rodeara la aureola propia de un héroe, y en las filas, pese a estar rodeados por tantos, se habían vuelto inconfundibles, excepcionales, reflejando la luz del día con una luz interior que ellos tampoco volverían a exhibir jamás.

Los más fervorosos ocupaban las primeras filas. Atrás, como esperando la ocasión de escabullirse, los menos entusiastas, los que albergaban las primeras dudas. Algunos blandían armas forjadas por los herreros de Dar al-hijra que todavía no habían probado el sabor de la sangre; los que llegaron tarde al reparto o no habían sido considerados aptos para recibir armas de verdad acarreaban lo que habían podido encontrar: chuzos, bastones, mazas, cuchillos de carnicero… En la vanguardia, montado en su asno, deambulaba al-Asayy, haciendo un esfuerzo para tener un aspecto digno y seguro de sí. Se decía que bajo la venda llevaba una perla negra en vez del ojo perdido, y que si miraba a sus enemigos con la perla estos huirían en el acto, llenos del temor de Dios. Pero no se levantaba la venda para demostrar si la existencia de la perla negra era realidad o pura especulación. Estaba muy ocupado tratando de disimular su nerviosismo, mientras al-Makhtum, a su lado, aguardaba con afán el regreso de los exploradores.

—Ataquemos ya —dijo Jamil—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Hemos de ir con cuidado —replicó el caudillo de los Banu Asafu—. Ibn Khazar aún anda suelto; tal vez haya tenido noticias de nuestro avance y trate de intervenir en la batalla, pero si lo hace te aseguro que no hará distinciones entre nosotros y los siervos de los fatimíes. Para él, todos los que no pertenecen a su tribu son sus enemigos.

—¿Es el mismo Ibn Khazar al que Aslam envió un mensajero?

—El mismo. Dudo que el mensajero de Aslam haya conseguido encontrarle. Ibn Khazar lleva años jugando al ratón y al gato con los ejércitos fatimíes. El propio hijo de al-Mahdi trató de capturarle sin éxito. Se le da bien esconderse en el desierto y hostigar desde allí a los fatimíes.

—Por lo que veo, sería una buena adición —dijo Jamil.

—Ibn Khazar no se unirá a nuestra causa, descuida. Lo que me preocupa es que decida interferir. Cuando dos pelean, hay ocasiones en las que aparece un tercero y cae sobre ellos cuando están exhaustos.

«A ti, desde luego, no te interesaría nada que un líder Zanata más prestigioso que tú entrase a formar parte de nuestras filas —pensó Dihya—. Te verías relegado y eso no podrías soportarlo».

Los exploradores fueron volviendo a lo largo de la siguiente hora. No había ni rastro de Ibn Khazar o de las tribus Zanata que pastoreaban sus camellos en aquellos parajes en tiempos de paz, ni tampoco habían divisado socorros que llegasen desde el este: los ocupantes del *ribat* tendrían que defenderse solos.

—Se hace tarde —dijo Jamil.

Al-Makhtum asintió, girándose hacia los primos.

—Vamos, id a inflamar el valor de esos infelices. Hoy tenemos que vencer. Este castillo es la llave que abre la ruta entre Sijilmasa y el este. Además, si perdemos lo considerarán una prueba de que Dios no está con nosotros.

«Cuanto antes se desengañen, mejor», pensó ella con resentimiento.

Pese a los esfuerzos misioneros de Dihya y al-Asayy eran menos de los que hubieran debido ser teniendo en cuenta lo que se proponían. Pero Aslam estaba impacientándose; consideraba que les hacía falta una victoria importante para aglutinar a los descontentos por el gobierno fatimí y al-Makhtum estuvo de acuerdo. Las pequeñas fortalezas conquistadas hasta entonces eran insuficientes para saciar su apetito. Quería más. Mucho más.

La fracción más numerosa, y también la peor entrenada y equipada, estaba compuesta por los voluntarios, que coincidían en la sencillez de sus vestimentas, zaragüelles y sandalias, y la rudeza de sus facciones castigadas por la vida en el campo. Por delante los jinetes de una docena de clanes pobres y el grupo aparte, desproporcionadamente orgulloso, de los Banu Asafu. Supuestamente las enemistades tribales estaban canceladas por los pactos que habían suscrito sus jefes. Con todo, los integrantes de una tribu seguían sintiéndose incómodos al relacionarse con las restantes, y dentro de las propias tribus no se habían olvidado las viejas rencillas que enfrentaban a vecino contra vecino y familia contra familia.

Dihya y al-Asayy espolearon a sus asnos para situarse en una posición adecuada. Su apariencia era la de siempre. Seguían llevando ropas de áspera lana, sucias e informes, y sus pollinos parecían aún más humildes que de costumbre al mezclarse

con los corceles de los guerreros berberiscos. El único cambio era el blanco velo que reemplazaba la venda en el rostro de al-Asayy y el libro que llevaba en la mano derecha y del que, supuestamente, extraía las instrucciones divinas.

Para ganar tiempo hizo que el asno, fuese hacia un extremo de la fila, y luego al contrario, fingiendo que revistaba a sus tropas. Entonces habló. Comenzó el discurso con la alabanza a Dios y loor a Él y azala sobre el Profeta; siguió diciendo a los convocados que el Todopoderoso infundiría el terror en los corazones de los vasallos de los fatimíes cuando les vieran desfilar para oponérseles, haciendo que volvieran la espalda y se prestasen al exterminio. Ellos eran un ejército grande y fuerte, y no tenían que preocuparse por nada. Pronto los herejes, los malvados, los asesinos de los justos y piadosos, yacerían fríos y pálidos en las sepulturas. Reiteró la certeza que tenía del triunfo gracias a la ciencia adivinatoria de Dihya, y por esa razón no debían tener miedo, por tenaz que fuera el combate, porque al final Dios les concedería su ayuda y obtendrían la victoria.

Al oírle, los voluntarios gritaron tanto que por toda la estepa las aves echaron a volar, incluidas las que se encontraban dentro del *ribat*. Dieron muestras de querer partir enseguida para acometer al enemigo, y al-Makhtum y sus hombres se vieron obligados a interponerse para detenerlos.

—¡Míralos! —gritaba un voluntario, enardecido por el discurso de al-Asayy—. ¡Míralos con la perla negra para que salgan huyendo los enemigos de Dios!

—Con el ojo del culo les voy a mirar —gruñó el poeta entre dientes mientras le daba la espalda.

Jamil se aproximó rápidamente en cuanto terminó al-Asayy de hablar. No les dejaba ni a sol ni a sombra, sin que se supiera a ciencia cierta si estaba pendiente de su seguridad o de que no se escapasen aprovechando la confusión del combate.

«Si teme que tratemos de escapar montados en estos maltrechos asnos es que nos cree completamente idiotas», se dijo Dihya.

—Supongo que no me pedirás que vaya con ellos a la batalla —susurró el poeta con un hilo de voz.

—Ni hablar. Tú te quedas aquí, conmigo. Si te ocurriera algo Aslam me cortaría los cojones a mí también.

El *ribat* se alzaba sobre una colina a un par de millas de distancia, junto a un pequeño río y la carretera cuyo tránsito vigilaba. Era una construcción sencilla: una torre de vigilancia cilíndrica adosada a un fuerte de planta cuadrada, con torres semicirculares en las esquinas y en el punto medio de cada lado, y una única entrada. Desde que los seguidores de al-Asayy habían sido avistados ardía de forma ininterrumpida una hoguera en la cima de la torre de vigilancia y el penacho de humo resultante se alzaba como una petición de auxilio escrita en el cielo con tinta negra. Además habían batido tambores dentro del *ribat*, convocando a los habitantes de la

comarca para que acudiesen a reforzar a la guarnición, pero no había acudido nadie ni era probable que lo hicieran. Los morabitos que ocupaban el fuerte tenían mala fama. Al-Makhtum afirmaba que en su interior los ascetas que recitaban el Corán cada noche estaban revueltos con depravados que no tenían ningún otro lugar al que ir y se frotaban la frente con piedras y arena para provocar la aparición de callos semejantes a los que causaba una vida de oración. Los fatimíes habían incluso pensado expulsar del *ribat* a los morabitos para instalar allí uno de sus escuadrones, pero aún no se había hecho efectiva la expulsión.

—Según un *hadit* —le dijo al-Asayy a Dihya—, a quien haga *ribat* durante diez días, Dios le perdonará una cuarta parte de su pena en el infierno. A quien lo haga durante veinte días le perdonará la mitad. A quien lo haga durante treinta días, las tres cuartas partes. Y a quien haga *ribat* durante cuarenta días, Dios le librará del infierno.

—Parece un buen trato.

—Sospecho que es un *hadit* apócrifo. Si la entrada al Paraíso resulta tan barata, hasta yo la compraría. Cuarenta días a pan y cebolla y participando en las vigilias nocturnas. No es un precio elevado.

Los soldados comenzaban a levantar las escaleras. Jamil se quejaba de que habría sido más sensato atacar de noche, mientras los morabitos estaban durmiendo o distraídos con sus rezos. Al-Makhtum, que en realidad no disponía de ninguna excusa válida para justificar la forma en la que había planteado el asalto al fuerte, le aseguró que no debía preocuparse por las bajas:

—Primero atacarán los Banu'Urat. —Los Banu Asafu y los Banu'Urat habían escenificado una reconciliación cuando los segundos se unieron a los partidarios de al-Asayy, pero era evidente que el caudillo bereber continuaba sintiendo el mismo desprecio de siempre hacia sus antiguos rivales—. Así, aunque perezcan muchos no perderemos gran cosa.

Unos últimos vítores y luego los pelotones siguieron en desorden a sus jefes. Los soldados avanzaban cada uno por su lado y dando espantosos gritos, ora lanzando maldiciones y anatemas, ora proclamando que «no hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta». Curiosamente, gritos parecidos resonaban dentro del *ribat*. Los voluntarios que se habían dedicado a la piadosa tarea de defender de rebeldes y bandidos una de las rutas que utilizaban los peregrinos para ir a La Meca eran visibles ya sobre la muralla, levantando piedras sobre sus cabezas o disparando flechas. Sin embargo su número era reducido. Al-Asayy calculó que no habría más de cincuenta en total.

—Son pocos, muy pocos —dijo—. Ni siquiera al-Makhtum sería capaz de fracasar en estas condiciones.

Las escaleras fueron apoyadas contra el muro y los guerreros comenzaron a subir por veinte sitios a la vez. Algunos que estaban demasiado ansiosos para aguardar a

que les llegase su turno sujetaban las armas con los dientes y trepaban agarrándose a los ladrillos de adobe. Desde la distancia la muralla parecía hervir de vida, como si un confuso enjambre se hubiese posado de repente en los lienzos. Los defensores arrojaban piedras descoordinadamente y sin mirar; de todas maneras, por pura casualidad, conseguían de tanto en tanto acertar a uno de los asaltantes y hacer que sus sesos se escapasen como el líquido de una vasija rota. Caía al suelo y ahí permanecía, inmóvil, murmurando hasta que sus labios dejaban también de moverse.

Cuatro hombres atacaron la puerta con sus hachas. Una flecha derribó a uno de ellos, pero el resto pudo proseguir su labor sin dificultades. Los partidarios de al-Asayy ya estaban ganando el muro y enfrentándose cara a cara con los integrantes de la guarnición. Un morabito flaco y calvo, alentado por el fuego de su devoción, logró defender un sector de la muralla él solo, sin prestar atención a los tajos que le alcanzaban desde todas las direcciones. Hizo falta cortarlo literalmente en pedazos para que se apartase del camino, pero la mayor parte de los morabitos no mostraban un ardor parejo ni manejaban con igual eficacia sus armas. Pronto los asaltantes habían tomado la muralla y tiraban al exterior los cadáveres que les estorbaban el paso. A los heridos, cuando formaban parte de los habitantes del *ribat*, los lanzaban de la misma manera. Si sobrevivían a la caída se les acercaba un muchacho con una pierna paralizada, que ante la imposibilidad de combatir junto a los demás trataba de ser útil rematando a los enemigos heridos clavándoles un punzón en los riñones.

Una ráfaga de viento trajo el olor de la sangre, del humo y de la orina hasta Dihya, que se tapó las narices asqueada. El choque del acero contra el acero, así como los gritos de atacantes y defensores, estaban desplazándose por el interior del *ribat*, abandonando la muralla y extendiéndose por los patios. La puerta se abrió de par en par cuando ya estaba a punto de ser destrozada por las hachas y al-Makhtum condujo a los jinetes de los Banu Asafu al patio. Poco después el estandarte que ondeaba por encima del fuerte fue arrancado del poste y echó a volar como un buitre moribundo. El hombre que había quitado el estandarte colocó otro en su lugar: el que identificaba a los partidarios de al-Asayy.

—El *ribat* es nuestro —anunció Jamil—. Vayamos a ver lo que hemos obtenido.

El patio estaba lleno de muertos y de heridos a los que nadie hacía caso, hasta que recibían la visita del muchacho lisiado. Las celdas en las que residían los morabitos se encontraban abiertas y al-Asayy se asomó por curiosidad a una de ellas. Solamente había un tapete de cuero para las oraciones, un pellejo para el agua y unos cuantos libros. Jamil encargó que los recogieran y los guardasen.

—Se los daremos a Aslam. Se pondrá más contento que un sodomita en una sala repleta de efebos.

Pero no todo el *ribat* estaba en sus manos. Los supervivientes del ataque se habían refugiado en la torre de vigilancia tras atrancar la puerta desde dentro. Al-

Makhtum se negó a arriesgar más soldados intentando conquistar la torre; la puerta era estrecha y aunque lograsen derribarla solamente podrían entrar de uno en uno, exponiéndose a que los mataran apenas pusieran un pie en su interior.

—Traed leña, paja, cualquier material que arda bien —ordenó—. Ya veréis cómo salen de ahí.

Echaron la puerta abajo con las herramientas que hallaron en los propios almacenes del *ribat*, pero en lugar de entrar a la torre metieron dentro la paja procedente de los establos y la leña empleada para calentar el agua de las abluciones. Luego al-Makhtum lanzó una antorcha encendida sobre la paja y retrocedió unos pasos.

En cuestión de segundos las llamas comenzaron a lamer por dentro las paredes de la torre y el aire se llenó de humo. El fuego arrancaba destellos a las espadas y las lanzas de los Banu Asafu reunidos frente a la entrada, confundidas en un fulgor anaranjado, como si crecieran llamas en su interior, retenidas en una prisión de acero. Un calor de horno salía por la puerta destrozada y se empezaban a escuchar los aullidos de pánico de los morabitos refugiados en la torre.

Algo se desplomó dentro y una nube de humo caliente y polvo salió al exterior oliendo a infierno. Los Banu Asafu se acuclillaron para respirar mejor. El humo y el polvo hacían que pestañearan y se frotasen repetidamente los ojos.

—¡Nos rendimos! —chilló una voz desesperada—. ¡En el nombre del Misericordioso, nos rendimos!

Una lluvia de armas lanzadas desde lo alto repicó contra el suelo de la torre. Al-Makhtum y Jamil se miraron.

—¿Aceptamos su rendición?

—¿Por qué no? Es conveniente que quede alguien con vida para explicarnos dónde guardan los bienes del *ribat*. Después tendremos todo el tiempo del mundo para matarles.

Tras apagar el incendio con cubos de agua, los últimos defensores salieron uno a uno de la torre, atemorizados, tosiendo, con los rostros tiznados por el hollín y el miedo.

Los que caminaban demasiado despacio eran empujados sin miramientos. Uno de ellos, sin embargo, se mantuvo firme al recibir el empujón. Iba vestido con ropas de mayor calidad que las del resto de los morabitos, y en vez de agachar la cabeza y rogar por su vida se dedicaba a señalar con el dedo índice a sus captores mientras les auguraba atroces tormentos.

—Y a ti —exclamó, deteniendo aquel dedo acusador delante de al-Asayy—, a ti te pasearán por Qairuán metido en una jaula, como un animal, y después te abrirán en canal y te sacarán las tripas para rellenarte de paja, y tu cuerpo será colgado en las murallas del lado oeste de al-Mahdiyya, sobre las puertas, para que estés a la vista de

todos los que entren y salgan hasta que el viento y las aves carroñeras dispersen tus pedazos.

El poeta se estremeció al oír la amenaza, pero se recuperó rápidamente, más rápidamente de lo que Dihya esperaba.

—¿Quién demonios es este bocazas?

—Soy el cadí Abi Khinzir, maldito —contestó el hombre—. He venido desde Qairuán para decidir si es conveniente confiscar las propiedades del *ribat* y entregárselas al estado. Y doy gracias a Dios de que al destinarme tal misión me haya dado la oportunidad de escupirte a la cara.

El salivazo alcanzó a al-Asayy en la mejilla, que se limpió tranquilamente con el dorso de la mano.

—El maldito eres tú. Y el necio. ¿Es que no has escuchado la voz celestial que gritó sobre Qairuán: «No toquéis a mi enviado»? Sin embargo has venido aquí en representación del comandante de los paganos, el sucio oriental que dejó su tierra para traer al occidente la corrupción y la herejía. —El cadí iba a replicar con un nuevo escupitajo, pero el poeta le cruzó la cara con una bofetada tan brutal que hizo brotar una red de venillas rotas en su mejilla—. ¿Te figuras acaso que voy a continuar escuchándote? No lo permita Dios: que los cascos de los caballos purifiquen este lugar de tu inmundicia.

Hizo un gesto que al-Makhtum entendió en el acto. Agarró al cadí por el brazo y lo arrastró hacia el patio, donde mandó clavar cuatro estacas. Tumbaron a la fuerza a Abi Khinzir en el suelo y le ataron muñecas y tobillos a las estacas, luego el caudillo montó en su caballo. Una veintena de berberiscos le imitaron, y a su señal se lanzaron al galope contra el cadí, que gritaba como una bestia rabiosa. Pasaron tres veces por encima, a toda velocidad, hasta que quedó convertido en una enorme mancha roja esparcida por el centro del patio.

—Colgad sus restos de la torre —ordenó al-Asayy—. Servir de alimento para los cuervos es un final demasiado honroso para él, pero qué se le va a hacer.

«Con qué tranquilidad ha ordenado la muerte de un hombre —pensó Dihya, pasmada—. Se diría que no le ha costado más esfuerzo que arrancarle la cabeza a uno de los saltamontes que se come a escondidas».

—Este hijo de puta ya no volverá a dictar sentencias ni a meter en prisión injustamente a nadie —murmuró el poeta mientras sus seguidores despegaban del suelo con palas la pulpa a la que había sido reducido el juez.

—¿Cómo sabes que encerró injustamente a alguien?

—Era un cadí, ¿no? La única justicia que están interesados en administrar los cadíes es la que les permite congraciarse con los poderosos y hacerse ricos a costa de los pobres. Lo sé por experiencia.

Al-Makhtum había comenzado a interrogar a los prisioneros. Dos de ellos se

peleaban por el privilegio de llevarle hasta donde estaba guardado el tesoro, tal vez creyendo que les daría una parte como recompensa.

«Tontos. No os entregará nada, ni una moneda».

—Fíjate —dijo su primo, haciendo mención de una placa situada encima del muro—. Ahí han reemplazado un nombre, supongo que el de un benefactor de este *ribat*, por el de al-Mahdi. Aslam me ha contado que después de proclamarse califa borró de las mezquitas de Qairuán los nombres de sus fundadores para inscribir el suyo encima; le salía más barato que fundar mezquitas nuevas. —El poeta se echó a reír—. El Omeya es un cabrón, desde luego, pero al menos no es mezquino. Al-Mahdi, en cambio, parece tener solo defectos. La gente realmente saldría ganando si yo le echase a patadas de su trono.

Dihya le miró con desaprobación. Al-Asayy trató de contagiarle su sonrisa, pero ella se mantuvo seria.

—Estaba bromeando, querida.

—¿De verdad?

«Para ti tampoco habrá nada, bobo. Ganemos o perdamos, tendrás suerte si conservas la vida».

El caudillo de los Banu Asafu ya había elegido al prisionero que le guiase hacia el tesoro. Cogieron las herramientas que habían derribado la puerta de la torre y se dispusieron a seguirlo. Los jefes de otras tribus y clanes trataron de unirse a ellos, pero al-Makhtum los rechazó asegurando que él se encargaría de hacer el reparto. Aunque su excusa fue que quería evitar desórdenes, todos recelaron que lo que realmente pretendía era quedarse con la mayor parte del botín.

«¿Ves? No nos darán nada. Nada».

4

Contratiempos

Los asnos aguardaban pacientemente a que los cargasen. Un leve quejido al sentir su lomo aplastado por el fardo que salía del almacén y el animal era empujado para dejar paso al siguiente de la fila. Cuando los bultos hubieran sido amarrados al último asno, la caravana partiría hacia el norte. A los bienes que habían cruzado el desierto del Sáhara, expuestos a mil peligros, aún les quedaban cientos de millas por recorrer antes de encontrar a sus compradores.

—Qué lástima que se nos hayan escapado esas mercancías —dijo Ibrahim con tristeza.

—No podemos asaltar todas las caravanas que vienen a Sijilmasa —repuso Álvaro—. Es inevitable que se nos escapen algunas.

Tomó nota de los hombres armados que contemplaban las operaciones desde la sombra. Las caravanas cuyo destino eran las ciudades de la costa siempre habían estado mejor protegidas que las que atravesaban el Sáhara, pero las actividades de Álvaro e Ibrahim habían provocado que se duplicara el tamaño de las ya de por sí nutridas escoltas. Los comerciantes procedentes de Ghana también habían comenzado a contratar más guerreros de lo habitual para defender las caravanas, hasta el punto de que se comentaba que los Banu Masufa no daban abasto para satisfacer el incremento de la demanda. Esto había provocado un aumento de los costes, que a su vez amenazaba los ingresos que cobraban las autoridades de Sijilmasa por los derechos de paso, forzándolas a tomar sus propias medidas para acabar con los asaltos a las caravanas. Álvaro no se hacía ilusiones. Pronto empezarían a tener problemas.

Abandonaron su puesto de observación y caminaron en dirección contraria al canal. Allí la luz era distinta, reflejándose en las paredes desconchadas de los edificios. Y el olor a estiércol recién pisado se trocaba por los aromas de la comida y la humedad. No todos los barrios de Sijilmasa se habían recuperado por completo de los saqueos sufridos a manos de los ejércitos fatimíes. Aquellos ataques habían socavado la creencia de los habitantes de Sijilmasa en que su situación aislada, al borde del desierto, les mantendría al margen de las querellas que sacudían el norte de África. Ya no se respiraba la tranquilidad de antaño, cuando solo los incidentes relacionados con el comercio angustiaban a los pobladores del oasis. Y en varias de las callejuelas se apreciaba un llamativo deterioro, como si hubiera disminuido el optimismo que incitaba a reconstruir rápidamente lo dañado.

Los baños públicos a los que se dirigían estaban situados junto a una de las bocas de la red de pasadizos en la que vivía Ibn Sanbar. Como aquellos, tenía aspecto de

excrecencia: un tumor que había crecido en los suburbios de Sijilmasa en un momento de descuido. Álvaro e Ibrahim entraron por separado y fueron recibidos por un mozo en taparrabos que les alquiló las toallas. A partir del estrecho vestíbulo la penumbra obligaba a los que acudían a la casa de baños a realizar sus acciones prácticamente a ciegas; los clientes habituales no tenían mayores dificultades pero Álvaro tuvo que tantear con los dedos para encontrar un gancho vacío del que colgar su ropa. Toda la luz en los baños parecía haberse congregado en la primera sala, gracias a una claraboya abierta en la bóveda de barro. Allí Álvaro fue friccionado vigorosamente por un masajista tras tumbarse en un banco de piedra cuya superficie viscosa le trajo a la memoria el légamo de los pantanos. En la segunda sala el exceso de iluminación ya había sido corregido. Tropezó con un taburete y enseguida aprovechó para sentarse en él mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. De todas formas, apenas consiguió ver algo más que las formas básicas de la sala y unas siluetas enredadas en un rincón, jadeando débilmente. Le habían advertido acerca del sexo en los baños públicos, pero nunca había presenciado con anterioridad aquello sobre lo que le advertían.

—¿Los ves? —preguntó Ibrahim.

Álvaro asintió. El calor que emanaba la sala de calderas le hacía sentirse mareado. Usó la toalla para secarse la frente, pensando en lo insólito que resultaba someterse por gusto a elevadas temperaturas en una ciudad tan calurosa como Sijilmasa.

—Esa escena me recuerda que, según dicen, la causa de que al-Sayl perdiera su trabajo como guía de caravanas es que le gustan demasiado los muchachos.

—Si lo que le gustan son los muchachos, entonces estoy a salvo —gruñó Álvaro —. Hace tiempo que mi culo perdió su lozanía.

—El mío aún conserva la suya, gracias a Dios —dijo Ibrahim sonriendo—. Tal vez debería tener más cuidado la próxima vez que acampemos en el desierto.

La pareja del rincón subrayó el final de su cópula con unos desmayados gemidos y luego ambos se fueron por separado de la habitación. Álvaro se fijó en que uno de ellos se estaba limpiando las partes pudendas con la toalla cuando salía y al instante tiró la suya al suelo.

—Estoy seguro de que las lavan después de usadas —dijo Ibrahim.

—Yo no estoy tan seguro.

Alguien entró en la sala, y debía estar acostumbrado a acudir a esos baños puesto que sus pies le guiaron sin vacilaciones hasta uno de los taburetes. Miró alrededor, tratando de discernir la identidad de los otros clientes, hasta que Ibrahim le hizo una seña.

—Llegas tarde.

—Disculpadme. Me entretuve charlando con un amigo.

—¿Algo interesante?

—No. Vuestros ataques han cerrado las bocas en Sijilmasa. Ya ni siquiera me atrevo a preguntar, por miedo a levantar suspicacias.

Álvaro e Ibrahim se miraron entre sí. No eran noticias inesperadas, pero aún así eran malas noticias.

—Hará falta dinero para soltar las lenguas —continuó Ibn Sanbar—. La época en la que circulaban libremente los rumores sobre las caravanas se ha terminado.

—Te pagamos bien —murmuró Ibrahim, suponiendo lo que se avecinaba—. Usa el dinero que te damos para sobornar a quien te parezca.

—Si lo hiciera como me propones disminuirá mi porcentaje.

—¿Qué es lo que prefieres? ¿Un porcentaje menor de algo o la totalidad de nada? Sin información no hay dinero.

—Si no consigo información, saldréis perdiendo tanto como yo.

—Te equivocas. Las caravanas siguen siempre las mismas rutas, las únicas que son seguras. Solo tenemos que apostarnos en un punto intermedio de la ruta hacia Audoghast y atraparemos a los mercaderes como pájaros en una red.

—¿Y por qué no lo habéis hecho ya? Si tan prescindible soy, ¿para qué nos hemos reunido?

«Porque Ibrahim solo está fanfarroneando —le contestó Álvaro en su mente—. Si nos aventuramos por nuestra cuenta y riesgo en el desierto acabaremos persiguiendo espejismos hasta que entreguemos nuestros huesos a la arena».

—Es al-Sayl el que es imprescindible, no tú —insistió Ibrahim.

—Al-Sayl hará lo que yo le diga. No contéis con darme de lado a mí y continuar trabajando con él.

—Quizás el dinero le haga cambiar de opinión.

—Intentadlo. —Ibn Sanbar se palmeó las rodillas antes de incorporarse—. Dios Todopoderoso, en su Inmensa Sabiduría, decretó que el hijo de mi padre no fuese una persona rencorosa. De modo que, después de que al-Sayl rechace tu propuesta, hazme llegar un mensaje y yo actuaré como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar.

Álvaro e Ibrahim se quedaron a solas en la sala. Estaban ansiosos por marcharse, pero la prudencia aconsejaba que abandonaran uno a uno los baños, para que nadie pudiese relacionarlos.

—Está muy seguro de sí, el cabrón —dijo Ibrahim—. Cuando hablamos por primera vez era poco más que un mendigo y ahora se comporta como si fuera un príncipe de los ladrones.

—Tiene una ventaja y la aprovecha —señaló Álvaro—. En cualquier caso, me preocupa esta situación. El coste de los sobornos crecerá sin cesar, ya lo verás, y en cuanto dejemos de pagarlos nos traicionarán para obtener la recompensa que ofrecen las autoridades.

—Me pregunto si es verdad lo que dice. ¿Quién nos asegura que no se ha

inventado ese cuento de los sobornos para sacarnos más dinero?

—Es una posibilidad.

—Pondré a investigar a uno de mis primos. Y que Dios tenga piedad de Ibn Sanbar como descubra que nos está engañando.

Álvaro ya no aguantaba más el calor y la humedad de los baños. Fue a la letrina para aliviar su vejiga y luego regresó al guardarropa para volver a vestirse. El aire tibio del callejón le refrescó la frente irritada por el sudor. La entrevista le había dejado un mal sabor de boca, como si hubiera comido grasa rancia.

Un desconocido le llamó. Álvaro siguió andando sin darse por aludido hasta que le tomaron por el brazo, diciéndole: «El *sahib* quiere verte». Había demasiados testigos en la calle, así que desistió de luchar o escapar. Otro hombre había surgido de una esquina, con la mano en el pomo de la espada, como si esperase resistencia.

«¿Nos habrá vendido ya Ibn Sanbar? —pensó—. Es mucha casualidad que me capturen justo cuando habíamos estado hablando con él».

Miró atrás sospechando que hubiera más guardias escondidos, pendientes de la aparición de Ibrahim. No vio ninguno, y tampoco a Ibrahim. La emboscada, si es que de una emboscada se trataba, parecía haberse resuelto con el arresto de Álvaro.

«O puede que haya sido Ibrahim. He oído afirmar a algunos musulmanes que los juramentos pronunciados ante un cristiano carecen de valor. Quizá ha creído que el paso del tiempo le permite desligarse de las promesas que hizo cuando le amenacé con perforarle los riñones».

Le condujeron a un edificio de dos plantas, muy sencillo, en cuya planta baja encontró al capitán de la guardia sentado en el suelo. Le preguntaron su nombre; Álvaro contestó dando el que había inventado para su estancia en Sijilmasa. El capitán le hizo algunas preguntas más: de dónde venía, a qué se dedicaba. Álvaro había ensayado las respuestas varias veces. Surgieron de su boca con fluidez, sin vacilaciones, como si fuesen la pura verdad.

Después de que el capitán satisficiera su curiosidad, al menos aparentemente, le llevaron a un cuarto lleno de mantas y alfombras viejas. Flotaba en el interior el aroma polvoriento de la lana estropeada. Le quitaron el cuchillo que llevaba siempre encima y sus ropas, ordenándole que las cambiase por otras, peores y de una talla inferior. Pasó allí el resto del día.

Al anochecer le vinieron a buscar tres hombres armados. No le ataron, pero uno le sujetaba por el brazo con más fuerza que ninguna ligadura. Subieron por las escaleras hasta la habitación en la que esperaba el *sahib al-shurta*, junto con el capitán al que ya había visto. El *sahib* era un hombre delgado y envejecido, con una cabeza enorme que la barba semejante a una enredada madeja de lino estiraba hacia abajo. Había un banco de madera en la habitación, por lo demás desolada, y Álvaro se percató de las manchas de sangre que manchaban la superficie. No se sorprendió de que le

desnudaran y le tumbasen boca abajo en el banco, sin hacerle antes una sola pregunta.

Cuando su espalda quedó al descubierto los ojos de los presentes se abrieron de par en par al ver las cicatrices que la adornaban. Muchas las había obtenido en el Alcázar de Córdoba, durante los interrogatorios a los que era sometido por sus carceleros.

—Está claro que eres un criminal —dijo con desdén el *sahib*—. Esas son marcas de látigo.

Dos de los hombres se sentaron sobre sus piernas. El restante y el capitán le agarraron por las muñecas, retorciéndoselas. El *sahib* cogió una vara y Álvaro comenzó a chillar y protestar, no porque le asustase lo que iba a suceder sino porque se trataba de la reacción lógica en una persona que estuviera en su situación. Para poder engañar a sus captores tenía que comportarse como un hombre inocente o estaría confirmando sin querer que él era uno de los salteadores que las autoridades de Sijilmasa estaban buscando.

El *sahib* era débil en apariencia, pero le fustigó con tanta fuerza que Álvaro, a quien el dolor no le resultaba extraño, tuvo que apretar los dientes para aguantar el castigo. Contó dieciséis golpes antes de perder el interés por seguir contando. Cuando el *sahib* se cansó, el capitán de la guardia tomó el relevo, y luego uno de sus hombres, hasta que la vara comenzó a caer sobre golpes ya dados y los gritos de Álvaro dejaron de ser fingidos.

Solamente entonces, cuando su espalda estuvo cubierta de surcos morados y cuajarones de sangre, repitieron las preguntas que le había hecho el capitán con anterioridad. Cómo se llamaba, de dónde venía, a qué se dedicaba, por qué llevaba un cuchillo encima. Álvaro dio las mismas respuestas que antes, y tras oírlas le tiraron del banco para que aterrizase en el sucio suelo, donde sintió que el dolor le atenazaba como un peso que le hubieran colocado encima, como uno de los cargamentos que aplastaban a los asnos congregados frente al almacén.

Durmió en el suelo, en la habitación vacía. Le despertaron con una patada y los hombres le hicieron tumbarse de nuevo en el banco. Un bastonazo en la rabadilla amoratada y una súplica, no del todo simulada, vibró en los labios de Álvaro. Otra vez las preguntas. Y otra vez las respuestas falsas, que se sabía de memoria. Aunque tuvo la precaución de introducir algún detalle adicional que no contradijera lo que ya había contado. Volvieron a golpearle, en las manos, y con menos fuerza, y lo siguiente que pudo percibir fue que era arrastrado por las piernas. Echaron agua sobre su cara y le limpiaron algo de la porquería acumulada en su cuerpo. Luego notó que le levantaban a través de la oscuridad hasta un lugar fuera del edificio. Tiraron un paquete a su lado: sus ropas, atadas entre sí. Pero el cuchillo no estaba, quizá porque aquellos hombres temían su venganza.

Permaneció tumbado, sumido en un estupor del que le extrajo la luz del alba.

Padecía una sed abrasadora y le asombraba la ausencia de dolor. Probablemente se encontraba demasiado aturdido para experimentarlo. Se puso en pie gimiendo, y tambaleándose echó a andar hacia el cuarto que tenía alquilado. Nadie reparaba en él, pese a que tenía la impresión de ser en ese momento la persona más llamativa de Sijilmasa.

Un esclavo se apiadó de Álvaro y llenó un recipiente de cuero en el pozo para que bebiese. El agua le supo maravillosamente y bendijo al esclavo por su amabilidad. Luego, habiendo llegado ya al cuarto, rebuscó unas monedas en sustitución de las que le habían hurtado durante el encierro para entregárselas a la mujer que vivía en el cuarto de enfrente. Ella malinterpretó sus intenciones; entró contoneándose en la habitación y comenzó enseguida a desvestirse. Álvaro le pidió con la mano que se detuviera. Simplemente quería comida, agua, y que le espantasen las moscas que se posaban en su espalda, atraídas por el olor de la sangre.

Durmió un día entero. Cuando despertó había un plato con comida, fría, en el suelo. Se alimentó vorazmente, agotó la jarra de agua, cruzó infinidad de veces el cuarto para determinar la distancia que era capaz de recorrer sin marearse. La paliza le había dejado desmayado; tenía los músculos blandos, sin fuerza, incluso el esfuerzo de levantar la jarra llena le provocaba arcadas.

«Es como si hubieran transcurrido años enteros en estos pocos días —pensaba—. Me han convertido en un viejo a base de golpes».

Tardó casi una semana en recuperar la confianza en sí mismo. Hasta ese momento se sintió prisionero en un cuerpo que no reaccionaba conforme a sus deseos, una carne extraña que no reconocía como propia. Lo primero que hizo fue salir a la callejuela para vaciar el orinal. La luz del sol le aturdió. Notaba un brote de fiebre que había ignorado mientras vegetaba en el cuarto. Todo lo que allí le había parecido natural, el constante dolor de cabeza, su suciedad, la malsana penumbra, congestionada por una mezcla de olores pungentes, se volvía vergonzoso, intolerable, al poner el pie de nuevo en el exterior, exponiéndose a la curiosidad de los demás.

Esa noche llamaron suavemente a la puerta de la habitación y él se sobresaltó al darse cuenta de que la señal era distinta de la que utilizaba la mujer que le atendía. A falta de armas cogió la jarra, demasiado frágil para causar un daño duradero. Al principio no reconoció los rasgos del visitante tras entreabrir la puerta, pero la nariz que se adelantaba impaciente por el hueco como la lanza de un jinete indicó a Álvaro que se trataba de Ibrahim.

—Alabado sea el Todopoderoso, temí que te hubieran matado —dijo después de que le dejara pasar.

—Estuvieron cerca —contestó Álvaro. Se sentó jadeando en el jergón. Aún se cansaba con facilidad.

—¿Qué te ha ocurrido? Llevo días ahí fuera, observando, para confirmar si

estabas vivo o muerto. Por su forma de actuar me figuré que esa mujer te cuidaba, pero hasta que te vi salir del edificio no estuve seguro.

—Me detuvieron los hombres del *sahib al-shurta* —declaró Álvaro—. Me interrogaron, pero logré convencerles de que era inocente.

—¿Nos buscaban a nosotros?

—Supongo que sí. —Se encogió de hombros—. No me dieron ninguna explicación. Solo insistían en querer saber quién era yo y de dónde procedía.

—¿Y tú qué les contaste?

—¿Yo? ¿Qué iba a contarles? Las mentiras que tenía preparadas. Insistí en repetirlas hasta que se las creyeron.

Una expresión extraña cruzó el rostro de Ibrahim.

—Hiciste bien. De todas maneras me sorprende que te detuvieran porque sí, aun cuando he oído el rumor de que esas cosas llevan ocurriendo en la ciudad desde hace algún tiempo.

—Si tuviesen alguna prueba contra mí me habrían ejecutado independientemente de lo que yo respondiese —repuso Álvaro—. Imagino que me detuvieron porque soy forastero en Sijilmasa y estaba lejos del mercado y de la zona donde se reúnen las caravanas. Debí parecerles sospechoso.

—Sí, es probable —aceptó Ibrahim—. Tan probable como calamitoso para nuestros intereses. Nuestros cómplices ya estaban nerviosos a causa del aumento de la vigilancia; ahora están aterrados. Cuando Ibn Sanbar se enteró de que habías desaparecido se fue de su casa y ahora no consigo dar con él.

—Esta vez he tenido suerte —le aseguró Álvaro—. Puede que no tenga tanta la próxima. Los hombres del *sahib* ya conocen mi cara y me volverán a detener en cuanto les dé el menor motivo. Lo más prudente sería irse de Sijilmasa hasta que se calmen los ánimos.

—Prudente sí, pero no muy lucrativo.

—Sería aún menos lucrativo que nos atrapasen y nos cortaran la cabeza.

—Nos atraparán si continuamos actuando de la misma manera. Cambiemos nuestros planes y volveremos a despistarlos.

—¿Cambiar nuestro planes? ¿Cómo? ¿Qué propones?

—He pensado mucho mientras esperaba a que dieses señales de vida, pero mi idea, en esencia, es exactamente la que le expuse a Ibn Sanbar: las caravanas utilizan casi siempre las mismas rutas. Acampemos cerca de una de las paradas y cuando se detengan para abrevar a los camellos les atacamos.

—¿Y quién nos guiará hasta esos pozos? En las presentes circunstancias dudo que al-Sayl sea más fácil de encontrar que Ibn Sanbar.

—Habrá otros guías sin trabajo en Sijilmasa.

—¿Y cuántos de ellos son de fiar? Cuéntale a la persona equivocada quiénes

somos y a qué nos dedicamos y en cuestión de horas nuestras cabezas estarán amojamándose en la muralla.

—Alguno de mis primos podría guiarnos. Wajjaj, por ejemplo.

—¿Podría?

—Está acostumbrado a desplazarse por el desierto. Y es listo. Se ha aprendido de memoria los itinerarios que utiliza al-Sayl.

—¿Y también se ha aprendido de memoria el sentido de la orientación de al-Sayl? Sabes perfectamente que bastará que nos desviemos de la ruta unos cientos de codos para que nos perdamos sin remedio. Además, convendría que evitásemos los pozos en lugar de acechar en sus inmediaciones. Los Banu Masufa están custodiándolos con mayor celo que antaño y acabarán por emboscarnos a nosotros antes de que nosotros les embosquemos a ellos.

—Si fuéramos más numerosos nos daría igual lo que hicieran.

—Cierto, pero recuerda que somos una banda pequeña. Y quizá esto es lo que deberíamos cambiar.

Ibrahim se inclinó hacia delante, intrigado.

—Explícate.

—Nos hemos aprovechado de las circunstancias para desvalijar unas cuantas caravanas con facilidad —indicó Álvaro—. Las circunstancias son distintas de las que eran y ya no podemos esperar las facilidades de antaño. Solo hay dos opciones: marcharnos antes de que nos atrapen o ser más ambiciosos de lo que hemos sido hasta ahora. Con las ganancias que hemos obtenido podríamos atraer al resto de los Banu Asafu nómadas, no solo a los cuatro desgraciados que nos ayudan en estos momentos. A tu padre no le hicieron caso, pero la voz del oro es más melodiosa que la de al-Makhtum. Y con su colaboración y la de algunos mercenarios, vive Dios que estaría en nuestra mano apoderarnos de Sijilmasa. Como ya te dije en las montañas: ¿para qué conformarse con las migajas pudiendo quedarnos con la mesa entera?

—Si los pillásemos por sorpresa, no me parece imposible derrotar a la guarnición de Sijilmasa con trescientos hombres resueltos.

—Ni a mí.

—¿Y qué es lo que propones?

—Alejémonos por un tiempo. Continuar en Sijilmasa es peligroso y, además, si cesan los asaltos a las caravanas el gobernador se tranquilizará y despedirá a los guerreros que ha llamado. Le resultan demasiado caros para mantenerlos más tiempo del preciso. Mientras tanto nosotros organizaríamos una hueste. No importa el tamaño, sino su calidad. Mejor trescientos valientes que mil cobardes. Conocemos los puntos débiles de las murallas y cuáles son las mejores horas para atacar. Después ofrezcámosle el gobierno de Sijilmasa a un príncipe de carácter débil, a poder ser de los Banu Midrar, para que la gente le considere un gobernante legítimo. Aunque

nosotros nos ocuparemos de que solo haga lo que le digamos.

—¿Y mi padre?

—Ya le avisaremos. Con un poco de suerte él conseguirá expandirse hacia oriente mientras nosotros conquistamos Sijilmasa.

—Sé que siempre ha soñado con apoderarse de Tahert.

—Imagínate que lo consiguiese. Tahert y Sijilmasa en manos de los Banu Asafu. Imagínatelo. En un abrir y cerrar de ojos os convertiríais en el clan más rico del Magreb.

Álvaro sonrió para sí ante la infantil satisfacción de Ibrahim. «Y si después de eso al-Makhtum sufriera un oportuno accidente de caza, me resultaría sencillo manipularte para que apoyases mi lucha contra la dinastía omeyí».

—Sería maravilloso —dijo alegremente el joven—. Solo hace una generación los Banu Asafu del norte éramos piratas a bordo de un puñado de barcas. Y de golpe podríamos convertirnos en príncipes, en emires.

—Sí, podríais conseguirlo.

Ibrahim le dio un golpe amistoso en el hombro.

—¿Dónde has estado estos años? Necesitábamos una cabeza como la tuya. Mi padre, cuya vida Dios prolongue, pensaba con la polla cuando era joven y ahora que es viejo piensa con el estómago. Pero tú piensas bien, debe ser por esa manía tuya de alejarte de los placeres.

—No lo hago por manía. Simplemente no me apetece.

—Haces mal. Los sabios sostienen que prescindir por completo de los placeres terrenales es causa de indigestiones, enfermedades de la piel y otras dolencias, ¿no lo sabías? Aunque tal vez me convendría imitarte. O tal vez no. Puede que sea mejor que nos repartamos las tareas. Tú serías mi consejero mientras yo me dedico a disfrutar de la vida.

«¿Y no sospechas lo que ocurriría en ese caso? —pensó Álvaro—. Yo no soy un perro que se conforma con una caseta y un hueso».

—Pero para alcanzar ese objetivo mi padre tendrá que derrotar primero a los fatimíes —suspiró Ibrahim—. ¿Crees que el poeta y su hermana lograrán atraer a suficientes desdichados para formar un ejército numeroso, como pretende Aslam? Es una lástima que ella sea coja. Incluso así, no me importaría tomarla por concubina cuando todo acabe.

Álvaro titubeó un instante. Figurarse a Ibrahim metiendo en su cama a Dihya había hecho que sintiera unas ganas repentinas de desdibujar su sonrisa con un puñetazo. Pero se contuvo.

—Creo que aún me faltan unos días para recuperarme como es debido —dijo—. En cuanto vuelva a estar en condiciones de cabalgar nos iremos de Sijilmasa.

—Mientras tú descansas yo compraré unos camellos de carga y los arreos

correspondientes —dijo Ibrahim.

—Tenemos camellos suficientes para llevar nuestras cosas. —Álvaro abarcó con un gesto la habitación, que estaba prácticamente vacía. Sus posesiones cabían en un morral, y ni siquiera haría falta uno grande.

—Pero no los suficientes para llevarnos el botín.

Álvaro arqueó una ceja.

—¿El botín? ¿Para qué vamos a llevarnos el botín? Está seguro donde está. Llevémonos solo la fracción que sepultamos cerca del poblado de tus parientes. Bastará para reunir a la hueste. El resto ya lo recuperaremos cuando Sijilmasa sea nuestra.

—¿Te figuras que voy a dejar el oro enterrado durante meses, a merced de cualquiera que lo encuentre? Por los astros que corren y se ocultan, de ninguna manera.

—¿Quién va a encontrarlo si está enterrado?

—Al-Sayl sabe dónde está. Él nos sugirió el sitio, ¿recuerdas? Y si lo sabe él, lo sabrá Ibn Sanbar. Apenas averigüen que nos hemos marchado de Sijilmasa les faltará tiempo para comprar unas palas y adentrarse en el desierto.

—Es un riesgo excesivo, Ibrahim. Incluso si tus primos nos acompañasen seremos una docena y media de hombres, entorpecidos por llevar una carga tan pesada. Recuerda que no somos los únicos ladrones que hay en el Magreb.

—No me iré sin el tesoro. —Ibrahim sacudió la cabeza—. Jamás. Sería incapaz de dormir por las noches sabiendo en que mi oro está indefenso.

Resopló desalentado. Le dolía la cabeza y lo último que deseaba era iniciar una discusión. Y menos una discusión que no iba a ganar. Había ciertas cuestiones sobre las que Ibrahim era inflexible.

—Está bien —cedió Álvaro—. Compra los camellos y haz los preparativos que estimes oportunos, pero sé discreto. Y después vayamos a desenterrar tu maldito tesoro.

5

El reparto

Los mensajeros volvían.

Volvían bien alimentados, felices, trayendo noticias esperanzadoras o a una tribu que deseaba unirse a la rebelión. O volvían cubiertos de suciedad, con el rostro negro como la base de una olla, incapaces de abrir la boca, como si hubieran perdido la facultad de hablar. Todos se preguntaban lo que les habría sucedido y nadie hallaba la respuesta.

Pero volvían.

También volvió Dihya después de haber pasado una semana entre los campesinos bereberes que vivían en el Jabal Wansharis, al norte de Tahert. Había corrido un riesgo considerable acercándose tanto al bastión fatimí, aunque quizá el riesgo mayor lo constituyeran los propios campesinos a los que tenía que dirigirse, testarudos, ferozmente independientes, famosos por haber asesinado a los misioneros que les enviaron los fatimíes tras escandalizarse con sus predicaciones. Por eso, sospechaba Dihya, la habían encomendado a ella ir al Jabal Wansharis. La vida de al-Asayy se había vuelto preciosa para Aslam. A Dihya, en cambio, aún la trataba como a un producto de inferior calidad, fácilmente reemplazable.

Sin embargo ella se había ganado el respeto de aquellos tercos campesinos utilizando algunos de los trucos aprendidos de Aslam. En primer lugar fingió ser una mujer de noventa y cinco años a la que la santidad permitía conservar el aspecto de una mujer joven. Comía solo las sobras que la gente arrojaba de sus casas, y de estas una porción pequeña. Y para dormir utilizaba un saco de pelo que apenas le abrigaba. Además, su presencia despertó entre los labriegos recuerdos de *al-Kahina*, la legendaria reina hechicera del Aures que retrasó durante cinco años la conquista del norte de África por los ejércitos árabes.

No consiguió que los campesinos bajasen de sus montañas para incorporarse al ejército, pero al menos abrió la puerta para que lo hiciesen en un futuro. Si tuvo que dejarlos precipitadamente fue porque los métodos que utilizaba para lograr su admiración estaban minando su salud, ya bastante deteriorada por un año largo de bandazos y privaciones. Tuvo que montarse en el rucio antes de tiempo, haciendo de tripas corazón para aparentar entereza. Solamente al encontrarse en soledad, lejos de cualquier mirada, se permitió toser y temblar de frío, atiborrándose hasta la indigestión con las pasas que llevaba escondidas en su alforja. De no ser porque viajaba con un guardián que se hacía pasar por su fámulo, tal vez habría muerto por el camino. Y pese a contar con su ayuda llegó al *ribat* pálida, a punto de perder el conocimiento, indiferente a los brazos que la levantaban del asno para trasladarla a

una de las celdas vacías.

Durmió dos días seguidos. Al levantarse había leche de cabra y buñuelos con miel junto al jergón. Comió con apetito, jubilosa. Tenía la impresión de que la semana transcurrida en el Jabal Wansharis había sido un extraño sueño del que acababa de despertar.

—Veo que ya te encuentras bien, gracias a Dios —dijo al-Asayy, entrando súbitamente en la celda—. Estaba ahí fuera y creí oír que te levantabas de la cama —añadió para explicar su presencia.

—¿Me has estado velando?

—He venido con frecuencia a ver cómo te encontrabas. ¿Te sorprende? No sería la primera vez que cuido de ti, querida prima.

—Es cierto —reconoció ella, avergonzada.

—Por lo que sé, eres la única familia que me queda. Y yo tu única familia. Si no nos cuidamos el uno al otro, ¿quién lo hará?

Ella agachó la cabeza. Todavía lamentaba la manera en la familia de su marido había ignorado al poeta cuando vivían en Badajoz.

—Tienes razón —murmuró apesadumbrada. Y enseguida, para desviar la conversación, preguntó—: ¿Sabe ya Aslam que los montañeses no vendrán, de momento?

—Sí. El guardián que iba contigo se lo contó.

—Se habrá enfadado…

—No mucho. Estas últimas dos semanas han sido muy productivas. Tanto que al-Makhtum insiste en que ataquemos Tahert inmediatamente. Y Aslam parece cada vez más convencido.

—¿Y tú qué opinas?

—Yo entiendo de versos y metáforas, querida, no de armas y estrategias militares. Cuando era un jovenzuelo insensato tuve la mala ocurrencia de hacerme soldado. «Así podré comer todos los días», reflexionaba yo. Me dieron una lanza y nos llevaron a mí y a cien más hasta una fortaleza en lo alto de una peña que había que sojuzgar. Yo miré los empinados barrancos que había que subir para alcanzar la fortaleza, los firmes muros y los arqueros que nos esperaban arriba… y aquella misma noche tiré la lanza al suelo y huí del campamento —concluyó al-Asayy al tiempo que se encogía de hombros—. No, prima, no me preguntes a mí esas cosas. Tendrías que preguntarle a Ibn Daisam, si estuviera aquí, para obtener una respuesta atinada.

«Pero no está aquí —pensó ella—. Y le echo de menos. Noto que me falta un marido, un padre, un hermano mayor, alguien que me defienda. Desde mi nacimiento he vivido protegida, en el seno de una familia, un clan. He gozado de seguridad. Y ahora carezco de ella. Vivo en tu mundo, un mundo sin certidumbres, sin privacidad,

expuesto a los elementos. Y lo odio».

Dihya se vistió con sus habituales andrajos y se dispuso a salir. Después de dos días encerrada en la celda sin ventilación sentía una necesidad irresistible de respirar aire fresco.

—Tienes buen aspecto para ser una mujer de noventa y cinco años —dijo al-Asayy, luciendo su sonrisa partida por la mitad.

—¿También ha contado eso el guardián?

—Lo ha contado todo, querida. No es precisamente lo que yo llamaría un hombre discreto.

Fueron a hacer sus abluciones y luego al oratorio del *ribat*, que estaba reservado para ellos dos solos. Más tarde se acercaron a la terraza por la que se accedía a la torre y Dihya se asombró al ver la cantidad de gente que había acampado entre el fuerte y el río. Las tiendas se extendían en derredor como una gran sombra que hubiese caído sobre la tierra, y ella receló por un instante que las langostas de Dar al-hijra les estuvieran acompañando en su marcha hacia el este.

—¿Tantos han llegado en estos días?

—Tantos —asintió al-Asayy—. De día, de noche… Algunos ni siquiera se presentan. Simplemente plantan sus tiendas en la oscuridad y al amanecer están ahí, esperando.

—¿Esperando qué?

—Dios lo sabe. Quizá el reino de paz y justicia que traerá sobre la tierra el Mahdi. Quizá el fin del mundo. Muchas veces les he asegurado que estos son los días previos al Juicio Final, en los que la verdad ha sido abandonada, el auténtico creyente es calificado de mentiroso y castigado por obedecer a Dios, y el bien es considerado el mal y el mal tenido por el bien. El cordobés Ibn Waddah escribió hace unos treinta años la profecía siguiente: «El Libro de Dios será alterado, la tradición del Enviado de Dios será cambiada, la sangre será derramada, las gentes ilustres caerán en cautiverio, las sanciones legales serán abrogadas. A los falaces se les dará autoridad y hablarán de religión quienes no están capacitados para ello». Y en realidad, si atendemos a los que han hecho los fatimíes en Ifriqiya y los cármatas en Arabia, o a lo que hago yo mismo por instigación de Aslam, parece que es exactamente eso lo que está sucediendo en nuestros días. Supón que, sin querer, las falsedades que difundo resultasen ser verdad y hubieran comenzado ya los acontecimientos que han de conducir a la Hora. Sería gracioso, ¿no crees?

«No demasiado», pensó Dihya, recordando sus temores de niña al oír hablar del fin del mundo.

Alrededor de la pareja los preparativos estaban llevándose a cabo con celeridad, pero ellos no recibieron explicaciones. Aslam permanecía en la celda abarrotada de libros en la que se había instalado, que abandonaba únicamente cuando una rara

intuición le indicaba que había vuelto un nuevo mensajero al que interrogar acerca de los resultados de sus gestiones. Jamil acortaba las conversaciones hasta reducirlas a un puñado de órdenes o advertencias ladradas con desgana. Y al-Makhtum, con sus oscuros ojos inyectados en sangre, daba muestras de una vitalidad desconocida; recorría el campamento y las murallas del *ribat*, subía a la cima de la torre de vigilancia por las escaleras reconstruidas o mantenía reuniones interminables con los hombres de su clan, discutiendo durante horas por menudencias. Su humor oscilaba entre la embriaguez y la desesperación, y según el momento en el que se cruzasen con él podían llegar a la conclusión que estaba entusiasmado o sumido en un mar de dudas.

Dihya y al-Asayy vivían rodeados de alboroto, si bien les hubiera dado lo mismo cambiarlo por un silencio absoluto, pues ninguno de los ruidos que los sobresaltaban tenían significado para ellos. En ocasiones Dihya intuía que aquello que habían puesto en marcha ya no necesitaba de su colaboración; como una roca que después de empujada rueda por la pendiente, apenas podían hacer algo más que contemplar cómo rodaba, conjeturando dónde se estrellaría y cuáles serían los daños que iba a causar.

Los arbustos de retama que abrigaban el valle resultaban excelentes como combustible y al caer la noche cientos de hogueras se encendían al otro lado de las murallas como si las estrellas del firmamento se reflejasen en el suelo. Enseguida era el propio cielo el que se veía oscurecido por el humo de los fuegos; una neblina cenicienta ceñía la torre como una borrosa serpiente, un monstruo que no había logrado escapar totalmente del ámbito de la leyenda. El olor de las cenas cocinadas en las hogueras llenaba el aire y un murmullo semejante al del mar chocando con los acantilados se abría paso por el valle. La oscuridad soltaba la lengua a los partidarios de al-Asayy. Era el momento en el que se intercambiaban noticias, se extendían los rumores o se creaban otros nuevos, alterando las ficciones creadas en torno al poeta de tal forma que acabasen siendo irreconocibles incluso para Aslam.

«¿De qué hablarán?», pensó Dihya. Sentía el deseo de bajar hasta las tiendas y mezclarse con los hombres despatarrados igual que lagartijas arrimadas a las piedras y los arbustos, disfrutando de la frescura del anochecer, escuchar sus conversaciones sin ser descubierta, si es que ello era posible. Vagar entre las hogueras como un fantasma curioso. Pero era un deseo imposible de satisfacer. Jamil no le permitiría hacer nada parecido, por muy hábilmente que se disfrazara.

Precisamente fue su jadeo indignado lo que escuchó entonces, así como sus pasos veloces, demasiado ruidosos, puesto que tenía tendencia a arrastrar los pies.

—¿Dónde crees que vas?

—A ninguna parte —repuso Dihya con tranquilidad—. Me gusta venir a la terraza para tomar el fresco.

—Tú te quedas en la celda. Aquí pueden verte.

—¿Quién va a verme? Es de noche.

—Es igual. Tendrías que estar en la celda, rezando. Al-Asayy recita el Corán tres veces cada noche. ¿No lo sabías?

Dihya sonrió con los dientes apretados.

—Eso es lo que Aslam dice que hace. Pero debes haber confundido sus ronquidos con recitaciones si crees que de veras lo hace.

—Te he dicho que vuelvas a la celda.

—No. Acompáñame si es tu gusto, pero necesito aire y poder mirar a los lejos, para variar. —Al percibir la ira acumulándose en los ojos de Jamil, añadió—: Te equivocas si te figuras que voy a ser como un perro que esté atado a un poste, guardando la tienda.

—Que Dios me libre de tu necedad. ¿Ya no te acuerdas de lo que te sucedió? ¿Vas a volver a provocar a los guardias?

—Yo no provoqué a nadie.

—Lo hiciste, paseándote por ahí como te paseas ahora.

—¿Pasear? Ojalá pudiera pasear. Solamente voy donde me ordena Aslam.

—Maldita seas —replicó Jamil, rígido—. ¿Cómo te atreves a contestarme? —Sacó el cuchillo de la funda y bajó la mirada hacia los pies descalzos de Dihya—. Habría que cargarte de hierros, como a los delincuentes. O mejor aún, hacerte unos cortes profundos en la planta de los pies para que se te quiten las ganas de dar paseos por la noche. ¿Qué te parece?

Dihya apretó los puños contra los costados para ocultar su agitación. Luego se dio cuenta de que Jamil se tambaleaba de forma extraña. Estaba borracho, o nervioso, o las dos cosas a la vez. Cuando bebía más vino de la cuenta, su carácter, por lo general brusco, se volvía completamente insoportable.

«Y además, nos desprecia —pensó—. Nunca lo ha disimulado. Aunque sea un hombre de baja extracción se considera digno de mirarnos por encima del hombro, tanto más desde que Aslam le ascendió».

—Ten cuidado o te maldeciré —se obligó a decir.

—¿Y a mí qué me importa tu maldición?

Dihya apuntó con el mentón hacia el valle, constelado por una infinidad de chisporroteantes hogueras.

—Ellos están aquí por nosotros, no por ti ni por Aslam. Si les ordenáis que se muevan y ninguno de nosotros está presente, no darán ni un paso, pero si al-Asayy y yo se lo pedimos marcharán hasta Siria. Así que puede que yo tenga algún valor, después de todo. Y si lo tengo, también lo tendrá mi maldición.

—Tienes razón, y al mismo tiempo estás confundida —intervino Aslam de repente.

Salió de las sombras despacio, sobándose las manos. La luz de las antorchas se

reflejaba en su calva, concediendo un brillo dorado a las manchas de la edad. Sus ojos se iluminaron contemplando la extensión del valle y los fuegos encendidos mirase hacia donde mirase.

—Es cierto que os siguen a vosotros y no a mí, porque es lo que yo he elegido. Sin embargo no es a la persona a la que siguen: siguen a la esperanza. Encima de los rucios no ven a al-Asayy ni te ven a ti. Ven sus sueños, sus expectativas, la vía para encauzar sus protestas y reivindicaciones. Ni siquiera es preciso que esa figura tenga rostro: recuerda que Abu Abd Allah sublevó Ifriqiya en nombre de un mesías oculto. El Mahdi tardó dieciocho años en manifestarse, y lo hizo después de que sus partidarios derrotasen a la dinastía de los aglabíes, no antes, pero su ausencia no impidió el triunfo de Abu Abd Allah. —Aslam bajó el tono de voz y durante los instantes siguientes pareció que hablaba para sí mismo—. Y Abu Abd Allah era un pobre ignorante a mi lado. Yo he dedicado la mitad de mi vida a estar preparado para esta tarea.

—¿Sugieres entonces que nos puedes sustituir con facilidad? —se irritó Dihya. No era algo que le apareciera oír después de haber pasado una semana pasando penurias en las montañas para complacer a Aslam.

—No, no es lo que quiero decir. Tu hermano y tú habéis representado con maestría vuestro papel, justo es reconocerlo. La prueba es que ellos están ahí, acampados, en lugar de continuar malviviendo en sus aldeas. Les habéis convencido, y eso tiene mérito. Pero no sois imprescindibles. Exceptuando al Príncipe de los Creyentes, ¿quién es imprescindible en este mundo? Si volvemos al ejemplo de los fatimíes, al-Mahdi era un desconocido para aquellos que le entregaron el poder y, además, muy pronto defraudó sus expectativas, cuando comprendieron que era un embustero. Pero pese a ser el que menos hizo por llevar a los fatimíes a la victoria, y por lo tanto el que parecía menos necesario, al-Mahdi, que Dios le confunda, sigue gobernando el país desde al-Mahdiyya, y Abu Abd Allah y muchos de los Kutama a los que debe su posición están muertos y enterrados.

—El cabrón no gobernará desde al-Mahdiyya por mucho más tiempo, si yo puedo evitarlo. —Dihya identificó a al-Makhtum antes de verlo. Últimamente no dormía mucho. Estaba siempre vigilando, alerta, como un marido celoso que no le quita el ojo de encima a sus esposas.

«Vaya —pensó, divertida—. Esta discusión comenzó entre Jamil y yo, y a este paso se sumarán a ella todos los que residen en el *ribat*. Solo mi primo es lo suficientemente listo para continuar durmiendo plácidamente».

—¿Te has decidido ya? —le preguntó al-Makhtum a Aslam—. Cada minuto que desperdiciamos refuerza a los fatimíes.

—Es demasiado pronto —dijo Aslam—. No hagamos como ese irresponsable de al-Mahdi, que intenta en vano conquistar Egipto de la misma manera que un idiota se

rompe los dientes con una piedra, creyendo que se trata de una uva. Nuestra campaña ha de ir paso a paso, con cautela.

—¿Esperas mantener este ejército con victorias insignificantes? Habrá que alimentar a los hombres y a sus familias, y pagar por cada hombre y cada caballo o camello, o se irán. Con el dinero que obtuvimos aquí solamente podrás comprar carne y harina para una semana. ¿Y después qué?

«El dinero duraría más si tú no te lo hubieras quedado casi todo», se dijo Dihya.

—Tahert ya no es lo que era —insistió al-Makhtum—. De todas formas sería un buen comienzo, Dios sea loado. Tu señor se sentiría muy complacido y conseguiríamos un botín muy jugoso.

Aslam se mordió un labio, dubitativo. Miraba hacia los lados, como buscando alguien que le aconsejase, pero Dihya no estaba en condiciones de asesorarle y Jamil estaba muy ocupado tratando de ocultar su borrachera.

—Tahert es la bisagra que une Ifriqiya y el Magreb —comentó el anciano—. Desde allí es desde donde han partido en el pasado las expediciones fatimíes contra Fez y el reino de Nekor.

—¿Lo ves?

—Pero yo no quería llegar tan lejos, al menos de momento. Me conformaba con establecer una posición firme en esta región, para detener a los fatimíes cuando traten de reconquistar Fez.

—Los detendrás con mayor facilidad si nos apoderamos de Tahert y exterminamos a su guarnición. La base fatimí más cercana se encuentra en Zabi, doscientas millas más al este. Tardarán meses en enviarnos un ejército y para entonces estaremos en condiciones de recibirlo como se merece. Además, sus habitantes están enfadados con al-Mahdi. Cuando murió Yasal ellos eligieron como gobernador al hijo de Masala, Alí, pero el cabrón de al-Mahdi no se fiaba de Alí y les obligó a aceptar a Hamid, el hijo de Yasal, que se había llevado varios años antes a al-Mahdiyya como rehén. Cuando sepan que avanzamos hacia Tahert se apresurarán a abrirnos las puertas de la ciudad para que les libremos del tirano.

Aslam se rascó la coronilla. Iba a volver a morderse un labio, pero enseguida, como si le avergonzara delatarse con un gesto tan llamativo, cambió de parecer, conformándose con apretar los labios hasta que quedaron reducidos a una línea blanca que atravesaba su rostro como una marca de tiza. Se encontraba en una situación delicada, atrapado entre las ambiciones de al-Makhtum, a quien había confiado el ejército, y la prudencia de la que nunca conseguía desprenderse completamente, por elevadas que fueran sus propias aspiraciones. No obstante, como no le gustaba recurrir a las excusas, dijo en tono conciliador:

—¿Por qué no esperamos a la mañana? La noche es un mal momento para tomar decisiones.

—Por la mañana tendríamos que estar ya en marcha. Si esperamos hasta entonces para decidirnos, perderemos otro día. Un día que supondrá cien, doscientas espadas más para los fatimíes.

Aslam guardó silencio un rato y luego hizo un aspaviento con el brazo huesudo.

—Está bien —cedió—. Da las órdenes oportunas. Tras la oración del alba levantaremos el campamento.

Al-Makhtum sonrió ampliamente, dejando a la vista sus dientes pequeños y cubiertos de sarro. Se inclinó hacia adelante y los sentidos de Dihya, trastornados por el cansancio, le hicieron creer por un instante que el bereber iba a tragarse de un bocado al anciano.

—Tahert será para los Banu Asafu, por supuesto —dijo—. La ruta entre Sijilmasa y Qairuán pasa por allí y un gobernante que protegiera el comercio obtendrá pingües beneficios cobrando los derechos de paso a las caravanas.

—Me da igual quien gobierne en Tahert mientras acate la autoridad de mi señor Abd al-Rahman —repuso Aslam.

—Y también Tremecén, cuando sea nuestra. Tahert sin Tremecén no vale nada.

—¿No estás pidiendo demasiado? —Dihya reparó en que al anciano le temblaban las manos, lo que quizá pasara desapercibido para al-Makhtum, que paseaba inquieto entrando y saliendo de las sombras—. Dios nos dará la victoria, y después repartiremos las recompensas en función de los méritos adquiridos por cada cual.

—Puedes repartir como te apetezca, pero Tahert será para los Banu Asafu. No sé lo que le habrás prometido a esos otros jefes, a esas otras tribus. —El dedo de al-Makhtum apuntaba a los fuegos esparcidos por el valle como estrellas en un cielo desplomado sobre el valle—. A todos les habrás prometido algo: no me dirás que les has atraído con unas migas de pan como si fueran palomas. Pero a mí tendrás que darme más que a nadie. Recuerda que he perdido a mi hijo por unirme al partido del Omeya. Después de haber pagado ese precio no pienses que voy a conformarme quedándome más o menos igual que estaba.

—Tranquilo. Tú obtén la victoria y todo lo que deseas te será otorgado.

«En el fondo al-Makhtum tiene razón —pensó Dihya—. Aslam ha debido ofrecer a los demás jefes cebos muy apetitosos o se habrían quedado en sus tierras. Pero no puede contentarlos a todos al mismo tiempo, es imposible».

Notó que Aslam retrocedía sutilmente, situándose junto a Jamil, como si la corpulencia de al-Makhtum, tan llamativa frente a su fragilidad, le intimidase y necesitara que alguien le defendiera. El guardia pareció comprender lo que se esperaba de él y se puso firme, disimulando un eructo con el dorso de la mano.

—Tahert puede ser simplemente el comienzo —añadió al-Makhtum—. Ifriqiya es como un campo de paja seca en medio del verano. Tira una antorcha al suelo y en cuestión de minutos las llamas llegarán hasta el horizonte.

—Poco a poco —le reconvino Aslam—. Vayamos poco a poco. El caballo que corre a gran velocidad está más expuesto a tropezar y caerse. En cambio el asno es lento, pero acaba llegando a su destino.

—Yo no soy un asno —repuso al-Makhtum—. Y tampoco me gusta montar asnos ni camellos. —Miró de reojo a Dihya para dar a entender que ese tipo de monturas eran apropiadas únicamente para gentes como ella y el poeta—. De todas formas haremos como tú dices.

Se despidió con la mano antes de retirarse a su celda, seguido por las miradas recelosas de Aslam y Jamil.

—Ya ha conseguido lo que quería —farfulló Aslam. Se había acrecentado el temblor de sus manos—. Quiera Dios que tenga él razón y no yo.

Ella aprovechó la despedida del cacique para ir también a su celda. Al-Asayy dormía sobre su desgastada estera, revolviéndose de vez en cuando para espantar a los parásitos congregados en la manta. Dihya pensó en prescindir de la manta aquella noche, pero hacía tanto frío en el aposento que acabó aceptando de mala gana la compañía de las pulgas.

A la mañana siguiente al-Asayy y ella salieron del *ribat* montados en sus pollinos. Quizá fuera culpa del pollino, de talla demasiado reducida para constituir un buen punto de observación, pero no conseguía divisar los límites de la hueste. Y no estaba compuesta exclusivamente por harapientos campesinos equipados con viejas armas heredadas de sus padres o quijadas de oveja con las que se hubiesen tropezado por el camino; había una considerable presencia de jinetes agrupados según su linaje, formando conjuntos independientes que rehuían disolverse en la masa de soldados de a pie. Había entre ellos jefes tribales Zanata que trataban de situarse en la vanguardia para estar cerca del poeta, pero a estos los apartaban sutilmente al-Makhtum y sus guerreros, manteniendo a los primos aislados; se los protegía como una isla sagrada a la que ningún barco podía arribar sin una autorización previa, concedida tras arduas negociaciones.

Al-Asayy recitó el discurso que le había preparado Aslam. La aclamación resultante le hizo daño a Dihya en los oídos. Una súbita serenidad siguió al grito y ella sintió que algo transcendente acababa de ocurrir, aunque no estaba segura de qué era ese algo. Luego el alboroto, el polvo elevándose como el oscuro aliento de la tierra que pisaban, la impresión de que el paisaje entero estaba separándose del lecho de rocas en el que se apoyaba para irse a otra parte.

—Tahert —murmuraba al-Asayy con ojos brillantes—. Tahert. Ante su mirada, ante el ejército, se desenvolvía la carretera. Atravesando el valle y continuando más allá, millas y millas sin interrupción, apuntando hacia las inciertas promesas del este.

6

La voz del desierto

Todas las direcciones le parecían iguales a Álvaro en el llano de arena. No había rastros en el suelo. El viento los borraba enseguida. Incluso las huellas que dejaban sus camellos se volvían difusas al volver la vista atrás. En breve la superficie recobraría la apariencia de virginidad, como si nunca hubiera recibido más viajeros que los que entonces transitaban por ella.

«El desierto se asemeja a una prostituta —pensaba Álvaro—. Finge que cada cliente al que recibe es el primero, que se ha mantenido pura para él, pero simplemente ha eliminado de su alma las huellas de los anteriores».

La charca a la que les condujo el joven primo de Ibrahim había sido límpida y profunda. El desplazamiento de las ya de por sí escasas lluvias hacia otros lugares acabó con ambas características y las caravanas se habían desplazado siguiendo a las lluvias. Sin embargo los pocos dedos de agua verdosa y salobre que permanecían en la charca bastaban para satisfacer a un grupo pequeño y poco exigente. Al-Sayl les había mostrado la charca, así como la vieja ruta, ahora prácticamente abandonada, de la que formó parte.

Los camellos bebieron de mala gana. Uno de ellos vomitó. Había un árbol junto a la charca, último representante de un bosquecillo al borde de la extinción. Era demasiado reducido para darles sombra a los tres, y muy inestable; cuando se apoyaron en el tronco este se ladeó bruscamente y tuvieron que apartar de inmediato las espaldas para no derribarlo. Luego aprendieron la manera de apoyarse de modo que sus empujes se compensaran entre sí, sin afectar al delgado tronco.

Álvaro recordó que al-Sayl le había llamado la atención sobre los cagajones de camello acumulados en aquellos inestables refugios del desierto, más ligeros que la arena, redondos como ciruelas, que el viento empujaba contra los restos secos de la maleza. Al-Sayl los utilizaba para orientarse, aunque no le había explicado cómo. Él los vio rodar por todas partes, hasta que el primo de Ibrahim se levantó a patearlos. Lo único que consiguió mientras los perseguía fue pisotear la maleza, que se deshizo en un millón de partículas marrones; una vez que el viento las dispersó pareció que nunca había existido.

Ibrahim también se mostraba intranquilo. El oro le llamaba sin parar desde su escondite en la arena, aunque solamente él conseguía escucharlo.

—Espera al menos a que pase el mediodía —le dijo Álvaro.

—Cada minuto que transcurre se me clava en la piel igual que una espina —repuso Ibrahim—. Vive Dios que no recuperaré la paz hasta que haya desenterrado las pepitas.

No habían llegado a ningún acuerdo acerca del reparto del tesoro. Para Álvaro el oro simplemente era una forma de alcanzar un objetivo. Un medio, no un fin. Ibrahim era distinto. Lucharía con uñas y dientes por conseguir la parte que él considerase justa. Álvaro no pensaba disputársela. Pero el primo tal vez llegase a suponer un problema. Ya había dejado traslucir en sus conversaciones que pediría una sustanciosa recompensa a cambio de haber ejercido de guía.

«Me sentiría más satisfecho de haber venido con al-Sayl —se dijo Álvaro—. Nos saldría más barato y obtendríamos mejor servicio».

—¿Qué piensas hacer con el oro?

—Lo enterraré para que esté a salvo.

—¿Enterrarlo? —se extrañó Álvaro—. ¿Lo desentierras de un sitio para enterrarlo en otro?

—Naturalmente —repuso Ibrahim con tranquilidad—. Pero el sitio en el que voy a enterrarlo ahora solamente lo conoceré yo. Y si necesitase la colaboración de alguien, ya me encargaré de que no pueda contar luego a nadie la localización del tesoro.

«Si ese va a ser tu agradecimiento, no cuentes conmigo para que te ayude», pensó el cristiano.

Ibrahim se levantó desplazándose de la raquítica sombra. A su primo, que continuaba sentado, ocioso, le gritó:

—¿Qué sucede, Wajjaj? ¿A qué esperamos? Vámonos de inmediato.

Como fuera que Wajjaj se puso a remolonear en lugar de ponerse en pie enseguida, Ibrahim le propinó dos fuertes golpes con el bastón en la nuca. El joven parecía ansioso por devolver los golpes, pero se lo pensó mejor y se fue a reunir a los camellos.

—¿No crees que te has excedido? —preguntó Álvaro.

—¿Excedido? ¡Dios misericordioso! ¡Demasiado bien me comporto con él! Se cree mi igual porque pertenecemos a la misma tribu, lo cual es tan absurdo como si el culo se creyera comparable a la cabeza solamente porque forman parte del mismo animal. Fíjate en su aspecto. Da asco. Tiene que lavarse el pelo con orina de camello todas las mañanas para quitarse los piojos y ni así lo consigue. Si se cruzase con una de mis esposas ella daría la vuelta corriendo, por miedo a contagiarse alguna enfermedad.

Se instalaron en las sillas y los tres enfilaron la dirección indicada por el primo de Ibrahim, seguidos por la recua de camellos de carga, con las alforjas vacías excepto por unas palas roñosas que Ibrahim había comprado en el zoco. Wajjaj se puso en cabeza refunfuñando entre dientes y Álvaro bajó la cara para protegerse de las vaharadas de calor que le abofeteaban. A lo lejos se apreciaba un pico que aparecía y desaparecía en medio del aire que temblaba como un resplandeciente vapor. Álvaro ni

siquiera estaba seguro de que el pico fuese real. El desierto tenía la costumbre de vestir su desnudez con espejismos, como si, avergonzado por su falta de atractivos, procurara crearlos con los medios de los que disponía. Un sol incandescente brillaba en un cielo igual de liso que un cristal y le deslumbraba el reflejo en la arena y las piedras. Rachas de viento llegaban sorpresivamente y abrasaban las franjas de piel que llevaba al descubierto, semejantes a demonios de fuego que jugueteasen con su barba. Notaba los labios resquebrajándose por momentos; el viento resecaba su garganta y se veía obligado a detenerse y beber cada pocas millas. Por fortuna solía tomar la precaución de llevar el doble o incluso el triple de los pellejos de agua que se consideraban necesarios para el recorrido que fuese a realizar.

El día parecía ser cada vez más caluroso y Álvaro experimentó de nuevo la inquietud que le provocaba adentrarse en paisajes tan distintos de aquellos en los que se había criado. Allí no sería nunca nada mejor que un intruso que disimula con mayor o menor eficacia su inoportunidad. Igual que Ibrahim, si bien él era más hábil ocultándolo. Los únicos habitantes legítimos de aquella desolación sin límites eran las tribus nómadas que se alimentaban casi exclusivamente de la leche y la carne proporcionadas por sus camellos y nada más probaban el pan cuando podían comprar harina a las caravanas. Aquella forma de vida, sin ningún aliciente que él pudiera comprender, le parecía intolerable a Álvaro, pero los nómadas con los que había conversado la describían con orgullo, como si no hubiera en la tierra hombres más puros que ellos, ni más cercanos a Dios.

—Maldito viento —gruñó—. ¿No hay forma de avanzar de modo que nos moleste menos?

De repente, como respondiendo a sus palabras, cesó por completo. También se detuvo Wajjaj, y al alzar el rostro Álvaro apreció una nube amarillenta pegada al suelo que avanzaba con rapidez en su dirección. La nube era ancha como una ciudad y alta como una torre, y la precedían unos torbellinos de polvo que se desplazaban irregularmente a derecha e izquierda, semejantes a heraldos que anunciasen su llegada.

—¿Qué es eso?

Sin responderle, Wajjaj miró hacia cada lado en busca de refugio, aunque ya debería haber sabido que no encontraría ninguno.

—¡Que Dios nos asista! —gritó Ibrahim—. ¡Es una tormenta de arena!

Al principio trataron de huir a galope, pero a pesar de que la nube parecía estática, pronto la tuvieron cerca. El viento que les había estado quemando retornó con más fuerza y el sol, hasta entonces dueño absoluto del cielo, fue difuminándose, opacado por unas ráfagas amarillas. La luz se volvió ocre, desmayada, y un ruido terrible, como el de una inmensa rueda de molino machacando a la vez todos los granos de trigo del mundo, les envolvió al tiempo que los azotaba un furioso aluvión de polvo y

arena.

Wajjaj había recomendado, poco antes de que el ruido desfigurase su voz, que volvieran las grupas de los camellos contra la tormenta para marchar con ella y no en su contra. Los camellos, por su parte, tenían sus propias ideas y el de Álvaro, aterrado, trató de echarse en tierra. Tuvo que tirar de las riendas hasta desollarse las palmas de las manos para conseguir que el animal se mantuviera levantado. Sin embargo fue una victoria sin contenido: el azote del viento les impedía abrir los ojos, alteraba su sentido de la orientación, les empujaba a su gusto. A veces Álvaro tenía la impresión de estar girando en redondo, en otras ocasiones algo le rozaba la cabeza y desaparecía, quizá un matorral que la tormenta había arrastrado durante muchas millas. Cuando intentaba mirar alrededor solo conseguía ver una pared impenetrable que le rodeaba por todas partes y envidió al guía ciego que le había descrito al-Sayl en una ocasión, el cual era capaz de determinar cuál era la dirección correcta oliendo los puñados de arena que recogía por el camino. Si chillaba llamando a Ibrahim y Wajjaj, apenas podía escucharse a sí mismo; sus oídos únicamente registraban las oscilaciones del vendaval. Por fin su montura obedeció a sus instintos y cayó de bruces en la arena, en la que enterró el hocico. Álvaro no intentó volver a escalar por su cuello; estaba demasiado asustado. Simplemente aferró las riendas como si estas constituyeran su última posibilidad de salvación, mientras el viento le arañaba la piel y trataba de arrancarle la capa.

La tormenta pasó igual de repentinamente que había venido. Al incorporarse Álvaro reparó en que sus ropas estaban cubiertas por un polvo ocre. También el camello había cambiado de color, hasta el punto de que parecía un caballón de tierra moldeado por la erosión. Estaba aún vivo, pero no se movía y Álvaro dudó que pudiera volver a montarlo.

Se limpió el polvo acumulado sobre sus párpados y levantó la cabeza buscando a sus compañeros. Ya había supuesto que uno de los resultados de la tormenta sería la dispersión de la partida, lo que no hubiera sospechado nunca fue que su vista vagaría sin hallar nada ni nadie en las proximidades. Solamente la nube amarilla, alejándose para convertirse en una prolongación del horizonte.

Dio varias vueltas en círculo, a pie, incrementando progresivamente el radio de los círculos y la velocidad a la que corría, sintiéndose poseído por el pánico, hasta que el agotamiento le hizo derrumbarse sobre la arena. La posibilidad de que Ibrahim y Wajjaj se hubieran esfumado así, en un instante, junto con los camellos de carga era demasiado terrible para que pudiera asumirla con facilidad. Los llamó a voces, forzando su garganta abrasada por el aire recalentado y cargado todavía de polvo. Logró que su animal le contestara, relinchando ásperamente, pero las voces de sus compañeros continuaron mostrándose esquivas. El desierto se los había tragado, o se lo había tragado a él; lo que era evidente es que difícilmente llegarían a reencontrarse.

«Ya no tendrás que preocuparte por encontrar un lugar seguro en el que enterrar tu oro —pensó Álvaro, resentido porque la terquedad de Ibrahim les hubiera arrastrado a aquella situación—. Parece que el desierto ha decidido enterrarte a ti antes».

Gastó la tarde registrando las dunas, perdido y solo, llamando a sus compañeros hasta que sus labios cortados le llenaron la boca de sangre. Las horas transcurrieron sin variación alguna y llegó el ocaso. Descansó mal, pegado a su camello como un barco que ha echado el ancla al encontrarse en aguas traicioneras. Al rayar el alba se despertó, y según la claridad iba haciéndose mayor empezó a ser consciente de que debía ponerse en movimiento o disponerse a morir. Tenía agua suficiente para tres días si se mostraba prudente, aunque su principal preocupación era saber dónde dirigirse. Regresar a Sijilmasa parecía una tarea imposible, sin embargo estaba obligado a intentarlo. Ya tendría tiempo de meditar acerca de la catástrofe que suponía para él la desaparición de Ibrahim. Por el momento la mera supervivencia debía ser la única de sus preocupaciones.

Álvaro miró hacia delante. A quince codos de distancia unos cagajones resecos, una parte desechada del equipaje de la tormenta, eran azuzados implacablemente por un soplo de viento. Se encogió de hombros y subió al camello, felizmente recuperado, con la intención de seguirlos. Era una elección extraña, tomar por guías a unos pedazos de excremento, haciendo caso a un comentario que quizá fuera simplemente una broma que le gastó al-Sayl, pero para su desgracia no tenía ninguna alternativa mejor a su alcance.

7

La sangre de los fieles

Los tres túmulos yacían en las aisladas lomas que se asomaban sobre el cauce del Wadi Minas. Las bases rectangulares estaban recubiertas de sillares y alcanzaban los cuatro metros de altura. Por encima de ellas se elevaban unas estructuras parcialmente destruidas, en forma de pirámide escalonada, con unas dimensiones más que notables a pesar de su deterioro. Al acercarse, Aslam bajó apresuradamente de su caballo y subió apoyado en su bastón a la loma que soportaba la estructura de mayor tamaño. Había estado quejándose de dolores en el pecho durante el viaje, pero la visión de los túmulos había hecho que se olvidase momentáneamente de sus dolores e incluso de la conquista de Tahert.

—Está oscureciendo —dijo al-Makhtum, haciendo caso omiso de lo que sin duda consideraba una excentricidad más del funcionario omeya—. Acamparemos aquí, con el río a la espalda para que nos sirva de defensa.

La orden circuló a lo largo del ejército, que comenzó a desplegarse por las colinas. Dihya volvió a maravillarse con la magnitud que había adquirido. Los correos enviados por Aslam para excitar a los bereberes a la lucha contra el califa al-Mahdi habían traído a una multitud de gentes que corrieron presurosas junto al poeta después de que les leyeran las misivas escritas por el anciano. Con el paso del tiempo se habían vuelto más arriesgadas sus afirmaciones y más extravagantes sus promesas. Aslam ya afirmaba abiertamente que al-Asayy libertaría la Piedra Negra, donaría sumas de dinero a los musulmanes piadosos para que pudiesen realizar el *hajj* cuando les apeteciera e iría a los países de los idólatras cristianos con una poderosa armada para hacer que adoptasen el islam sus reyes, los cuales, una vez convertidos a la verdadera fe, gustosamente entregarían sus coronas a al-Asayy para que reinase sobre el mundo entero.

Mientras acampaban apareció de improviso un jinete desconocido que disparó una flecha contra uno de los grupos que montaban las tiendas. Fue contestado por docenas de flechas, lanzadas sin necesidad pues el jinete, después de darse a conocer, había dado media vuelta y galopado hasta perderse en la creciente oscuridad. Su presencia intranquilizó a al-Makhtum, aunque a duras penas podía contar con sorprender a los defensores de Tahert marchando con un ejército tan nutrido y ruidoso.

—Espero que ese jinete, que Dios le confunda, no vaya a avisar a los fatimíes de que estamos en las proximidades de Tahert —dijo.

—Seguro que ya lo saben —apuntó al-Asayy, sin que le oyera—. Los fatimíes utilizan palomas mensajeras para transmitir noticias con gran rapidez.

—Pero ninguna escapó del *ribat* que asaltamos —dijo Dihya—. Al menos yo no vi que escapara ninguna.

—Se habrán enterado por otros medios. No nos hemos esforzado demasiado en pasar desapercibidos, ¿no crees?

Todos callaron al ver que se aproximaba Ibn Manad, el líder otra facción bereber, para discutir algunos aspectos de la distribución del campamento. El hombre, alertado por el súbito silencio, contrajo sus rasgos en una mueca de fastidio. No hizo ningún comentario fuera del reparto de las provisiones y la leña, pero Dihya se preguntó si sospecharía acerca de las intenciones últimas de Aslam y al-Makhtum. Unas noches atrás un muchacho, antiguo pastor de cabras, que pretendía convertirse en discípulo de al-Asayy, les había contado que los líderes de media docena de tribus se reunían en secreto para parlamentar cada madrugada. Pero cuando transmitieron la información a Aslam, no halló razón alguna para inquietarse, argumentando que no había nada que temer mientras se les entregaran regalos a los líderes de las tribus y subsidios en general a sus componentes, así fueran muy inferiores a los que percibían los Banu Asafu.

El anciano regresó tarde de los túmulos, tosiendo ásperamente y tan encorvado como una caña de pescar, pero contento por lo que había descubierto. Dijo que allí se encontraba una piedra con una inscripción en latín que él había descifrado aproximadamente, atribuyéndosela a un tal Salomón, un general romano que había conquistado la región cuatrocientos años antes en favor del emperador Justiniano. En cuanto a las tumbas en sí, afirmó que eran más antiguas que la piedra y que probablemente albergaban los restos de príncipes bereberes con un raro interés por perpetuar la memoria de su paso por la tierra.

«Tuvieron que ser grandes hombres —pensó Dihya—. Ellos y el general romano que aprovechó su fama para apuntalar la suya. Sin embargo lo único que queda de esos príncipes y de su gloria son unas piedras polvorientas y abandonadas. De nosotros no quedará ni siquiera esa huella. Todo esto se esfumará y nadie recordará lo que fuimos o lo que hicimos».

El campamento comenzaba a aquietarse, según las tiendas acababan de ser montadas y hombres y animales, exhaustos por las duras condiciones de la marcha, iban cayendo dormidos uno detrás de otro. Los que carecían de tienda se echaban simplemente en el suelo arrebujados en sus capas, como cadáveres que aguardasen el momento de la sepultura. Las fogatas que habían servido para cocer el pan iban disolviéndose en perezosas columnas de humo y bajo la luz de la luna los túmulos parecían tan cercanos que daban la impresión de estar al alcance de la mano.

En medio de la confusión había un islote de calma, en el lugar donde descansaban los líderes de la revuelta. Era una calma relativa, pues los intentos de al-Makhtum para redistribuir el poder en la confederación de los Zanata valiéndose de su

influencia sobre Aslam no estaban siendo bien recibidos. Aprovechaba cualquier ocasión para reanudar sus intentos de forzar a las facciones menores a aceptar su liderazgo y estas, sintiéndose vejadas, amenazaban con retirarse a sus lugares de origen. Aslam tenía que mediar en las discusiones, manejando a los testarudos líderes como un prestidigitador manipulando sus frascos, hasta que se iba lleno de enojo, harto de escuchar demandas imposibles de satisfacer.

—Ojalá estuviéramos siempre en movimiento —dijo el anciano con voz tensa—. Cada vez que nos detenemos estos malditos se ponen a discutir como mujeres celosas y por Dios que me gustaría poder cortarles a todos la lengua y dárselas de comer a las cabras para que paren de una vez.

Y luego, como siempre, sus ojos pitañosos se volvieron hacia al-Asayy y Dihya.

—Mañana haréis una demostración. Algo para enardecer a los soldados antes de que ataquemos Tahert. Pero, ¿qué puede ser? Dios mío, ¿qué puede ser? Mi cabeza es como un pozo que los bandidos han llenado de piedras; se está quedando seca.

«Ten cuidado con lo que nos propones —pensó Dihya—, no sea que alarmes más de lo que están a los jefes de las tribus».

Se fue a la tienda de pelo y lana que habían montado los esclavos para descansar. Al-Asayy llegó media hora después. Cenaron solos, comiendo sin apetito los insulsos purés que constituían toda su dieta. A Dihya ya no la atormentaba el hambre. Su estómago había acabado por encogerse en respuesta a las penurias a las que era sometido y se conformaba fácilmente. En cambio el poeta echaba chispas mientras describía el banquete con el que al-Makhtum celebraba por anticipado sus éxitos.

—El muy cerdo me ha hecho estar con él un buen rato para que le viera cebarse, sabiendo que yo paso hambre desde hace meses. Pero lo que no sabe es lo poco que le queda.

—¿A qué te refieres?

—Al-Makhtum está igual de contento que un niño en el día de su circuncisión, creyendo que tiene Tahert en su bolsillo. Incluso ha olvidado ya la pérdida de su hijo: anda fanfarroneando de que tomará nuevas esposas y las dejará preñadas a fin de tener herederos. Sin embargo Tahert será su tumba. Antes de que pueda apropiarse de la victoria yo me adelantaré atribuyéndome todo el mérito. Y cuando el ejército me aclame acusaré de traidor a al-Makhtum. Le pillaré tan desprevenido que no será capaz de defenderse. En cuanto a Aslam, no le quedará más remedio que apoyar mi acusación so pena de que le ejecuten a él también.

—¿De veras vas a hacer eso? —se escandalizó Dihya—. ¿Eres consciente del riesgo que vas a correr?

—No correré ningún riesgo si escojo el momento adecuado, prima querida. Por supuesto tendrá que ser cuando me rodeen solamente personas que me sigan a mí y los Banu Asafu estén dispersos y ebrios a causa del triunfo. Además, con los odios

que ha levantado al-Makhtum entre los Zanata, ¿qué crees que harán los demás jefes tribales? Yo te lo diré: serán los primeros en ofrecer sus espadas para cortarle la cabeza al gordo cabrón.

El poeta calló de improviso, al tiempo que el color huía de sus mejillas. Se oían los pasos de alguien fuera, acercándose. El desconocido silbó suavemente para anunciarse y al-Asayy se relajó en el acto. Era el pastorcillo que últimamente buscaba la compañía del poeta. El jovencito solía pasarse los días haciendo recados por el campamento, así que nadie veía extraño que corretease de tienda en tienda ni le preguntaba qué estaba haciendo.

—Eres tú —dijo al-Asayy, invitándole a entrar—. Me has dado un susto de muerte.

A Jamil no se le veía por ninguna parte. Tal vez hubiera decidido sumarse al banquete organizado por al-Makhtum.

—Mis amigos me preguntan si me he vuelto loco —dijo el jovencito—, porque hay veces que me pongo a rezar sin dejarlo ni un solo momento.

—Haces bien.

Al-Asayy le cogió la cabeza y le besó entre los ojos, imitando los besos iniciáticos empleados en las ceremonias sufíes. Sin embargo Dihya había visto con anterioridad que su primo le metía la lengua en la boca al muchacho y dedujo que aquel beso, casi inocente, se debía únicamente a que ella estaba allí, estorbándolos.

«Desde que lo conozco persigue con afán a las mujeres —pensó—, pero me pregunto si es realmente eso lo que le agrada».

Salió de la tienda, molesta. Y allí se encontró con un hombre harapiento que había venido con el jovencito y que esperaba pacientemente en el exterior como un criado. Estaba flaco como un esqueleto revivido por arte de magia y tenía los pies ensangrentados. Al ver a Dihya el gris semblante se iluminó con una sonrisa traviesa. A ella también le provocó una reacción verle; algo se agitó en sus entrañas, haciendo que sintiera náuseas.

La locura brillaba en los ojos del hombre. Y su sonrisa tenía un sesgo perturbado que hacía casi insoportable contemplarla. Revolvió la colección de andrajos que llevaba puestos para mostrar el mango del puñal escondido debajo de capas y capas de ropa. Lo señaló con el dedo índice, riendo.

—Me lo quitaron todo, profetisa, pero esto lo conservé. Es mi regalo para Jamil. Pronto se lo entregaré. Muy pronto.

Dihya se sobresaltó al identificarle. Se trataba del soldado que había intentado violarla, al que Jamil había castrado. De repente echó de menos a los guardias que habitualmente la escoltaban. Su soledad de entonces suponía libertad pero también indefensión.

Por suerte el pastorcillo se fue enseguida de la tienda. Echó a correr como era su

costumbre, adquirida a causa de la necesidad de hacer a toda prisa los recados que le encargaban. El hombre se puso a andar siguiendo los remolinos de polvo que levantaban las sandalias del jovencito, demasiado lento para alcanzarlo, pero empeñado en hacer el intento. Solamente se paró un segundo para examinar un montón de cenizas. Y tras recoger un cordón medio quemado continuó caminando, encogido, desfigurado por el montón de harapos que envolvían su cuerpo hasta convertirlo en una silueta irreconocible.

Poco antes de romper el alba, el almuecín del ejército, al que habían escogido por su potente voz, se subió al pie de uno de los túmulos para pronunciar la llamada a la oración, lanzando sus ecos contra las colinas de modo que las devolvieran magnificados. Cuando se apagaron estos ecos las lomas reverberaron con los gruñidos de los animales y los chillidos de los hombres que llamaban a sus amigos para encontrarse y desayunar en la precaria luz del amanecer. Una sensación nueva espoleaba a la multitud; la ilusión de estar próximos al logro de grandes cosas.

Una blanca neblina se expandía entre las lomas como un velo desgarrado. Las fogatas fueron transformándose en columnas de humo que se unían a la niebla y luego fueron apagadas bruscamente, pese a que los hombres aún experimentaban el anhelo de calentarse. Un frío húmedo subía desde el río, o quizá era exhalado por las tumbas, como afirmaban los supersticiosos. Por primera vez Dihya se sintió agradecida por ir vestida con una capa de basto sayal. No tendría otras cualidades, pero al menos era cálido.

A la luz cruda de la mañana, el aspecto de Aslam era desolador. Tenía el rostro grasiento de sudor y surcado por las huellas de una noche en vela. El poco cabello que le quedaba aparecía seco y quebradizo. Sus ojos, normalmente alerta, estaban velados por el sufrimiento; incluso las instrucciones que le daba a al-Asayy sonaban apagadas, mustias.

—Eso es todo —concluyó—. Haz una cosa u otra, según tu opinión, y luego que sea lo que Dios decrete.

—¿No vienes con nosotros?

—No, yo me quedaré aquí con un puñado de guardias. Tengo que reponerme. Hoy he dormido muy mal.

Dihya detuvo al anciano cuando iba a retirarse. Jamás había sentido el menor aprecio por Aslam, sin embargo su desamparo era tan evidente, y tan repentino, que al verle experimentaba una preocupación igual de repentina, mezcla de piedad y ternura.

—¿Te encuentras bien?

Con un tono ininteligible, sin mirarla, farfulló:

—Me duele. —Se llevó un par de dedos al esternón, flotando vagamente sobre la

fuente de sus dolencias—. Me duele mucho, que Dios se apiade de mí. Anoche desperté pensando que me ahogaba, como si estuviera en el fondo del océano. Y sentía un dolor terrible en el pecho, parecía que me hubiesen clavado un puñal mientras estaba durmiendo. —Sacudió la cabeza acongojado—. Es culpa de ellos. Esos malditos me han agotado con sus viejas enemistades y sus discusiones. Me han agotado. Pero no puedo detenerme. Es imposible. ¿Qué harían ellos sin mí? Solo necesito descansar. Unas horas, solo unas horas. Y además, ahora no les hago falta. No me echarán de menos hasta que hayan ganado y tal vez ni siquiera entonces.

Se alejó zigzagueando, apoyado en un bastón y deteniéndose con frecuencia para tomar aliento. De improviso se volvió hacia Dihya, mirándola fijamente. Un rescoldo de su antiguo entusiasmo brillaba aún en sus pupilas, si bien amortiguado por una creciente opacidad.

—Recuerda: tenéis que ganar —dijo—. Para que el mundo se arregle resulta esencial que triunfe mi señor Abd al-Rahman. En su cara hay evidencia de la luz de Dios. Es verdad. Yo lo he visto.

«Está delirando —pensó Dihya—. Pobre viejo. Se ha exigido demasiado».

Montó obedientemente en el asno que tenían dispuesto para ella los criados. Al-Asayy hizo lo propio, pero enseguida se separaron. Habían comenzado a batir los tambores. Los esclavos entregaban armas y corazas a sus señores, y aquellos que no tenían esclavos que les atendieran se contemplaban entre ellos hasta darse mutuamente el visto bueno. Tras la segunda señal los jinetes subieron a sus caballos; había unos cuantos camellos que destacaban por su superior alzada y por sus toscos gruñidos, consiguiendo que, en comparación, los resoplidos de los corceles parecieran melodiosos, como la voz de sutiles cantantes.

Las filas se desplazaron hacia la izquierda o la derecha para dejar una garganta libre por la que avanzó al-Asayy, asistido a unos pasos de distancia por Jamil y el resto de la escolta. Inmediatamente después, esforzándose por ponerse en cabeza junto a ellos, al-Makhtum y la confusa mezcla de jefes tribales y guerreros a caballo, distanciándose progresivamente de los voluntarios y esclavos. Al final, las bestias de carga, acarreando los pertrechos y las tiendas desmontadas, acicateadas por una nube de chiquillos armados con varas entre los que se encontraba el pastor que presumía de ser el discípulo querido de al-Asayy.

Dihya se fijó en que no dejaban atrás nada más que los montones de basura acumulada durante la noche y la tienda de Aslam, dolorosamente solitaria después de que se hubieran esfumado todas las que anteriormente la acompañaban. Pero mirar hacia delante tampoco servía para tranquilizarla. Pese a que los soldados procuraban apartarse, por respeto o quizá por miedo a que ella los fulminase con sus poderes, nunca definidos adecuadamente, estaba en medio de un mar de gentes y bestias cuyas olas podían desbordar cualquier barrera. Aún así, no era la proximidad de miles de

hombres arrebatados por el fanatismo la que hacía que su corazón latiese violentamente; era aquella sensación de que su vida había entrado en una fase nueva y decisiva, que había comenzado aquel mismo día. Júbilo y desconcierto, esperanza y miedo, como si todo estuviese a punto de cambiar.

Cruzaron el río Mina sin novedad. Ya se había deshecho el orden inicial y al-Makhtum iba en cabeza, encantado de compartir el protagonismo con el poeta. Su ánimo estaba tan encendido que fanfarroneaba sin callarse un momento, refiriendo las hazañas que decía haber realizado:

—Por Dios que no me huyó bandera nunca, ni se ha dispersado nunca una tropa en mis manos, ni se apartaron mis hombres de la pelea hasta que salimos vencedores, aunque luchásemos cuarenta contra ochenta.

Para remachar sus afirmaciones sacaba la espada de la vaina y lanzaba tajos al aire, que a veces obligaban a al-Asayy a apartarse para no resultar herido. Entonces, cuando más exaltado estaba, apareció ante las tropas un extraño vestido de blanco sobre un caballo tan hermoso como una mañana de verano. Jamil y los guardias a los que mandaba se echaron a un lado discretamente y así el extraño pudo acercarse al poeta sin ser obstaculizado.

—¡Prepárate para la guerra! —gritó, elevando su voz por encima del alboroto que había suscitado su llegada—. ¡La sombra de la victoria ya ha descendido sobre ti!

Se fue con la misma celeridad con la que había aparecido, escondiéndose tras unos árboles cercanos de modo que diera la impresión de que se había desvanecido en el aire. Al rodear la arboleda Dihya vio que se cambiaba de ropas a toda prisa mientras un esclavo se llevaba el caballo; se trataba del almuecín del ejército, disfrazado para la ocasión, y ella comprendió que se trataba del último truco de Aslam.

Rápidamente corrieron por las columnas las descripciones del misterioso extraño así como múltiples conjeturas acerca de su procedencia, aunque nadie dudaba de su naturaleza sobrenatural. Tan grande fue su influencia en la moral de las tropas que apenas repararon en el regreso de uno de los espías que habían partido durante la noche para revisar las defensas de Tahert cuando no habían recorrido todavía dos millas desde el cruce del río. Ni tampoco les afectó el hecho de que trajese noticias inquietantes: Hamid ibn Yasal no tenía intenciones de aguardar en su ciudad el inicio de un asedio. Había salido de Tahert con una escolta armada y parecía dispuesto a interceptar al ejército enemigo.

—¿Qué os dije? —tronó al-Makhtum tras oír al espía, sin dirigirse a nadie en particular, puesto que Aslam no estaba allí—. Si hubiéramos corrido como os aconsejé habríamos pillado a Hamid con los calzones bajados. Pero en cambio se ha hecho como vosotros quisisteis y ahora se interpone entre Tahert y nosotros.

—Pregunta al espía cuál es la magnitud del ejército fatimí —sugirió Jamil—.

Hemos tenido la suerte de atravesar el río sin que nos molesten y en este terreno podemos combatir con ellos en pie de igualdad. Si no nos superan en número deberíamos hacerles frente.

El espía respondió con la misma falta de precisión. No le parecía que las fuerzas fatimíes fuesen superiores a las suyas, ni mucho menos, pero en cualquier caso se trataba de un cálculo demasiado precipitado como para tomar una decisión basándose en él.

—Enviemos una partida de exploradores experimentados —propuso Jamil—. Que juzguen ellos el número de soldados fatimíes y conforme a su opinión decidiremos qué ha de hacerse, con la ayuda y la inspiración de Dios. Hasta entonces será mejor que hagamos un alto. No sudemos más de lo necesario.

La propuesta fue aceptada enseguida. Al-Makhtum estuvo repartiendo quejas y gritos sin parar ni fijarse en cuál era el blanco de sus gritos o si existía alguna justificación para que le gritase. Hasta Dihya recibió su parte cuando al-Makhtum pasó por su lado. Luego, como acordándose de que tenía que dirigir un ejército, la emprendió con los voluntarios y los líderes tribales, pero dando órdenes comprensibles o contradictorias entre sí. Tuvieron que ser Jamil y al-Asayy al alimón los que organizasen a los exploradores y les explicaran lo que debían hacer.

—Quién me iba a decir a mí que acabaría convertido en comandante además de falso profeta —rezongó el primo de Dihya—. Y todo porque el gordo cabrón sería capaz de conseguir que un rebaño de ovejas se muriera de hambre en una pradera cubierta de hierba.

Mientras se resolvía la espera Dihya estuvo yendo arriba y abajo, incitando a los soldados para que luchasen valientemente, si bien todo lo hacía sin poner interés, pues estaba harta de hacer bufonadas y presumir de poseer poderes milagrosos. A veces refulgía un destello de curiosidad en su mirada al pensar en las tierras que se extendían al este, ese oriente del que había oído hablar siendo niña, el lugar de origen del Profeta, que siempre le había parecido tan mítico e inalcanzable como la muralla de Gog y Magog, pero luego su curiosidad se desvanecía y pasaba a ser consciente solamente de estar metida en un inmenso enredo del que desesperaba de poder salir entera.

Los jinetes de los Banu Asafu que rodeaban a al-Makhtum comenzaron a gritar que estaban volviendo los exploradores. Cuando se detuvieron a su lado, el que tomó la palabra era precisamente uno de los parientes pobres del caudillo, un hombre enjuto, con la cara distinguida por arrugas y huecos profundos. Se dirigió a al-Makhtum sin hacer caso a los demás presentes, como si su categoría fuese demasiado baja para merecer que se les tuviera en cuenta.

—Hamid han juntado dos mil hombres por lo menos —dijo con voz entrecortada por la fatiga—. Parecen gente escogida y de valer, y vienen directos hacia aquí,

aunque han dejado una parte de su fuerza en Tahert.

—¿Dos mil? ¿De dónde ha sacado tantos soldados?

—Si son dos mil, tenemos bastantes tropas con las tribus y los voluntarios para acometerles —apuntó al-Asayy.

Vio que al-Makhtum vacilaba y añadió:

—Si tienes valor y fortaleza para luchar, dilo. Si opinas que es preferible retirarse, del mismo modo debes manifestarlo. Aslam no ha venido con nosotros, así que tú eres el único autorizado para decidir.

Que un infeliz como el poeta pusiese en duda su coraje delante de sus hechuras fue demasiado para al-Makhtum. Se puso pálido de rabia, y temblando echó a correr hacia sus hombres, chillándoles para que se reunieran en torno suyo.

—No me ha sido muy difícil convencer a este patán —susurró confidencialmente al-Asayy a Dihya—. Confío en que luego sea igual de fácil conducirle hasta la espada del verdugo.

«Primero habrá que derrotar a Hamid ibn Yasal», pensó ella.

Tardaron una hora en apreciar las polvaredas que levantaba el ejército fatimí. Los partidarios de al-Asayy ya habían sido organizados en escuadrones y se habían designado los jefes de la caballería y la infantería, recibiendo al-Makhtum el mando general. Los otros líderes de tribus se pegaban a él como moscas, mirándole con desconfianza mientras impartía órdenes a diestro y siniestro.

—Vamos, daos prisa: haced alguna tontería para excitar a los soldados —le comunicó Jamil a los primos—. Tenemos que irnos ya a la retaguardia.

—¿No tendría que quedarme en medio de las tropas? Se supone que soy invulnerable. Si ven que evito el combate les entrarán las dudas.

—Más dudas les entrarán si por casualidad te hiriese una flecha. Una gota de sangre en tu frente puede suponer nuestra perdición.

Al-Asayy señaló hacia la polvareda que se acercaba, asegurando a los hombres que ellos eran los soldados de Dios destinados a borrar de la faz de la tierra la iniquidad de los fatimíes. Luego les explicó que, en caso de sucumbir en la batalla con los impíos, verían bajar escalas desde el cielo por las que descenderían doncellas con verdes pañuelos para limpiar la sangre de sus cuerpos y prepararlos para el Paraíso. Finalmente, una vez terminó de hablar, se puso a leer con expresión solemne el libro que sujetaba con la mano derecha, al tiempo que Jamil aprovechaba el alboroto resultante para llevarse a los primos a una posición más retrasada. Y una vez allí rodeó el cuello de los asnos con sendas cuerdas que ató a su silla, tirando con fuerza para comprobar que los nudos estaban bien hechos.

—¿Qué haces?

—Estoy tomando precauciones. Por si se os ocurren ideas raras. Seguís siendo presos, ¿recuerdas?

—¿Es que nunca vais a rectificar ese desatino? —protestó al-Asayy—. No hemos cometido ningún crimen; Aslam me hizo una proposición y yo la acepté. Es todo.

—¿Aceptaste? —La sonrisa de Jamil se volvió desagradable—. Por Dios, no seas idiota. Aslam no te propuso nada. Te dijo lo que ibas a hacer, si estimabas tu vida, y es lo que has hecho y lo que continuarás haciendo, por la cuenta que te trae.

Al-Asayy apretó los labios, haciendo un esfuerzo por controlar su ira. Dihya receló que fuese a decir alguna tontería para contestar a Jamil, pero su primo se mantuvo callado, aun cuando el fuego en su mirada indicaba que había añadido un nombre a la lista de las personas que pensaba enviar al verdugo.

—Tal vez envíen primero un reconocimiento armado —comentó Jamil, dejando de prestar atención al poeta, los ojos fijos en el despliegue enemigo—. Parece que han decidido venir a nuestro encuentro en lugar de esperar a que les atacásemos. Han de sentirse muy seguros de sí mismos para lanzarse contra nosotros como un carnero que embiste a un macho rival. Ese Hamid tiene cojones. Si esa fuerza la dirigiera un capón *saqaliba*, como los que utilizan a veces los fatimíes como generales sería bien distinto; la falta de testículos los vuelve menos osados.

La vanguardia enemiga parecía menos fragmentada que la del ejército de al-Makhtum, quizás por estar compuesta fundamentalmente por guerreros pertenecientes a la tribu de los Miknasa, agrupados en torno a Hamid. Por delante, como un barco que navegase solitario por un mar de tierra, se balanceaba el estandarte fatimí sobre la grupa de un camello sin jinete.

«De nuevo me encuentro con los Miknasa —se dijo Dihya—. Uno de ellos me desgarró el corazón; será dulce ver sus cadáveres esparcidos por el campo de batalla, a merced de las alimañas».

—La lucha será encarnizada —murmuró al-Asayy con una mezcla de pesadumbre y exaltación—. Pronto las fieras y los buitres podrán regalarse a su gusto. ¡No les faltará comida ni bebida!

Dihya reprimió un suspiro.

—Quiera Dios que toda la carne que se ofrezca en ese festín pertenezca a la tribu de los Miknasa —dijo.

—La benevolencia de Dios no alcanzará a tanto —remató el poeta—. Pero bastará con que ellos ofrezcan el grueso del festín.

Antes de que fuese posible avistar el cuerpo principal, una astilla se separó de la vanguardia fatimí. Un grupo de cien jinetes se acercaba a medio galope. Caballería ligera. Al-Makhtum ordenó a los infantes que cerrasen las filas y gritaran con todas sus fuerzas para dar la impresión de que eran más de los que realmente eran. Luego envió uno de los escuadrones de caballería que ya estaban dispuestos, y como no quería cansar prematuramente a sus guerreros ni exponerlos a una posible trampa, eligió los de una tribu poco importante. Quería obtener una victoria que incrementase

la moral de los hombres e hiciera vacilar la del enemigo, y la obtuvo a medias. Los jinetes fatimíes se dieron cuenta de que iban a ser interceptados antes de que hubiera podido completarse una maniobra envolvente y detuvieron al instante la exploración. Se alejaron desordenadamente mientras los jinetes les perseguían, alcanzando a un puñado de rezagados que habían entendido demasiado tarde la necesidad de retirarse. Después al-Makhtum tuvo que hacer batir frenéticamente los tambores para que dieran media vuelta, pues el entusiasmo con el que perseguían a los Miknasa amenazaba con ponerles al alcance de los arqueros enemigos.

—Ahora nos atacarán con todas sus fuerzas —anunció al-Asayy.

—¿Cómo lo sabes tú?

—¿Cómo va a ser? Pues porque a mí no se me oculta ni una pizca de las cosas de la gente.

Jamil miró al poeta como si dudase de que hablara en serio o en broma. En el espacio entre los dos ejércitos habían quedado tendidos los caballos y los jinetes muertos durante la refriega, y un silencio taciturno se había instalado entre los escuadrones de Hamid; no parecía que fuesen a tomar ninguna otra iniciativa por el momento. Sin embargo sonó una señal y rápidamente la hueste fatimí se puso en marcha con un tumulto de proclamaciones y relinchos que erizó el cabello de Dihya.

La caballería fue adquiriendo velocidad paulatinamente hasta lanzarse a todo galope, los blancos turbantes refulgiendo al sol como perlas mientras que los que eran de color azul, descolgándose por la cara y el cuello en velos que protegían a los guerreros nómadas de la arena, parecían, al absorber la luz, misteriosas gemas prendidas a los hombros de unos jinetes sin cabeza. Algunos llevaban medias armaduras, la mayoría sus ropas habituales, los largos *burnus*, manchados de sudor y polvo, pero todos esgrimían lanzas cuyas puntas refulgían bajo el brillante sol como estrellas cautivas. La infantería corría tras ellos, la primera fila esgrimiendo escudos de cuero y las famosas adargas de piel de antílope, impenetrables para flechas y jabalinas, formando pelotones que seguían en desorden los estandartes de sus jefes mientras daban gritos espantosos.

Al-Makhtum retuvo a los campeones de su tribu aguardando a que la caballería se separase de la infantería, con lo cual, una vez derrotada, podrían flanquear con facilidad a los soldados de a pie. Por fin dio a sus jinetes la orden de cargar, y unos y otros se acometieron con las lanzas desde los caballos y los ocasionales camellos. Un estruendo de astas rotas superó el griterío de los infantes y Dihya se tapó los oídos y cerró los ojos. Sin embargo se colaron por entre sus dedos los gemidos de los hombres heridos en aquel primer encontronazo. Cuando levantó la vista pudo comprobar que los paladines de los Banu Asafu habían desenvainado las espadas y atacaban con furia, ululando y gritándose para aturdir a quien los oyera. Cayeron sobre la caballería enemiga, descargando en ellos sus armas, hasta que los jinetes

fatimíes volvieron la espalda derrotados, perseguidos por los Banu Asafu que mataban y herían, cegados por el frenesí de la sangre.

Los fugitivos no se detuvieron hasta refugiarse entre la infantería que seguía avanzando a la carrera, agregándose a sus pelotones con tan poco miramiento que más de un soldado de a pie resultó atropellado durante la operación. Al-Makhtum quiso seguir el ejemplo que le ofrecían y atropellar él también con sus guerreros a los peones para provocar su desbandada, sin embargo se encontró con un grupo de honderos que les arrojaron un oscuro chaparrón de piedras y bolas de plomo. No tuvieron valor para soportar con entereza aquella lluvia atroz que derribaba a los hombres de los caballos y enloquecía a sus monturas, y volvieron grupas para reunirse con el ejército, habiendo sufrido casi tantas bajas como las que habían causado. Muchos de los guerreros, aunque aparentemente indemnes, se quejaban de tener uno o varios huesos rotos a causa de las pedradas.

—Pardiez —se inquietó Jamil—. Si están tan bien provistos de arcos y hondas habrá que darse prisa en trabarse con ellos o nos causarán grandes pérdidas sin que podamos devolverles el daño.

Los jinetes que aún estaban sanos se situaron a izquierda y derecha para impedir que el enemigo pudiera envolverles y para aprovechar cualquier fractura que se produjera en la formación enemiga. De todas formas la caballería de ambos bandos había quedado muy debilitada por las refriegas previas y el segundo encuentro fue de infantería contra infantería. El ímpetu de los soldados fatimíes se estrelló contra la resistencia de los fieles de al-Asayy. Primero volaron las jabalinas, las flechas, los dardos; luego emergieron ambos ejércitos de las polvaredas que los envolvían y resonó por segunda vez el estruendo de las lanzas rotas y los escudos quebrantados. Jamil tiró con brusquedad de las cuerdas que sujetaban los asnos de sus cautivos para conducirlos a una posición más segura. En cuanto se hubieron detenido, Dihya se lo echó en cara:

—¿Es que no piensas luchar?

—No puedo luchar y vigilaros al mismo tiempo.

—Podrías encargar a cualquiera de los guardias a tu cargo que nos vigilase. No es preciso que lo hagas tú mismo.

—No me inspiran suficiente confianza. Prefiero encargarme yo.

«Y así tienes una excusa para evitar poner en peligro tu vida».

Las fuerzas que peleaban eran similares en número y ninguna obtenía una ventaja decisiva. Cuando se rompían las espadas y las lanzas, los soldados golpeaban el rostro de sus adversarios con arcos y aljabas, usados a modo de garrote, se acometían con palos y bastones, y los que no disponían ni siquiera de estas armas recogían piedras del suelo para tirárselas a sus contrarios o les arrojaban puñados de tierra a los ojos antes de agarrarlos por las barbas. Ninguno de los ejércitos conseguía rendir al

oponente y a los dos les sorprendió peleando la llegada del crepúsculo. Poco a poco la luz fue extinguiéndose, se volvió cada vez más difícil distinguir amigo de enemigo mientras el sol poniente se despedía del cielo, enrojeciendo las nubes arracimadas sobre el horizonte.

No hubo una orden de retirada como tal; simplemente los dos bandos cesaron las hostilidades cuando los separó la noche. Los soldados recogían con premura sus armas del suelo, o los restos de las mismas, y se marchaban a toda prisa espoleados por el miedo a quedarse solos en medio de sus enemigos. La confusión fue absoluta durante unos minutos; algunos se habían desorientado y ya ni sabían adonde iban. Al final los dos ejércitos se recompusieron con mayor o menor fortuna. Entre ellos se estableció una franja libre, ocupada únicamente por cadáveres de hombres y bestias, y por los saqueadores que se arriesgaban intentando recuperar las armas abandonadas. De vez en cuando un grito de dolor, una maldición: dos saqueadores habían chocado en la oscuridad y uno de ellos había apuñalado al otro.

—Mañana volveremos a empezar —dijo Jamil, llevándose a los primos a la quebrada en la que estaban refugiándose los hombres de al-Makhtum para pasar la noche—. Y venceremos, con la ayuda de Dios. Han sufrido más bajas que nosotros y nuestra caballería es más efectiva que la suya.

«¿Cómo puede saber que sus bajas son más numerosas que las nuestras? —se maravilló Dihya—, para mí todos los muertos son iguales. Por mucho que me esforzase no sabría decir quién es quién ni a qué causa servía».

—Si perdemos demasiados hombres entre hoy y mañana no podremos conquistar Tahert —comentó al-Asayy con gesto de preocupación. Aún pensaba que la conquista de la ciudad era la clave para obtener su libertad y el mando efectivo de las tropas que seguían su estandarte.

—Si derrotamos a los fatimíes en campo abierto, el miedo rendirá Tahert —dijo Jamil—. No lo dudes. Lo único que necesitamos es vencer mañana y todo lo demás caerá por su propio peso.

Las horas que tardó en conciliar el sueño se le hicieron interminables a Dihya. Las horas que durmió, en cambio, le parecieron tan cortas que la límpida madrugada le causó la impresión de una broma pesada que le gastaba el cielo. Su mente se encontraba aún adormecida después de levantarse, sus sentidos se despertaron más deprisa gracias a los empujones de Jamil. El almuecín se desgañitaba desde la cima de una pequeña colina mientras los soldados caían de rodillas desmañadamente en la dirección de La Meca con las caras cargadas de sueño. En el bando contrario, otro almuecín llamaba a los suyos como un eco del primero; solo la variación en lo que decía indicaba que era algo más que un reflejo.

La llamada a la oración fue sucedida por las órdenes de los oficiales. Pero primero al-Asayy fue exhibido ante las tropas y él, con la cabeza aún revuelta por el

agrio despertar, recitó la trigésimo sexta *sura* del Corán, aunque luego comprendió que había sido una mala elección, ya que el *Ya sin* tradicionalmente se recitaba en momentos de adversidad y su ejército se preparaba para conseguir la victoria. Poco después Jamil le castigó por aquel error volviendo a enlazar la cuerda al cuello de su asno en cuanto se hubieron apartado del ejército y tirando con tanta brusquedad que estuvo cerca de tirar al suelo a pollino y poeta.

—No me gusta nada tu comportamiento —se indignó al-Asayy—, Aslam nunca se comportó con nosotros de esta manera.

—Aslam no está aquí. Y después de ver el estado en el que se encontraba ayer, es posible que ya no tenga ninguna importancia cómo opine él que hay que comportarse. De modo que acostúmbrate, porque es lo que te espera.

«Primero Ibn Daisam y ahora Aslam —pensó Dihya—. Los que nos trataban con cierta amabilidad han desaparecido o están en trance de hacerlo y sus sustitutos son personas que nos desprecian». De repente el plan de al-Asayy para imponerse a sus opresores ya no le parecía tan indeseable.

El sol brillaba, tranquilo, renovado por su largo descanso durante la noche, sobre las fuerzas congregadas para un segundo día de enfrentamientos. Al-Makhtum organizó a los peones según una formación muy cerrada, imitando la que había utilizado Hamid, para que fuesen menos vulnerables a la caballería. Algunos de sus jinetes protegían los flancos, aunque la mayor parte se situaba en la vanguardia. Luego sonaron los tambores de guerra, un fragor que hacía retemblar el suelo, y los hombres comenzaron a avanzar: una masa de un gris marronáceo, desplazándose sobre toscas sandalias de cuero, los que las tenían, o descalzos. Llevaban las lanzas apuntando hacia arriba, pegadas al hombro derecho, y con el movimiento de sus portadores se cimbreaban de tal modo que parecía un campo de trigo listo para la cosecha, las espigas agitándose blandamente al paso de la brisa. Las miradas de los soldados estaban fijas al frente, su semblante reflejaba una rígida determinación; Dihya volvió a notar las diferencias existentes entre los bereberes arabizados de al-Ándalus y aquellos que permanecían en sus tierras ancestrales del norte de África, sin haberse contaminado prácticamente con la civilización. Más puros, más rectos, más temibles que sus parientes de allende el mar.

«Es sabio el califa Omeya al poner obstáculos en su camino fomentando sus disensiones —pensó Dihya—. Si bereberes como estos cruzasen las aguas hacia al-Ándalus no encontrarían allí nadie que pudiera resistirlos».

También en el lado contrario de la hondonada que dividía a las dos fuerzas se apreciaba una turbia marea de escudos avanzando hacia delante y una música propia de tambores, y una colección de alaridos que se cruzaban en el aire con los procedentes de los seguidores de al-Asayy. El enemigo, que progresaba lentamente, echó a correr motivado por una súbita inspiración. De repente las piedras, las flechas,

algunas jabalinas, cubrieron ambos bandos como una nube fugaz y luego las densas formaciones de hombres agrupados por estirpes chocaron con un tremendo impacto de metal contra metal, hueso contra hueso, antes de entablar la lucha cuerpo a cuerpo.

Dihya observó que la línea aguantaba. Los enemigos no pudieron romperla y retrocedieron unos pasos para recobrar el aliento, dejando el puesto a otros que los sustituyeran. Los hombres se agotaban rápidamente: diez o quince minutos de esfuerzo y sus brazos comenzaban a elevarse con menor rapidez, los escudos se separaban involuntariamente del cuerpo. Las lanzas, en lugar de clavarse profundamente en la carne, se limitaban a picotear como abejas frustradas. Y por los flancos, yendo y viniendo, semejantes a las olas de un mar picado, los caballeros cargaban contra cualquier punto aparentemente vulnerable, retirándose en cuanto descubrían que la resistencia era superior a la que habían supuesto encontrar. Varios de los jinetes utilizaban pesadas mazas además de lanzas y Dihya vio a uno de ellos descargar un golpe contra el cráneo desprotegido de un soldado de infantería enemigo, cuya cabeza se convirtió en una gran salpicadura de sangre y hueso, afectando a aquellos que tenía cerca.

La formación fatimí flaqueaba ante el empuje de sus oponentes. Aguantaron la línea, no sin dificultades, pero la vacilación hizo que fueran empujados de forma irresistible hacia el centro de la hondonada. Hubo quien dio por perdida la batalla y huyó hacia Tahert. Al-Makhtum prohibió que se les persiguiera. Quería conservar su caballería intacta para cuando llegase el momento, que él creía ya inminente, en el que el conjunto del enemigo emprendiese la huida. Sin embargo la desbandada de los soldados fatimíes se retrasaba, haciendo que el caudillo bereber se retorciera con nerviosismo un mechón de su cabello. En general seguían resistiendo con firmeza y cedían terreno solamente cuando las circunstancias les obligaban a hacerlo.

Cuando estaba más enconado el combate, uno de los Banu’Urat vino a pedir instrucciones a al-Makhtum, pues se les había presentado una oportunidad de arremeter contra el ala derecha de Hamid pero no querían aprovecharla sin habérselo consultado antes. Al-Makhtum malinterpretó la presencia del enviado, creyendo que venía a disculparse por un error cometido por su clan, y le cruzó la cara con la espada envainada sin atender a sus palabras, exhortándole a que permanecieran firmes pasase lo que pasase. Enojáronse los Banu’Urat al ver regresar a su mensajero con la cara marcada y comenzaron a murmurar acusando a al-Makhtum de ser tan enemigo suyo como aquellos con los que estaban contendiendo. Incluso los más pacientes no desaprobaban estos murmullos y al fin el jefe de los Banu’Urat tomó la iniciativa de abandonar el campo de batalla, exclamando junto a los suyos:

—¡Corred, hermanos! ¡Marchaos ahora que podéis o vive Dios que una vez que obtenga el triunfo, el maldito al-Makhtum os quitará el mando para convertiros en sus esclavos!

No todos los cabecillas les escucharon, y no todos los que les escucharon hicieron caso al aviso. Pero para los que llevaban algún tiempo desconfiando de al-Makhtum, la fuga de los Banu'Urat supuso la confirmación de sus sospechas, incluso si no sabían a ciencia cierta qué era lo que la provocaba. Varios clanes reunieron a sus hombres para seguirles hasta la retaguardia, recogieron allí sus pertenencias y continuaron hacia el río Mina.

La mayoría del ejército se mantuvo fiel, más pronto las tropas fatimíes se dieron cuenta de la maniobra de los Banu'Urat y reaccionaron con un vigoroso ataque. Los peones y jinetes fatimíes acometieron con mayor brío, creyendo que era el ejército entero el que claudicaba, el frente comenzó a ceder, hubo un instante de duda, y los que empujaban pasaron a ser empujados fuera de la hondonada. Al-Makhtum trataba frenéticamente de remendar la moral de sus hombres y conservar la disciplina, pero no consiguió ni una cosa ni la otra. La turba, que había estado ligada por los lazos de una esperanza común, empezó a disgregarse apenas esta se debilitó. Una retirada más o menos coordinada les llevó a cruzar por segunda vez el cauce del Mina. Allí al-Makhtum procuró recomponer una línea defensiva, presumiendo que los soldados fatimíes no osasen pasar el río después de un combate tan prolongado y sangriento. Pero lo hicieron. Los fieles de al-Asayy intentaron impedir que atravesasen el río y a duras penas consiguieron estorbarles. El signo de la batalla había cambiado de tal forma que nada de lo que probaba al-Makhtum daba resultado, mientras que cualquier acción del enemigo, por arriesgada que fuese, era coronada inmediatamente con el éxito.

—¡Gritad! —le exigía Jamil a los primos—. ¡Gritad que con vuestra clarividencia habéis visto que nuestra suerte va a cambiar! ¡Gritad!

Ellos lo hicieron, pero solamente lograba atraer la atención de unos cuantos creyentes fervorosos. Los demás veían y oían exclusivamente las señales de la inminente debacle. Su fanatismo se derretía bajo el furioso ataque de las tropas fatimíes, y uno a uno, y ciento a ciento, tiraban sus armas al suelo y huían. Al-Makhtum se lanzó a la carrera seguido por los Banu Asafu que aún vivían, y lo que ella interpretó en primera instancia como un contraataque desesperado resultó ser simplemente una fuga enmascarada. Luego, el desastre. Los voluntarios salían corriendo, llegando más o menos lejos antes de que una flecha, o la lanza esgrimida por un jinete a la carrera, dieran por finalizada su fuga. El puñado de soldados que retrocedían manteniendo una cierta cohesión disminuía a cada instante, y esa última barrera, vacilante ya, era presionada implacablemente.

—Ojalá tuviera una espada lo suficientemente grande para cortarles la cabeza a todos a la vez —bufaba Jamil—. Así les premiaría yo por huir del enemigo como niños asustados.

Les llevó cerca de la tienda de Aslam, único vestigio del campamento del que

partieron el día anterior. Los guardias que debían proteger al anciano se habían desvanecido; no había ni rastro de ellos. Jamil descabalgó de un salto para entrar en el interior, quizás con la intención de solicitar un último consejo al moribundo, pero su semblante al dejar la tienda le indicó a Dihya que Aslam ya no estaba en condiciones de dar consejos a nadie.

—Más me valiera que me arrastrase un viento fuerte hasta el confín del mundo —dijo exasperado a la par que volvía a subirse a su caballo—. Además de desertar se han llevado todo lo que había de valor en la tienda.

—Así que unos ladrones te han impedido que puedas robar nada —comentó al-Asayy con amargura—. Qué lástima.

«No le provoques o nos matará», pensó Dihya. Pero ya era tarde. Jamil había desenfundado la espada y se inclinaba hacia el poeta. Este se inclinó a su vez para esquivar el golpe, haciendo que Jamil se desequilibrara y tirase de las riendas más de la cuenta para mantenerse erguido sobre la silla. Aquello fue demasiado para los alterados nervios del caballo que montaba. El animal se encabritó, tensando bruscamente las cuerdas que le unían con los cuellos de los asnos y haciendo que le imitaran. Ni Dihya ni al-Asayy tenían experiencia suficiente como jinetes para superar una situación semejante. Por fortuna ella cayó sobre las nalgas, aunque el dolor en la parte inferior de su espalda era tan intenso que durante unos segundos permaneció paralizada, jadeando como cuando paría a Firqan.

Tampoco Jamil había conseguido sujetarse con propiedad y aterrizó en el suelo a poca distancia de los primos, pero teniendo peor suerte que ellos. Al levantarse su antebrazo izquierdo formaba un ángulo extraño con el codo.

—Infames, leprosos, hijos de un perro y una perra… —farfullaba al recoger su espada del suelo—. Dios os maldiga, y maldiga al que nos engañó señalándonos que podíais hacerle un servicio al Califa.

Dihya se incorporó, aún con los dientes apretados y la rabadilla dolorida. Hacía tiempo que consideraba la muerte una alternativa apetecible, pero no tenía planeado morir a manos de Jamil. Hacerlo le proporcionaría a su guardián una satisfacción que ella no estaba dispuesta a concederle. De modo que huyó, cojeando más que nunca, sintiendo que sus piernas eran dos objetos ajenos a su cuerpo, a los que obligaba a transportarla. Al-Asayy salió corriendo en una dirección distinta y Jamil se los quedó mirando, decidiendo a cuál de los primos perseguiría primero.

—Espera —dijo una voz distinta.

Los tres se detuvieron en medio de la persecución. El cuarto hombre también había corrido para alcanzarles y su rostro estaba enrojecido por el esfuerzo y la emoción. Jamil no le reconoció, sucio y cubierto de harapos. Dihya sí. Era el guardia castrado.

—¿Te acuerdas de mí, Jamil?

Antes de recibir una respuesta brilló en el aire el acero mugriento de un viejo puñal. Jamil trató de esquivar la acometida, pero solamente consiguió que errara su objetivo por unos centímetros. En lugar de clavarse entre sus piernas, la hoja se enterró hasta el fondo en su ingle derecha.

El antiguo guardia no tuvo tiempo más que de extraer el puñal. La espada de Jamil lo sajó entre el codo y el hombro. Fue suficiente. La sonrisa perturbada quedó fija en sus labios mientras se desplomaba sobre el costado.

—¿Guardaste bien mis cojones, Jamil? —dijo antes de expirar—. Te harán falta para reemplazar los tuyos.

—No me acertaste, maldito —repuso él, sin percatarse de que su adversario ya no le escuchaba.

La sangre manaba a borbotones de la herida. Al principio Jamil trató de detenerla con las manos. Luego se arrodilló junto al cuerpo del muerto y le arrancó de la cabeza el andrajoso turbante para taponar la hemorragia. No funcionó. El turbante se oscureció rápidamente y la sangre seguía saliendo, resbalando por la pierna de Jamil y formando un charco en torno a su pie. El guardia miró a los primos como si les pidiera consejo, o un milagro, o simplemente unas palabras de consuelo. No obtuvo ninguna de las tres cosas.

—Muérete, vamos —murmuraba al-Asayy entre dientes—. Date prisa. Muérete.

Ella contempló cómo Jamil se desangraba sin moverse, sin hablar, incrédula. Solamente reaccionó haciendo un gesto de asco cuando los intestinos del guardia se aflojaron súbitamente, llenando sus calzones de mierda.

«¿Se acabó? —pensó asombrada—. ¿Se ha acabado? ¿Somos libres ya?».

Tenía miedo de que apareciese alguien para ocupar el puesto de Jamil, pero no apareció nadie. El ejército estaba en desbandada y al-Makhtum se encontraba en paradero desconocido. Estaban solos. Completamente solos.

Se giró a tiempo de ver que al-Asayy rompía a llorar. Tenía el rostro magullado a causa de la caída, pero no era esa la razón de que llorase.

—Se acabó —gemía—. Ahora me atraparán. Y cuando me atrapen, ¿qué harán conmigo? Ya oíste a aquel cadí. Me exhibirán dentro de una jaula. Me torturarán. Me colgarán de las murallas de al-Mahdiyya después de que desfallezca. —Paró para sorberse los mocos—. Qué perra suerte la mía… Yo, que podía haber sido dueño de Tahert, acabaré relleno de paja y expuesto a las risas de las gentes, como un espantapájaros.

«¿Y a mí? ¿Qué me harán a mí?».

—Toma —le pidió su primo de sopetón, tendiéndole la espada de Jamil—. Clávamela. Al menos que tenga una muerte rápida.

Dihya cogió la espada. Era pesada. La sangre del hombre castrado todavía empapaba la hoja, concediéndole un brillo siniestro.

—¿Y luego qué? ¿Me clavo yo misma la espada en el vientre?

Al-Asayy no contestó. Estaba haciendo lo imposible por controlarse, pero se estremecía con cada sollozo como un ciprés sacudido por la tempestad.

—Después de que yo naciera nadie hizo un horóscopo según la fecha de mi nacimiento —dijo con voz entrecortada—. Y fue una bendición que así fuese, porque de lo contrario, al leer mi madre las cosas que allí se me anunciaban, me habría asfixiado en la cuna para evitarme sufrimientos.

—Para ya de lamentarte —replicó Dihya. Comprobó que el corcel de Jamil no se hubiera marchado lejos—. Tenemos un caballo descansado y en la tienda de Aslam quedan algunas provisiones.

En cierta manera, la indefensión de su primo había avivado su voluntad de vivir. Ya no ansiaba el olvido como antes. Sin embargo era preciso actuar con rapidez. Cuando terminase la confusión que presidía la última fase de la batalla, deberían estar muy lejos para tener una posibilidad de salvarse.

—Un caballo, sí, y nosotros somos dos. Además, ¿dónde iremos? Ni tú ni yo conocemos el país.

—Creo que sería capaz de volver al *ribat*. Aslam dejó una guarnición. Y habrá alguien en la guarnición que sepa guiarnos hasta un lugar seguro.

—¿Volver al *ribat*, dices? ¿Desde cuándo eres tan buena montando a caballo?

—No lo soy. Karim trató de enseñarme a montar y yo aproveché poco y mal sus lecciones, pero no quiero morir aquí. ¿Y tú?

Al-Asayy se retorcía las manos, indeciso. Luego sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Vamos.

El caballo de Jamil había recuperado la tranquilidad y pastaba en un parche de rala hierba sin hacer caso de lo que sucedía a su alrededor. Todavía estaba unido a los asnos y Dihya tuvo que cortar las cuerdas con la espada.

Se subieron uno tras otro. Al-Asayy trató de agarrarse a la silla, después al pelaje del animal, hasta que optó por rodear con los brazos la cintura de su prima. Ella no se opuso; ya le reprendería cuando estuviesen a salvo. Ahora estaba más preocupada por orientarse. Ni siquiera era capaz de distinguir a amigos de enemigos, desde su posición todos los soldados parecían iguales; bestias cegadas por la furia. Sucios, agotados, llenos de odio.

Al cabo de un rato logró distinguir el camino que les había traído al vado del río Mina. Afirmó los pies en los estribos de cuero y picó suavemente al caballo con las espuelas como le había enseñado Karim. Tenían enfrente el sol, descendiendo para poner fin a aquel día sangriento. La batalla estaba decidida desde hacía mucho tiempo, pero la carnicería continuó hasta que un crepúsculo de fuego ofreció a los que intentaban salvar la vida el precario refugio de la oscuridad.

8

Una esperanza nueva

Cabalgaron toda la noche. Con las primeras luces llamaron a las puertas del *ribat*. El sirviente medio dormido que les abrió pidió enseguida noticias; ellos contestaron con ambigüedades, sin comprometerse. Cambiaron el caballo de Jamil por dos caballos de refresco y escogieron un guía entre los que se ofrecieron voluntarios. Un hombre serio, silencioso, que conocía la región como la palma de su mano.

Solo al marcharse Dihya contó a los defensores del fuerte lo que había sucedido en realidad, para que decidieran si preferían marcharse o defender el *ribat* de los fatimíes. También les encargó que enviaran aviso a Dar al-hijra del resultado de la batalla, para que allí también tuviesen la opción de elegir. Lo que no hizo fue confesar que ella y al-Asayy eran unos farsantes, pues tuvo miedo de despertar la ira de los que habían sido sus seguidores si revelaba la verdad.

El viaje duró varios días. De tanto en tanto su acompañante se subía a una roca o a una loma y allí permanecía en cuclillas, como una rapaz sin alas, vigilando los caminos, acechando las señales de la presencia enemiga. Cuando estaba convencido de que no corrían peligro salían del refugio en el que estaban cobijados para reemprender la marcha hacia el sur. Era el camino que él proponía y ninguno de los primos se había opuesto. Se dejaban llevar. A lo sumo, si estaban exhaustos, pedían un descanso que el hombre les concedía sin rechistar, pero por su actitud mientras duraban los descansos era evidente que consideraba arriesgado hacer paradas durante el día. En todo el viaje prácticamente no les dirigió la palabra. No era tartamudo, sin embargo aparentaba haber despreciado el don de la palabra en algún momento de su vida, como si hubiera llegado a ser un estorbo para él.

El poeta, en cambio, hablaba continuamente. Sus discursos tenían una cualidad alucinada y Dihya temió que hubiese perdido la razón. A veces hablaba como el mesías que había fingido ser, otras repasaba su vida desde la infancia sin ahorrarse ningún detalle escabroso. A pesar del tiempo que habían pasado juntos era mucho lo que Dihya desconocía sobre su primo y a lo largo de aquellos días acabó por echar de menos su ignorancia de antaño. Al-Asayy estaba desnudando su alma y ella se sentía igual de espantada que si estuviera desnudando su cuerpo. Hubiera querido taparse los oídos para interrumpir aquella febril, inacabable confesión, pero era imposible. Lo único que podía hacer era esperar a que se quedase satisfecho.

Y al fin ocurrió. Una mañana, cuando los gestos del guía les indicaron que ya estaban cerca del destino que consideraba apropiado para esconderse de los fatimíes, al-Asayy suspiró largamente antes de articular el último de sus lamentos:

—¿Qué habrá sido de mi discípulo? ¿Qué le habrán hecho?

—Es solo un muchacho, no le harán nada malo —contestó Dihya, aun siendo consciente de que lo más probable era que se equivocase.

Al-Asayy asintió, callándose de improviso y sobresaltando con ello a Dihya, tan acostumbrada estaba a escuchar el rumor monótono de su voz. Ahora tenía la sensación de que el silencio la envolvía como una bruma pegajosa, permitiendo que prestara atención a sus propios pensamientos.

Habían cruzado un canal seco en el que se amojamaban las carroñas de varias ovejas descarriadas, atraídas por el recuerdo de que allí hubo alguna vez agua. Un paso en medio de las montañas constituía la antesala de una amplia llanura. Y en la llanura dos cerros que se miraban frente a frente, como esfinges erosionadas, y una depresión entre los cerros donde crecían las palmeras.

—Al-Aghouat —dijo su guía, las primeras palabras que le escuchaban desde que había levantado la mano ofreciéndose a acompañarles.

El oasis estaba casi deshabitado. Un conjunto de casas de barro ocupaba el centro del palmeral, si bien la mitad o más estaban vacías. En el borde del oasis habían plantado sus tiendas unos pastores nómadas que evitaban todo contacto con los ocupantes de las casas. No descubrieron ninguna otra cosa, excepto un pequeño pantano plagado de mosquitos. Al-Asayy insistió en subir a la cumbre de uno de los cerros gemelos para hacerse una idea más clara de dónde les había llevado el guía y Dihya subió con él a regañadientes. Hacia el norte y el este se extendía un panorama de elevaciones montañosas, las mismas que acababan de atravesar. Y por el sur y el oeste era el desierto el que se dilataba sin una sola interrupción, sin una mancha de origen vegetal o mineral que corrompiese su pureza, hasta alcanzar un horizonte confundido con el azul impecable del cielo. Se encontraban en la frontera norte del Sáhara, y al verlo con sus propios ojos, después de haber escuchado tantas descripciones de segunda mano, se daban cuenta de que las áridas mesetas que recorrieron con anterioridad, por muy inhóspitas que les pareciesen entonces, en realidad no eran sino un débil sucedáneo del verdadero desierto.

—Este debe ser el confín de la civilización —dijo el poeta sentenciosamente, como un explorador certificando que ha llegado al final de su viaje—. A partir de aquí comienza la barbarie.

«¿Y hay personas que viven ahí? —se maravilló Dihya—. ¿Cómo es posible?»

Sintió una espantosa nostalgia de al-Ándalus y de su antigua vida. La desolación que experimentaba era algo imposible de abarcar, algo que pugnaba por romper las costuras de su piel y expandirse fuera. Le faltaba el aire, tenía dificultades para respirar. Allí, delante de la insoportable indiferencia del Sáhara, supo que había llegado al límite de sus fuerzas.

—Necesito irme a dormir —dijo, aturdida por el ansia de derivar rápidamente hacia la inconsciencia.

—Tendremos que ocupar una de las casas vacías.

—Hagamos lo que sea. Pero necesito dormir.

El despertar llegó demasiado pronto. No estaba segura de cuántas horas había dormido. Muchas, seguramente. Tal vez hubiera transcurrido más de un día entero. Dentro de la choza vibraba una penumbra polvorienta que apenas parecía distinguirse de la oscuridad nocturna, pero no lograba ocultar la fealdad de la choza ni su estado de deterioro.

Al-Asayy estaba sentado en el exterior, comiéndose unos dátiles. Antes de que se lo contase, Dihya comprendió que el guía se había marchado sin decir adiós.

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo qué sé. Descansar. Comer. Es un lugar tranquilo. Nadie va a molestarnos.

—¿Se ha llevado los caballos?

—Solo el suyo.

—Más tarde o más temprano tendremos que irnos. Los fatimíes no van a renunciar a encontrarnos. Si nos quedamos quietos nos atraparán.

—Tú puedes irte cuando quieras.

—¿Y tú?

Al-Asayy se encogió de hombros.

—Una mujer joven es igual a otra mujer joven. Si eres cuidadosa con tus mentiras podrás establecerte en el sitio que te plazca sin provocar sospechas. Mi caso es muy distinto. ¿Cómo voy a disimular que tengo media cara destrozada? Tendría que irme lejos, muy lejos, para estar a salvo. Donde nunca hayan oído hablar de mí o donde los fatimíes no tengan ninguna influencia.

Tiró el hueso de uno de los dátiles a tanta distancia como le fue posible, estableciendo un paralelismo con el futuro que le aguardaba.

—Maldito sea Aslam y maldita sea su estirpe. Llegué a creer que me esperaban multitud de cosas extraordinarias y maravillosas, con permiso de Dios. Pero era una ilusión, por supuesto, como un horóscopo erróneo que anuncia lo que no ha de suceder. Todo lo que obtuve de Aslam fueron hambre y turbaciones.

—Él tampoco salió bien parado.

—¿Qué dices? Murió de muerte natural, pacíficamente, tal como podría haber muerto en Córdoba si se hubiese quedado allí. Además, todos los perjuicios que sufrió eran consecuencia del plan que quiso poner en práctica, por lo tanto le correspondía padecerlos. Pero yo iba a ser el poeta de Musa ibn Abi'l-'Afiya. ¿Quién había en Fez con talento suficiente para disputarme el puesto? Ninguno. El puesto y sus beneficios ya eran prácticamente míos. Sin embargo Aslam se cruzó en mi camino y aquí me tienes.

«Eres un fantasioso —pensó Dihya—. Pero qué más da, si eso te consuela».

La fecundidad del oasis parecía haber vuelto perezosos a sus habitantes, que

pasaban ocultos la mayor parte del día, sin dedicarse a ninguna tarea reconocible. Y entre dichos habitantes, los hombres habían adquirido la categoría de criaturas míticas cuya existencia era objeto de especulaciones sin cuento. Si se veía a alguien hilar o recolectar dátiles, o sangrar una palmera para obtener el jugo que, una vez fermentado, se transformaría en un dulzón licor, se trataba invariablemente de una mujer con el cutis tan descolorido como sus ropas. Por ello le llamó la atención a Dihya ver a un hombre que vagabundeaba sin rumbo por el oasis, revisando con curiosidad los recipientes que recogían el jugo de las palmeras.

—Ayer le vi por primera vez, mientras dormías —informó al-Asayy—. Anda por ahí sin mezclarse con nadie, como si él también fuese extranjero.

La silueta le resultaba familiar, aunque desconocía la razón. Dihya se puso en pie para verle mejor y al hacerlo atrajo el interés del hombre. Se detuvo al instante, mirándolos con fijeza, y pudieron escuchar cómo lanzaba un grito de sorpresa. Comenzó a andar hacia ellos dando grandes zancadas y los primos, asustados, estuvieron en un tris de salir corriendo. Pero cuando ya estaba a pocos metros de distancia bajó el sucio velo que le tapaba la nariz y la boca, y ella gimió conmocionada al descubrir que se trataba de Álvaro.

—¡Que Dios se apiade de mí! ¿Tú? ¡Si habías muerto!

—No del todo.

Había cambiado. Estaba mucho más moreno que antes y las arrugas destacaban en su rostro como surcos esperando el día de la siembra.

—Parece que las cosas no han salido tal como las planeaba Aslam —dijo tras haber examinado de cerca a los primos.

—No, por Dios, desde luego que no. Pero, ¿y tú? ¿Qué haces aquí? ¿Qué te sucedió?

—Es largo de contar. El destino me ha hecho dar muchas vueltas para dejarme aproximadamente igual que estaba. En cuanto a la razón de que me encuentre aquí, la verdad es que tiene bastante que ver con vosotros. Al-Aghouat está bastante aislado, pero recibe viajeros y pequeñas caravanas con cierta frecuencia. Pensé que era un buen lugar para enterarme de cómo progresaban los proyectos de Aslam sin exponerme.

—¿Exponerte? —preguntó al-Asayy—. ¿A qué?

—Bueno, no desaparecí por casualidad, eso te lo aseguro. Hay gente a la que le encantaría ponerme la mano encima.

A partir de aquel momento cada uno comenzó a desgranar su historia, explicando las causas de su separación y qué les había sucedido desde que se separaron. Tras perderse en el desierto Álvaro había seguido a los cagajones de camello en su lento viaje, impulsados por los caprichos del viento, hasta que el segundo día divisó la charca en la que habían descansado los tres antes de que les alcanzase la tormenta de

arena. A partir de ahí fue capaz de llegar a un pueblo cercano a Sijilmasa, pese a que la sed y las insolaciones casi acabaron con él. Y durante la convalecencia tuvo tiempo de meditar largo y tendido acerca de las consecuencias que tendría para sus planes la desaparición de Ibrahim, rodeado por recelosos campesinos que no estaban seguros de si debían cuidarle o asesinarle, y que al final resolvieron echarle del pueblo en cuanto fue capaz de sostenerse sin ayuda.

—Así que todo fue culpa del cabrón de al-Makhtum —dijo el poeta cuando Álvaro terminó de hablar—. Si tú hubieras estado con nosotros quizá habríamos ganado la batalla y hoy yo sería rey en Tahert.

—Puede que sí o puede que no. Al-Makhtum es un mal general, pero yo tengo muy mala suerte.

—Tampoco la suya fue muy buena.

Álvaro se rascó la mejilla con los dedos; dos de ellos estaban torcidos a causa de fracturas mal curadas.

—Es una lástima que Aslam muriera inesperadamente. Me hubiese gustado leer la crónica que tenía la intención de escribir.

—Pues ya no la escribirá nunca.

—Podrías escribirla tú —terció Dihya.

—Ahora mismo tengo otras prioridades, prima querida. Sobrevivir, por ejemplo.

Álvaro dio un respingo, al mismo tiempo que Dihya se volvía enfadada hacia el poeta.

—¿Prima?

Al-Asayy explicó con voz cansada:

—Dihya y yo no somos hermanos. Somos primos, y viajamos juntos porque no nos ha quedado otro remedio.

—Entonces nos engañasteis desde el principio.

—Fue un engaño inocente. El engaño que puso en marcha Aslam fue mucho menos inocente y tuvo consecuencias mucho peores para los engañados.

La tarde transcurrió apaciblemente. Intercambiaron recuerdos y chismes. Al-Asayy hizo algunas bromas e improvisó un poema. Con la llegada del crepúsculo Álvaro encendió una hoguera, y al contemplar el cielo dándose la vuelta para enseñar su forro estrellado experimentó la satisfacción de haber vuelto a la normalidad después de un largo periodo de turbulencias. De alguna forma, ya no tenía la impresión de estar yendo a la deriva, como aquellos cagajones que fueron su salvación.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Dihya de improviso, expresando lo que sus compañeros masculinos no se habían atrevido todavía a plantear.

—Yo tengo que esperar —dijo Álvaro—. Por lo menos seis meses, para que se olviden de mí. Después regresaré a Sijilmasa.

—¿Y por qué volver a Sijilmasa?

—Me dejé allí algo —explicó el cristiano, sin dar más detalles—. Algo que quisiera recuperar.

No había revelado a nadie la localización de los tesoros enterrados. Debían estar aún bajo la arena, aguardando a que los rescatasen.

—¿Y vosotros? ¿Qué pensáis hacer?

—Huir a Fez, supongo.

—Es un largo camino. Y peligroso. Será difícil que lleguéis con vida, a no ser que yo os escolte.

—¿Lo harías? —se animó Dihya.

—Claro. No pienso pasarme aquí esos seis meses de los que os hablaba. Me moriría de aburrimiento.

Ella sonrió de una forma que hizo que Álvaro se sonrojase. Para encubrir su azoramiento agregó:

—Y luego podría ir a buscar a al-Makhtum para saldar las cuentas que tenemos pendientes. Se habrá metido en su escondrijo de siempre, no tiene suficiente imaginación para probar otro.

—Si le encuentras, dale una puñalada de mi parte. ¿Te acordarás, verdad?

—Naturalmente.

Al poeta se le escapó un suspiro. Se le veía bastante cansado.

—En fin. Ninguno hemos obtenido lo que deseábamos. Ni nosotros, ni tú, ni Aslam. Ni siquiera al-Makhtum, aunque en su caso no lo lamento.

—Como dice el refrán: «Cada uno consigue lo que está escrito» —aportó Dihya.

—Aún estamos vivos —dijo Álvaro. Pese a los reveses sufridos, no perdía la ilusión de encontrar la manera de perjudicar a Abd al-Rahman III—. Y mientras hay vida, hay esperanza.

—Tal vez sí —aceptó al-Asayy, poniéndose de pie—. Me voy a dormir. Ahora soy yo el que necesita un buen descanso. Han sido días duros, muy duros.

Se quedaron los dos solos, en el umbral de la choza. Al principio no se dijeron nada, simplemente disfrutando de la agradable temperatura y de la visión de las estrellas que ocupaban el cielo como oro espolvoreado sobre un manto de terciopelo. Luego Dihya preguntó:

—¿Sigues odiando al califa?

—Nunca dejé de odiarle. He peleado contra los Omeyas desde que tengo uso de razón y soy demasiado mayor para cambiar de costumbres.

—Antes le servías.

—Fingí servirle. Ya no tengo que disfrazar mis sentimientos. No hace falta.

Dihya cerró los ojos, apreciando cómo la brisa acariciaba su piel. Era extraño, teniendo en cuenta lo angustiada que se sentía el día anterior, pero de pronto notaba

que estaba saboreando el momento.

—Al menos nuestras cadenas se han roto. Somos libres.

—Algunas —replicó Álvaro—. Somos como somos y esas cadenas no serán tan fáciles de romper.

—Creo que yo podría hacerlo. No soy la misma que era; me temo que me he convertido en una mujer que escandalizaría a aquella que fui. ¿Y tú?

Él bajó la mirada.

—¿Alguna vez has tenido la impresión de que tu vida ya ha terminado aunque continúes viviendo?

La expresión de Dihya le dio la respuesta, pero Álvaro continuó de todas formas:

—Yo tuve esa impresión cuando me vi obligado a abandonar a los hafsuníes. A partir de entonces me he sentido incompleto, sin importar lo que hiciera. Todo me parecía una farsa hasta que decidí perseguir a Abd al-Rahman. Y así es como ha de ser. Soy como la espada en la forja: mientras está en las brasas es todavía moldeable. Luego se sumerge en el agua y adopta la forma que tendrá para siempre.

—Una espada puede volver a forjarse.

—¿Y yo? ¿Crees que a mí también podrían volver a forjarme?

La mueca de Álvaro era triste. Sabía que, incluso recuperando los tesoros, difícilmente alcanzaría el objetivo al que había consagrado su vida. A lo sumo llegaría a molestar brevemente a Abd al-Rahman, como una mosca que se posa en su plato y reemprende enseguida el vuelo.

—Dios lo sabe.

Álvaro revolvió en sus ropas para sacar un pedazo de pergamino que Dihya conocía bien.

—Fíjate, aún conservo el amuleto que me diste.

—¿Lo ves? Te dije que te protegería de los peligros. Y lo ha hecho.

Ella le contemplaba con fijeza. A Álvaro, nervioso, solo se le ocurrió murmurar para defenderse de aquel grato acoso:

—Tienes ojos de gacela…

Con una risita, Dihya se levantó para ir a por agua. Tenía sed. Reparó en que Álvaro la seguía con la mirada y experimentó el anhelo de poseer un espejo en el que mirarse. Se recordaba macilenta, consumida: una mujer seca. Se preguntó si la libertad habría hecho el milagro de reverdecer su carne, castigada por los desastres de los últimos tiempos.

Al volver con el odre se sentó a su lado. Álvaro parecía abatido. Dihya le revolvió los cabellos y el cristiano esbozó una pálida sonrisa. Se inclinó hacia ella, la besó. Sus incisivos chocaron al tiempo que Dihya se daba cuenta de que no quería protestar ni apartarse. Él la estrechó contra sus costillas; un abrazo tan fuerte como los que recibía de Karim. Halló aquel calor que había echado de menos, el volver a sentir un

corazón palpitando junto al suyo. No intentó resistirse. Él rozó su cuello con los labios. Sus manos paseaban por su cuerpo, del talle a los senos, del costado a las mejillas. Caricias como alondras que la rozaban con las alas.

«He padecido tanta tristeza… ¿Por qué negarme un poco de consuelo?».

Sus pensamientos giraban como un torbellino atrapado dentro de su cráneo. Estaba confundida, asustada de su libertad. Asustada de los deseos que despertaban en su interior.

«Lo necesito —se dijo con firmeza—. No puedo acobardarme ahora».

Ella le tomó de la mano. Había otra casa vacía en los alrededores. Una estera rota en medio del suelo, donde se tumbó. El suelo bajo la estera era duro, había pequeñas piedras escondidas bajo la lana que se clavaban en los omoplatos de Dihya.

La hoguera menguaba rápidamente en el exterior. Solamente quedó la luz de la luna para guiarles. Ella cogió sus manos, las colocó sobre sus senos. Allí permanecieron tumbadas, como grandes insectos adormecidos, hasta que cobraron vida de repente.

—Despacio —dijo ella.

Álvaro estaba impaciente por penetrarla. Consiguió contenerse durante unos instantes, pero luego separó las piernas de Dihya y se abalanzó hacia la dulzura recién descubierta con un gruñido. Un espasmo de dolor la sacudió. Había transcurrido mucho tiempo desde Karim y, de todas formas, su cuerpo se había marchitado, se había entumecido durante los meses anteriores. Sin embargo tuvo la sensación de que el calor de Álvaro devolvía la flexibilidad a sus miembros, traía de vuelta la sensibilidad que había huido de su piel.

Tal vez el deseo colaborase. Un deseo que la partía por la mitad, tan fuerte era. Una ola de emociones reprimidas que lo arrastraba todo a su paso. Y el deseo crecía, alimentándose a sí mismo, licuando su carne. Ahora que la fogata se había apagado, era el cuerpo de Dihya el que ardía. Ya no tenía miedo. Ya no estaba asustada.

Echó la cabeza hacia atrás. El grito fue breve, agudo, como el chillido de un águila. Álvaro contestó gimiendo roncamente. Y luego se tendió a su lado y los dos contemplaron juntos el estropeado techo de la choza, oyendo cómo los caballos arañaban la tierra con sus cascos.

—Los hemos alarmado.

—Sí.

Se rieron. Después se buscaron con las manos, rozándose con las puntas de los dedos, hasta que Álvaro extendió un brazo para que ella apoyase la nuca y dijo:

—Ven a Sijilmasa conmigo. No te he contado lo que hice allí, pero el hecho es que obtuve unas buenas ganancias. Si consigo recuperarlas ya no tendrás que temer nunca más la pobreza.

—¿Y mi primo?

—¿Te sientes responsable de él?

—Cuidó de mí después de que asesinaran a mi marido.

—Está bien. Iremos primero a Fez, si es lo que él quiere.

Álvaro se movió para rodearla con el brazo libre.

—Quizá tendría que olvidarme de los Omeyas. ¿Para qué malgastar los años que me queden en una lucha imposible? En Sijilmasa oí hablar de muchos lugares que me gustaría conocer en persona. Sospecho que la mitad de lo que me contaron es mentira y la mitad restante un cúmulo de exageraciones, pero aún así…

—El único lugar al que realmente me gustaría ir es a mi antiguo hogar —suspiró ella—. Pero no puedo volver.

—No, no podemos volver a al-Ándalus. Esa puerta está cerrada para nosotros. Sin embargo hay otras posibilidades. Audoghast, y si no nos agrada, el reino de Ghana. He oído que es un lugar de riquezas fabulosas, aunque muy pocos han traspasado sus fronteras.

—¿Y qué haríamos nosotros en un reino prohibido?

—No lo sé. Algo se me ocurrirá.

Hubo un largo silencio cuando Álvaro se cansó de enumerar los lugares a los que podían ir. Luego cerraron los ojos con una sonrisa en los labios y el corazón henchido de esperanza, y los sueños de la cálida noche en el oasis se confundieron con los vuelos de su imaginación como si se tratase de un único sueño que se multiplicara misteriosamente en sus cabezas.

Nota del autor

A comienzos del siglo X d. C. el mundo islámico se vio sacudido por una serie de acontecimientos que preludiaban su fragmentación total unas cuantas décadas después. Tras la muerte de Mahoma, su sucesión se había solucionado estableciendo una figura que pudiera reunir al mismo tiempo las funciones de líder político y religioso de los creyentes. Este líder sería el Califa, mucho más que un simple rey, ya que se trataba del Delegado de Dios en la tierra y, por lo tanto, el encargado de dirigir a los musulmanes en todos los asuntos.

La importancia que se le concedió a la figura del Califa fue tal que cuando Abd al-Rahman I huye a al-Ándalus después del sangriento derrocamiento de la dinastía Omeya no reclama para sí dicho título, al que tenía derecho por herencia, sino que adopta el de emir, evitando que se produjera un cisma religioso además de político dentro del Islam. Aunque existieran diversos soberanos musulmanes, independientes entre sí, solo había un califa, residente en Bagdad.

Esta idea será desafiada doscientos años después. Aparece un nuevo poder, el movimiento fatimí, hijo del ismailismo, una de las ramas del chiísmo, que se caracterizaba por su creencia en la futura llegada del Mahdi, el líder religioso que llevaría el islam a su perfección. Los fatimíes van a ser quienes provoquen ese cisma que Abd al-Rahman I había evitado cuidadosamente. En el año 909 d. C. Ubayd Allah al-Mahdi reclama su derecho al califato a través de su supuesta descendencia de Alí (primo y yerno de Mahoma) y Fátima, su hija, la cual da su nombre a la dinastía que al-Mahdi crea en torno al actual Túnez y que contaría entre sus posteriores logros la conquista de Egipto y la fundación de la ciudad de El Cairo.

La proclamación de un califa chiíta va a provocar numerosas reacciones, entre otros lugares en al-Ándalus, donde Abd al-Rahman III también acabará lanzando su desafío al califa de Bagdad.

No lo hace inmediatamente: no será hasta el año 929 d. C. cuando Abd al-Rahman III se declare Califa. Tal vez la adopción del título califal fuese una forma de celebrar la reconstrucción de la unidad territorial, tras haber derrotado definitivamente a los hijos de Ibn Hafsun, o una manera de ponerse al mismo nivel del califa fatimí, que desde su posición en el norte de África suponía una amenaza directa para los intereses andalusíes. O puede que Abd al-Rahman III se sintiera respaldado en sus aspiraciones por el debilitamiento de los abasíes de Bagdad, cuya decadencia había llegado al extremo de impedirles defender los lugares santos de La Meca y Medina de los asaltos de los cármatas, un grupo escindido de los ismailíes originales. Fuese cual fuese la razón, aunque probablemente fueron más de una las que le impulsaron a reclamar el califato, su decisión refrendó el inicio de la disgregación de la comunidad musulmana, un proceso que se agravaría con el paso de

las generaciones.

La decisión de Abd al-Rahman III añadió un carácter simbólico al conflicto ya existente entre Omeyas y fatimíes, tratando los primeros de frenar el expansionismo de los segundos así como la difusión de las creencias ismailitas en las tierras de al-Ándalus. Los enfrentamientos entre los dos califatos se sucedieron a lo largo del siglo X d. C. sin que ninguno de ellos consiguiera imponer del todo, o de forma duradera, su supremacía en el norte de África. La confrontación directa entre ambos califatos, sin embargo, fue excepcional. La guerra se desarrolló fundamentalmente a través de intermediarios que se prestaban a ello a cambio de las recompensas o sobornos recibidos y la legitimidad que les confería el hecho de ser representantes califales. Fue por medio de estos intermediarios que los Omeyas trataron de establecer un protectorado en el norte de África que les permitiera controlar las rutas que traían esclavos y oro desde el interior del continente. Solo lo consiguieron hasta cierto punto, ya que los fatimíes resultaron ser un hueso duro de roer. La amenaza que representaban no se debilitó hasta finales del siglo X, cuando la corte fatimí se desplazó al Egipto recién conquistado. Aunque el califato omeya tuvo poco tiempo para disfrutar de ese respiro antes de desaparecer.

Luchas de poder aparte, existe un curioso paralelismo entre los fundadores de la dinastía Fatimí y la dinastía Omeya de al-Ándalus, que incluso podría extenderse al fundador de los idrisíes, los terceros en discordia en esta larga disputa por el control del noroeste del continente africano. Todos ellos se vieron forzados a escapar de Oriente para refugiarse en el lejano oeste, el Finis Terrae del mundo musulmán. Los viajes de esos tres fundadores de imperios en busca de un espacio en el que poder desarrollar sus proyectos políticos y religiosos están envueltos en el mito y la leyenda, y sería complicado dilucidar hasta qué punto son veraces los relatos que nos han llegado de sus andanzas, pero es indiscutible que consiguieron establecerse en Occidente y alcanzar allí la relevancia que se les había negado en las tierras centrales del Islam.

Al menos en el caso de fatimíes y Omeyas hubo otra coincidencia: tanto Abd al-Rahman I como Ubayd Allah al-Mahdi fueron precedidos por mensajeros que les allanaron el camino. En el caso de Abd al-Rahman I fue el liberto Badr quien recabó los apoyos de los clientes Omeyas instalados en al-Ándalus, permitiendo el desembarco posterior de su príncipe, y en el de Ubayd Allah al-Mahdi es el misionero Abu ʾAbd Allah quien realiza una larga campaña de propaganda entre los beréberes Kutama hasta que logra derrotar a los aglabíes, creando un reino al que ya solo le faltaba el mesías que debía dirigirlo. Y aunque Ubayd Allah al-Mahdi estuvo lejos de satisfacer estas expectativas mesiánicas, la dinastía que creó acabaría por sobrevivir ampliamente a la omeya.

Es en este contexto de consolidación del Estado andalusí y enfrentamiento entre

un califato suní y otro chiíta donde he querido situar las andanzas de Dihya y Álvaro. Ambos personajes y las acciones que protagonizan son ficticios, pero no así las circunstancias que les rodean. La familia de Dihya forma parte de ese mundo de pequeños señores andalusíes que buscaban la independencia de Córdoba, por la que se sentían olvidados y discriminados. Álvaro de Monterrubio es, por su parte, un residuo de la sublevación encabezada por el más exitoso de los caudillos que se alzaron contra el emirato omeya: Ibn Hafsun. Algunos de los lugares que visitan son también ficticios, al igual que los acontecimientos en los que acaban viéndose envueltos. Movimientos similares se produjeron antes y después de las fechas en las que sitúo la trama de esta novela y con frecuencia fueron alentados por soberanos rivales de aquellos que tuvieron que combatirlos.

Respecto a la denominación de los distintos lugares en los que transcurre la novela, para evitar confusiones he optado por utilizar los nombres actuales salvo cuando no existe una equivalencia directa, como sucede por ejemplo con Ifriqiya, que comprendía los territorios que actualmente forman Libia, Túnez y el este de Argelia.

Como ya he indicado, hay una gran dosis de imaginación en esta novela, pero también he consultado un buen número de obras para documentarme sobre la época. Animo al lector a que acuda a alguna de estas obras, sobre todo en relación con los fatimíes, puesto que la figura de Abd al-Rahman III es mucho mejor conocida en España gracias a historiadores como Maribel Fierro o Eduardo Manzano. En ese sentido recomiendo *The rise of the Fatimids*, de Michael Brett, y *The empire of the Mahdi*, de Heinz Halm, dos excelentes formas de asomarse al ascenso de una dinastía que provocó una auténtica revolución dentro del Islam medieval.



Ramón Muñoz nació en Madrid en 1971, ciudad donde reside y trabaja en el sector de la ingeniería y la prevención de riesgos laborales. Está casado y tiene dos hijas.

Colabora como articulista y crítico literario en las revistas Gigamesh, Galaxia, Solaris, Ad Astra y Pórtico. Ha obtenido varios premios de narrativa fantástica y de ciencia-ficción, y participado en diversas antologías, incluyendo la Antología de la Ciencia Ficción española 1982-2002 y Franco. Una historia alternativa, ambas publicadas por Minotauro. En 2007 apareció su antología de relatos Transformándose (Ed. Mandrágora). La tierra dividida (2012) es su primera novela histórica.